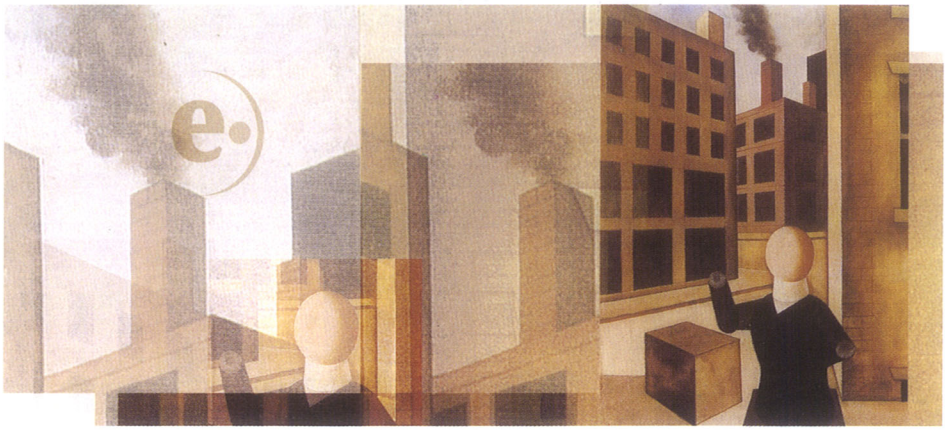
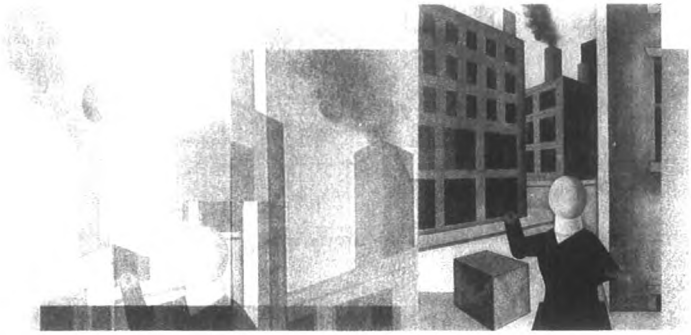


ELCHE: LA FÁBRICA DISPERSA

BEGOÑA SAN MIGUEL DEL HOYO

ELCHE:
LA FÁBRICA DISPERSA



ELCHE: LA FÁBRICA DISPERSA

LOS TRABAJADORES DE LA INDUSTRIA DEL CALZADO. CAMBIOS EN LAS CONDICIONES DE VIDA Y DE TRABAJO.

BEGOÑA SAN MIGUEL DEL HOYO

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

Colección «ENSAYO E INVESTIGACIÓN»
© Begoña San Miguel del Hoyo
Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», 2000

Diseño de portada: LANINA
Imagen a partir del retrato de Juan Gil-Albert, por Enrique Climent (1940)

I.S.B.N.: 84-7784-382-1
Dep. Legal: A-912-2000

Maquetación e impresión: Segarra Sánchez, S.L. - O. Winibal, 39 – 03202 Elx

A José Ignacio San Miguel y
Roberto Gredilla, *in memoriam*

PRÓLOGO

TRABAJAR PARA VIVIR O VIVIR PARA TRABAJAR,... EN REALIDAD SE HACE LO QUE SE PUEDE.

Este no es un libro cualquiera; es el libro que se ocupa del trabajo de una generación, de la lucha de los hombres y de las mujeres de mi generación por trabajar y dignificarse como personas a través del esfuerzo. Es el libro de mis amigos, de mis conocidos, de mis parientes, de mis padres. En él está nuestra vida; en él se narran los avatares por conseguir la realización del individuo a través de su esfuerzo; en él se detallan las aspiraciones que pretendimos y la impotencia en que nos sumimos. Es el reflejo, cuanto menos, de la mitad de la vida que nos ha tocado vivir a los miembros de mi generación; la otra mitad de nuestra vida, para aquellos que lo puedan contar, estará marcada por las consecuencias de los cambios que aquí se narran. Incluso, me atrevería a presagiar, aquellos que aún no han pasado por estas situaciones, no tardarán mucho en vivirlas. Quizá desde otros contextos, desde otras perspectivas, desde otros observatorios, pero estoy convencido de que las vivirán. Presiento, además, que éste es simplemente la caricatura de lo que será el mundo laboral de nuestros hijos;... no sé si de nuestros nietos.

¿Y qué es en realidad el libro que se presenta? Simplemente recoge la trayectoria laboral de un pueblo y de su gente. Entonces, ante ello ¿tan trascendente es lo que se presenta? ¿No será el falso orgullo pueblerino lo que nos conduce a afirmar que es el reflejo de lo que será el *modus operandi* de muchas personas en un futuro? ¿Es posible que sea la malsana satisfacción por verse reflejado como amigo o incluso como protagonista en cualquier pantalla de la vida, lo que nos conduce a la afirmación de que es el libro que recoge la lucha por el trabajo de los hombres y mujeres de mi generación, y presenta lo que serán las consecuencias

sociolaborales más trascendentales para un amplio conjunto de personas? Todo ello no tendría mayor importancia si se tratase de eso sólo, de recoger las trayectorias laborales de las gentes de Elche, trabajadores del calzado en las cuatro últimas décadas, desde los años sesenta a finales de los noventa. El libro es eso, pero es mucho más.

Es seguro que la vida sólo se vive una vez, y es cierto que la historia difícilmente se repite. Por ello, las experiencias de la gente de mi generación a la búsqueda de un bienestar, de un ideal, de un trabajo, de una vida por vivir..... que al final del recorrido se manifiestan como una frustración, una angustia, una insatisfacción, una lucha perdida, ... pasa a convertirse en una enseñanza de primera magnitud. Ahí está el alcance de lo que se presenta. La vida laboral de Elche es eso: una lección personal que es útil para un gran colectivo, o si se quiere, una experiencia colectiva que va a tener trascendencia individual para muchas personas.

El libro es ésto, un magnifico relato del proceso de transformaciones de las condiciones de vida y trabajo de la gente de Elche, inmersa en una dinámica de grandes cambios en los procesos productivos. Ello les conduce a pasar de sentirse protagonistas y hacedores de su futuro, a convertirse en simples agentes enajenados ya no solo de su trabajo sino de sus trayectorias personales. El libro es un mirar hacia atrás (sin rabia) de modo objetivo, profundizando sobre la ruptura absoluta de todo el marco de relaciones laborales que dominó el mundo del trabajo hasta los años setenta, y plantea cómo la reestructuración productiva conduce a la mano de obra a «buscársela como pueda» para eclosionar en un amplio sector oculto como panacea de la desregulación, de la flexibilización, de la deslocalización, de la descentralización. Insistimos por tanto en la trascendencia de la experiencia que se presenta: todos estos cambios se han convertido hoy en objetivos a alcanzar en la reestructuración del capitalismo.

Todas las historias tienen un principio y un fin. No consideramos que la historia que se presenta sea ni principio ni final de nada; sino simplemente es una buena historia para tenerla presente. Es una buena historia para entender el capitalismo que nos ha tocado vivir y el capitalismo que viene: el capitalismo salvaje de la nueva era. Quizás es una historia que se adelanta a algunas que se están hoy viviendo de forma generalizada y simplemente es una experiencia que tocó vivir *sui generis* y un tanto prematuramente a una sociedad como la ilicitana y a un sector como el calzado. No sería presuntuoso afirmar que analistas de la talla de Ricardo, Marx

o Polanyi, reflejarían hoy en sus escritos la experiencia vivida por la sociedad ilicitana como muestra de las grandes transformaciones y de las graves consecuencias que el liberalismo capitalista acarrea. Es evidente que *La Gran Transformación del Capitalismo* no pasa por Elche, pero sí se puede afirmar que Elche no sólo ha sido un muy buen observatorio de las transformaciones del capitalismo, sino que ha sido un gran laboratorio para este nuevo capitalismo; ¿qué si no son los procesos de desregulación laboral que se dieron en los años setenta en Elche y que hoy se han generalizado? ¿qué si no son las experiencias de descentralización productiva tan extendidas en la dinámica del calzado ilicitano?.

Son innumerables los puntos de análisis y de reflexión que el libro depara a través del mundo del trabajo: la fragmentación en el territorio de la fábrica fordista, la estrategia de resistencia de la familia como unidad productiva, la segmentación social de la mujer a pesar de los planteamientos igualitarios de la sociedad, la pérdida de representatividad de unas instituciones descontextualizadas, la ruptura de las aspiraciones del trabajador como obrero colectivo productivo, etc. En el libro interesa esto, *cómo se ha producido la gran transformación del capitalismo y qué está emergiendo*; se reflejan así no tanto los cuántos como los cómos. Más ilustrativo, por tanto, no puede ser.

Desde un punto de vista metodológico, el libro está escrito sobre la base de una mezcla de análisis antropológico y sociológico. Utiliza la biografía (historias de vida) como base para la elaboración de hipótesis y su contrastación. La autora, que inicialmente es muy precavida al considerar este método, por fin entiende definitivamente que el resultado no puede ser más óptimo. Evidentemente, una larguísima tradición la avala en lo que puede ser la síntesis metodológica de la antropología social; de Malinowski a Oscar Lewis, que entiende que los análisis micro no sólo son eso, sino que cabe leerlos y extrapolar sus conclusiones. Unido a ello, la riqueza de situaciones, de puntos de vista, los comentarios, las percepciones personales, los detalles de las biografías, dan una riqueza al texto que de otro modo sería imposible descubrir; muchos de los relatos podrían ser referidos por la mayoría de los trabajadores del calzado de los años sesenta a los ochenta.

¿Qué decir sobre la autoría y la autora? Encuentro que se ha llegado a una simbiosis curiosa entre ambos. La autora no conocía prácticamente nada de la situación de los trabajadores del calzado previamente a su

investigación. En este sentido, era un agente totalmente ajeno al objeto de estudio; por tanto se entiende que tenía una capacidad objetiva para proceder a su análisis. El propio desarrollo de la investigación le conduce a destacar cómo el proceso de reestructuración de la mano de obra en el calzado puede convertirse en elemento ejemplar para entender las transformaciones laborales y sociales de la nueva etapa del capitalismo. La autoría sin embargo se reserva en todos los momentos del análisis a los propios trabajadores, a través de los cuales se reflejan los cambios que se están acometiendo. La gran habilidad analítica, la brillantez en la redacción, la fluidez en las ideas y la profundidad de la obra, deben convertir a este libro en una cita obligada en los textos de sociología del trabajo.

Sólo me queda un último comentario, la expresión de un deseo: ojalá este libro tenga continuidad, ojalá aquellos que pueden narrar la historia de nuestro presente encuentren en él estímulo para seguir trabajando en un proyecto que a todos nos concierne. Y ello, porque necesitamos cada día más que el conocimiento de la realidad no se reduzca su mera descripción, sino que sea, además, la expresión de un compromiso personal y social por transformarla. La historia continúa.

Josep-Antoni Ybarra
Universidad de Alicante
abril/2000

PREFACIO

Este libro es el resultado de una investigación realizada en 1997 entre los trabajadores del calzado de Elche, destinada originariamente a la elaboración de mi tesis doctoral. No siempre resulta fácil hacer explícitos los motivos que nos inducen a la elección de cierto tema. Hay, con toda evidencia, muchos elementos en la historia personal y familiar que nos llevan, casi de forma inevitable, a fijarnos en determinados objetos de conocimiento. Hay lecturas que han modelado nuestra visión del mundo y que se convierten en un sustrato, a veces inconsciente, de ideas y conocimientos, de filias y fobias teóricas, de interpretaciones. Hay personas, amigos, compañeros, de los que uno aprende y con los que comparte intereses. Hay también mucho de azar en los distintos avatares por los que discurre una investigación y que acaban moldeándola. Y hay condiciones de realización objetivas que nos obligan a realizar el trabajo de una u otra manera. Esta investigación es, sin duda, el resultado de todo ello.

No es ésta, sin duda, la primera vez que la industria alicantina del calzado es objeto de indagación. Mucho antes que yo, otros investigadores, casi siempre economistas, se han esforzado en dar cuenta de sus peculiaridades. Si alguna originalidad tiene esta investigación no es su objeto, sino la particular perspectiva desde la que pretende observar un proceso -el de la reconversión de la industria del calzado y sus efectos- que otros tan bien han descrito.

Es la narración que los propios trabajadores hacen de esta proceso, a través de sus biografías laborales, lo que constituye el objeto central de esta investigación. Cuando parece extenderse el acuerdo en torno al ocaso del trabajo -si no, explícitamente, a su muerte definitiva-, esta investigación pretende sólo volver a observar el trabajo y a los que trabajan, bajo cualquier modalidad, en cualesquiera condiciones, aferrados a una maldición originaria que sigue siendo efectiva para la mayoría. Y preten-

de hacerlo, además, lanzando una mirada lenta y minuciosa sobre un sector de trabajadores muy concreto, y prestando oídos a lo que ellos tienen que decir, al modo particular en que relatan tanto los avatares de sus vidas como las interpretaciones que han elaborado.

No hubiera podido, sin embargo, acceder a este mundo del calzado sin contar con la ayuda de quienes lo conocen muy bien. Josep Antoni Ybarra, es un economista que observa como un sociólogo. En su obra, no sólo ha descrito el sector y ha aportado las claves interpretativas de su evolución. Como toda verdadera investigación, la suya plantea preguntas, incita a la curiosidad, en suma, abre caminos y provoca en otros el deseo de transitarlos. Pero mi deuda no es sólo con su obra, tan repetidamente invocada en este libro, es una deuda personal, de esas que se contraen con aquellos que estuvieron cerca en los momentos dolorosos.

Hay muchas personas cuyos nombres deberían aparecer en aquí. Afortunadamente, demasiadas: mi familia, mis amigos, mis compañeros, todos aquellos que en la proximidad han soportado mi abusiva concentración en el trabajo y me han brindado su apoyo desinteresado. Todos ellos saben sobradamente que merecen mi agradecimiento, no sólo por haberme apoyado de mil maneras durante este tiempo, sino por muchas otras cosas. Tengo que hacer una necesaria excepción, Efigenio y Luis Giménez, por distintos motivos, han estorbado frecuentemente mi dedicación, sin embargo, a ellos debo el aliento que anima mi vida y mi trabajo, de ellos procede esa fuerza que mueve el sol y las otras estrellas.

El Instituto de Estudios Juan Gil Albert no sólo ha publicado este libro, me permitió además acceder a la documentación del Archivo de Historia Oral, una fuente imprescindible para el análisis de aspectos centrales de esta investigación.

A propósito de la autoría de esta investigación

En el trabajo del sociólogo los informantes, por definición, son anónimos; y lo son no sólo porque queramos salvaguardar el derecho a la intimidad de las personas, o porque voluntariamente sólo estén dispuestos a entregarnos la información que requerimos amparados en la ausencia de referencias personales. Para el sociólogo, los entrevistados son anónimos porque, en puridad, son o deberían ser intercambiables, meros soportes de relaciones sociales, cuya objetivación constituye la tarea de la sociología.

No es así en esta investigación. No hay aquí informantes anónimos. Ellos y ellas, todo lo que han dicho, forman parte de ella. Su aportación es, cuanto menos, tan importante como la de quien se ha limitado a tarea de traducir a términos disciplinares sus palabras.

Todos ellos han desgranado ante un magnetófono una parte de su vida, se han esforzado por recuperar fechas, han hablado a borbotones o entrecortadamente. Es cierto que lo que han entregado al registro no han sido sus vidas, lejos de esta investigación una pretensión tan ambiciosa como inútil. Se han limitado a la más sencilla tarea de mirar hacia atrás desde el presente, introduciendo, como no podía ser menos, una interpretación sobre el pasado, revivido artificiosamente por la situación de entrevista. Han seleccionado sus recuerdos y han establecido relaciones entre los hechos y las ideas que, con toda seguridad, son el resultado de elaboraciones posteriores. Han opinado, como todos opinamos, unas veces desde el sentido común dominante, otras desde ideologías más articuladas, otras desde la particular observación o la elaboración de sus propias experiencias. Han callado muchas cosas, pero menos de las que, de haber podido meditar con antelación, se hubieran propuesto silenciar.

La vitalidad de la palabra, la riqueza de la experiencia humana es tal que quien ha prestado oídos a los otros, quien ha practicado la escucha atenta a la que la investigación obliga, lejos de la indiferencia de la vida cotidiana, siente inevitablemente que traiciona a los otros y a sí mismo no ya cuando interpreta, sino simplemente cuando traduce la palabra a la lengua escrita. Queremos que los otros escuchen, que perciban, que participen de esas palabras. Imposible tarea, como sabe cualquier entrevistador por aficionado o profesional avezado que sea.

Si las personas entrevistadas han entregado horas de su casi siempre difícil y afanosa vida, arrancando bastante tiempo a sus jornadas larguísimas de trabajo a cambio de nada, justo será, así lo quiero y todos ellos han estado de acuerdo, que aparezcan con sus nombres y apellidos como autores parciales de este trabajo. No es agradecimiento lo que merecen, y no es en el obligado capitulo de los reconocimientos personales y académicos donde deben estar

Hay en este trabajo otro nombre que también debe compartir la autoría. Se trata de una mujer que vive en Elche aunque no nació allí, que ha sido, entre muchas otras cosas, trabajadora del calzado, sindicalista, diputada, educadora, madre, periodista, estudiante de sociología y entrevistadora

de trabajadores del calzado durante algunos meses. Tampoco ella puede ser anónima. Y no puede serlo porque su conocimiento del medio, su larga experiencia vital, su inteligencia, su intuición próxima a eso que llamamos la imaginación sociológica y, sobre todo, su sensibilidad han permitido recoger toda la información. Imposible imaginar una intermediaria mejor entre las experiencias, tal y como son expresadas, y el trabajo de análisis. Ella supo rellenar las lagunas de los guiones para las entrevistas con preguntas siempre idóneas y obtener informaciones sensibles que nadie hubiera logrado sino al precio de ejercer cierta violencia sobre el entrevistado, violencia que ella nunca ejerció.

Tengo la impresión, en el momento de redactar estas páginas, de que mi papel ha sido el de mero amanuense. Como todo trabajo de escritura, evidentemente, el mío introduce un orden, una estructura en el relato que es, al mismo tiempo que una forma de distorsión, la condición necesaria de todo relato. Me gustaría pensar que, con las cautelas necesarias, todos los autores pudieran leer este libro y reconocerse en él.

Lo social comienza en el nosotros. Esta es la condición necesaria para el conocimiento de la sociedad: reconocer el nosotros que habita en cada uno.

Los autores

Bernardo Alcaraz
Esperanza Andreu
Francisca Andreu
Francisco Aznar
Paquita Balasco
Miquel Blanes
Pepe Carpena
Rafael Cardoso
Mª Antonia Cascales
Luis Córcoles
Toñi Fernández
Manuel Ginés
José Francisco Herrera
Gaspar Lledó
Juan Antonio Maciá
Maruja Madrid
Freddy Mardinian
MªDolores Maqueda
José Francisco Martínez
Estaban Motos
Mª José Palazón
Paquita Pardines
Mª Angeles Pérez
Julia Pérez
Felipe Ruiz
Fina Sempere
Juan Vázquez
Inmaculada Sabater

CAPÍTULO 1

CULTURAS DEL TRABAJO Y BIOGRAFÍAS LABORALES

El objetivo central de la investigación que este libro recoge es el análisis de las transformaciones en las condiciones de vida y de trabajo que han afectado a los trabajadores del calzado de Elche en las dos últimas décadas. Es, por tanto, una investigación que se enmarca en la tradición de estudios sobre Sociología del Trabajo, tan larga y prolífica en Sociología.

No es extraño que la Sociología se haya ocupado desde antiguo del trabajo. Su preocupación originaria por dar cuenta del nuevo tipo de sociedad, que no en vano recibe el nombre de *industrial*, denotando así hasta qué punto la producción y el trabajo se consideran rasgos definitorios del nuevo orden, imponía como tema obligado de estudio el trabajo industrial, y la fábrica como el escenario de la producción.

Por otra parte, en el pensamiento de las sociedades modernas el concepto de trabajo ha jugado siempre un papel central. Más allá de su significación explícita, el trabajo ha sido considerado como el modo de realización humano por excelencia, el elemento articulador y legitimador del orden social, y la fuente esencial de las identidades sociales. Las transformaciones en el trabajo fueron consideradas el motor del cambio socioeconómico, hasta el punto de que las fases de su evolución se convirtieron automáticamente en definiciones del orden social entero, como ocurre cuando nos referimos a los modelos taylorista, fordista o postfordista, no ya como formas de organización del trabajo, sino modelos de sociedad.

Sin embargo, en las últimas décadas, cuando la precarización, la fragmentación de los mercados de trabajo y el desempleo se consolidan como los elementos configuradores de las nuevas condiciones laborales, los estudios sobre el trabajo parecen haber perdido interés para la Sociología, precisamente cuando el trabajo está siendo objeto de una transformación

incesante. La "crisis del trabajo" ha arrastrado tras de sí la crisis de todas las viejas concepciones sobre la centralidad del trabajo y, por supuesto, de los trabajadores como agentes sociales. La Sociología parece también participar de ese proceso de creciente "invisibilidad del espacio social del trabajo", orientando sus investigaciones prioritariamente "hacia el tema del empleo y el funcionamiento externo de los mercados de trabajo", y a los efectos de la innovación tecnológica, a menudo acríticamente considerados (Alonso, 1997).

Los trabajadores, sus condiciones de trabajo y sus estrategias de acción, parecen haber perdido el interés para las disciplinas sociales en estos años, pasando a ser considerados meros soportes de nuevas relaciones, cuya necesidad se impone como una lógica necesaria, producto del mercado o la tecnología. Y ello ocurre precisamente en un momento en que se hacen visibles los resultados de un proceso de cambio que, se analice desde una u otra perspectiva, representa un retroceso muy significativo de los trabajadores y la pérdida de muchos derechos conquistados.

Esta investigación quería fijarse en esos cambios, pero su pretensión era observarlos directamente a través del estudio de un caso concreto: el calzado de Elche, un sector muy significativo que tiene interés intrínseco y peculiaridades suficientes para merecer, como de hecho ha ocurrido, el interés de los investigadores. Pero, sobre todo, el calzado de Elche parece un adecuado observatorio de los cambios que han afectado a los trabajadores industriales en estas dos últimas décadas, a partir del momento en que se ponen en marcha los procesos de reestructuración industrial.

El calzado ilicitano, por la intensidad con que se producen aquí los fenómenos más característicos de este proceso, puede ser considerado el paradigma extremo del nuevo modelo de relaciones y las nuevas condiciones de trabajo que se han impuesto en la actividad industrial. No es extraño, por ello, que haya merecido tanta atención por parte de los estudiosos, y especialmente de aquellos que se han ocupado de la economía sumergida, un fenómeno no exclusivo de Elche, pero que tiene aquí hondas raíces y una extensión quizá única en el panorama de la industria española.

Si los economistas se han ocupado del calzado ilicitano, no parece que los sociólogos se hayan sentido atraídos hacia su estudio. La sociología alicantina aún no ha producido un número significativo de investigaciones empíricas sobre muestra provincia, pese a que desde principios de esta década el caudal de estudios sociológicos que toman por objeto la realidad provincial se ha incrementado sustancialmente.

Probablemente, sin embargo, ninguna omisión resulta más llamativa que la ausencia de cualquier tipo de aproximación sociológica a la ciudad de Elche, la tercera más poblada de la Comunidad Valenciana. Dicho vacío, además, no se justifica ni por la ausencia de rasgos peculiares en su realidad socioeconómica ni, menos aún, por su irrelevancia de sentido para el análisis sociológico.

Bien al contrario. De un lado, Elche es la capital industrial de la provincia, una potencia exportadora, que dispone de un vasto término municipal en el que sobreviven, además, actividades primarias acosadas por la creciente urbanización y una importante oferta de servicios. De otro, las peculiaridades de su estructura productiva, en alianza con las fuertes corrientes migratorias de los años sesenta y primeros setenta, han propiciado la conformación de una estructura social peculiar, y de formas singulares de relación entre sociedad y economía. No puede desconocerse, por último, la situación atípica del municipio en la jerarquía del sistema de ciudades provincial, tan cerca y tan lejos de la capital, medianero entre éstas y las cabeceras comarcales, sin que, hasta el momento dicha posición haya permitido una racionalización mayor en la oferta de servicios y en la ordenación del territorio, ni una mayor integración en el mercado de trabajo.

Además, desde la segunda mitad de los setenta, y más aceleradamente en la última década, la estructura socioeconómica y el mercado de trabajo ilicitano se han visto sometidos a una reestructuración profunda, inducida por la globalización económica y del progresivo desarme arancelario que ha supuesto muestra integración en la Unión Europea. Como consecuencia de la reordenación mundial del calzado, la aparición de nuevos países competidores y la relocalización de las industrias, la especialización productiva dominante en la localidad ha debido ajustarse al doble desafío de la superior capacidad tecnológica y control de la comercialización de sus competidores en los países avanzados, por una parte; y de los menores costes laborales, sociales y ambientales de los países en vías de desarrollo, por otra.

Las mismas circunstancias, junto al declive del empleo industrial regular, han hecho sentir sus impactos en otras actividades tradicionales -como la pequeña agricultura, el comercio minorista, la construcción, los servicios personales- que han cumplido durante la crisis funciones contradictorias, expresión a un tiempo de su subalternidad e irrelevancia, y de su papel como nichos protectores frente a la inestabilidad económica.

La proliferación de estudios sobre la economía de Elche y, especialmente, sobre el sector calzado, nos permite contar con una bibliografía

suficiente para dar cuenta de la estructura económica ilicitana y de sus transformaciones más relevantes en los últimos años. La descripción de los cambios que han afectado al sistema productivo incluye, como no podía ser menos, muchas referencias a los procesos de reestructuración de la mano de obra en el calzado. Sin embargo, la aproximación al fenómeno se ha realizado siempre desde la perspectiva exclusivamente económica, centrada sobre todo en el mercado de trabajo, y a partir del análisis de los indicadores convencionales.

La reestructuración de la mano de obra en el calzado ilicitano y las consecuencias que ha tenido para los trabajadores no han sido pues objeto de indagación específica, y es ésta la laguna que este trabajo pretendía cubrir. Los trabajadores del calzado, sin duda un agente social tan central en la localidad durante los años sesenta y setenta, se han visto desplazados y previsiblemente segmentados laboral, cultural e institucionalmente en las dos últimas décadas. Cómo ha ocurrido este proceso constituye el objeto de indagación.

El abordaje del asunto, sin embargo, pretende eludir parcialmente las trampas de una aproximación convencional a una realidad en exceso huidiza. En términos sencillos, no interesa tanto el cuánto como el cómo. Por ello, la investigación se sustenta sobre el análisis de un conjunto de trayectorias laborales de trabajadores del calzado y sus familias, recogidas expresamente con este objeto. Los datos secundarios, obtenidos de las fuentes estadísticas usuales, cumplen aquí la doble función de ampliar la perspectiva necesariamente limitada de la aproximación biográfica y servir de contraste a sus hallazgos.

Es forzoso, además, resaltar que la presencia de economía informal y de trabajo irregular es, normalmente, muy elevada en el sector. Bajo estas condiciones, las estadísticas oficiales encuentran serias dificultades para dar cuenta de la realidad, y pueden inducir a interpretaciones erróneas. Por así decirlo, muestran tanto como ocultan, tal como puede deducirse del contraste entre altas tasas de paro oficiales y estándares de vida y de consumo relativamente elevados o, simplemente, una muy evidente y febril actividad.

Por todo ello, cabía suponer que el análisis de un número suficiente de trayectorias laborales y vitales significativas arrojara alguna luz adicional sobre las formas concretas que ha adoptado la reestructuración socioeconómica en el municipio, en relación con la "desregulación espontánea" y la dinámica de la informalidad. La estrategia de investigación elegida debía orillar dos problemas adicionales, que limitan la efectividad de los estudios sociológicos

locales: la ausencia de datos estadísticos relevantes desagregados municipalmente, y las limitaciones de las encuestas por muestreo.

La elección del enfoque biográfico como estrategia de acceso a la realidad parecía idónea para dar cuenta del objeto de investigación, tal y como ha sido definido hasta aquí. Por una parte, porque se pretendía dar cuenta de un proceso, y la biografía, por su carácter intrínseco, se adapta a esta pretensión, al observar los fenómenos, o más exactamente los efectos de esos fenómenos, en el devenir de las vidas concretas. Permite, por tanto, una consideración menos fáctica del cambio social, precisamente como proceso, al fijarse en los vericuetos y las encrucijadas donde se dirimieron las posibles y alternativas direcciones del cambio.

Por otra parte, la recogida de biografías laborales a través de entrevistas en profundidad permite soslayar las dificultades que plantea el estudio de la economía sumergida. Las peculiaridades del proceso de reestructuración, sobre todo la informalización, hacen que el fenómeno constituya una de esas «zonas de sombra» de difícil acceso con las herramientas estandarizadas. Los trabajadores, aunque en menor medida que los empresarios, se hallan con mucha frecuencia inmersos en prácticas de ilegalidad manifiesta o que bordean permanentemente la legalidad. En estas condiciones, ni es posible construir la base de la muestra, ni acceder a los trabajadores clandestinos, ni es posible obtener respuestas veraces a preguntas preformuladas.

Es cierto que la entrevista biográfica focalizada facilita la tarea de hablar, pero no presupone la disposición positiva de los entrevistados, ni la veracidad de las respuestas. Para poder acceder al trabajo sumergido y que los entrevistados pudieran hablar era necesario contar con un intermediario capaz de establecer el contacto y realizar las entrevistas, alguien que conociera el terreno e inspirara la confianza necesaria.

Ahora bien, el enfoque biográfico plantea problemas, dificultades e incertidumbres, sobre todo en el análisis, de difícil resolución. El uso minoritario que de él ha hecho la Sociología y la falta de investigaciones concretas realizadas, más allá de la defensa de sus presupuestos, dificulta aún más la tarea. Por ello, esta investigación se ha visto, a lo largo de todo su desarrollo, enfrentada a reflexionar sobre el método, sus virtualidades y sus limitaciones. Fruto de ello, el largo capítulo de metodología que en esta publicación se ha incluido, aunque sólo parcialmente, en el anexo, dirigido exclusivamente a aquellos lectores a quienes cuestiones como éstas puedan interesar.

Conviene aclarar que el enfoque biográfico es suscepcible de aplicación a dos tipos bien diferenciados de investigación. De un lado, si consideramos la biografía bajo cualquier modalidad (recogida mediante entrevista o por escrito) como un discurso, como una producción simbólica, su análisis necesariamente tiene por objetivo desvelar la estructura interna de dicho discurso, acceder a los significados de un "universo de sentido". Pero cabe también una aplicación del mismo enfoque para observar las dimensiones más materiales y concretas de la historia y los procesos de vida de los individuos, condiciones de existencia y experiencias sociales en las que necesariamente las realidades objetiva y subjetiva son indisociables. En este caso, el análisis se orienta no al discurso sino a la práctica social; y esta sería ilegible sin una interpretación que pusiera en relación dichas prácticas con la estructura social (Schwartz, 1999). Es evidente que esta división, como ocurre con frecuencia, establece una simplificación sobre la realidad. El material biográfico, precisamente porque entrega hechos y discursos indisociablemente unidos, encuentra a veces enormes dificultades de análisis en cualquiera de las dos perspectivas.

Esta investigación, se afilia sin duda alguna a la segunda opción. Aquí, la recogida los relatos biográficos es una forma de encuesta, pero que pretende el acceso a una información más amplia, y en algunos casos distinta, de la que permite la encuesta convencional.

La opción a favor del enfoque biográfico se apoya en consideraciones sobre la definición misma de la realidad social. La hipótesis que subyace en ésta, como en muchas investigaciones cualitativas, es que la realidad social es el resultado de un conjunto de fuerzas donde los individuos interactúan con oportunidades económicas inmediatas, con ideas adquiridas a través de la socialización, con actitudes desarrolladas en la infancia y la experiencia familiar adulta y con una estructura de relaciones. El conjunto de decisiones que ellos toman, dan forma a la vida de los individuos, y constituyen la dimensión y la dirección del cambio social principal. Si ello es así, el estudio de la estructura social, y especialmente de sus transformaciones puede, y debe, integrar también la perspectiva de los agentes sociales.

Es por ello que esta investigación no hubiera sido posible sin contar con conocimientos previos sobre la estructura socioeconómica, pues es en ese escenario donde toman sentido las biografías, al tiempo que ayudan a comprender como se ha constituido. En palabras de Ferrarotti: «*No se trata de colgar mecánicamente los jirones de experiencia humana, vivida y fechada, como serían las historias de vida, a un hipotético 'horizonte histórico', sino más bien captar el nexo de condicionamiento recíproco que co-*

rre entre los diferentes niveles de experiencia y entre éstos y el plano macrosistemático estructural, a fin de fijar los primeros elementos de una dialéctica relacional en la que naturaleza y cultura, ambiente e historia, sistema, clase, grupo e individuo establezcan entre sí una relación necesaria y al mismo tiempo apriorísticamente (dogmáticamente) no exactamente (cuantitativamente) previsible.» (Ferrarotti, 1991: 120)

El material biográfico no puede reducirse a ser una mera ilustración de realidades descritas desde otras perspectivas, más atentas a los procesos generales y a las abstractas relaciones de causalidad que los unen. No puede limitarse a colgar esos «jirones de experiencia humana» de un «hipotético horizonte histórico». Es verdad que, sin la reconstrucción de dicho horizonte, los relatos de vida quedarían huérfanos de cualquier sustancia sociológica. Pero es verdad, también, que si excluimos a los individuos y a los grupos del horizonte de la sociedad y de la historia nunca podremos entender por qué, en nuestro ámbito de conocimiento, encontramos tantas excepciones como reglas, tanta racionalidad como irracionalidad, tanto orden como desorden; por qué, finalmente, a menudo tenemos la impresión de que *cuanto más conocemos, menos comprendemos.*

El análisis del material biográfico pretende reconstruir, a través de los relatos individuales, un proceso que es colectivo. Este modo de proceder no desconoce la cesura entre la historia y lo cotidiano; entre las relaciones y las coerciones estructurales, y lo particular y episódico; entre la sociedad y los individuos; ni toma partido a favor de la experiencia. Tan sólo pretende «escuchar» antes de «comprender», encontrar las huellas de lo que ha pasado, seguir el rastro de los que viven y han vivido.

Ahora bien, el riesgo de los relatos biográficos es sucumbir precisamente a su carácter de relatos, a su capacidad para dar testimonio directo de realidades que el análisis sociológico desvela más lentamente, a esa sensación que generan de acceso directo y personalizado al conocimiento de las situaciones.

La reflexión de Andrés Bilbao, que se ha ocupado de estas cuestiones desde otra perspectiva, puede aquí servir de contraste a las pretensiones del análisis biográfico: "*Este proceso de desestructuración de la clase obrera es una larga elipsis cuajada de irracionalidad económica e insolidaridad. Pero sería erróneo deslizarse hacia una representación personalizada de este proceso, en la que los sujetos están repletos de intenciones morales. En unos casos esta escenificación corre el riesgo de derivar en la confrontación entre dos actores. La burguesía, como el Maligno para los antiguos, aparecería aquí como el responsable del ataque a la clase obrera, representación,*

a su vez, beatífica del ser social. Esta piadosa imagen convierte el análisis en un coro de lamentaciones, imprecaciones y disculpas. Y si este maniqueísmo es la imagen preferida de la iconografía testimonialista, hay otra también preferida por la beatería tecnocrática que culpabiliza a la clase obrera de su insolidaridad interna» (Bilbao, 1993: 49)

Estas palabras son sin duda un «aviso a navegantes», para los que, como en mi caso, nos adentramos en las procelosas aguas de la «iconografía testimonialista». En ellas, inevitablemente, sólo encontramos «sujetos repletos de intenciones morales», empeñados en salvar sus vidas, unas veces, en dura pugna contra los elementos; otras, intentando denodadamente alcanzar el bote salvavidas al que los más avispados lograron encaramarse antes.

Sin embargo, matizando la opinión de Bilbao, este proceso está repleto de intenciones. Los sujetos no representan a las fuerzas enfrentadas del bien y del mal, son ellos mismos las fuerzas que ponen en marcha los procesos. Otra cosa es establecer que sus acciones no siempre logran los objetivos perseguidos, ni siquiera tienen por qué incluir dichos objetivos.

Como esta misma investigación trata de demostrar, con frecuencia los sujetos están insertos en campos de fuerzas que limitan y coartan sus posibilidades de acción, y contra los que se estrellan sus buenas y sus malas intenciones. Pero esas fuerzas no son más que el resultado, previsto o imprevisto, de muchas intenciones y acciones encadenadas, cuya capacidad para configurar la realidad depende sobre todo del lugar que cada uno de ellos ocupa en la estructura social.

Para terminar, si un peligro acecha a una investigación que opta por una visión personalizada y -matizadamente- intencional, es el maniqueísmo al que alude Andrés Bilbao. Pero, precisamente, del estudio del calzado en Elche es tan difícil desgajar una imagen beatífica de la clase obrera, como maléfica de la clase propietaria; y ello, porque en la representación a la que vamos a asistir, los actores trastocan a menudo sus máscaras, dificultando la identificación de los buenos y los malos.

En cualquier caso, evitar los riesgos de una moral que se despliega sobre los individuos y los grupos en función de un cierto *parti pris*, no tiene por qué implicar la renuncia a toda consideración ética. Y mucho menos, a la posibilidad de establecer quiénes en este proceso han sido los ganadores; y quiénes, los perdedores. Y es que, al fin y al cabo, lo que relatan las biografías es la crónica de una derrota, una crónica dolorida a veces, carente de emoción otras, aceptada con resignación o con rabia, nostálgica o resistente. Para unos, la derrota es personal; para otros, de la clase.

CAPÍTULO 2

LA INDUSTRIA DEL CALZADO EN ELCHE: ANTECEDENTES Y EXPANSIÓN DURANTE LOS AÑOS SESENTA

1. Del artesanado a la industria. Un siglo de historia industrial (1850-1960)

Con frecuencia, el origen de muchas industrias modernas se halla en la existencia de artesanías tradicionales que, en determinadas condiciones y siempre que coincidan ciertos factores, se van a ir transformando en sectores industriales. En el caso de Elche, está históricamente probada la existencia desde antiguo de una artesanía de la alpargata, y en menor medida del zapato, sobre la base de la presencia en el medio de plantas como la barrilla, el cáñamo o el esparto. A pesar de los avatares de su desarrollo, sujeto siempre a los vaivenes de una exigua demanda y las dificultades para la comercialización de los productos, esta artesanía sorteó la crisis que supuso la expulsión de los moriscos, principal mano de obra en los inicios del siglo XVII, se benefició de la expansión de la población en el XVIII, que le permitió consolidarse, y entró en el siglo XIX con vitalidad suficiente para poder iniciar su transformación.

Además de la tradición artesanal, a la hora de explicar el proceso de industrialización es preciso acudir a otros factores. En opinión de Miranda Encarnación (1991: 43) estos pueden resumirse en: a) una agricultura escasamente productiva que obliga a la población a buscar otras fuentes de renta para asegurar la subsistencia; b) la presencia de plantas como las citadas más arriba, aptas para su transformación; c) la ubicación de Elche en el eje de comunicaciones del Valle de Vinalopó y la cercanía del puerto de

Alicante, que habrían de favorecer la comercialización de los productos.

Sevilla Jiménez, además de los factores internos, cree que hay que analizar el marco exterior: «La importación de yute, por ejemplo, que fue el motor de todo el desarrollo posterior de la industria, se hizo posible gracias a su abaratamiento debido a la revolución de los transportes marítimos y su importación de la India. La liquidación de la agricultura de completo autoconsumo en buena parte de España, y sobre todo, las masivas plantaciones de vid que se hicieron a partir de 1882 (con el tratado de exportación de vinos a Francia), al elevar el nivel de renta, elevaron el nivel de consumo (entre éste el de alpargatas) y las disponibilidades financieras de los pequeños y medianos propietarios» (Sevilla 1986: 244). Otros factores también contemplados pudieron ser la construcción del ferrocarril Alicante-Murcia, y el desarrollo del maquinismo textil, ya implantado muchos años en la industria catalana e incluso en Alcoy, y que tuvo su tardía, pero al mismo tiempo efectiva, representación en Elche.

Sobre la importancia de los cambios técnicos también coincide Bernabé Maestre (1975: 69): «*A la segona mitat de segle sobrevingueren una sèrie de canvis tècnics que assentaren les bases del desenvolupament d'aquestes manufactures. Per a la de l'espardenya foren: la substitució del cànem pel jute i l'aplicació de la lona, en el capítol de les matèries primes; la introducció de la màquina de cosir Singer (1875), del telar mecànic per a lones, i la màquina de fer trena. En el cas de la sabata, a més de la Singer, la màquina per a tallar la sola. Totes elles foren introduïdes a l'últim terç del segle*».

Finalmente, Bernabé Maestre (1976), al referirse al mismo problema, aun aceptado todas estas explicaciones, concede una especial importancia al medio social como factor explicativo: la existencia de una mano de obra abundante y habituada a los trabajos no agrícolas, pequeños agricultores parcialmente desarraigados de la tierra que, junto con menestrales y comerciantes, formaban una capa social con iniciativa y conocimientos del mercado, pero apenas sin capital. La industria se montó, por tanto, casi exclusivamente sobre una base humana, condicionada a la vez por un medio geográfico y una larga evolución histórica.

Es cierto, sin embargo, que estos factores parecen ser condiciones necesarias, pero no suficientes, para explicar la transformación de la artesanía en industria, su supervivencia y su posterior auge. Además de una tradición antigua, que no es otra cosa más que un depósito de saberes, esta dinámica se pudo desarrollar gracias a otros elementos como la in-

corporación continuada de nuevas técnicas, procesos y materiales, nuevos métodos de fabricación, el continuo movimiento de creación y desaparición de empresas, la particular idiosincrasia de su empresariado y, claro está, el trabajo de miles de obreros y obreras, que es finalmente la fuente última de creación de riqueza.

Ahora bien, esta polémica, que puede ser relevante para los historiadores industriales, no puede ocupar mucho espacio en este breve repaso al proceso de industrialización en Elche. Sean cuales hayan sido los factores desencadenantes, lo cierto es que el municipio va a conocer en la segunda mitad del siglo XIX el crecimiento de las actividades manufactureras y muy especialmente de la industria alpargatera, así como del sector textil que abastecía al anterior.

Es en los años 80 del siglo XIX cuando van a aparecer las primeras fábricas. Hasta ese momento, según Sevilla, «(...) la fabricación [de alpargatas] estaba dividida en infinitos talleres pequeños que se limitaban a ceder su producción a varias casas de la localidad a cambio de las primeras materias, quienes las expedían para fuera en cuyos negocios obtenían pingües ganancias» (1986: 253). El zapato en este período, sin embargo, no va a correr la misma suerte. Aunque existía un número considerable de talleres zapateros, la falta de mercados y la incapacidad para incorporar mejoras técnicas que aumentaran la productividad hicieron que muchos de estos talleres se hundieran a finales del siglo (Miranda Encarnación, 1991).

Además del textil, que alcanzó un enorme desarrollo con la fabricación de trenzas para las suelas algodón y palas, el crecimiento de la industria alpargatera indujo la aparición de otras industrias auxiliares, así como de una gama de servicios financieros, de transporte, etc. que realimentaban el proceso y consolidaban la industrialización. A final del siglo, y siempre según Miranda Encarnación (1991), además del calzado y el textil, Elche cuenta con una industria alimentaria en expansión, un sector químico que produce jabón, almidón, tintes y alcohol, una industria de curtido de pieles, industria de artes gráficas, mecánicas y de mobiliario, además de un sector eléctrico en desarrollo. Por otra parte, estos sectores tienden a reducir el número de empresas y a aumentar la capacidad productiva, en la medida en que se van transformando de manufacturas en industrias.

Ahora bien, para que este crecimiento fuera posible era necesario contar con el aumento de la demanda y la existencia de mercados suficientes, capaces de absorber una producción creciente. En un país pobre y con un

mercado que difícilmente podía rebasar el nivel local o comarcal, el crecimiento de la demanda de los nuevos productos tiene que ver con las mejoras introducidas en la agricultura, en el caso de Elche especialmente la introducción de la viña. Pero además, a finales del siglo, el mercado del calzado ilicitano se amplía a Madrid y a las colonias, sobre todo a Cuba (Bernabé Maestre, 1975)

A comienzos del siglo XX comienzan a aparecer en Elche las primeras fábricas de zapatos, montadas por los mismos empresarios alpargateros que, aprovechando sus conocimientos y la red de servicios e infraestructuras montadas alrededor de la alpargata y el control sobre los mercados así como una demanda creciente, diversificaron sus negocios. En 1904, Elche contaba con diez fábricas de zapatos (Miranda Encarnación, 1991: 61). Según las mismas fuentes, en 1911, había además diecisiete fábricas de alpargatas y cuarenta talleres.

Con esta infraestructura, Elche podía aprovechar las ventajas que para un país no beligerante representó la II Guerra Mundial. Elche, al igual que la industria española en general, se benefició de la contienda una vez pasados los primeros momentos de carestía y desabastecimiento. La ampliación de los mercados exteriores y la necesidad de sustituir importaciones ayudaron a la consolidación de diversos sectores industriales. En el caso del calzado, las oportunidades eran mayores, porque los principales contendientes, como Francia y Alemania, eran también países líderes en la producción de calzado. La exportación de calzado a Francia para su ejército es una prueba de estas ventajas. De hecho, en este cuatrienio aparecieron en Elche veinticinco nuevas fábricas de alpargatas y también aumentaron las de zapatos. Pero, además, el resto de las fábricas habían aprovechado los rendimientos reinvirtiéndolos en el sector, lo que provocó una importante modernización del aparato industrial.

Por otra parte, la industria alpargatera se benefició de una innovación esencial: en los años veinte, la sustitución de las suelas de cáñamo y yute tradicionales por las de goma, además de mejorar la calidad del producto, aumentando su resistencia e impermeabilidad, permitió abaratar los costes de producción, lo que redundó en un aumento de la demanda.

En resumen, el modelo industrial que se fragua en Elche, y que tiene como sector dominante el calzado, y especialmente el subsector alpargatero, es un modelo peculiar -que hoy podríamos denominar "flexi-

ble»- que combina la producción fabril con la existencia de un elevado número de talleres tradicionales, muchas veces de carácter familiar; y que utiliza, como vamos a ver enseguida, tanto el trabajo a domicilio de carácter estable, el trabajo a domicilio temporal, combinado con otras actividades como la agricultura, y el trabajo de fábrica. Un modelo que consigue ampliar los mercados locales y comarcales en un breve espacio de tiempo, capaz de utilizar los adelantos técnicos y una estructura muy tradicional.

Este modelo industrial llega a los años treinta con magníficas posibilidades de expansión, con un aparato productivo importante, que había además sabido diversificarse abriéndose, por ejemplo, hacia la producción de zapatos (30 fabricas de calzado de cuero en 1922). Estas buenas perspectivas, como ocurrió en otras zonas de España, se vieron truncadas con la guerra civil y el difícil período de la posguerra que supuso, en términos cuantitativos y cualitativos, una larga fase de estancamiento para la industria del calzado, así como para resto de los bienes de consumo.

La guerra y la posguerra española, por distintos motivos, van a suponer un difícil período para el crecimiento de las actividades industriales. Será preciso esperar a los años sesenta para que la dinámica de expansión del calzado en Elche pueda recuperarse.

Además de la guerra, la tardía recuperación del calzado tiene su explicación en la política económica que el gobierno franquista impuso a partir de 1940. Como demuestra Jordi Catalán (1994), las industrias de bienes de consumo -entre las que ocupa un lugar destacado el calzado- sufrieron en primer lugar la falta de materias primas, resultado de la autarquía, como un pesado lastre para la recuperación. La asignación centralizada de materias primas industriales, por cupos y a precios tasados, fue absolutamente ineficiente, pues a menudo no tenía en cuenta la capacidad productiva instalada o era inadecuada para las necesidades de ésta. Por otra parte, estas rigideces fomentaron la existencia de un mercado negro -el extraperlo- que llegó a alcanzar dimensiones considerables y que encarecía enormemente los precios de las materias primas, hasta duplicar o triplicar los costes.

El segundo factor que afectó negativamente a la industria fue, sin duda, la restricción de la demanda de bienes de consumo que sufrieron los españoles durante casi dos décadas. Catalán (1994), citando a Paris Eguilaz, estima que el salario percibido por el trabajador industrial se situaba en 1950 un 26% por debajo del de 1935. A la férrea limitación de los salarios, cabría añadir que la escasez de recursos alimentarios encareció enormemente los precios, haciendo que los trabajadores tuvieran que dedicar un porcentaje creciente de su renta a la adquisi-

ción de productos básicos, y disminuyendo en consecuencia el consumo de otros productos industriales.

Las conclusiones de Catalán no dejan lugar a dudas sobre los efectos que estas políticas del Régimen tuvieron sobre las industrias de bienes de consumo: la política económica de posguerra discriminó a las industrias productoras de bienes de consumo tradicionales y comprimió los salarios reales, generando una transferencia de recursos hacia otros sectores. Además: "(...) el marco económico de los dos primeros decenios franquistas primó el capitalismo especulativo al ofrecer muchas mayores posibilidades de enriquecimiento en la esfera del intercambio que en la de la producción. Todo ello interrumpió el proceso de renovación paulatina de las técnicas fabriles que venía dándose antes de 1936 en las industrias tradicionales y provocó una mutación radical en los parámetros del éxito económico y en la naturaleza de la clase empresarial hispana» (Catalán, 1994: 396).

Aunque Elche se va a beneficiar brevemente de la guerra en sus inicios, porque desde 1936 abasteció al ejército de alpargatas de suela de goma rellena de cáñamo, su industria va a correr la misma suerte que el resto de los estos sectores. Mientras la industria del zapato tiende a decaer, la alpargata, que había perdido importancia en las últimas décadas, vuelve a resurgir con fuerza, tanto en el período de la guerra como sobre todo en la década de los cuarenta. La falta de materiales obliga a abandonar casi totalmente la fabricación de suelas de goma, que con tanto éxito se había iniciado en Elche. El calzado de cáñamo, o de esparto encapado en cáñamo, resurge con renovada fuerza. Así, entre 1940 y 1950, según Bernabé Maestre (1976), unas 100 empresas en Elche se dedicaban a la fabricación de la alpargata. Sólo avanzados los cincuenta la fabricación de alpargatas inició su descenso, hasta casi desaparecer en la década de los sesenta, a medida que iba creciendo la producción de zapatos y, lentamente, la de zapatillas de goma. No parece extraño tampoco que durante estas tres décadas no se produjeran apenas progresos técnicos en las industrias. Hasta el final de los años 50 no se introducen innovaciones reseñables en la fabricación del calzado.

La década de los cincuenta representa el inicio de la recuperación de la industria del calzado en Elche, después de las dificultades que había atravesado durante la guerra y la posguerra. Es sobre todo en el segundo quinquenio cuando se producen los procesos de transformación que van a desembocar en el auge de la década siguiente. Una estructura productiva

integrada por un pequeño número de grandes empresas y un elevado número de pequeñísimas empresas, en su mayor parte familiares, es la característica del período. La producción de alpargatas va siendo sustituida paulatinamente por la de zapatillas y, sobre todo, por la de zapatos, que mostrará un gran crecimiento durante la década, cuando una cierta recuperación económica permita una demanda de calzado de mayor calidad.

La industria del calzado se abastece básicamente de fuerza de trabajo del mismo municipio, aunque, a medida que avance la década, las necesidades crecientes de mano de obra alentarán la llegada de inmigrantes, provenientes en su mayoría de las comarcas del entorno más próximo. En 1950 la población ocupada en el calzado asciende a 9.768 personas (Tortosa, 1979), que se distribuyen entre los distintos subsectores de la siguiente forma: 4.381 en la producción de zapatos, 2.088 en la alpargata, 2.225 en la zapatilla y 1.074 en el textil. Una década después, en 1960, los ocupados en el calzado se habrán incrementado un 5'5%.

2. Crecimiento demográfico y formación de la clase obrera

El desarrollo industrial ilicitano estuvo acompañado del crecimiento de la población, condición necesaria para que dicho desarrollo pueda ser efectivo. Si durante la primera parte del XIX la población se mantiene estancada, a partir de los setenta, a medida que las nuevas formas de producción se van asentando, la población crece considerablemente, con un incremento anual acumulativo que supera el 1% durante estas últimas décadas del siglo. La población censada en Elche en 1900 ha alcanzado los 27.308 efectivos. Hasta 1930, el ritmo de crecimiento se mantiene en torno al 1% anual.

Curiosamente, durante las décadas de los treinta y los cuarenta el crecimiento demográfico parece intensificarse, con tasas que superan el 2% anual, y ello a pesar del aumento de la mortalidad por efecto directo de la guerra y el descenso de la natalidad que acompaña a todos los períodos bélicos. V. Gozálvez (1979), que ha estudiado en profundidad la demografía ilicitana, aclara que este crecimiento excesivamente saneado no es real, sino que fueron precisamente las dificultades alimentarias posbélicas las que dieron lugar a una estrategia de inscripciones dobles y triples en los registros, según se ha podido comprobar *a posteriori*.

En la década de los cuarenta, corregidos ya los efectos anteriores, se van a alcanzar tasas de crecimiento relativamente altas: la media anual

acumulativa se acerca al 2%. El despegue, sin embargo, se va a iniciar en la década de los cincuenta, con un incremento de casi 18.000 nuevos habitantes, que representa un aumento porcentual del 30%. Estos incrementos, con ser espectaculares, quedan ensombrecidos por el crecimiento de las dos décadas siguientes.

La distribución de la población en el espacio resulta peculiar en Elche. Que en los inicios del siglo XX casi la mitad de la población de un municipio ya industrializado como Elche siguiera viviendo dispersa o en pequeños núcleos rurales resulta un dato llamativo. La explicación de este fenómeno se encuentra en uno de los rasgos característicos de la industria ilicitana, y es que el crecimiento de la producción industrial no se apoyó exclusivamente en el uso de la mano de obra del casco urbano, sino también de aquella subempleada en la agricultura, especialmente mujeres y niños, y de los jornaleros que simultaneaban las labores agrícolas con el trabajo industrial, sobre todo a domicilio (Miranda Encarnación, 1991). Parece evidente, sin embargo, que si la población rural pudo evitar el traslado al casco urbano fue porque el campo ilicitano, a pesar de su endémica falta de agua, atravesaba una buena coyuntura, gracias especialmente a la vid, y ello, junto a los ingresos complementarios obtenidos de la industria, permitió el mantenimiento de la población rural.

Sin embargo, esta distribución paritaria de la población entre la ciudad y el campo se va a romper en el siglo XX. A partir de 1900, el crecimiento de la población corresponde exclusivamente al área urbana, mientras el campo se estanca, con excepción de la década de los cuarenta en la que el incremento de 38 puntos porcentuales está sin duda relacionado con las dificultades alimentarias de la posguerra. Cabe pensar que la población buscó refugio en el campo, donde parecía más fácil enjugar el hambre.

El crecimiento demográfico ilicitano hasta la década de los treinta es resultado, sobre todo, de los saldos vegetativos siempre positivos y, en menor medida, del saldo migratorio, aunque también éste resultó positivo en la segunda parte del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Pero es sobre todo a partir de 1930 cuando Elche empieza a recibir aportes migratorios reseñables. El movimiento migratorio aportó durante la década de los treinta casi 4.500 nuevos efectivos, y otros 4.000 en la década siguiente. Entre 1950-1960 se elevó hasta 8.887. Como resultado, el Censo de 1960 establece que el 35% de los 73.320 habitantes con que cuenta Elche ha nacido fuera del municipio.

Poco sabemos sobre la evolución de la población activa y su distribución hasta los años sesenta. Por otra parte, dicha información es de escasa relevancia para esta investigación. Sin embargo, Miranda Encarnación (1991) ha desempolvado un documento que sí merece aquí una atención detallada. Se trata de un informe de 1911, elaborado por la patronal zapatera a solicitud del cronista de la ciudad. Aunque Miranda Encarnación duda de la veracidad de la información, lo cierto es que la precisión de sus datos, y el hecho mismo de haber sido dictado por los empresarios, nos permiten dar alguna credibilidad a dicho documento, que prueba la existencia de trabajo a domicilio desde muy temprano en el calzado de Elche.

Los trabajadores a domicilio, según este informe, superaban con creces a los trabajadores en la fábrica: representaban el 71% del total de 8.188 empleados en el calzado. Pero el trabajo a domicilio no afectaba igual a hombres y a mujeres. Entre las mujeres, ésta era la forma dominante de trabajo: 4.100 mujeres a domicilio, frente a sólo 1485 en la fábrica. Entre los hombres aunque el trabajo a domicilio era dominante, se producía en una menor proporción.

Como Gozálvez Pérez (1979) ha llamado la atención, la actividad femenina en Elche ha sido tradicionalmente muy amplia, aunque los censos y padrones de población apenas si hayan recogido un pequeña parte de ella, relegando estadísticamente a las mujeres a su papel de amas de casa. En la industria alpargatera, de ser ciertos estos datos, las mujeres representaban el 68% de la mano de obra. Extrapolando estas cifras, las mujeres en este período tendrían una tasa de actividad del 50%. La actividad femenina tiene por tanto en Elche una larga tradición, las mujeres han trabajado en la industria incluso en mayor proporción que los hombres. Las estadísticas oficiales mienten sobre la realidad del trabajo de las mujeres, dicen sólo la verdad sobre la consideración social de este trabajo.

Los datos de la patronal ilicitana, incomprensiblemente, reconocen en 1911 la existencia de trabajo infantil, y ello a pesar de que la primera reglamentación sobre el trabajo infantil se había producido en 1901. El trabajo infantil se realizaba mayoritariamente en el hogar. Entre 0 y 9 años, el informe reconoce que trabajan 330 niños: 190 varones, y 140 mujeres. Entre 10 y 13 años, 600 varones y 295 mujeres. Si estas son las cifras de trabajo infantil reconocidas, cabe pensar que en realidad los niños trabajaban con mucha frecuencia, pues cuando el trabajo se realiza en el hogar es difícil distinguir entre el trabajo y el no trabajo, dado que en la

familia la colaboración en las tareas es muy frecuente. Por otra parte, un número tan elevado de trabajadoras a domicilio debía de suponer que el trabajo de mantenimiento del hogar y el cuidado de los más pequeños recaía forzosamente sobre los menores y, en mayor medida, sobre las menores. En este sentido, los estudios de historia oral, de haberse realizado, hubieran permitido ilustrar ampliamente la realidad de este amplísimo trabajo infantil.

El mismo informe establece que la división de tareas entre la casa y la fábrica no era rígida, aunque ciertas tareas tenían un escenario privilegiado. Así, parece que las mujeres que trabajaban mayoritariamente en casa eran las «sogueras», que hacían trenza a mano; las «reborderas», que ponían cerquillo a las suelas; las «aparadoras», que pespunteaban a máquina la lona del empeine. En la fábrica solían trabajar las «rayadoras», cuya tarea consistía en apretar las suelas; o las aprendizas, que se encargaban de aplicar el almidón o la cola. Las «cosedoras», que unían las lonas con la suela trabajaban tanto en casa como en la fábrica.

Siempre siguiendo a Miranda Encarnación (1991), que tan bien ha ilustrado este período, dado que la forma general del salario era el destajo, no se establecían diferencias en el pago entre trabajo en casa o en la fábrica, aunque la discriminación salarial sí afectaba a las mujeres y a los niños, que eran los grupos más frecuentes en el trabajo a domicilio, como hemos visto. Resulta entonces difícil aceptar la idea de la no discriminación salarial, entre uno y otro tipo de trabajo. En el caso de no haber sido más barato, no se hubiera optado masivamente por su utilización, dada la tendencia del período a la concentración de la mano de obra en las fábricas, a pesar de los peligros que ella entrañaba, facilitando la organización de los trabajadores. El recurso masivo al trabajo a domicilio, si hemos de creer el informe ya tantas veces mencionado, sólo encuentra su justificación en el ahorro de costes que suponía, al emplear masivamente mano de obra femenina e infantil.

Parece también probada la existencia de un volumen importante de trabajo a tiempo parcial, tanto de hombres campesinos como de mujeres amas de casa, justificado por la estacionalidad de la producción. Se trabajaba sobre todo de marzo hasta junio. Durante el verano incluso muchas fábricas cerraban o pasaban a trabajar a tiempo parcial. Sevilla aporta documentos históricos que prueban la importancia del paro estacional, que podía alcanzar hasta 3 o 4 meses: «Si en épocas pasadas eran los arte-

sanos los que vendían su propia producción, alternando las funciones de fabricante y comerciante, según la época y el consumo anual, con la concentración, aunque mínima, de la producción en pequeños talleres, este proceso se acaba. Ya no son los propios productores los que comercializan su producción, aprovechando las épocas de mayor consumo (sobre todo invierno), sino que son los fabricantes y comerciantes los que realizan esta función, dejando durante los meses de faenas, trabajando toda la familia. Este paro estacional debió ser más fuerte aún en la ciudad que en el campo, ya que en éste coincidían con las faenas de laboreo y siembra. Esta ruptura anual del proceso de producción llevó a los fabricantes a renegociar anualmente las condiciones de trabajo, y sobre todo, a rebajar también anualmente los salarios» (1986: 258)

Para terminar con este breve repaso, queda por hacer referencia a la organización de los trabajadores y a su irrupción en el panorama social y político ilicitano. El movimiento obrero se inicia en Elche con las primeras asociaciones de ayuda mutua. En 1885 se funda el Círculo Obrero, que va a prolongar sus actividades asistenciales hasta la guerra civil. La organización sindical se va a ver sin duda entorpecida por la peculiaridad de la clase obrera ilicitana, como se ha visto, nutrida en gran medida de campesinos y trabajadores a domicilio. A pesar de ello, en 1899 surge el Gremio de Costureros, que en 1901 habría de integrarse en la UGT.

1903 es sin duda una fecha importante para los obreros ilicitanos: durante nueve meses la huelga paralizó la producción de calzado y prácticamente la ciudad. Apoyados económicamente por la UGT, los obreros mantuvieron este largo paro que se saldó, sin embargo, con un acuerdo que no respondía a sus reivindicaciones. Esta huelga parece haber sido la expresión más rotunda de la aparición en escena de la clase obrera y su organización, y al mismo tiempo una derrota. La década siguiente va a estar marcada por la desafiliación sindical y la transigencia frente a los abusos de la patronal.

Hasta la guerra civil el movimiento obrero ilicitano se va a ir consolidando, aunque sus movilizaciones van a ser más o menos intensas dependiendo de los avatares sociales y políticos de la compleja situación por la que atravesó España durante ese período.

La guerra civil significará el fin de este período de luchas sociales. Para el movimiento obrero, un largo interregno de desmovilización y la obligada aceptación de las duras condiciones de explotación que se impondrán durante las décadas siguientes.

Los años cuarenta y cincuenta fueron para los trabajadores del calzado un duro período, los salarios descendieron y las condiciones de vida empeoraron para ellos, como lo hicieron para la mayor parte de la población española. Era ésta, según los testimonios recogidos, una mano de obra enormemente disciplinada, que trabaja larguísimas jornadas, bajo un régimen laboral que mezclaba, aunque en desiguales dosis, disciplina férrea, ningún reconocimiento de derechos laborales y un cierto paternalismo empresarial. La guerra estaba demasiado cerca, el recuerdo de la represión y el hambre aprisionaba las conciencias.

> (20) *Por razones de represalia política yo nací en Dolores. Volví a Elche en el 51. Lo de Dolores fue circunstancial, al salir mi padre de la cárcel después de la guerra le indicaron que tenía que estar fuera de Elche un tiempo y, como estaba en libertad condicional (...). Yo no tengo titulación, al ser mi padre no adicto al Régimen, no teníamos derecho a la escuela pública, entonces prácticamente la enseñanza la he hecho en mi casa, casi siempre con maestros particulares también represaliados que venían a casa a darnos clase, por eso no había posibilidad de titulación de ninguna clase, no llegué a entrar en la escuela pública nunca».*

Que los hijos de los que perdieron la guerra quedaran excluidos de la escuela pública es sin duda una prueba del ensañamiento de los vencedores; pero, en la práctica, su situación no variaba mucho del resto de los que estaban destinados a trabajar en las fábricas. Para todos ellos, la escolaridad parece haber sido un período muy breve que apenas capacitaba a los trabajadores para leer, escribir y realizar con dificultad las operaciones básicas. Entre el abandono de la escuela y el ingreso en la actividad laboral, a muy tempranas edades, no mediaba ningún período intermedio, y de esa escuela casi nunca obtuvieron más allá de un certificado de estudios primarios, la mayoría ni siquiera eso. Aún a finales de la década de los cincuenta se mantenían las mismas pautas:

> (27) *-Me incorporé a la escuela cuando tenía unos siete años, antes había mujeres que se dedicaban a tener chiquillos en clase, les ayudaban a leer y eso, no había escuelas. Antes había aquí en Elche sólo cuatro escuelas, la de la Plaza Barcelona, la de Cruz de los Caídos y dos ya más para abajo. Nosotros no vivíamos aquí en Elche, vivíamos en la carretera de Aspe, ahora es el Toscal (...) Fui a la escuela sólo dos años, porque luego ya empecé a trabajar (...) Seguía yendo por la noche, trabajaba de día y iba a la escuela de noche a estudiar.*

-Entonces los primeros años trabajabas y estudiabas

-Sí, allí en el barrio Patilla había un oficinista que se dedicaba a coger la gente para enseñarles a leer para prepararlos, porque entonces si querías el certificado de estudios primarios tenías que ir a la Cruz de los Caídos.

(1) *Trabajaba de lunes a viernes once horas, el sábado hacíamos menos, sólo ocho o nueve, y algunas veces también trabajábamos el domingo por la mañana*

(1) *Me daba la impresión de cuando van a comprar a la feria una cabeza de ganado, porque tenías que ir al dueño y él tenía que verte (...) ellos se paseaban por la fábrica de brazos cruzados mucho rato viendo a la gente como trabajaba y como se movía, pues cuando tenías que irte o quedarte tenían que verte.*

Finalmente, junto a estas condiciones, los trabajadores tenían pocos derechos, y aquellos que las leyes les otorgaban podían ser fácilmente conculcados. En ausencia de auténticas organizaciones que defendieran sus derechos o negociaran sus reivindicaciones, los trabajadores no disponían de ningún mecanismo de protesta ni de resistencia frente los abusos:

(1) *Yo, como era hija de viuda, me pagaban los puntos, después los puntos los pagaban por el Estado, pero entonces se pagaban por la empresa, el dinero que la empresa tenía para aquello se distribuía, y al reclamar yo los puntos me echaron. Entonces no les interesaba gente que cobrara puntos, por eso preferían siempre gente joven, pero como yo era hija de viuda me pertenecían y no me los podían negar, la única forma que había era tirarme a la calle.*

(1)-*¿Había algún tipo de conflictos en la fábrica?*

-No, conflictos no había ninguno [ríe], *no, entonces no.*

Bajo estas condiciones la industria del calzado ilicitana fue consolidándose durante los años cincuenta. El Plan de Estabilización del 59, el crecimiento de la demanda nacional y las nuevas posibilidades de exportación, además de las férreas condiciones laborales, permitirán durante la siguiente década un enorme desarrollo del calzado en Elche, que junto con otras ciudades de la cuenca del Vinalopó -como Elda, Villena, Petrer o Monóvar- van a constituir uno de tres principales centros productores del calzado español.

3. Expansión de la industria del calzado durante los años sesenta

Para entender lo que Bernabé Maestre (1975) ha denominado como «segunda industrialización» durante este período, es preciso acudir a varios factores explicativos. Si bien es cierto que el calzado en Elche contaba ya con una larga tradición y que desde finales del siglo XIX se había desarrollado una industria que producía una parte importante de todo el calzado español, su ingente crecimiento durante este período no puede explicarse exclusivamente en función de su anterior desarrollo. Como recuerda Sevilla (1985), otro tipo de localidades o zonas con unas condiciones semejantes a Elche en la producción alpargatera tradicional -como Lorca o Caravaca-Cehegín- vieron hundirse progresivamente la misma para, coincidiendo con el boom ilicitano, desaparecer prácticamente del panorama.

Bernabé Maestre (1975), al tratar la cuestión, establece que el calzado es una de esas industrias de «no-localización», insensibles al coste del transporte, pero muy sensibles al coste de la mano de obra, dado que la productividad del trabajo es baja y las condiciones de producción no permiten realizar economías de escala. Sin embargo, ello no significa que se sitúe en zonas subdesarrolladas, carentes de iniciativa, sino en zonas de transición: *«Segurament és per aquesta raó que la industria de la sabata mostra aquesta curiosa disposició en cercles al voltant dels pòls naturals de desenvolupament (Illes Balears-Castelló-Zaragoza-Alacant entorn de Barcelona i Logroño-Zaragoza-Navarra entorn al País Basc), defugint els màxims d'ingressos per assalariat, però ocupant una situació intermèdia respecte dels mínims»* (Bernabé Maestre, 1975: 91)

También Ybarra (1986), aun coincidiendo en que el calzado es una actividad de localización indeterminada en su instalación inicial, considera que en el momento del desarrollo del sector, cuando se solicitan volúmenes de producción elevados, los conocimientos previos derivados de la existencia anterior de manufacturas se convierten en «ventajas locacionales» para el desarrollo del sector: «el trabajo -la abundancia y la predisposición de mano de obra- ha sido el factor de carácter endógeno que ha resultado básico para su crecimiento, caracterizándose de esta forma un modelo de industrialización distinto al que se lleva a cabo en el conjunto de la economía española a partir de los sesenta y que básicamente es un modelo más de capital intensivo» (Ybarra, 86: 16)

La disponibilidad de mano de obra abundante, favorecida por el proceso migratorio de los años 60, se convierte en uno de los factores explicativos fundamentales. La expansión del calzado se ha apoyado en la incorporación masiva de trabajadores al proceso productivo, para ello era necesario contar con los aportes exteriores. Por otra parte, la abundancia de mano de obra permite mantener bajos los salarios, como demuestra el hecho de que los salarios pagados en el sector, a pesar de las tendencias al alza a medida que avanzaron los años 60, se mantuvieran por debajo de otros sectores industriales.

El conocimiento y la experiencia acumulada por los trabajadores y transmitidos entre las generaciones son, en este modelo, factores esenciales para el desarrollo de la industria. Es importante, además, el hecho de que la experiencia acumulada en el área se transmite incluso al gran volumen de inmigrantes, por el simple contacto, por la familia, por las relaciones personales, por la facilidad de comunicación que aporta la aglomeración.

Para resumir, siguiendo a Ybarra, los factores de carácter endógeno que han decidido la estructuración del sector calzado han sido: i) las economías de aglomeración que permiten una industrialización difusa derivando economías externas al sector e internas a la planta; ii) abundancia de mano de obra adiestrada que posibilita un crecimiento sostenido en tanto que es un sector cuya relación capital/trabajo es baja; y iii) bajo coste del factor trabajo asegurando una rentabilidad de explotación y una competitividad del producto basada en precio.

Por su parte, Sevilla Jiménez (1986) va a insistir en la importancia de las conexiones productivas entre las empresas, en un modelo de «complejo industrial», donde las ventajas no se dan pues a nivel individual, empresa por empresa, sino que son comunes a todo un conglomerado de la mismas, que ven los efectos sobre un grupo de ellas multiplicado en el resto de las mismas. Ahora bien, en un «complejo industrial» la iniciativa empresarial y su capacidad para actuar coordinadamente se convierten en un factor esencial para el desarrollo. Este modelo, basado en la proliferación de pequeñas y medianas empresas, a menudo complementarias, requiere de un enorme esfuerzo para ajustarse unas a otras, en un sector donde además los mercados de venta son permanentemente cambiantes, tanto en lo que refiere a las fuertes variaciones estacionales, de precios, de moda, de calidades y cantidades: «Lo más sorprendente, o quizá lo más explicativo de este fenómeno -dice Sevilla- es la sensibilidad que este

empresariado ha adoptado frente a estos cambios de coyuntura desde una perspectiva individual, sin ningún tipo de planificación ni orientación colectiva. Elche no cuenta, por ejemplo, con una Cámara de Comercio, ni con organizaciones empresariales definidas, ni con Ferias ni otros organismos que, de alguna forma, plantearan los problemas comunes a la industria» (Sevilla, 1986)

Ahora bien, aun si se cumplen todos estos prerrequisitos para el desarrollo del calzado, éste no hubiera sido posible de no haber existido una coyuntura favorable en el comercio mundial. Durante los años 60 se produjo un proceso de reorganización de la industria del calzado a nivel mundial. Los que habían sido grandes países productores hasta ese momento, que coincidían además con los mayores consumidores de calzado -sobre todo Estados Unidos y los países más ricos de Europa- dejaron de tener interés por un sector que, pese a las mejoras técnicas, seguía siendo intensivo en mano de obra. La elevación de los costes laborales hace que la producción tienda a desplazarse hacia los países intermedios como España, que empieza a ganar cuotas de mercado frente a los grandes, donde la producción se estanca o retrocede.

Este proceso de deslocalización de la industria del calzado queda bien ilustrado por la evolución de las exportaciones españolas, entre las que Elche tiene un papel dominante. En 1961, el mercado exterior acogía el 5% de la producción española, en 1971, el 40%. En 1968, España pasó a ocupar el quinto lugar entre los países exportadores de calzado. A partir de 1972, el porcentaje dedicado a la exportación se estanca y después disminuye, a medida que el mercado nacional va acogiendo una parte cada vez más importante de la producción (Bernabé Maestre y Fabra, 1979)

Al proceso de desplazamiento de este sector productivo hacia los países intermedios, y con más bajos salarios, habría que añadir como factor explicativo la política comercial española del período que, en opinión de Ybarra, discriminó favorablemente al calzado español, a través de tres mecanismos: i) reservando el mercado interior a la producción nacional; ii) estableciendo un diferencial arancelario a su favor y iii) utilizando el tipo de cambio como instrumento reductor de precios en el mercado exterior. (Ybarra, 1986: 23)

El crecimiento de la demanda interna, que se beneficia del aumento de los salarios durante esta década del desarrollismo, y el aumento de las exportaciones, gracias a la competitividad de los precios del calzado español,

explican el rápido desarrollo del sector en aquellos municipios que supieron aprovechar las nuevas oportunidades que estos mercados brindaban.

Finalmente, habría que añadir que esta coyuntura favorable fue propiciada también por un importante proceso de innovación de las técnicas productivas, que va a transformar profundamente el sector. A mediados de los años cincuenta, el descubrimiento de colas a partir de celulosa, realizado por un especialista en Turín, va a permitir una total renovación del proceso de montaje del calzado. Hasta ese momento, el zapato era cosido a la suela, según las técnicas de la cosedora Goodyear introducidas en Estados Unidos la última década del XIX, y que pasarían después a Europa siempre bajo el control de la industria americana (Nadal, 1994: 328). Aunque menos resistente que el cosido, el zapato de suela pegada es más flexible y, sobre todo, más rápido de elaborar.

Tal y como lo relata Bernabé Maestre (1975) es precisamente durante los 60 cuando se van a introducir las primeras secciones de mecánica moderna en las fábricas de zapatos del Vinalopó, que implicaban la utilización de máquinas hidráulicas de centrar y montar, las prensas de pegar, el horno de secar y la cadena. La cadena, por otra parte, abre la posibilidad de la introducción de nuevas técnicas de organización del trabajo desconocidas hasta ese momento en el calzado, un sector escasamente mecanizado. El taylorismo que se impone en las fábricas más avanzadas lleva aparejado el cronometraje de las operaciones y el salario con primas a la productividad.

Como repetidamente se ha señalado (Ybarra, 1996; Bernabé, 1976; Sevilla, 1985), durante los años sesenta no sólo creció el número de los establecimientos industriales, sino que además aumentó su tamaño medio. Así, según los datos recogidos por Sevilla, de las 321 empresas de calzado que había en 1965 se pasó a las 447 de 1970. Sólo en este quinquenio la población ocupada en el sector pasó de los 6.116 a los 9.202 de 1970, que se elevan hasta 14.809, si incluimos a las industrias complementarias, el caucho, el plástico y el textil. Si atendemos a la clasificación de las empresas según el número de trabajadores, las nuevas empresas se concentran o bien entre las más pequeñas (23 nuevas empresas con menos de 6 trabajadores), o entre las de tamaño medio-grande, especialmente en los tramos entre 50 y 200 trabajadores.

La producción de calzado en grandes series standard, que atendía a un mercado de gusto poco diversificado, aconsejaba buscar mayores dimen-

siones en las empresas, capaces de obtener economías de escala por tamaño. Sin embargo, junto a estas tendencias, el calzado permite fácilmente la creación de nuevas empresas, sobre todo de pequeñas empresas, muchas de ellas familiares. Debido a los escasos requerimientos financieros y tecnológicos, el conocimiento productivo y de los mercados se convierten en los recursos esenciales para la creación de nuevas empresas. Por ello, la estructura productiva del calzado fue durante todo el período muy diversificada: junto a las grandes empresas, que ocupan cientos de trabajadores, aparece un elevado número de empresas medianas y pequeñas.

Finalmente, el rasgo característico de la industria del calzado en Elche es que una parte importante de estas nuevas fábricas se integran en los llamados «grupos de empresas», que mantienen entre ellas niveles variables de dependencia. Aproximadamente una tercera parte de las empresas creadas en Elche en esta década pertenecen de una u otra forma a estos grupos de empresas. (Sevilla, 1985)

4. La inmigración y sus condiciones de incorporación a la industria del calzado

Socialmente, el fenómeno más característico de los años sesenta fue, sin duda, el intensísimo proceso migratorio que se produjo en España y que tuvo como consecuencia para Elche un abultado y rápido crecimiento de la población, y el desarrollo de una industria del calzado de proporciones desconocidas hasta este momento.

Si durante la década de los cincuenta Elche ya había manifestado un gran dinamismo demográfico, animado sobre todo por un saldo migratorio favorable, los años sesenta van a representar la década de máximo crecimiento de la población. De los 73.320 efectivos de 1960 se va a pasar a los 122.662 de 1970, un incremento porcentual de casi un 70%, con una tasa anual acumulativa que ronda el 5%. Este fenómeno no tiene parangón en otros ámbitos geográficos cercanos. El fuerte crecimiento que experimenta la provincia de Alicante en su conjunto, y sobre todo los municipios más grandes como Elda o Alcoy, quedan muy por debajo de los niveles alcanzados por Elche.

En este crecimiento se aúnan un saldo vegetativo muy positivo y, sobre todo, la elevadísima aportación del saldo migratorio. Desde 1956 hasta 1965, coincidiendo con el fenómeno del *baby-boom*, las tasas de natali-

dad se elevan hasta alcanzar el nivel máximo del 27 por mil, para ir descendiendo a partir de esa fecha lentamente primero y aceleradamente después, sobre todo a partir de 1976. Junto a ello, la mortalidad continúa su tendencia al lento pero inexorable declive, con tasas en torno al 6 por mil, que sólo en los últimos años volverán a incrementarse levemente cuando se produzca el envejecimiento de la población.

En el período 1960-1970 se estima que las migraciones aportaron 31.000 nuevos residentes. La mayor intensidad del proceso migratorio coincide con el segundo quinquenio de la década (18.340 efectivos entre 1965 y 1970), para ralentizarse a partir de esta fecha.

La evolución de los movimientos migratorios está, sin duda, relacionada con la evolución de la actividad económica. El fuerte despegue industrial de Elche a partir de 1960 alentó la llegada desde otras áreas de la provincia y desde otras regiones de este elevado número de inmigrados. Es evidente, por otra parte, que para que este fenómeno se produzca no es necesario contar sólo con el efecto de atracción que pueda ejercer la demanda de mano de obra en un lugar, sino con el efecto de expulsión de esta mano de obra desde sus lugares de origen y, además, con una política dirigida desde el Estado que aliente dichos movimientos. Todos estos factores coincidieron en España durante esta década. La intensidad de los movimientos migratorios, tanto interiores como exteriores, transformó profundamente la antigua estructura del asentamiento de la población, a través de enormes trasvases desde el medio rural al urbano, y desde las regiones más deprimidas hasta las más ricas.

Por otra parte, las relaciones entre desarrollo económico e inmigración no son unívocas. El crecimiento económico alienta la inmigración y ésta se convierte en un factor generador de desarrollo, especialmente cuando se trata de industrias intensivas en la utilización de mano de obra, como es el caso de Elche. Una mano de obra abundante y, en consecuencia, barata, más si tenemos en cuenta que su origen campesino no la faculta durante los primeros períodos para mantener un elevado nivel de reivindicaciones salariales, es el alimento de una industria que, merced a la innovación tecnológica, no requiere tanto obreros especializados como trabajadores abundantes y dispuestos a realizar largas jornadas a cambio de bajos salarios.

El papel que las migraciones jugaron en este desarrollo ha sido bien descrito por J.A. Ybarra: «Debido a que el crecimiento industrial depen-

día en aquel momento de la corriente regular de mano de obra que se incorpora al proceso, se trata entonces de incorporar mano de obra barata, dócil y abundante. La mano de obra inmigrante a los centros industriales y que procede mayoritariamente de zonas rurales reúne estas características. Su proceso de incorporación al mundo industrial y urbano tiene dificultades que se concretan a nivel individual. Sin embargo, en términos generales, las necesidades de las que parte y el hecho de ser en su mayoría población joven sin grandes condicionamientos culturales en el ámbito productivo, hace que la adaptación se plantee con rapidez como una opción para su futuro. La voluntad de disfrutar de nuevos valores productivos, como las relaciones laborales contractuales frente a las relaciones personales de la sociedad rural y la regularidad en la realización de un trabajo que remunera un salario también regular, son aspectos por considerar en cualquier análisis que explique la consolidación de la industria española en los años sesenta y setenta» (Ybarra 1985: 286)

Respecto al origen de la inmigración, no será el mismo en todos los períodos. Así, hasta 1960, las inmigraciones extra e intraprovinciales aportan aproximadamente el mismo número de efectivos; entre 1960 y 1975 la emigración extraprovincial va a ser mucho más numerosa: la población originaria de otras provincias pasa de representar un 18'8% de los residentes en 1960, a un 30'4% en 1975, mientras que los nacidos en la provincia, en esta última fecha, sólo representan un 19'73%.

Aunque no disponemos de una explotación sistemática de censos y padrones que nos informe sobre el origen concreto de los inmigrantes para los últimos años, conocemos a través del trabajo de Gozálvez (1979) estos datos en 1970. Así, la inmigración intraprovincial se ha nutrido sobre todo de la Vega Baja del Segura, que para este año representaba el 67'5% del total de inmigración de la provincia. El Vinalopó, en segundo lugar, y el Campo de Alicante, en tercero, son las otras comarcas que han aportado inmigrantes a Elche. La inmigración extraprovincial aparece también muy concentrada según su origen. La provincia de Murcia ha sido la principal fuente de esta inmigración: en 1970 casi el 30% de los nacidos fuera de Elche provenían de Murcia. Albacete es la segunda provincia en orden de importancia, seguida, aunque a distancia, de las provincias andaluzas, sobre todo Granada, Jaén y Málaga. Para terminar, la inmigración castellana tiene su origen sobre todo en la provincia de Ciudad Real.

La concentración de inmigrantes pertenecientes a determinadas áreas geográficas es un fenómeno sobradamente estudiado por la literatura especializada. Para explicar estas tendencias a la concentración de la inmigración no es posible acudir exclusivamente a las explicaciones basadas en los factores de atracción y expulsión, es decir, a la obvia diferencia de oportunidades de vida y trabajo entre distintas regiones o países. Es preciso también, como ha señalado A. Portes, buscar las causas microestructurales de las migraciones, donde sólo esta especialización puede tener sentido. Las «redes sociales» se convierten así en determinantes de los fenómenos migratorios en la misma medida que los factores económicos. La importancia que los vínculos de solidaridad tienen para impulsar los movimientos migratorios permite explicar tanto el fenómeno de su concentración como, en un sentido más amplio, la existencia de flujos migratorios incluso cuando los factores de atracción ya no existen.

En palabras de Portes y Böröcz: «Más que como un movimiento de un lugar a otro en busca de mejores salarios, la migración laboral debería ser conceptualizada como un proceso de progresiva construcción de redes. Dichas redes conectan a personas y grupos distribuidos en diferentes lugares, potenciando sus oportunidades económicas mediante desplazamientos múltiples. La migración laboral es así un dispositivo por el que los trabajadores individuales y sus familias se adaptan a las oportunidades distribuidas de manera desigual en el espacio. Por tanto, la migración tiene una función dual: la del capital, es una fuente de mano de obra más abundante y menos cara; para los inmigrantes, es un medio de supervivencia y un vehículo de integración social y de movilidad económica» (Portes y Böröcz, 92: 21)

Los relatos biográficos confirman tanto los datos estadísticos como la existencia de estas redes imprescindibles para poner en marcha un proceso migratorio.

> *(17) Mi familia se dedicó siempre a la agricultura, agricultura de secano además, porque eso es importante. Nos vinimos aquí porque allí no podíamos comer con lo que daba la tierra, así de sencillo, yo estuve trabajando también en el campo desde muy pronto, tenía diez años cuando llegué a Elche y conocía ya muy bien el trabajo del campo*

> *(21) -A los siete años empecé a trabajar cogiendo algodón, cogiendo remolacha y cosas así. Es que éramos cuatro hermanos y había que trabajar, con un jornal solo no se podía mantener la casa en aquellos años.*

-Pero con siete años tampoco te pagarían mucho

-Hombre, no, porque te pagaban según los kilos que cogieras, a lo mejor a dos pesetas, a tres pesetas el kilo de algodón, que para ganarme cinco duros tenía que echar una jornada entera.

(27) Mi madre trabajaba en las minas. Allí, aquello está ahora muerto, antes había minas de carbón, entonces tenían que sacarlo, los hombres eran los que picaban y las mujeres llenaban las vagonetas y lo sacaban fuera, eso lo hacían las mujeres y chiquillos jovencillos

(22) No, familia no teníamos aquí, lo que había eran unos paisanos de mi padre, bueno del pueblo de al lado, y fueron los que le indicaron a mi padre que aquí había mucho trabajo, que esto estaba subiendo y tal, y entonces aquí fue donde nos vinimos.

(23) Nadie deja su tierra cuando la familia es de una tierra y se desplaza buscando casi lo más elemental que era la alimentación, no se trata de comprarse esto o lo otro, sino de no tener problemas de alimentación, que a veces sí que teníamos (...) Yo era muy joven, pero desde aquí lo analizas y dices: pues hay muchos motivos por los que dejar esa tierra y venir a trabajar a una zona completamente distinta, con un estilo de vida completamente distinto, no se parece nada a un pueblo de Andalucía, y más cuando nosotros llegamos aquí que era un pueblo que empezaba a acudir mucho emigrante de todas partes, sobre todo del sur. Aquí vino muy poca gente de Madrid, o del norte, éramos andaluces o extremeños o murcianos, del sur del país, que era de las zonas más deprimidas porque había necesidades que no se cubrían.

Con frecuencia, las migraciones son estudiadas más en sus consecuencias que como hechos sociales. Así, la demografía se ocupa de cuantificarlas y determinar la intensidad y el sentido de los flujos, a la economía le interesan sobre todo porque aportan mano de obra allí donde la oferta de trabajo no se encuentra suficientemente satisfecha. Desde el punto de vista de esta investigación, la inmigración es además una experiencia vital relevante que va desencadenar efectos sobre la estructura social, pero también sobre el trabajo y la cultura.

Parece que la experiencia de la emigración haya marcado profundamente esas vidas, por eso una y otra vez se desgrana la misma historia: el recuerdo de las dificultades y la miseria en el lugar de origen, la pobreza de los padres, y por fin la llegada a Elche y el inicio del trabajo en el calzado. Pero ese paso es casi siempre evocado dolorosamente. En primer lugar, porque tal y como ocurre en la mayoría de procesos migratorios, la familia se ve temporalmente rota. El temor a lo desconocido y la necesi-

dad de contar con una mínima infraestructura de trabajo y alojamiento obligó a muchas familias a permanecer en el lugar de origen, mientras uno o varios de sus miembros se desplazaban:

> *(23) Primero vinieron mi padre y un hermano, el otro estaba ya en Barcelona trabajando, y buscaron trabajo y una habitación donde venir y dormir, y ya a los meses, tres o cuatro meses, entonces vinimos mi madre y yo*

> *(22) Al principio vinimos sólo mi padre y yo. Éramos cinco, pero dos hermanos que tenía se quedaron uno en Valencia con mi abuelo y la otra en Cuenca con una tía de mi madre. Tuvimos que partir la familia porque veníamos a lo desconocido, sin saber a donde íbamos, a una habitación, porque eso sí que estaba mal aquí, la vivienda estaba fatal, fatal, no se encontraba ni vivienda para alquilar ni piso para comprar, nada, entonces había muchas familias en habitaciones, pero muchas. En la casa donde yo estaba había tres habitaciones y éramos tres familias*

El problema de la vivienda es evocado en casi todas las entrevistas de los inmigrantes. Elche era una pequeña ciudad, y no contaba con alojamientos para acoger a los recién llegados. La construcción masiva de viviendas vendría mucho más tarde, transformaría la ciudad y ofrecería a los inmigrantes actividad alternativa al calzado en la construcción, un sector que creció rápidamente desde finales de los sesenta.

El único recurso abundante para los inmigrantes era el trabajo. A tenor de las declaraciones de los entrevistados, la industria del calzado precisaba de mano de obra abundante, y encontrar trabajo era tan fácil que bastaba preguntar a cualquiera. A menudo, las familias en cuyas viviendas se alojaban los inmigrantes les proporcionaban la información o los contactos para la búsqueda de trabajo. Si no, bastaba con salir a la calle y recorrer las fábricas de Elche. Tal y como es narrado una y otra vez, los inmigrantes podían tardar el plazo de unos pocos días en encontrar trabajo para toda la familia, incluso empezar a trabajar al día siguiente de la llegada.

La avidez de mano de obra de la industria ilicitana no parecía tener límite. No sólo ocupó a los autóctonos y necesitó alimentarse de oleadas crecientes de inmigrantes que llegaron a lo largo de toda la década, precisaba además de todos los miembros de la familia y a todos los integró: los varones adultos constituían el grueso de la mano de obra en las fábricas; las mujeres podían optar entre el trabajo a domicilio y la fábrica, compatibilizarlos o moverse entre ambos según sus responsabilidades familiares y las oportunidades del mercado de trabajo; por fin, los niños, desde

los diez años, a veces incluso antes, entraban como aprendices en las fábricas. Su aprendizaje debía de centrarse sobre todo en la disciplina fabril, si tenemos en cuenta que muchos de ellos, quince años después, no habían conseguido ninguna especialización y seguían ocupando los niveles inferiores de la jerarquía laboral.

Entre los entrevistados que se integraron en el mercado laboral durante los años 60 y que eran inmigrantes, todos iniciaron la actividad antes de haber cumplido los doce años. Pocos días después de su llegada, y con la misma facilidad con que sus padres encontraban trabajo, ellos también entraban en las fábricas

> (20) *Me acuerdo, empecé a trabajar en el año 60* [10 años], *el día 16 de agosto a las dos de la tarde, en una fábrica de calzado, era el día después de la fiesta.*
>
> (22) *En un principio mi padre encontró trabajo para mí en la fábrica de cartones, de cajas de cartón, pero yo vine y las chiquillas me empezaron a meter miedo, a decirme que se hacían muchas grietas, que se cortaban las manos, y yo dije que me quería ir, entonces salió lo de confección antes de terminar en el calzado.*
>
> (17) *Encontré trabajo al segundo día de llegar aquí, fue curioso porque me acuerdo que iba por la calle con mi padre, habíamos ido a un par de sitios a preguntar, y encontró a alguien que conocía él, no sé de qué, le comentamos lo que llevábamos entre manos y dijo: pues oye, yo tengo un tío que tiene un taller.*
>
> (20) *Empecé a trabajar con 10 años en una fábrica de calzado (...) Entonces en Elche en todas las empresas había un gran número de chiquillos trabajando como aprendices, en aquella empresa donde yo trabajaba había siete u ocho chiquillos de la misma edad, que hacíamos los trabajos normales de aprendizaje: el almidonado, poner los contrafuertes, los tipos, poner las plantas, sacar clavos, una serie de tareas auxiliares de la oficialidad que nos permitían llevarnos algunas pesetas a casa, de alguna manera era una especie de escuela que teníamos. El trabajo era duro, ten en cuenta que trabajabas en aquella época cuarenta y ocho horas, y aún así se recuperaban las fiestas, lo que quiere decir que la jornada normal y habitual, era de nueve horas diarias y algunos meses diez y te levantabas a las siete de la mañana, era un trabajo bastante duro. Teniendo en cuenta las empresas de la época en invierno hacía un frío espantoso y en verano un calor horrible*
>
> (27) *Entré con diez años (...) estaba para pasar cordones, meter topes, dar de cola, lo que me mandaban.*

(23) *He trabajado en muchísimos sitios pero aquello era insoportable, insoportable por la forma de vida de donde yo vivía a donde me metí, o sea, de vivir en el campo con una huertecita, con animales, de estar todo el santo día por ahí tirando con el tirachinas a los pajaritos, a venir aquí a Elche y meterte once horas en un sitio donde no había jesús, aquello era apabullante, bueno, lo pasé muy mal durante unos meses, pero bastante mal hasta...había veces que me metía en un rincón a llorar porque no lo aguantaba, venir de un sitio...fue duro aquello, no fue tan sencillo. Luego, después, te adaptas.*

Es cierto, como ha hecho notar Ybarra (1995), que para los inmigrantes que habían conocido las condiciones de vida y de trabajo en el campo, la experiencia de la inmigración y del trabajo fabril no fue tan dolorosa como para estos niños. Bien al contrario, la nueva situación parecía ofrecer ventajas frente a la antigua: horario, salarios, vacaciones y un cierto sentimiento de libertad frente a la opresiva red de relaciones del mundo rural.

(1) Bueno yo estaba a gusto en la empresa porque yo venía del sector rural, yo había trabajado en el campo, y entonces yo aquello sí que no lo soportaba el trabajo del campo, claro que tenía que trabajar, pero yo prefería el trabajo de la industria sin saber lo que era tampoco, pero yo quería trabajar en la fábrica, porque el campo: el sol, el frío, el viento, tremendo, no me gustaba, era horroroso, para mí aquello era horroroso. Entonces, en la fábrica estaba a gusto, aunque hiciera muchas horas. Lo que pasa es que luego con el tiempo yo fui descubriendo otras cosas y aquello ya cambió lo que al principio, pero de principio para mí fue una liberación, fue algo muy grande, trabajar con vacaciones, que era una semana de vacaciones lo que tenía, todas esas cosas, pues yo allí lo tenía

5. El trabajo de los niños

El trabajo de los niños parece haber sido una constante durante los años sesenta en el calzado de Elche. Si los recién llegados se incorporaban a los diez años espoleados por las urgentes necesidades de las familias inmigrantes, los hijos de las familias obreras asentadas de más antiguo habían empezado a trabajar incluso antes gracias a la existencia del trabajo a domicilio:

(20) [tenía 10 años] *Mi padre trabajaba allí como montador, era centrador, le dijeron que buscara un almidonador para almidonarle la faena y mi padre me buscó a mí, yo ya tenía cierta experiencia porque en mi casa por la*

noche, como mi padre se llevaba algunas partidas para trabajar, pues yo le ayudaba desde los siete años, no obligatoriamente pero mientras estábamos por allí dándole guerra pues nos ponía y le echábamos una mano

(27) *Quería comprarme una bicicleta y me puse a trabajar para comprarme la bicicleta, pues ahorré durante un año, cuando mi padre se enteró me dijo: si quieres trabajar, ahora vas a trabajar de verdad y a estudiar por la noche. Le daba la mitad del dinero a mi madre, éramos cuatro y mi padre ganaba poco, hasta que me enganchó mi padre y me quedé sin dinero y sin bicicleta (...) Trabajabas los sábados y hacías muchas horas, porque los miércoles nos metíamos a las seis de la mañana hasta la diez de la noche (...) Luego ya, cuando mi padre se enteró, pues me puso en una fábrica en la calle Patricio Ruiz Gómez (...) tenía ya once años cuando entré.*

El testimonio de los trabajadores entrevistados, además de su propia experiencia, avala masivamente la existencia de trabajo infantil en la mayoría de las fabricas. Todos afirman que en las fábricas donde trabajaban había siempre un grupo de chiquillos realizando tareas auxiliares. No cabe duda de que el trabajo infantil debía de ser, cuanto menos, tolerado por las autoridades responsables, pues a pesar de su ilegalidad los relatos dejan claro la normalidad con que era percibido este trabajo, tanto en las familias como en las fábricas. Que el trabajo fuera clandestino desde el punto de vista legal no significa que estuviera escondido. Entre las decenas de fábricas citadas por los entrevistados que empleaban trabajo infantil, sólo en un caso aparece demostrado que se ejerciera algún control sobre el trabajo infantil:

(22) Entonces aquí en Elche era fácil colocarse, yo tenía doce años y enseguida entré a trabajar, primero un mes o mes y medio en una fábrica de confección, me tenían cortando hilos. De ahí pasé a una fábrica de alpargatas, ahí estábamos de extranjis, estuve un año, entré después del verano del 63, nos cogió la fiscalía [1] *y nos tiraron y me tuve que ir a otra fábrica de calzado.*

Además de las necesidades de mano de obra de la industria, para entender la entrada masiva de los niños en las fábricas a edades tan tempranas hay que contar con las necesidades de las familias: los magros salarios de la época obligaban a todos los miembros a integrarse en la actividad laboral.

---

[1] Los trabajadores del calzado se refieren sistemáticamente a la inspección de trabajo bajo el apelativo de la «fiscalía», expresión que se repite muchas veces en los testimonios recogidos. Desconozco el origen de esta peculiar denominación.

(20) Trabajábamos por necesidad, evidentemente, mi madre no nos hubiera dejado ir a trabajar si hubiera podido, cuando fuimos es por motivos de penalidades familiares.

Era la conciencia de la penuria familiar, percibida y siempre rememorada por los niños trabajadores de entonces, la que les hacía soportar las largas jornadas y la dureza del trabajo. Al referirse al salario, todos los relatos coinciden en la narración de una experiencia casi idéntica: el orgullo con que los niños recibían y entregaban a su madre los escasos ingresos que obtenían a cambio de jornadas de trabajo que oscilaban entre las nueve y las once horas, seis días a la semana:

(20) Mi primer sueldo, me acuerdo toda la vida, fue 43'50, luego estuve cobrando 63 pesetas, que era el sueldo de un aprendiz, el primer año y así varios años, después pasé a 75, después a 80, los aumentos que venían en el convenio en aquellos momentos y hasta llegar yo a las 105, que me acuerdo que fue una especie de hito en mi carrera industrial, pues recuerdo que tardé unos cuatro años, eso era a la semana, son salarios semanales.

(22) Me ponía desde las ocho de la mañana hasta la una, y desde las tres hasta las nueve, y trabajábamos los sábados de las seis de la mañana hasta las dos o las tres de la tarde (...) Yo ganaba allí no llegaba a veinte duros a la semana (...) Me acuerdo muy bien que entonces mi padre ya ganaba 350 pesetas a semana.

(8) Bueno [ríe] yo lo veía un dineral y para mi madre...pues para mis padres era una ayuda bastante buena

(17) No nos lo planteábamos, para mí aquello de ganar un primer sueldo me parecía que estaba en el cine ¿no?, en el cine más que en la realidad.

(16) Yo entonces no tenía ni idea de esas cosas, simplemente me parecía bien porque yo llegaba a casa y mi madre se ponía de contenta, y me compensaba, yo entonces no tenía ni idea de qué dinero equivalía a mi trabajo

(27) Me daba 125 a la semana, bueno 100 porque los cinco duros me los daba por barrer toda la fábrica.

(8) -Me daban entre 400 y 600 pesetas al mes
-¿Según las horas que trabajaras?
-Noooo, según...según el jefe

(23) La verdad es que tenía muy poquita conciencia, empecé a ganar 75 pesetas y poco a poco...en esa empresa no sé si llegaría a las 150. La historia se repite para toda la gente emigrante, toda ha pasado por el mismo proceso,

muy similar: llega en el sesenta o sesenta y tantos, colocarse como fuera, ganar una miseria y, poco a poco, ir conociendo el oficio y poder ir cambiando de empresa.

En el caso de las niñas, la industria del calzado les ofrecía las dos alternativas tradicionales: integrarse desde el primer momento en la fábrica, o bien entrar como aprendizas en casa de una «maestra».

(8) Empecé a trabajar en una fábrica nada más llegar a Elche, iba a cumplir los 11 años (...) Estaba como aprendiza, ya sabes, ayudando a la aparadora, cortando hilos, dándole la faena para que se no molestara.

(16) Pues tenía 12 años, no los tenía aún, me faltaban varios meses, empecé primero ayudando a una aparadora en su casa, haciendo de mano y tal, pero bueno más que nada para estar entretenida, para estar recogida, no ganaba nada, le cuidaba al niño, fregaba los platos y le ayudaba a aparar (...) Estuve allí unos meses y luego ya entré en una fábrica de aprendiza, como el aparado estaba arriba pues me decían: lleva esto, baja esto, sube esto, pero estaba contenta yo allí, estaba bien porque no se metían conmigo nada.

Dado el limitado número de entrevistas realizadas no es posible evaluar, ni siquiera aproximadamente, los porcentajes de las jóvenes que optaban por una u otra forma de trabajo, ni tampoco si el trabajo a domicilio era una práctica más común entre las mujeres de Elche que entre las inmigrantes. Sin embargo, parece probable, y eso es precisamente lo que reflejan las biografías, que las recién llegadas se incorporaran en mayor medida a las fábricas que al trabajo a domicilio. Las mayores necesidades económicas de las familias inmigrantes y la ausencia de relaciones comunitarias que facilitaran el acceso a los cauces por donde discurre el trabajo a domicilio, al menos en los primeros años de su asentamiento, explicarían esta opción.

Bajo estas condiciones, no tiene sentido referirse a la escolaridad. Algunos, los que llegaron con menos edad a Elche, tuvieron tiempo de acudir aquí a la escuela, aunque fuera muy brevemente; otros, la mayoría de los entrevistados, no llegaron siquiera a conocerla. Sin embargo, todos ellos, antes o después tuvieron que hacer el esfuerzo de obtener el certificado de estudios primarios. En algunos casos, cuando la jornada laboral se prolongaba hasta las nueve de la noche, no pudieron seguir estudiando; en otros, terminaban a las cinco o a las seis de la tarde, y a partir de esa hora trataban de obtener alguna cualificación básica:

(27) Pues empecé cuando tenía diez años, en un taller, en vez de ir a la escuela iba a un taller a pasar hilos y a hacer kiowa [2], después iba a estudiar por la noche.

(3)Iba a la escuela por las noches, a estudiar algo, hacíamos cosas básicas. El graduado fue luego, fue a los catorce años, cuando ya me iban a dar de alta en la empresa y lo necesitabas para que te dieran de alta.

(3) En el 67 o 68 ya tenía catorce años (...) en ese tiempo fue cuando todos los chiquillos que estábamos en la empresa que no teníamos el certificado y ya teníamos la edad nos llevaron a examinarnos para sacarnos el certificado de estudios primarios para podernos dar de alta.

Una vez cumplida la primera fase de aprendizaje en el domicilio o en las fábricas, y desde mucho antes de llegar a la edad legal para trabajar, los niños inician un proceso que será el más característico de las trayectorias laborales de los trabajadores del calzado durante los años 60 y 70, tanto en el caso de los más jóvenes como de los adultos: el continuo peregrinaje de una a otra fábrica en busca de pequeñas mejoras salariales. Sólo un mercado laboral hambriento de fuerza de trabajo, pero con bajos salarios y con escasas necesidades de cualificación, permite explicar esta rotación permanente de los trabajadores entre las fábricas y talleres, incluso entre el trabajo a domicilio y las fábricas.

(23) Aquí para ganar más dinero tenías que cambiar de empresa, eso significaba a lo mejor cincuenta o sesenta pesetas, no tengo muy claro el valor del dinero en aquella época, pero si querías ganar más dinero ibas, preguntabas, siempre hacía falta gente en todas partes, había carteles en las ventanas que lo ponían, llegabas: -Oye, ¿hace falta gente para esto? -Sí -¿Cuánto pagáis? -Y, si era interesante pues te lo dejabas, entre otras cosas no teníamos ningún problema de darnos de baja ni de darnos de alta porque como éramos niños no teníamos de nada. Yo a los doce años me puse a trabajar, hasta los catorce o quince pues sí que he dado tumbos, he trabajado en muchas empresas, en muchísimas, en algunas muy poco tiempo.

(23) Cambiar de empresa era muy fácil y ganar más, doblar el sueldo, como el sueldo era lo que era se podía hasta doblar el sueldo, era tan sencillo como recorrer las empresas (...) Luego ya cuando cumplíamos la edad cada

---

[2] La expresión «hacer kiowa», en la jerga de los zapateros de Elche, se refiere al cosido del mocasín, operación que se realiza con distintas técnicas, y que tradicionalmente se hace en el domicilio. Hoy, esta operación se sigue haciendo casi exclusivamente en los hogares, como se relata más adelante, y las «kioweras» son, según los testimonios recogidos, las trabajadoras peor remuneradas.

uno teníamos nuestra cartilla y estábamos dados de alta, sí, entonces todos estaban en la seguridad social.

Para los niños, el primer ciclo se cerraba cuando, cumplidos los catorce años, pasaban a integrarse en plantilla. A partir de ese momento, cuanto menos el salario estaba regulado por convenio, como lo estaban también las distintas categorías dentro de la jerarquía de la fábrica. Algunos trabajadores se refieren, como único aprendizaje formalizado, a los cursos que se impartían desde la Falange, sin que se pueda establecer si ésta era una práctica generalizada en la industria del calzado

(22) Allí sí, allí lo llevaban todo a rajatabla y me hicieron contrato, hicimos los cursillos de la Sección Femenina, todo eso, nos hacían hacerlo, nos enviaban unos meses, yo los hice dos o tres años, bueno mientras estabas trabajando ibas una hora, no sé si eran un día o dos a la semana, se hacían donde estaba el Capitolio, al lado, allí se hacían.

(20) Entonces realmente no se hacían contratos de papel, sencillamente te daban de alta en el libro de empresa, a nadie que entraba en una empresa le hacían un contrato con unas condiciones, sino que sencillamente llegabas a un acuerdo y en el libro de matrícula de la empresa te ponían fulano de tal, con D.N.I. tal, año tal, y te aplicaban la categoría. Los contratos ya vienen después (...) Te hacían venir aquí al sindicato vertical y tenías que rellenar una serie de fichas, sobre todo algo que recuerdo como lo llamaban, lo llamaban encuadramiento y te mandaban a la Glorieta y allí te hacían una ficha, luego te hacían ir a unos cursillos en el Frente de Juventudes, donde lo recuerdo con cierto cariño, porque los maestros que daban estas clases eran unas personas bastante abiertas y nos explicaron unas cuantas cosas de cultura general que me vinieron muy bien (...) algunos llegaban con la idea fija de que el Régimen de Franco tenía la culpa de todos los males de España, pero eso solamente era la excepción que confirmaba la regla.

6. El trabajo en las fábricas: estructura productiva y condiciones de trabajo

La frecuencia con que los trabajadores cambiaban de empresa permite conocer, a través de unas pocas biografías, un elevado número de fabricas en cada período y las condiciones en que en ellas se trabajaba. El tamaño de la empresa en Elche no siempre es indicador de su capacidad productiva, y ello porque algunos de los procesos o fases de la producción se pueden

realizar fácilmente fuera de la fábrica, básicamente en este período bajo la forma de trabajo a domicilio. Durante los años sesenta las fábricas de mayor tamaño tendieron a integrar todos los procesos dentro, sin excluir el recurso al trabajo a domicilio, cuanto menos para algunos productos o algunos períodos, o cuando las necesidades productivas así lo aconsejaban, dada la tradicional estacionalidad de la producción del calzado.

> *(1) En aquella empresa trabajaban mil o mil y pico en aquella época, hasta el 83 que cerró cambió mucho, cuando cerró éramos trescientos sesenta, imagínate (...) Se hacían muchos tipos de calzado, se hacían zapatillas de guata y otras, las de guata se hacían fuera y también se hacía fuera mucho aparado, pero dentro también se hacía. Dentro se cortaba, se aparaba, se montaba, se hacía la faena de autoclave y se hacía todo, todo dentro, lo que pasa es que el aparado también se hacía fuera porque no abastecía todo lo que había dentro.*

Entre las fábricas de tamaño mediano -entre 20 y 50 trabajadores-, unas optaban por una estructura integrada de todos los procesos, mientras que otras preferían mantener fuera el aparado, incluso el cortado. Otras, posiblemente las más numerosas, utilizaban también ambas posibilidades:

> *(20) Sí, sí, estaba todo dentro (...) Éramos unos veinte trabajadores, una de esas empresas familiares, con un producto que era muy común en aquella época, hacían de todo: caballero, señora, trabajo de piel de mucha calidad, pero muy caro, por lo que esta empresa tuvo que cambiar de producto muy pronto, acabó especializándose en faenas más livianas, más de tiempo libre, otro tipo de calzado más de batalla.*

> *(22) No lo recuerdo muy bien, pero me parece que había unos cuarenta o así, y todo estaba dentro: la maquinaria, la envasa, el cortado, todo (...) Sí, y el aparado también.*

> *(16) Era bastante grande, porque en el aparado eran quince entre aparadoras y tal, y luego, abajo, pues había unas treinta personas (...) Sí, entonces todo estaba dentro: el aparado, el bordón, el rebajado, el doblado, todo.*

> *(22) Había por lo menos cincuenta o sesenta, el aparado se hacía fuera, lo demás dentro, era una empresa bien montada, como yo digo, era de caballero.*

> *(13) Pues era una fábrica regular, treinta o cuarenta empleados (...) todas las aparadoras estaban fuera, nada más estábamos dos haciendo muestras dentro.*

> *(3) Había aparadoras fuera y dentro de la fábrica [cincuenta trabajadores], (...) en aquella época las secciones de aparado y cortado estaban dentro, era*

una época donde todos los procesos se hacían dentro y esta empresa era una de las buenas empresas que en aquellos tiempos había, globalmente era una buena empresa.

Finalmente, las empresas más pequeñas se limitaban a las tareas del montado y fijación de pisos:

(23) Era pequeña, unas quince personas o así (...) el aparado y el cortado estaban fuera y se trabajaba la mecánica y la envasa, sí, luego nos trasladamos a una nave más grande, amplió, entró a trabajar más gente, pero no recuerdo que ni el aparado ni el cortado estuviesen dentro.

(16) Allí éramos como una familia (...) Era un local con cuatro o cinco abajo, y arriba estaba la envasa con dos chicas y yo que les ayudaba, y el chico que cortaba. El aparado no estaba allí, era yo la que llevaba la faena a las dos aparadoras, y el bordón también estaba fuera, y también iba yo a llevarlo, allí se hacía poca faena.

(13) Había catorce personas, por ahí, pero las aparadoras estaban todas fuera.

Esta diversidad tipológica de las empresas no parece que diera lugar a diferentes condiciones de trabajo o salariales para los obreros que se integraban en ellas. Antes bien, la frecuencia con que cambiaban de empresa, de las grandes a la pequeñas y de las pequeñas a las grandes, parece indicar por el contrario que, aún existiendo desigualdades retributivas, horarias o de ambiente laboral, en el cómputo global, los trabajadores no tenían preferencias definidas por uno u otro tipo. Ello no significa que fueran insensibles a las particularidades de las empresas, de las condiciones de trabajo o del ambiente laboral. Incluso cuando la permanencia en una empresa ha sido muy corta, por un plazo de unos pocos meses, y a pesar del tiempo transcurrido, los trabajadores evocan con detalle cada una de las experiencias y las valoran desigualmente:

(1) *Para mí era muy fuerte, era incómodo estar en sitios desconocidos, con gente que no..., piensa que yo venía del sector rural y entonces meterte en una empresa con tantísima gente, eso era...era violento, lo pasaba mal en este sentido, conocer a gente nueva, relaciones nuevas, y entonces eso era un poco fuerte. Pero, por lo que respecta al trabajo, estaba bien, sí estaba bien.*

(16) *Estaba contenta yo allí, estaba bien, porque había unas quince aparadoras, y no se metían conmigo nada, y yo iba de una a otra y como siempre me ha gustado que me manden* [ríe], *que me manden con cariño ¡eh!.*

(2) En esa empresa nadie podía estar a gusto (...) No era un problema sólo mío, era un problema general, era un tipo de empresa ajustada a las órdenes del propietario, que era un señor que en el calzado no había trabajado nunca, y entonces se realizaban las cosas a su capricho.

(23) *Sí, claro, allí estaba más a gusto, no sólo con lo que cobraba, sobre todo más a gusto con el trabajo. Fue uno de los pocos trabajos que hice en el calzado que me gustaba, porque estaba continuamente aprendiendo, dos o tres años continuamente aprendiendo, yendo de máquina en máquina, los compañeros eran quienes me enseñaban sobre todo (...) allí fue donde yo aprendí todo del zapato, digamos la mecánica, y estuve...terminé de comodín, podía estar en cualquier fase, en los últimos años ya estaba de comodín, para suplir a cualquiera.*

La elevada rotación de los trabajadores entre las empresas tenía casi siempre por objeto obtener mejoras salariales, unas veces porque la empresa pagaba más, otras porque la mejora retributiva estaba ligada a un cambio de ocupación o al reconocimiento de una categoría profesional más alta. No es extraño que así fuera, a medida que avanzaba la década y se desarrollaba el calzado, a pesar de los grandes aportes migratorios, las empresas tenían forzosamente que establecer un cierto grado de competencia entre ellas para atraer a la mano de obra, sobre todo a aquella que había logrado alguna especialización en tareas de mayor complejidad como el cortado o el montado.

(20) Bueno, ya tenía dieciocho años, era ya casi un hombre y tenía una profesión que era montador, me buscaron de una empresa, porque en aquellos momentos los montadores sobre todo si éramos jóvenes teníamos buen cartel (...) y naturalmente ya me ofrecieron un empleo de oficial de primera

(2) Me fui para mejorar. Yo hice mi aprendizaje en esa empresa y luego ya pasé a otra como cortador (...) Era una empresa de calzado vulcanizado, lo busqué, intentaba mejorar y lo busqué, en aquella época era fácil buscar trabajo. Estuve en esta empresa mucho tiempo, desde el 61 hasta el 68, hasta que la empresa quebró (...) Entonces vuelvo otra vez a la empresa que estaba la primera, pero ya como cortador. Ahora la empresa estaba en proceso de expansión y, bueno, estaba también fabricando, aparte del calzado vulcanizado, otro tipo de calzado ya más en piel, más fino.

(22) *Me cambié por ganar cinco duros más. Allí ya entré en la envasa y ganaba un poco más (...) yo ganaba veinte duros y por eso me cambié.*

En otros casos, el traslado a una nueva empresa tenía como finalidad exclusiva aliviar temporalmente las penosas condiciones de trabajo y de disciplina de las fábricas:

> *(22) Me fui más que nada por la encargada que tenía en la envasa, la cogió conmigo y no me dejaba vivir (...) No, no hubo ningún conflicto, yo no tuve ningún conflicto, lo único es que me harté de que la encargada la tomara conmigo por tonterías y de que amargara la vida, entonces dije: a mí no me amarga nadie la vida, y cambié.*

La movilidad de los trabajadores dentro del abigarrado tejido de empresas del calzado de Elche parece haber cumplido una función esencial durante los años sesenta, un efecto benéfico del que seguramente no fueron conscientes los empresarios del momento. La posibilidad de cambiar de empleo constituía para los trabajadores, sometidos a condiciones de explotación muy agudas, un aliviadero a las tensiones que necesariamente se producían en las fábricas, y era percibida además como la posibilidad de realizar una auténtica «carrera laboral» en el calzado. Si bien es cierto que algunos trabajadores conseguían alcanzar las categorías más altas, que les habilitaría posteriormente para negociar sus condiciones de trabajo o acceder a otras empresas, muchos de ellos apenas lograban alcanzar el nivel de oficial de tercera, después de muchos años de trabajo y con independencia de las tareas reales que les fueran encomendadas en las fábricas. Sin embargo, los trabajadores tenían una alta valoración del aprendizaje de nuevas habilidades, y dado que la formación profesional, excluidos los cursos de Falange, se obtenía básicamente en las fábricas, el paso de una a otra era percibido como una posibilidad de movilidad ascendente, si no en cuanto a salarios, sí en lo que se refiere al conocimiento del oficio. Porque, al fin y al cabo, como muy bien expresa una extrabajadora del calzado:

> *Aquí en Elche el calzado es un oficio, y nosotros teníamos un oficio. En otros sitios de España no, no te serviría para nada, pero aquí en Elche teníamos un oficio y podíamos trabajar.*

El conocimiento de este oficio, reforzado por una amplia experiencia fabril, es un elemento esencial para entender la reconversión posterior de muchos trabajadores en pequeños fabricantes autónomos y la creación de una red de talleres especializados en todas o algunas fases de la fabricación de calzado. Pero eso será más tarde. En los sesenta,

sencillamente, constituía la única posibilidad de que disponían los trabajadores para aligerar las muy severas constricciones a que estaban sometidos en las fábricas y aumentar un poco los bajos salarios, aun a costa de larguísimas jornadas de trabajo.

Aunque esta investigación, por su diseño, no permite hacer excesivas matizaciones sobre las diferencias entre los distintos sectores que integran la mano de obra en el calzado, sí cabe establecer a grandes rasgos sus peculiaridades. Así, en el calzado, como en otros sectores de la actividad, se ha mantenido desde siempre una estricta división de tareas entre hombres y mujeres, quedando reservadas para las mujeres aquellas que, aun requiriendo de un largo aprendizaje, como es el caso del aparado, han estado siempre peor remuneradas. En manos de los hombres ha estado tradicionalmente el cortado y el montado del calzado, sobre todo las últimas décadas[3], mientras que las mujeres se han ocupado, además del aparado, del cortado de forros, en el caso de las aprendizas, y sobre todo de la «envasa».

En la jerga de los trabajadores del calzado, la «envasa» no se refiere exclusivamente a la tarea de introducir el calzado en los envases para su posterior almacenaje, sino a todos los procesos a que es sometido el calzado desde que sale en bruto de la cadena: reparación de pares defectuosos, limpieza, coloreado, abrillantado, difuminado, colocación de cordones, plantillas, adornos, etiquetas, cartones y palillos, y el envasado estrictamente. En las tareas de la «envasa» la presencia de hombres se ha limitado casi siempre a ocupar los puestos de encargados. Esta era la división dominante durante los años sesenta y ha seguido siéndolo hasta la actualidad. La «envasa» era pues la ocupación esencial de las mujeres que se incorporaron a las fábricas.

7. El trabajo a domicilio

El trabajo regular en las fábricas no era la única forma de trabajo en el calzado. Paralela a la economía formal, y en estrecha conexión con ella, la economía informal creció igualmente en Elche durante los años sesenta. El trabajo a domicilio, tal y como se ha recogido en apartados anteriores, ha sido una constante en Elche, como lo ha sido la presencia de las muje-

[3] Al parecer, las mujeres eran también «montadoras» cuando el trabajo era más artesanal, pero dejaron de serlo cuando esta tarea pasó a realizarse en la cadena -en la «vía», según la expresión al uso en Elche-.

res en la industria del calzado en cualquiera de las dos modalidades. Dentro del trabajo a domicilio, la actividad más frecuente ha sido tradicionalmente el aparado del calzado. Para las mujeres trabajadoras se abría así una doble alternativa: el trabajo asalariado en las fábricas o el trabajo a domicilio.

El trabajo a domicilio era percibido como una ocupación más apta para las mujeres. Sobre todo en los primeros años de juventud, los padres temían que el ambiente de la fábrica pudiera no ser favorable para las todavía niñas. El aprendizaje del aparado cumplía así una doble función: por una parte, que las mujeres jóvenes aportaran a la precaria economía familiar unos ingresos escasos pero necesarios; por otra parte, que aprendieran un oficio que habría de permitir a las futuras esposas compatibilizar el cuidado de la familia con la aportación de rentas económicas.

> (4) *Mi padre no ha querido nunca que fuésemos a las fábricas, siempre ha querido tenernos en casa. Yo tenía dos hermanas, una era modista y la otra aparadora, y cuando llegó mi época mi padre me dijo: o una cosa o la otra. Y yo, como modista no me gustaba, me enseñé a aparar y allí me quedé en casa aparando.*

El oficio de aparadora requería entonces un largo aprendizaje. Además del aparado en sentido estricto -cosido de los distintos componentes del calzado una vez cortados-, la aparadora tenía que conocer todos los procesos previos que, bajo las expresiones «preparado del calzado» o «hacer de mano», incluye una serie de tareas como el «doblado», «forrado» y «poner por números». El aparado incluye además las tareas posteriores de «cortar hilos» y el «refinado». Las jóvenes realizaban su aprendizaje en el propio hogar, o bien con parientes, amigas o personas del entorno más próximo. Es en el seno de las relaciones comunitarias donde necesariamente se ha desenvuelto siempre el trabajo a domicilio:

> (4) *Empecé con mi hermana, mi hermana era aparadora y me enseñó en casa, y cuando ella se casó yo me quedé en cada aparando, como su novio tenía fábrica pues me daba toda la faena para mí.*
>
> *(13) -Empecé aprendiendo el aparado en casa de una amiga que sabía. Estuve allí un año.*
>
> *-¿Y en un año aprendiste?*
>
> *-Sí, estuve un año y luego me fui a mi casa a trabajar*

-¿Y cómo conseguías el trabajo?

-La maestra que me enseño a mí conocía al fabricante y le dijo que yo, aunque era jovencita, ya sabía aparar

El trabajo a domicilio en las décadas de los cincuenta y sesenta no era exclusivamente, como ha llegado a serlo después, trabajo negro o clandestino. Aunque, según los testimonios recogidos, muchas aparadoras a domicilio no tenían relación laboral con la empresa, en algunos casos se realizaba dentro de la economía formal:

(4)-Trabajaba para una fábrica pequeña, el aparado todo se hacía fuera en aquella época, pero las aparadoras éramos fijas

-¿Y esto era usual?

-Pues había alguien que lo hacía. Mi hermana estuvo trabajando para [...] y también la hicieron fija.

Si tradicionalmente el aparado se ha realizado siempre en el domicilio, el aparado de las muestras en cambio formaba parte del conjunto de las tareas que se realizaban dentro de la fábrica. Así, aquellas aparadoras que acreditaran conocimientos y habilidades suficientes podían convertirse en aparadoras de muestras, una tarea mejor pagada que el resto del aparado. En este caso, la trabajadora a domicilio pasaba durante algunos períodos a trabajar en la fábrica, y se reintegraba a su hogar para seguir trabajando para la misma empresa.

(13) *Trabajaba tres meses haciendo muestras en la fábrica y el resto en casa (...) En la fábrica trabajaba lo normal, pues hasta las ocho o las nueve, en casa trabajaba más, en casa sí que se hacen horas*

El trabajo a domicilio, como ha sido ampliamente descrito, tiene dos vertientes: por una parte responde a una estrategia empresarial que ha tenido por objeto, sobre todo, abaratar costes de producción, burlando las cargas impositivas y de la seguridad social, pagando salarios inferiores, y flexibilizando a la mano de obra, para mejor adaptarla a una producción sometida a la estacionalidad y la inestabilidad típicas de sectores como el calzado; por otra parte, el trabajo a domicilio es uno de esos «fenómenos sociológicos» que transciende la economía, una estrategia que corresponde sobre todo a la elección de ciertos colectivos, por ejemplo las mujeres, que no quieren o no pueden integrarse en el mercado de

trabajo formal, y que realizan en el marco más amplio de las tareas de producción-reproducción fuera del mercado.

Sin entrar aquí en las implicaciones de una u otra interpretación, que por otra parte no son absolutamente excluyentes, parece razonable pensar que en Elche esta forma de trabajo no ha tenido idéntico significado a lo largo de todo el período estudiado, ni para los trabajadores, ni para los empresarios, ni para el conjunto del sistema industrial del calzado. En los años sesenta, el trabajo a domicilio aparece como uno más de los recursos disponibles para la producción y una opción para las mujeres que no desean integrarse en las fábricas, pero tienen la posibilidad de aportar algunos ingresos a la economía familiar:

> *(13) -Iba a casarme y entonces ya lo dejé, me lo dejé una temporadita, ahí me dejé la fábrica y todo, luego ya seguí trabajando otra vez*
> *-¿Cuándo volviste a trabajar?*
> *-Pronto, no llegaría ni al año, entonces empecé otra vez a trabajar, aparaba en casa para una fábrica que estaba al lado de casa*
> *-¿Y no añorabas la fábrica?*
> *-No, estaba bien, hacía la casa y la faena*
> *(4) Dejé de trabajar porque me casé. Quería seguir trabajando en casa algo, pero como al mes de casarme murió mi madre pues tuve que hacerme cargo de mi padre y de mi hermano, y ya no trabajé más.*

Declaraciones como estas corresponden a lo que parece haber sido el modelo prototípico de la mujer trabajadora a domicilio en Elche y en el resto de la provincia. Una trabajadora que supeditaba el trabajo a las necesidades de la familia y cuya actividad laboral tenía un sentido secundario tanto para la familia como para la propia mujer. Como ha descrito Sabel para los trabajadores-campesinos: «Estos trabajadores no cualificados (campesinos, mujeres, artesanos, jóvenes, emigrantes, etc.) ven el trabajo industrial desde fuera. Tienen lo que se puede llamar una relación instrumental con el trabajo fabril: consideran que lo están utilizando únicamente como un medio a corto plazo para lo que confían será un fin a largo plazo. Si el trabajo se define como una actividad que expresa el significado de la vida de la persona, entonces dentro de la fábrica estos obreros no trabajan: se afanan o se esfuerzan» (Sabel, 85: 145)

La consideración de estas mujeres como «no trabajadoras» puede justificarse sobre todo si se atiende a su situación de conciencia: al modo en

que perciben el trabajo, y se perciben a sí mismas. En la práctica, sin embargo, aunque sus trayectorias de trabajo hayan sido muy desiguales tanto respecto a los períodos de trabajo como a la intensidad, muchas de estas mujeres han realizado en casa larguísimas jornadas laborales, que compatibilizaban además con la actividad doméstica y el cuidado de los niños, a cambio siempre de menores salarios que los percibidos en las fábricas y casi siempre sin derechos sociales.

Este era el modelo dominante en el trabajo a domicilio en Elche durante los años sesenta, e incluso para algunas mujeres aún en los setenta, y es el que ha tenido por parte de la literatura especializada una mayor difusión. Sin embargo, en las décadas posteriores este modelo se va a transformar radicalmente por efecto de la reconversión del calzado en la década de los ochenta, pero también por la presencia en el mercado de trabajo de las mujeres que en los años sesenta se incorporaron a las fábricas siendo aún niñas.

María José Frau (1997), al estudiar la actividad de las mujeres en la Comunidad Valenciana, discrimina dos modelos de mujer trabajadora: la trabajadora ocasional que supedita su actividad laboral a los imperativos del ama de casa, y por tanto se retira pronto del mercado de trabajo y sólo vuelve a él forzada por las circunstancias; y la trabajadora en sentido estricto. Según su tesis, la generación que rompe con el viejo modelo es la que ha denominado «de la transición», es decir aquellas mujeres que se incorporaron al mercado laboral durante los años setenta. Para el caso de Elche, esta tesis es igualmente válida si introducimos una pequeña matización: la generación de la transición se incorporó a las fábricas no en los setenta, sino en los sesenta, mucho antes de cumplir los catorce años. Y esto fue así sobre todo para las jóvenes inmigrantes, para quienes el trabajo quedará para siempre incorporado a su identidad como mujeres.

Aunque disponemos de menos testimonios para analizar otras formas de economía sumergida durante el período y, por tanto no es posible evaluar su frecuencia ni características, sí es posible acreditar su existencia. Además del trabajo de aparado realizado por las mujeres, los mismos trabajadores podían sacar trabajo de la fábrica para realizarlo en el hogar, ellos mismos o en colaboración con otros miembros de la familia, prolongando así las ya largas jornadas de trabajo.

(22) *Ayudaba en la casa, sí, y además nos llevábamos plantas para hacer en casa, ya nos habíamos cambiado de casa y habían llegado mis hermanos y*

entre todos pues un ratito te ponías, ellos aunque eran pequeños hacían más que yo, porque yo estaba muchas horas en la fábrica, pero se ayudaba, los fines de semana y así, entonces se trabajaba mucho más que ahora, pero bastante más

8. Los primeros síntomas del conflicto industrial

A lo largo de la década no hay constancia de que se hayan producido conflictos en las empresas. Cuando se plantea la pregunta a los entrevistados, se obtiene sólo una sonrisa por respuesta: no, no había conflictos, cuando la situación en una fábrica resultaba insoportable, se cambiaba de empresa.

No podía ser de otra forma. El movimiento obrero y sus organizaciones habían sido reducidos por la fuerza durante la guerra y la posguerra. La derrota, la represión posterior y el miedo impedían cualquier conato de protesta y mucho menos de organización. Puede que en la memoria de los trabajadores de Elche y de sus hijos perviviera el recuerdo de otros tiempos, de ese casi medio siglo de luchas obreras que se inicia con la larguísima huelga de 1903. Puede que muchos recordaran su afiliación a la UGT o su militancia socialista. Puede que aún guardaran memoria de los triunfos de los partidos de izquierda en las elecciones tanto generales como municipales que se sucedieron en Elche desde el advenimiento de la II República, incluso en 1933, cuando ganaron los socialistas mientras las urnas globalmente dieron el gobierno a la derecha.

Para la mayoría de los inmigrantes que llegaron en aluvión durante los años sesenta desde el mundo rural, lo más probable es que ese pasado tuviera aún menos significado que para los obreros de Elche. Vinieron a trabajar y, en cierto sentido, a olvidar. No podían mirar hacia atrás, sólo hacia adelante, y no tanto a su futuro como al de sus hijos.

En cuanto a los empresarios, pocos de ellos recordarían el viejo Centro Industrial Alpargatero que desde 1902 organizó a la burguesía industrial ilicitana, para disolverse después, en 1920, en la Federación Patronal, que unificó a los empresarios para afrontar los momentos de mayor conflictividad. Pero la memoria de esos acontecimientos debía de pervivir sólo en un puñado de empresarios, aquellos que desde antiguo se habían mantenido en el calzado. Para los demás, como ha escrito Antonio Rodes, la defensa de sus intereses más estrechos impedía cualquier forma de con-

ciencia sobre el pasado o el futuro: «A medio camino entre el taller y la fábrica, [el empresariado] utilizó más la picaresca que la negociación en sus conflictos laborales, se cegó en el problema coyuntural y nunca se planteó una perspectiva a largo plazo. (...) Desde la aparición del zapato, el escaso desarrollo tecnológico del sector y la poca inversión de capital necesaria para fundar una empresa hicieron que los trabajadores de hoy fuesen los empresarios de mañana y cada generación de fabricantes se reinventase a sí misma sobre las cenizas de la anterior» (Rodes 1986: 98)

A pesar de todo ello, en los últimos años de la década empiezan a percibirse los síntomas de un malestar difuso, de un descontento que aún no cuaja en conflicto, pero que permite vaticinarlo. No son sólo las reivindicaciones salariales, ni las condiciones de trabajo, se trata más bien de una puesta en entredicho del mundo de la fábrica, de una revuelta no organizada que a veces estalla bajo cualquier pretexto:

> (23) *Ganaba bastante más, entré ganando más que en la anterior, allí se trabajaba a sueldo, no recuerdo que hubiera destajos en esa empresa, a sueldo más algunas horas extras, una especie de acuerdo al que llegamos, el jefe no se dignaba hablar con nosotros, era con los encargados.*

> (23) [1968] (...) *entonces tuvieron problemas con un lijador, se ve que no llegaban a un acuerdo porque allí se iba a destajo y se negociaban los precios, entonces me llamó el gerente y me dijo que tenía que ponerme a lijar porque el lijador exigía mucho, fíjate yo tenía 17 años (...) ganaba 600 o 700 pesetas y el lijador ganaba 1700, el lijador quería ganar más (...) y yo pensé: ¿cómo voy a hacer yo una faena a alguien que quiere aumento de sueldo? pues no es normal, porque le estoy quitando el puesto de trabajo y luego me van a pagar lo que no quería el otro (...) entonces me pusieron de recadero con una bici (...) Al mes de estar haciendo mandados aunque me dieron el sueldo de ayudante me lo dejé yo, no estaba bien.*

> (1) *En el año 69 quise estudiar y me fui a hacer bachillerato nocturno y tenía que terminar a las siete de la tarde, como terminábamos a las nueve, aunque no era obligatorio hacerlo pero era normal, entonces yo me iba a las siete para ir al Instituto y por aquello me castigaron, me quitaron de mi puesto, no sé ni adónde me llevaron, y yo tuve unos conflictos tremendos porque yo hice demanda y tuve juicio, entonces ya empezaba, pero eso fue ya a partir del 65 o 66, y entonces ya era continuo, por una cosa u otra, por lo mínimo, vamos a pedir que nos pongan taquillas para poner los bolsos, un follón para poner las taquillas, y cosas así.*

Es cierto que lo que estaba ocurriendo en Elche no era sólo el fruto espontáneo de las intolerables condiciones de las fábricas. Aunque muy débilmente, el movimiento obrero había ido organizándose en España. Primero aparecieron las Comisiones Obreras, que a partir de las luchas de 1962 en Asturias y luego en otros puntos del norte, fueron aglutinando a un pequeño número de trabajadores. En 1966 se constituyen formalmente en Valencia las Comisiones Obreras del País Valencia. La UGT no va a empezar a dar signos de presencia hasta los años 70.

Pero mucho antes, en 1946, en los momentos de mayor dureza de la posguerra, se había fundado una organización católica, la HOAC, que habría de tener una considerable influencia en el renacimiento del movimiento obrero español. Además de haber reunido a muchos de los que serían después dirigentes y cuadros sindicales, la HOAC, desde posiciones de un catolicismo de izquierda comprometido, ayudó a formar a muchos trabajadores. La tolerancia del Régimen hacia una organización católica, aunque con frecuencia enfrentada a la Iglesia oficialista y a la jerarquía, le permitió realizar su labor en condiciones de legalidad, lo que no hubiera sido posible para cualquier otra organización que planteara sus mismos objetivos. La HOAC consiguió desde muy temprano una cierta implantación en los núcleos industriales, y especialmente en la Comunidad Valenciana, donde, según Manuel Cerdá (1981), tuvo una presencia importante en ciudades como Alcoy, Elche, Bunyol, Manises, Sagunto, Xátiva o Vall D'Uixo.

> (1) *Yo estaba organizada, pertenecía a la HOAC y aquello era lo que a mí me empujaba, me influía a reivindicar y a luchar por unas mejoras en el trabajo y un trabajo más digno, estaba también en el comité de empresa, no, entonces no eran comités, eran jurados, tuvo que ser por el setenta cuando yo entré en el jurado.*
>
> (3) *Con 16 años* [en 1969], *puede que antes, con quince, entro a formar parte de un club juvenil de una Parroquia, donde hacíamos actividades de tipo cultural y social en aquellos años. De ahí a continuación ya pasé a formar parte de una organización, de la HOAC, que era un movimiento cristiano, comprometido con el mundo obrero.*

9. Mirando hacia atrás

Antes de adentrarnos en el análisis de la siguiente década, conviene abandonar momentáneamente el hilo narrativo para introducir una re-

flexión retrospectiva a propósito de los «felices sesenta». Si algún interés tiene el enfoque biográfico no es desde luego su aportación al conocimiento de los «hechos», sobre los que sin duda lanza una mirada parcial, sino al modo en que estos son vividos, percibidos e interpretados por sus protagonistas, al modo en que dichas experiencias e interpretaciones son capaces de influir sobre las conductas, transformando así lo que parece un proceso ciego, en una historia que se construye.

Pues bien, si algo rezuman los relatos de los años sesenta, tal y como han sido recogidos hasta aquí, es sobre todo tristeza: la tristeza conmovedora de los emigrantes desarraigados, de los niños en las fábricas; a veces, el escozor no olvidado de las humillaciones infligidas por un propietario, por un gerente o por un encargado.

Sin embargo, cuando a instancias de la entrevistadora, los trabajadores tratan de evaluar tanto sus trayectorias profesionales como la evolución del calzado en Elche, todo esto parece olvidado y los sesenta se convierten en «*los felices sesenta*»: cuando *había mucho trabajo*, cuando *se podía ganar dinero*, cuando *en las fábricas la gente estaba contenta*, cuando en Elche la gente *creía en el futuro*, cuando....*fueron años buenos*. Parece como si una cierta nostalgia se impusiera sobre los mismos tristes recuerdos recién evocados.

> (20) *A principios de los setenta salíamos de una década que todo el mundo llama la década prodigiosa, porque todo el mundo ganaba dinero en los años sesenta, no mirábamos las horas que hacíamos, porque hacíamos más horas que un reloj, pero todo el mundo estaba contento porque ganaba dinero y porque, si querías cambiar de trabajo, cambiabas con la misma facilidad que se cambiaba de camisa.*

No resulta difícil interpretar este aparente sinsentido -cabría aducir- si tenemos en cuenta que en aquellos momentos, por duras que resultaran las condiciones de vida y de trabajo para los trabajadores, vistas ahora desde la perspectiva del paro y el pesimismo de la precariedad, puedan resultar halagüeñas.

Sin embargo, esta explicación, sin ser errada, no agota la totalidad del sentido. Los años sesenta fueron malos, muy malos; duros, muy duros. No fue el tiempo feliz antes de la crisis, no fue el paraíso de los trabajadores preludio del infierno. Fueron años en los que en la conciencia de muchos trabajadores quedó fijada la idea de que era preciso hacer todo lo posible

para transformar esas condiciones, para salir adelante. Algunos creyeron que sería posible lograrlo mediante la acción colectiva, otros pensaron que cabían estrategias individuales de movilidad. Pero todos, todos querían cambiar su vida. Desearon cambiar su vida cuando se sintieron más fuertes, más integrados, cuando pudieron abandonar los cuartos realquilados por viviendas que ahora tenían que pagar, cuando tuvieron la sensación de haber aprendido un oficio, cuando algunos ya se habían casado, muy jóvenes, y habían empezado a tener hijos.

CAPÍTULO 3

LOS AÑOS SETENTA: EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL INICIO DE LA CRISIS

1. Evolución del calzado

Cuando se inician los años 70, la industria del calzado se ha consolidado definitivamente en Elche. El mismo modelo industrial que se ha descrito para los años 60 se va a mantener durante la primera parte de esta década, sin que aparezcan diferencias significativas. El proceso migratorio que se ha iniciado en la década anterior mantiene aún su vigencia, por lo menos hasta 1975. La industria del calzado continuará su expansión mediante la incorporación de nuevos trabajadores al sector. El mercado exterior, al que se ha dirigido una parte muy significativa de la producción de calzado, empieza a sufrir restricciones desde los primeros años de la década, pero la ampliación del mercado interior permitirá mantener el ritmo de crecimiento.

El análisis de la década de los setenta en epígrafe único pretende exclusivamente mantener una cierta coherencia narrativa, pero no responde a los imperativos de una tipología de etapas diferenciadas. Por el contrario, los setenta son años de rápidos cambios, en los que va a coincidir, por una parte, el máximo auge del desarrollo de la industria del calzado con el inicio de su crisis; y, por otra, el período más favorable para los trabajadores, gracias a la eclosión de su organización y sus reivindicaciones, con el comienzo de una reconversión que va a dar al traste con todos los logros conquistados.

Todos los indicadores económicos avalan la idea de que el calzado mantuvo su tendencia expansiva desde los sesenta hasta prácticamente el final de la década. Si atendemos a la creación de nuevas empresas, Sevilla

Jiménez (1985) establece que para todo el sector el número de empresas pasó de 447, en 1970, a 1.067 en 1977. En el mismo período, el empleo en el calzado y industrias auxiliares creció de los 14.809 activos, en 1970, hasta los 30.507 de 1977. Sólo en la fabricación del calzado estrictamente los ocupados se elevaron de 9.202 a 20.362.

Aunque, según Ybarra (1996), durante toda la década se mantuvo la tendencia al crecimiento del tamaño medio de las empresas, en consonancia con el modelo productivo dominante, lo cierto es que en cifras absolutas los mayores incrementos en el número de empresas se produjeron entre las de 0 a 6 trabajadores, que pasaron de 120 a 480, entre el 70 y el 77; y las de 7 a 25 trabajadores, que crecieron desde 161 hasta 354.

Incluso en los años 78 y 79, cuando estalla la crisis y se inicia el período de las regulaciones masivas de empleo y de los cierres, el ritmo inversor se mantiene. Según los datos citados por Sevilla Jiménez (1985), entre 1976 y 1979 se crearon 179 nuevas empresas de calzado en Elche, a las que habría que añadir 64 empresas auxiliares del calzado y 43 comercializadoras. Incluso en 1979, el número de nuevas empresas se elevó respecto a los años anteriores.

La presencia de capital extranjero en la industria del calzado, aunque ha crecido durante los sesenta -especialmente por parte de grupos americanos y alemanes- se va a incrementar en este período, bajo la forma de grandes comercializadoras que subcontratan trabajo la producción de calzado a las fábricas o talleres de la zona. Tal y como es descrito por Bernabé Maestre (1976), a partir de 1969 se empieza a generalizar este fenómeno: primero los grandes importadores tendieron a la subcontratación con empresas que trabajaban en exclusiva para ellos, a las que se les imponía los modelos. Posteriormente, las comercializadoras pasaron a financiar directamente a las empresas, controlando así no sólo la producción sino también la propiedad.

En opinión de Contreras (1997), esta es una de las limitaciones más importantes del modelo industrial cuya crisis estalla a final de la década. Al dirigir una parte importante de la producción al mercado exterior, sobre todo norteamericano, a través de las grandes comercializadoras, las empresas locales se reducen a «simples organizadoras de la fuerza de trabajo». Esta circunstancia genera una gran vulnerabilidad y un débil desarrollo de las competencias comerciales, gerenciales y de diseño.

Las relaciones de dependencia que se generan así son interpretadas de forma muy negativa por todos los autores que se han ocupado del

calzado. Al trabajar para comercializadoras extranjeras, las empresas locales, además de reducir sus ganancias en favor de los intermediarios extranjeros, no tienen ninguna autonomía en lo que se refiere al diseño, la innovación y el acceso a los mercados. Cuando la reorganización de los mercados mundiales y el aumento de los salarios empiezan a socavar la competitividad del calzado alicantino, el sector no dispone de recursos alternativos para hacer frente a la nueva situación que no sea el ya viejo sistema de competir en precios reduciendo el coste de la mano de obra.

2. Evolución de la Población

La evolución de la población ilicitana va a seguir las pautas del desarrollo del calzado. No podía ser de otra forma en un municipio con una tan marcada especialización productiva en el sector. En esta década la población de Elche pasó de 122.662 habitantes en 1970 a 168.775 en 1981. Sin embargo, hay que distinguir dos fases bien diferenciadas. Entre 1970 y 1975 el ritmo de crecimiento sigue siendo muy intenso, aunque las tasas descienden respecto al quinquenio anterior, que fue, como se ha recogido, el más dinámico de todo el siglo. Entre 1976 y 1981, aunque el saldo sigue siendo muy positivo, el ritmo de crecimiento se ralentiza.

Ahora bien, la inflexión en el crecimiento demográfico está determinada por la evolución de la inmigración y no por la evolución del movimiento natural de la población. Así, el crecimiento vegetativo va a pasar de tener una escasa incidencia en el incremento global de la población, a convertirse en el factor esencial. De hecho, los efectivos que aporta el saldo vegetativo son crecientes a lo largo de la década, y ello a pesar del descenso de la tasa de natalidad que se inicia ya en los sesenta. Sin embargo, dado el rejuvenecimiento de la población que ha promovido la inmigración, el saldo vegetativo será muy positivo. Por ello, en cifras absolutas el número de nuevos efectivos que se incorporan sigue aumentando hasta los ochenta.

No ocurre lo mismo con el saldo migratorio. Si en el último quinquenio de los 60 alcanzó la cifra récord de 18.341 efectivos, en los primeros cinco años de los 70 descendió hasta los 16.340. Entre 1976 y 1980, su aportación se redujo hasta los 835. Hay que concluir que es 1975 el año que clausura el largo período de flujos migratorios hacia Elche iniciado en los años cincuenta.

La inmigración, por otra parte, ha transformado radicalmente la estructura de la población. Los inmigrantes se encuentran mayoritariamente en los grupos más jóvenes, lo que induce un rejuvenecimiento de la estructura por edades, sin parangón en ningún otro municipio de la provincia. Por otra parte, la composición de la población según el origen se ha modificado: en 1981 sólo el 48'66% de los residentes en Elche ha nacido en el municipio, el 23% proviene de otros ámbitos de la provincia, y el 27% de otras provincias españolas.

Parecida evolución ha seguido la distribución de la actividad. El desarrollo del calzado hizo de Elche el municipio de la provincia con un mayor porcentaje de la población activa concentrada en el sector industrial: si en 1960 la industria ilicitana ocupaba al 51% de los activos, en 1970 ya representaba un 54%. En el primer quinquenio de los 70 los activos industriales siguen creciendo hasta alcanzar el 56% en 1975, para descender posteriormente hasta el 51'5% de 1981.

La fuerte concentración de la actividad en el sector secundario tiene como consecuencia el escaso desarrollo del terciario, un sector que va a crecer muy lentamente en Elche: en 1975 tan sólo el 26% de los activos trabaja en los servicios, mientras que la media provincial se eleva para la misma fecha al 43%.

No merece mucha atención el análisis de los datos sobre la actividad femenina, pues como ocurre para el resto de los períodos, la información secundaria esconde la realidad del trabajo de las mujeres, al que sólo es posible aproximarse por otras vías. Si ello ocurre en todos los ámbitos, en Elche este fenómeno es más acusado, dado que las mujeres han trabajado tradicionalmente en la economía sumergida, sector que permanece opaco a las estadísticas oficiales.

La prueba de esta opacidad es que, frente a evidencia de la observación, las estadísticas arrojan tasas de actividad para las mujeres durante este período muy bajas, en torno al 15%. Eso sí, más del 70% de las mujeres contabilizadas como activas, trabajan en la industria del calzado.

3. La percepción de los trabajadores

Si los años sesenta, retrospectivamente, han merecido una evaluación positiva por parte de los trabajadores, mitigada, eso sí, por los agrios recuerdos, la mirada sobre los setenta será mucho más complaciente. Hasta el año 78, en que se empiezan a manifestar los síntomas de la crisis, para

los trabajadores este período representa sobre todo la estabilidad y la mejora sensible de sus condiciones de vida.

> *(8) Entonces había mucho trabajo, los jefes te rifaban o sea que...te adoraban: -no te vayas, no te vayas, te voy a dar más-. Tal cual. Ahora no, ahora los jefes son muy estúpidos, más bien para ellos, y explotan mucho. Ha cambiado mucho, había más trabajo antes que ahora.*
>
> *(8) [1973] No tenía contrato, no era como ahora, era fija, fija; y los dueños, si te querías marchar a otro sitio, te preguntaban el porqué, o sea que te pedían explicaciones: si no estabas a gusto, todo eso. Era otra época que la que estamos viviendo ahora.*
>
> *(4) Los trabajadores tenían más posibilidades de trabajar que ahora, porque llegaban a una fábrica y decían: -pues éste me da trescientas y éste me da quinientas. Cogían y se iban, y tenían donde elegir, y hoy no, hoy tienen que...lo que se les dé...si quieren trabajar, aguantar, porque hoy no se encuentra otro trabajo, si tienes trabajo no puedes soltarlo tan fácil, y entonces no. Yo me acuerdo que en aquella época, yo no me he ido nunca, pero las chicas y los hombres que estaban allí trabajando veías que: -mira, fulanito me da más, -y se iban, y hoy no pueden hacer eso.*
>
> *(20) En los setenta la cosa estaba más estable, teníamos unas empresas que tenían unas condiciones de trabajo bastante conocidas y en las que podías ganar dinero o podías simplemente mantenerte, había estabilidad en el empleo, eso nos daba una seguridad.*
>
> *(3) Hubo unos años, de los 70 a los 80, que había trabajo, había una cierta estabilidad en el trabajo, dentro de lo que se puede llamar estabilidad en este sector, pero había, había trabajo. Fueron unos tiempos de reivindicaciones y la gente se comprometía, más o menos consciente, en las luchas, en las reivindicaciones que había, en unos casos más conscientes, en otros más arrastrados.*

Pero antes de aceptar acríticamente los juicios de valor mayoritariamente compartidos por los trabajadores, conviene matizar estas afirmaciones y oponerlas luego a las condiciones reales de trabajo y existencia, tal y como han sido relatadas por ellos mismos.

Además de la distorsión que necesariamente introduce la mirada retrospectiva, al evaluar el pasado en función del presente, cabe explicar la complacencia de los trabajadores por una serie de elementos que, en cierto sentido, son ajenos a la realidad del sector. En primer lugar, muchos de

los entrevistados, como se ha visto, llegaron a Elche durante los 60, y con apenas diez u once años iniciaron unas difíciles trayectorias laborales: sin contrato, con salarios de miseria, sometidos a una disciplina difícilmente tolerable para los niños. Otros, aun si tenían más edad, conocieron igualmente la experiencia del desarraigo y la precariedad existencial que caracterizan al inmigrante. Los niños y los jóvenes de las primeras oleadas de inmigrantes son los jóvenes y los adultos de los setenta que ya se han integrado en Elche, que después de una experiencia laboral de casi diez años han logrado conocimientos y habilidades profesionales en el calzado, que tienen trabajo e ingresos suficientes. Y son además estos jóvenes, sobre todo ellos, los que, como veremos seguidamente, van a empezar a organizarse y reivindicar en las fábricas, los protagonistas del conflicto industrial en Elche.

Es éste el segundo elemento que permite explicar el optimista juicio sobre la época. No se trata solamente de una evaluación sobre las condiciones objetivas. La experiencia de la lucha y la organización, además de alcanzar objetivos como la mejora de los salarios y la mayor lenidad en las condiciones de trabajo, va a devolver a los trabajadores el sentido de la identidad, de la confianza y la autoafirmación que la vivencia de la inmigración y la explotación temprana habían generado en ellos.

No hay que olvidar, finalmente, que la realidad española en su conjunto se vio sacudida en este período por cambios sociales y políticos transcendentales. El final de franquismo coincidió con movilizaciones sociales de todo orden, y con la eclosión de las reivindicaciones democráticas, sindicales, ciudadanas, así como las que incorporaban los nuevos movimientos sociales. La conquista de tantos derechos largamente usurpados tintó de optimismo la vida pública española, apenas ensombrecida por la incipiente crisis económica. Los Pactos de la Moncloa, que *a posteriori* han sido interpretados como el primer paso hacia la derrota de los trabajadores, fueron celebrados en aquel momento como una prueba de las posibilidades abiertas por el nuevo consenso democrático.

A pesar de todo ello, si nos atenemos a los relatos biográficos, no parece que la década represente cambios cualitativos transcendentales para los trabajadores. Aunque sus condiciones de vida y de trabajo van a mejorar relativamente, no se producirán grandes transformaciones en el sector calzado de Elche, cuyas pautas esenciales, tal y como se han descrito para los años sesenta, se van a mantener con escasas modificaciones también en los setenta.

4. Condiciones de trabajo

Si el trabajo de los niños ha sido una constante en el sector del calzado, no parece que haya desaparecido tampoco en los años setenta. Los datos secundarios obtenidos de Censos y Padrones de Población, a pesar de sus limitaciones para dar cuenta de las prácticas ilegales, coinciden en señalar la tendencia hacia la elevación de la edad media de incorporación a la actividad y la prolongación de la escolaridad, sobre todo en los últimos años de la década. Hay que recordar, además, que durante este período se produce una cambio en la regulación legal del inicio del trabajo, que supone retrasar la edad desde los catorce hasta los dieciséis años. Si no podemos pensar que esta norma haya sido respetada, como no lo fueron las anteriores, debió de tener alguna influencia en el retraso de la incorporación de los más jóvenes al trabajo. Otros factores como la reforma educativa que supuso la implantación de la EGB o un mayor control por parte de los centros escolares, así como una mejora en las condiciones de vida de las familias trabajadoras, propiciaron este cambio.

Esta tendencia es la misma que apunta el material biográfico: algunos niños continuaban iniciando su actividad en las fábricas a partir de los diez años, engrosando así el trabajo clandestino, pero en menor proporción que lo habían hecho durante los años sesenta.

> *(25) Tenía trece años, en el 75. Terminé 7º y me puse a trabajar, era en octubre, lo recuerdo perfectamente porque era por mi cumpleaños*
> *-¿Dónde empezaste a trabajar?*
> *-En un taller de aparado, de aprendiza, allí estuve tres meses nada más.*

> (6) *Tenía diecisiete años, eso fue en el 75 más o menos, en la primera fábrica estuve trabajando un año y medio (...) Lo encontré por medio de una amiga, me dijo: hace falta una chica, podías venirte y así no estás en casa, probé y me gustó. Yo ya conocía el oficio de aparadora en casa, fuera no, yo empecé aquí ayudándole a mi padre, empezaba y acababa el corte.*

> (27) *Entré a los doce años, en el 70 y estuve allí hasta el 82, y ya me pusieron fijo a los cuatro años, en el 74, me metió en la cartilla sin contrato ninguno, como se hacía antiguamente y no como ahora, que ahora trabajas nueve meses y ya tienes que ir al paro, no puedes estar tres años, cogen te pasan al paro, te tiras tres días en el paro y entras de nuevo, hoy en día hacen lo que quieren.*

Frente a la tan pregonada «estabilidad», que los entrevistados reiteradamente presentan como la característica más sobresaliente de la década,

sus propios relatos aportan informaciones que matizan esa impresión de que durante los años setenta todos los trabajadores gozaban de trabajo fijo y estaban dados de alta en la seguridad social. En primer lugar, a pesar del crecimiento del sector, el calzado se vio sometido durante toda la década a crisis intermitentes, derivadas de movimientos cíclicos de los mercados, a los que un sector con debilidades estructurales tan importantes como el calzado ilicitano sólo podía enfrentar mediante cierres y reconversiones permanentes. Además, la existencia de un tan elevado número de industrias pequeñas y poco profesionalizadas forzosamente producía una cierta inestabilidad: son muchas las que cierran y abren continuamente. De hecho, aunque los cierres no fueron tan frecuentes como en los últimos años de la década, los trabajadores conocieron tempranamente esta experiencia:

> (2) [1972] -*Cerró porque vino la primera crisis del calzado, recuerdo, y cogió a la empresa en expansión, entonces mejorando la técnica de maquinaria hubo una reajuste, se introdujo el aparado, y eso le pilló a la empresa en esos momentos y no pudo sostenerlo y tuvo que cerrar*
> -*¿No hubo conflicto? ¿los trabajadores aceptaron el cierre?*
> -*No ninguno*

Es cierto que estos cierres no tenían consecuencias dramáticas para los trabajadores: tenían derecho a prestaciones por desempleo, podían sin dificultad compatibilizar estas prestaciones con alguna actividad sumergida y, además, era fácil volver al mercado de trabajo en un plazo breve si lo deseaban.

No es posible establecer la frecuencia de estos cierres ni el número de trabajadores que se veían afectados. Sin embargo, es importante resaltar el hecho no tanto por la importancia cuantitativa que pudo tener, ni por sus consecuencias en aquellos momentos, sino por los efectos que va a producir a más largo plazo. Cuando estas situaciones empiezan a generalizarse, al final de esta década y en la siguiente, la impresión que se deriva de las biografías es que no fueron percibidos por los trabajadores como fenómenos radicalmente nuevos, sino más bien como algo ya conocido y experimentado, frente a lo cual, además, los trabajadores habían probado con éxito estrategias de adaptación. Esta continuidad, esta ausencia de una ruptura con experiencias anteriores, es una de las claves que permiten entender la pasividad con que los trabajadores recibieron después los cambios que se produjeron en el sector.

Tampoco es necesario esperar a la reconversión del calzado para observar estrategias empresariales que luego van a generalizarse, por ejemplo, el trabajo negro dentro de las fábricas que, si hasta ese momento se limitaba casi exclusivamente al trabajo de los niños, a partir de ahora va a empezar también a los trabajadores adultos, si no de forma permanente, sí para algunos períodos de duración variable:

> (6) [1975] *Allí no se me hizo ningún contrato, estuve año y medio sin contrato (...) En el 77 me voy, estuve un par de meses parada hasta que encontré otra cosa, no tenía derecho a desempleo porque no había tenido contrato, entonces ya me fui a esta empresa a trabajar, también como aparadora (...) estuve un año y medio o así porque cerraron la fábrica, allí sí tuve contrato, me hicieron uno de seis meses, con la categoría de ayudante y nada, ya cerró la fábrica y al paro.*
>
> (16) *Entré en esta fábrica en el 72 y allí me quedé ocho años (...) entré en enero y me dieron de alta en junio.*
>
> (5) *Entré en la fábrica en el año 72 (...) Dejé el trabajo de casa porque ganaba muy poco y el repartidor me dijo que hacían falta en ese momento aparadoras en la fábrica y si quería irme, y como me aburría un poco en casa yo sola, me fui. Yo ya aparaba, no llegaron a hacerme contrato, estuve poco tiempo allí, enseguida me puse a trabajar en otra empresa.*
>
> (25) *Allí estuve un año y pico* [del 76 al 77], *aunque ya tenía la edad tampoco me hicieron contrato, me metí en la envasa, no sabía nada pero allí aprendí muchas cosas, la verdad, empecé poniendo etiquetas y terminé difuminando tacones.*

A pesar de estas prácticas, seguramente más frecuentes de lo que la literatura especializada ha establecido, la mayor parte de los trabajadores eran fijos y, si en determinados momentos se veían obligados a trabajar clandestinamente en las fábricas, ello no representaba ningún problema, pues dada la demanda de mano de obra existente, podían cambiar de empresa con facilidad.

> (5) *Me busqué una fábrica y empecé a trabajar, era [...], estuve desde el 77, lo encontré por la oficina de empleo, me mandaron, entonces había muchas ofertas de empleo*

El trabajo negro era sencillamente una práctica coyuntural que podía ser aceptada o no por los trabajadores en función de otras variables, como

el salario. De hecho, ningún entrevistado al hablar de aquella época se ocupa de la cuestión si no es a instancias de la entrevistadora.

Otra práctica relativamente frecuente en muchas empresas, si atendemos a las reiteradas declaraciones de los trabajadores, era el fraude sistemático de las normas que regulaban la asignación de las categorías que correspondían a las distintas tareas del proceso productivo, con las consecuencias sobre el nivel retributivo que ello comportaba, y con independencia de las tareas concretas que el trabajador hiciera en la fabrica:

> (5) *En el 77 busqué una fábrica, lo encontré por la oficina de empleo, estuve primero seis meses de contrato, luego otros seis, y luego ya fija. Allí ya entré como aparadora haciendo muestras, ya sabía mucho* [ríe] *(...) me tenían que haber dado la categoría de primera, pero de tercera nunca he pasado. Se trabajaba un poco menos, salía a las 8, sólo hacíamos una o dos horas extras al día, las horas nos las pagaban aparte (...) Sí, el salario estaba bien, sobre todo si tenemos en cuenta lo que ganaba antes en casa, iba a jornal, el convenio, pero no era justa la categoría.*
>
> (23) *En el 69 entre en...allí estuve hasta el 80. Trabajaba muchas horas, mucho trabajo, a destajo siempre.(...) Entré de ayudante* (ocho años de experiencia laboral en tres fábricas distintas)*, la misma categoría que dejé en la otra fábrica, allí cogí la categoría de especialista, que era la siguiente a la de ayudante, pero inferior a la de oficial. Entré de lijador y estuve los once años de lijador*

Por otra parte, a pesar de los cambios en la legislación, la duración de las jornadas de trabajo en el calzado no se acortó significativamente. Las mismas interminables jornadas que se han descrito para los cincuenta y los sesenta se mantuvieron para los setenta, aunque sí parece haber disminuido la frecuencia del trabajo durante los fines de semana:

> (20) *A finales de los 60 la jornada se acortó, se pasó de cuarenta y ocho a cuarenta y seis horas, y a mediados de los setenta se bajó a cuarenta y cuatro horas, que era la jornada que hacíamos, bueno, cuarenta y cuatro más una serie de recuperaciones que eso siempre ha existido, como consecuencia de que hemos sido muy buenos ingenieros y hacíamos siempre puentes, túneles, acueductos, hacíamos todos los puentes hasta que nos dimos cuenta de que aquello era una verdadera aberración, pero la verdad es que nos pasábamos el año recuperando.*

(22) [A principios de los setenta] *Aquí ya hubo muchos cambios, igual trabajabas hasta las nueve, los sábados no se trabajaba, algunos sábados teníamos que trabajar, inclusive algún domingo, porque tenía que salir faena, pero era muy relativo, o sea, dependía de la faena, aquí estaba muy a gusto y muy bien, me pagaban las horas aparte.*

(23) *Desde el 70 ya no trabajábamos los sábados, dejamos de trabajar los sábados pero hacíamos unas sesenta horas o así.*

(6) [En 1975] *Trabajaba doce horas, más o menos, y el sábado por la mañana.*

(6) *[En 1977] Once horas diarias, algunos sábados íbamos a trabajar porque a lo mejor había que hacer muestras, y había también días que estaba hasta las dos o las tres de la mañana porque había muestras.*

Estas jornadas, sin embargo, eran toleradas por los trabajadores sin oponer ninguna forma de resistencia. Cabe pensar incluso que tenían su beneplácito si consideramos que además, una vez finalizadas, podían continuar trabajando de forma sumergida para otras empresas o en su propia casa. No es el esfuerzo, sino el aumento de las retribuciones, la preocupación dominante entre los trabajadores en este período. Por otra parte, estas retribuciones han ido creciendo durante los años sesenta y los setenta de forma significativa, empujadas por la competencia interna entre las empresas, la mayor capacidad negociadora de los trabajadores y los aumentos en la productividad del trabajo que la innovación tecnológica y los cambios organizativos habían propiciado.

1976 fue, en opinión de los entrevistados, el año en que se firmó el convenio con mayores aumentos salariales. Los mismos dirigentes del sindicato vertical presionaron fuertemente para obtener ventajas salariales, en un intento de legitimación tardía, frente a la contestación interna de que estaban siendo objeto, y su descrédito entre los trabajadores.

En opinión de Bernabé Maestre (1976), la modernización del sector calzado en la provincia tuvo efectos sobre los salarios, pero principalmente sobre la intensidad de los ritmos de trabajo: «Los nuevos sistemas han producido una violenta aceleración del ritmo de trabajo y una rigurosa disciplina del trabajador, que al principio no es aceptaba con gusto. Los salarios son, indudablemente, mayores, pero la intensidad del trabajo lo es también (...) Salvo la oficina y los encargados, que cobran jornal, el

resto de los trabajadores lo hace por destajos, y las más modernas fábricas, pagan primas a la producción, por lo que sus salarios tienen como tope mínimo el acordado por los convenios para su categoría».

Los testimonios de los trabajadores corroboran estas apreciaciones. Aunque en algunas fábricas pequeñas aún se trabajaba a jornal, y en este caso las horas extraordinarias estaban retribuidas, en la mayoría se había impuesto definitivamente el destajo, o sistemas intermedios de jornal con trabajo incentivado a partir del cronometraje de las tareas.

> (3) [74-84] *El sueldo no estaba mal, se ajustaba al convenio o, en todo caso, se ajustaba al sistema de incentivos, el cronometraje, y entonces era sobre los tiempos que había de rendimiento y las primas que sacabas por la producción que se hacía por encima del mínimo y en todo caso, como en esta empresa no se hacían muchas horas, pues el salario era más o menos normal, mas bien mediano.*
>
> (27) *No ganaba mucho, es que íbamos a jornal fijo, y donde se trabajaba a destajo se ganaba más.*
>
> (6) [75] *Tenía un jornal a destajo, lo único que pasa es que cuando estaba haciendo muestras pues me pagaban esas horas a un precio.*

No es difícil ponerse de acuerdo con Bernabé Maestre sobre el aumento de la intensidad de los ritmos de trabajo producido durante el período que, ligados a las interminables e irregulares jornadas de trabajo en función de los dictados de la producción, debían de resultar extenuantes para los trabajadores. Sin embargo, y a pesar de la minuciosidad con que las biografías describen la vida laboral, no aparecen referencias a este tema, más allá de la mera constatación de las horas trabajadas. Sólo los que fueron sindicalistas se refieren vagamente a una cierta oposición al cronometraje. La resistencia, si se produjo, debió de afectar a casos aislados o entre los trabajadores de mayor edad, menos flexibles para adaptarse a las nuevas condiciones. Para el resto, o bien el largo entrenamiento en la disciplina fabril había sido suficientemente intenso, o bien no consideraban importante el esfuerzo siempre que fuera debidamente primado.

La creciente conciencia y organización de los trabajadores en las fábricas no acabaron con prácticas abusivas por parte de algunos empresarios y los encargados que hacían cumplir sus órdenes. La diferencia respecto a la década anterior es que ahora, en algunas ocasiones, encontraban mayor

resistencia activa, en otras el cambio de empresa seguía siendo la medida defensiva:

> (6) *Por cierto que unas vacaciones no fuimos a trabajar, porque nos hacían trabajar, y lo demandamos tres chicas, fuimos a juicio y nos quisieron dar no sé si ocho mil pesetas, para que nos fuéramos, y nosotras dijimos que no, que queríamos trabajar, y al final no tuvimos ni una cosa ni la otra. Entonces estaba el sindicato vertical, fuimos hasta Madrid y al final nos lo denegaron todo. Los compañeros, vamos, firmaron los papeles como que nos habían pasado antes el papel, comunicándonos lo de las vacaciones, todos lo firmaron, el jefe fue a magistratura con eso y por eso perdimos. Ellos firmaron como que habían recibido la comunicación de que se iba a trabajar en vacaciones, estaban obligados a comunicarlo con quince días y no lo habían comunicado, pero firmaron que sí.*
>
> (6) *Estaba embarazada y al hacerme un poquito más gorda me pusieron en una máquina que a mí no me gustaba estar y me quejaba porque me cansaba mucho al estar embarazada, porque ahí estuve en el aparado y cuando no había mucha faena me pasaban a la envasa y cuando me pasaban a la envasa era cuando me quejaba, no quería estar allí porque estaba en una máquina de mucho calor, y como estaba embarazaba me molestaba mucho.*
>
> (6) *Me fui porque había un encargado que se metía mucho conmigo, me seguía y siempre estaba metiéndose y me salí, no me gustaba estar allí, no me gustaba nada estar porque el encargado iba y siempre tenía ganas de rollo y de vez en cuando...entonces le dije a mi novio: -tú te crees, el tío éste que viene siguiéndome, y entonces ya decidí: yo me voy. Entonces fue cuando entré en... y allí fue cuando me quedé embarazada.*

El relato de estas prácticas narradas por los trabajadores de Elche para el que ha sido considerado como el período más favorable para sus intereses, puede quizás empañar en exceso la imagen de las empresas y los empresarios del calzado por la frecuencia con que son denostadas. Sin embargo, no todas las empresas eran iguales, ni en todas se trabajaba bajo las mismas condiciones. Ésta parece haber sido también la década de las «empresas modelo», sobre las que también se encuentran referencias. En todos los casos, se trata de empresas de tamaño medio-alto, que aprovecharon la coyuntura económica favorable para modernizarse e introdujeron mejoras tanto en las instalaciones como en la gestión de a fuerza de trabajo, y que prefirieron en mayor medida apoyar la negociación para evitar el conflicto.

(20) *En esta empresa no se hacían horas extras, algunas veces se hacían algunas por necesidades de la producción. La producción era muy restringida, era muy seria, de mucha calidad, no se tenía ese volumen de faena que en otras empresas se daba, así a mogollón, se hacía una producción de entre trescientos y cuatrocientos pares diarios que era una producción para una fábrica de estas características media-alta y que naturalmente había que hacerla bien, no era un zapato de batalla, era un zapato de mucha calidad, un zapato de caballero muy bien acabado, con unos materiales muy buenos y que en su momento fue también la causa de la decadencia de la empresa, porque no podía competir con lo que en aquellos momentos comenzó a salir, el boom del zapato de pelotazo, que era muy difícil de competir con estas empresas que siempre salían unas ciento cincuenta o doscientas pesetas más barato que una empresa con un trabajo de mucha calidad.(...) Yo tenía un salario de oficial de primera, lo que marcaba el convenio, y al mismo tiempo teníamos un precio por una producción límite y lo que rebasábamos nos lo pagaban a un determinado precio, con lo que había siempre el incentivo de alcanzar unas cantidades de trabajo. No era una mala empresa y era bastante...bastante humana para lo que yo he visto después en otras empresas. Un trabajador nunca puede estar de acuerdo con el salario que gana, siempre dice que es poco, es normal, siempre desea ganar más, pero con la perspectiva del tiempo y lo que hay hoy, teníamos una cosa, teníamos el sueldo siempre garantizado, llegáramos o no llegáramos, si llegábamos siempre teníamos unas pesetas de más que nos ganábamos con bastante alegría y, eso sí, era un trabajo responsable y una manera de trabajar bastante humana, debo reconocer que en esta empresa se trabajaba con sistemas muy humanos, no había esa opresión que he visto en otros sitios, había mucho diálogo con la empresa, cualquier problema lo podías tratar con ellos y además no había ningún tipo de sensación de opresión, teníamos una situación de bastante libertad dentro de la empresa.*

(3) *-(...) era un sitio donde había pues un trato más o menos normal, con una gente normalmente joven, y había un ambiente, vamos, dentro de lo que es una actividad de una fábrica, pero sí, había...y además en una segunda época de esa empresa se trasladaron a unas dependencias nuevas, entonces había pues todas las condiciones de higiene y ambientales, pues mejor que las que pueda haber hoy en muchas empresas, había un espacio nuevo, con máquinas de refresco dentro, nunca se trabajaba los sábados, nunca se trabajaba más de las ocho de la tarde, los viernes por la tarde casi nunca se trabajaba y, en fin, había un buen ambiente.*

- ¿Quieres decir que era una empresa modelo?
- Sí, sí
- Entonces ¿por qué abandonaste este trabajo?

- Porque me despidieron
- ¿Por qué?
- Por decir a la empresa que nos estaba explotando

5. La economía informal

Los estudiosos de la industria del calzado en Elche han llamado la atención sobre el hecho de que durante los primeros años setenta, especialmente entre el 70 y el 73, en un clima de crecimiento de las exportaciones y de optimismo en los mercados mundiales, se intentó integrar en las fábricas todos los procesos de producción, incluido el aparado.

Esta transformación, que venía a romper con una práctica tan antigua como la historia misma del calzado en Elche, parece estar en relación con dos fenómenos: por una parte, el aumento de las tarifas que se pagaba por estas tareas, a medida que crecía la demanda de aparadoras y se iban agotando las posibilidades de encontrar nuevas trabajadoras, incluso entre los pueblos más alejados de los centros industriales. Por otra parte, la implantación de los sistemas de organización taylorista en las fábricas, que ya se inicia en los años sesenta, aconsejaba la concentración de todos los procesos en el interior, con el fin de someterlos a las nuevas modalidades de descomposición, racionalización y remuneración de todas las tareas que el sistema propugnaba.

Seguramente, es ésta una de las transformaciones más características de los años setenta en el calzado, y la que pudo tener efectos más beneficiosos para las aparadoras. Muchas de ellas se integraron en las fábricas y vieron aumentados sus salarios, aunque no disminuyeran sus jornadas y estuvieran ahora sometidas a ritmos impuestos desde fuera. Puesto que el trabajo a domicilio tampoco desapareció, las aparadoras podían optar por trabajar dentro o fuera de su casa. Sus decisiones quedaban ahora sobre todo sometidas al ritmo marcado por los embarazos y el cuidado de los niños en los primeros años de vida, como veremos en el apartado siguiente.

Según los testimonios recogidos, la realización del aparado en las fábricas dependía en gran manera del tamaño de la empresa y las características del producto, tal y como ya se ha concretado para la década de los sesenta:

> (6) [77] *Era una empresa grande, como de cien trabajadores, se hacía un zapato de serie entre niño y caballero. En esta empresa lo tenían todo dentro, tenían máquinas de puente que cortaban un montón, y aparado, y lo hacían todo dentro.*

(3) [74-80] *Allí había 70 personas, hasta casi el final la mayoría trabajaba dentro, también las aparadoras, fuera se hacían sólo algo de pasados o adornos.*

(8) *Entré en el 73. Se hacían zapatillas (...) Yo entré a aparar (...) sí ganaba bien, te cronometraban para ver la faena que hacías y entonces, más o menos, si veían una aparadora aun poco más lenta subían un poquito más, pero era lo que hacías, prácticamente era como a destajo pero cronometrado*

(6) *Era una fábrica pequeña, podían trabajar unas veinticinco personas, no trabajaban más, se hacía todo el proceso, allí había aparadoras también, y fuera, allí se hacían las muestras. Se hacía un zapato de caballero y de niño, empezaba por un número de serie pequeño y acababa en el de caballero*

(22) [68-73] *El aparado se hacía a domicilio, bueno, había una aparadora dentro para hacer muestras, lo demás se hacía fuera.*

Parecía que uno de los fenómenos más característicos del calzado ilicitano, que ha sido tradicionalmente el recurso al trabajo a domicilio y que ha jugado un papel tan importante en su desarrollo, iba a convertirse en un fenómeno residual, sólo apto para las pequeñas fábricas y talleres que, carentes de recursos tecnológicos, organizativos y financieros, seguían utilizando el trabajo a domicilio, mientras que las grandes preferían introducirlo en las fábricas, normalizarlo y someterlo a las mismas pautas de organización taylorista del trabajo que en aquel período se imponían. Además de los factores ya citados, la fabricación para la exportación imponía un mayor control sobre la cualificación de las aparadoras y la calidad de su trabajo. Esta modernización no va a ser, sin embargo, más que el sueño de una noche de verano y las aparadoras se van a ver relegadas enseguida a trabajar en las mismas condiciones de clandestinaje, bajos salarios e inseguridad en las que siempre lo habían hecho.

Además, igual que se ha registrado para las décadas anteriores, parece que también en los años setenta un sector de las aparadoras seguía trabajando a domicilio pero no en economía sumergida, sino legalmente:

(20) *Había aparadoras a domicilio, pero también en aquel entonces las aparadoras a domicilio tenían un contrato de trabajo normal, se llevaban la faena y volvían cuando la terminaban a la taquilla, y allí estaba la encargada de almacén que era la que recogía y les daba la partida siguiente (...) En*

la década de los 60 era usual que las aparadoras estuvieran dadas de alta, en los 70 ya empezó a menguar, y en los 80 se extinguió.

No cabe dudar de la veracidad de estas afirmaciones, realizadas por alguien con una larguísima experiencia en el calzado y unos conocimientos muy amplios del sector. Sin embargo, tampoco es posible establecer si esta práctica era tan frecuente como parece derivarse de sus palabras. Entre las entrevistadas que han sido, de forma permanente o transitoria, trabajadoras a domicilio, sólo una declara haber estado dada de alta, pero sólo unos años, entre finales de los 60 y primeros 70, y, además, tenía una relación familiar con el empresario.

La introducción del aparado en las fábricas en los primeros años de la década no hizo desaparecer el trabajo a domicilio, que siguió realizándose bajo similares pautas que las ya especificadas para el período anterior.

(5) *Empecé a los 11 años, estuve con una mujer de aprendiza, estuve un año. Luego ya con 12 o 13 años empecé a trabajar de aparadora en casa, sería el 71 (...) Mis padres se lo plantearon así, pensaron que eso era lo mejor, además por mi edad no era para trabajar en ningún sitio (...) El trabajo lo encontré yo, iba preguntando por las fábricas, preguntaba si necesitaban aparadoras para exterior (...) No conocía a nadie de esa fábrica, sólo al que distribuía la faena, me la llevaba a casa y luego me la recogía y me llevaba el jornal.*

(25) [1977] *Me fui a casa de una chica que era amiga, que era aparadora, para enseñarme a aparar. Mi madre habló con ella y estuve un año enseñándome (...) Mi madre me compró la máquina, a los tres o cuatro meses me la compró, pero yo estaba desde el principio, yo de mano sabía hacerlo todo antes de comprarme la máquina: doblado, como antes te enseñaban, refinado, todo (...) Como tú sabes aquí en Elche en ese tiempo el aparado era como lo más lógico para una mujer, porque cara a que una persona se casase pues luego podías estar en casa trabajando y era lo más...lo mejor (...) Empecé a aparar en casa de mis padres, después en mi casa cuando me case, hasta que me separé prácticamente yo siempre he estado aparando (78-92)*

(5) *La máquina era mía, me la compraron de segunda mano, como yo estaba empezando me la compraron de la peoricas que había para que no rompiera ninguna muy buena*

(6) *Sí, tenía máquina en casa, era de mi madre, la compró cuando ella estaba trabajando, y cuando yo empecé a trabajar ella ya no trabajaba y me la pasó.*

Sin embargo, si el trabajo a domicilio se mantiene idéntico en lo que se refiere a la adscripción mayoritariamente femenina, al aprendizaje o a las condiciones de su realización, lo que sí se va a transformar va a ser el significado de este trabajo en la forma de vida de las mujeres. Si hasta finales de los sesenta cabe hablar de una «carrera laboral de aparadora», más o menos diferenciada de la de las trabajadoras, la entrada del aparado en las fábricas va a permitir a la mayoría de ellas, sobre todo las más jóvenes, abandonar el hogar para seguir haciendo, bajo relaciones salariales, una tarea que conocían muy bien. Las declaraciones de las mujeres entrevistadas no dejan lugar a dudas sobre sus preferencias: la monotonía, el aislamiento, la soledad eran percibidas por las mujeres jóvenes, aún sin responsabilidades familiares, como los inconvenientes del trabajo a domicilio.

Aunque las retribuciones del trabajo a domicilio, siempre a destajo, han sido tradicionalmente inferiores a las de la fábrica, muchos testimonios confirman que en este período tendieron a igualarse. No fue éste pues el único motivo que impulsó a las aparadoras a salir de su casa, cabe pensar también que se estaban produciendo cambios de orden cultural que transformaban la percepción del trabajo para las mujeres. Ello no significa que las mujeres renunciaran definitivamente al trabajo a domicilio. Como demuestra esta investigación, una vez que las trabajadoras de fabrica quedaban embarazadas o tenían los hijos, volvían voluntariamente a su casa, y retomaban una forma de trabajo que conocían muy bien. El reingreso temporal de las mujeres al trabajo a domicilio tenía en este caso una finalidad meramente instrumental:

> (6) *Trabajaba* [a domicilio] *porque me hacía falta y porque siempre me ha gustado ayudar, me venía muy bien, teníamos el crío, estábamos pagando el piso y nos venía muy bien.*

Además del aparado a domicilio, cabe pensar que el trabajo sumergido realizado fuera del horario por los trabajadores asalariados tampoco desapareció durante los años setenta, como parece confirmar el testimonio de este trabajador:

> (20) *En temporada alta, casi siempre nos buscaban para ir a otras fabricas y trabajábamos desde la 7'30 hasta las 10 o las 11, sacándonos un sobresueldo que era lo que se acostumbraba en aquella época, o sea que si sacamos las cuentas, venía a hacer unas doce horas diarias, naturalmente en aquella*

época se es joven, se trabajaba mucho, se ganaba mucho dinero y se gastaba muy alegremente.

Si todo parece indicar que durante los primeros años de la década el trabajo a domicilio tendió a disminuir aunque no desapareciera, en el segundo quinquenio se van a empezar a manifestar los síntomas de un cambio de tendencia. El inicio, aún incipiente, de la reconversión se va a traducir rápidamente en una vuelta al trabajo a domicilio.

6. Conflicto laboral: el Movimiento Asambleario en Elche

La organización del movimiento obrero en Elche durante este período no ha merecido excesiva atención por parte de los investigadores en ciencias sociales, y ello a pesar de la intensidad de las movilizaciones que se produjeron en 1977 y de las peculiaridades organizativas de un movimiento que tanto en Elche como en Elda se conoció como «Movimiento Asambleario». Esta investigación no puede llenar por sí sola esta laguna. La limitación de los testimonios que recoge y la escasa profundidad con que el tema es tratado en los relatos biográficos, impide que se puedan establecer tanto una secuencia completa de los acontecimientos, como un análisis de sus rasgos característicos.

Sin embargo, es posible reconstruir, aunque sea sumariamente, aquellos acontecimientos gracias a la documentación del Archivo de Historia Oral del Instituto de Estudios Juan Gil Albert [1]. El brillante análisis de estas fuentes realizado por Valero, Salinas y Martínez Navarro (1994) cuenta con la única limitación de estar referido casi exclusivamente al caso de Elda. Aunque las claves interpretativas son igualmente válidas para el caso de Elche, se han analizado aquí las entrevistas realizadas entre dirigentes políticos y sindicales ilicitanos de aquel momento con el fin de atender a las particularidades de nuestro caso.

Si el Movimiento Asambleario de Elche hay que inscribirlo necesariamente en el auge de las reivindicaciones que el movimiento obrero plan-

[1] Tal y como establecen las normas elaboradas por el Instituto de Estudios Juan Gil Albert para el uso de sus archivos de Historia Oral, la cita textual de las entrevistas va acompañada del nombre de la persona entrevistada. Esta condición, así como la limitación de la transcripción, han sido respetadas en este trabajo. La transcripción de estos materiales se acompaña además de las siglas A.H.O. (Archivo de Historia Oral) para diferenciarlas de las entrevistas realizadas para esta investigación.

teó desde finales de los sesenta en España, y su movilización junto a otros sectores empeñados en una salida democrática al franquismo, ello no significa que compartiera con él todos sus rasgos definitorios, ni que siguiera la misma trayectoria. Cuestiones como la intensidad de las movilizaciones, el modelo organizativo elegido, y la rapidez con que se desmovilizó después de su explosión a lo largo de 1977, requieren de un análisis pormenorizado, que busque en la historia y el ambiente social más próximo los factores explicativos de estas divergencias respecto al modelo general.

Ya se ha aludido a los dos factores que pudieron desencadenar este proceso y que empiezan a manifestarse en los años sesenta: por una parte, un creciente malestar entre los trabajadores, que les lleva a poner en entredicho el sistema de relaciones industriales dominante en las fábricas y que provoca enfrentamientos con los empresarios por cuestiones salariales, de condiciones de trabajo o simplemente disciplinarias; por otra parte, la participación de un sector creciente de los trabajadores en organizaciones legales como la HOAC o las JOC -rama juvenil pero autónoma de la HOAC-, o ilegales como CCOO, actúa como acicate de la conciencia incluso de la estrategia organizativa. De la misma forma que CCOO alentó la entrada de los trabajadores en la organización del sindicato vertical, esta misma había sido la estrategia diseñada por la HOAC desde sus orígenes para promover cambios desde el interior del sistema. Una vez ocupados estos puestos, que les otorgaban una cierta cobertura legal para sus actividades y el protagonismo en la negociación, los trabajadores más conscientes pudieron organizar y liderar el conflicto en el calzado

La infiltración en el sindicato vertical parecía la única estrategia apropiada para la defensa de los trabajadores en ausencia de otros cauces legales. El modelo de sindicato de afiliación obligatoria, tanto para trabajadores como para empresarios, que se impuso después de la Guerra Civil tenía en sus inicios escasas funciones reales. La estructura de la Organización Sindical Española (OSE) no estaba autorizada para llevar a cabo negociaciones o para formular una política de salarios: los salarios y las pautas de las condiciones de trabajo los establecía por decreto el Ministerio de Trabajo (Ludevid, 1976). Lo que alteraría de manera sustancial la forma de actividad sindical sería la decisión del Régimen de implantar la elección a nivel de empresa de delegados sindicales, que constituirían los jurados de empresa. Fue en 1947 cuando se dio el primer paso oficial para crear los jurados, pero pasaron muchos años antes de que esos cuerpos

funcionaran en la mayoría de las empresas. Las normativas electorales se establecieron a principios de los cincuenta y, aunque en algunas fábricas se eligieron jurados, la institución no llego a afianzarse. La promulgación en 1958 de una ley sobre la negociación colectiva, como parte de una liberalización económica más amplia, proporcionó a los jurados una función significativa: la negociación de los convenios colectivos con los empresarios o sus representantes. (Fishman, 1996).

Maravall (1978), en su análisis del movimiento obrero de oposición, argumenta que la importante decisión del Régimen de instituir la negociación colectiva a través de los jurados reflejaba las exigencias del desarrollo capitalista: la necesidad del aumento de la productividad y de la racionalización a nivel de empresa, junto con el establecimiento de los salarios por parte de empresas individuales, y no por parte del Ministerio de Trabajo. Este tema es de una importancia clave para poder comprender las corrientes que condujeron al fin de gobierno autoritario. El intento de instituir la negociación colectiva sin el derecho a la huelga ayudó a dar forma al desarrollo de la vida económica y política durante el resto del período franquista.

A partir de las elecciones de 1963 y, sobre todo, en las de 1966 se hace patente la elección de representantes de los trabajadores no adictos al sindicato vertical, que gozarán desde ese momento de la posibilidad de organizar el movimiento obrero y participar en la negociación colectiva. Ello no significa que la actividad de estos enlaces sindicales fuera tolerada sin problemas: un año después de las elecciones de 1971 un total de 23.525 representantes elegidos había causado baja por «desposesión» o «despido» (Beneyto y Picó, 1982). En 1975 se van a convocar las últimas elecciones del verticalismo. Como en anteriores convocatorias, las distintas organizaciones, aún ilegales, que se habían afianzando en el movimiento obrero adoptaron posiciones distintas: mientras UGT y CNT proponían la abstención, CCOO y USO llamaron a la participación.

En Elche, la infiltración en la OSE por sectores no adictos a esta estructura se produjo más tardíamente, ya en los años setenta.

> (23) [1972] *Sí, muchísimos, conflictos de todo tipo, eran conflictos generales, también individuales, pero en el setenta y algo ya empezaron los conflictos, creo que la empresa se quemó en el 72, entonces fue ya cuando yo me presenté como delegado, salí por el vertical.*

(3) *Sí, dentro de la empresa tuve un papel destacado, estaba en el comité de empresa desde que hubo elecciones, al poco de entrar, y estuve hasta el final, y también tenía un papel fuera de la empresa, a nivel de lo que era el movimiento, lo que en aquellos tiempos coordinaba todas las actividades, y claro yo era el que proporcionaba la información a la empresa desde fuera.*

En las elecciones del 75, el número de estos delegados y el respaldo que esperaban obtener en las fábricas permitió incluso un intento de presentar en las elecciones una lista alternativa a la del sindicato oficial, lo que propiciaría el conflicto abierto con los dirigentes oficiales.

Aunque había independientes, la mayor parte de enlaces estaban organizados bien en USO o CCOO, sin descartar que los mismos afiliados a los sindicatos todavía ilegales provenían en muchos casos de la HOAC. La no asunción por parte de la HOAC de la doble militancia hizo decantarse a algunos de sus miembros hacia la acción sindical organizada.

No fue ésta la estrategia de seguida por la UGT que, lentamente al principio, empieza a mostrar signos de actividad entre algunos sectores de trabajadores, pero que no consiguió una cierta implantación hasta los últimos años de la década.

(20)[1972] *Por aquellas fechas se hicieron las últimas elecciones sindicales del sindicato vertical, elecciones de enlaces, en aquella ocasión me llamaron y me dijeron: -tú tienes que ser enlace sindical porque nuestro enlace, este compañero, está muy mayor y deberíamos cambiar. -Dije: -no, no puede ser porque yo es que soy de UGT, -y a partir de ahí me dejaron tranquilo.*

(20) *Si no recuerdo mal el carnet es de junio del 76, aproximadamente, era época clandestina aunque yo recibía noticias, recibía algún tipo de documentación desde el 72, antes de irme a la mili tuve información, fundamentalmente quien me informó de qué era aquello fue mi padre.*

En cualquier caso, los trabajadores organizados constituían un sector muy minoritario, y no representaban a la mayoría de los trabajadores del calzado. Aunque el malestar había ido aumentando y aparecían formas sutiles de oposición, el conflicto abierto se plantea muy tardíamente, sólo en 1976 y, sobre todo, en 1977.

El nivel de conciencia de la gente en aquellos momentos era mínimo. Había una gran frustración, o sea, había un gran sentimiento de frustración en la gente, porque en las fábricas lo que decía el jefe, lo que decía el encargado

era sagrao y contra eso nadie podía decir nada (...) Entonces, como movimiento no había prácticamente nada, la gente nos movíamos más por reivindicaciones de tipo económico, ¿no?, reducción de jornada de trabajo, contra los cronometrajes que se estaban imponiendo en aquellos momentos con mucha dureza, ¿no?, reivindicando cuestiones tan elementales como el tiempo del bocadillo, cuando se hacía más de un número determinado de horas, no te lo descontaran; o cosas de ese tipo. (A.H.O: Juan García)

(20) *[Primeros setenta] Este tipo de empresas tenían en Elche una solera y unas plantillas muy antiguas y como se trataba la mayoría de las veces de gente muy mayor, que habían estado en la guerra civil o en la posguerra y que tenían una cultura política bastante avanzada para lo que habían en la mayoría de los sitios donde se trabajaba por aluvión de faena, entonces teníamos unos debates bastante politizados, sobre todo antes de la jornada de la tarde, solíamos ir a eso de las tres menos veinte, para tener esos veinte minutos donde discutíamos la política, el fútbol, lo que fuera, pero teníamos un grupo que era bastante político y bastante bien informado para la época, que mantenía una discusión interesante para aquel momento.*

Además de su militancia en el movimiento obrero, algunos de sus líderes y muchos trabajadores se incorporaron también al movimiento vecinal que, al igual que en muchas otras ciudades españolas, alcanzó en aquellos momentos el momento más álgido de su movilización, y que constituyó una de las más intensas y peculiares movilizaciones ciudadanas producidas en la historia.

(16) *Yo me metí en la Asociación de Vecinos de aquí, del Toscal y trabaje a nivel de educación, de los niños. Hicimos una asociación mixta con los profesores y asociaciones de vecinos para pedir escuelas, que no había suficientes, y guarderías, que no había ninguna para los obreros, con la idea de que entrara todo el mundo, porque pensábamos que los niños debían tener un tú a tú con la gente que tenía solvencia económica, pero que podían convivir, que los niños se trataran, que cambiara la conciencia de yo soy rico, tu eres pobre, yo voy a tal colegio privado y tú vas a tal, otras ideas de educación. Después han empezado los recortes para colegios, para ayudas sociales.*

(20) *Estuve en aquella época vinculado a una Asociación de Vecinos, había que estar en todas partes, lo que pasa es que entonces todavía el asociacionismo de vecinos aún no estaba reglamentado, íbamos un poco a salto de mata, íbamos a todas las reuniones, a todos los sitios, pero allí nadie te exigía ni carnet ni nada, sólo si eras de este barrio y del de más allá.*

Frente a la incipiente movilización de los trabajadores, la reacción por parte del empresariado inevitablemente tenía que pasar por una mezcla de represión y tolerancia. El calzado atravesaba una coyuntura favorable en ese momento, que se mantuvo hasta el fin de la década, la demanda de mano de obra en el sector seguía creciendo y los empresarios se veían obligados a transigir en unos casos, o a mantener por la fuerza sus prerrogativas. El despido de los trabajadores que tenían algún protagonismo no hizo sino agravar el conflicto:

> (3) *El despido fue por la negociación de los precios, de unos céntimos en los precios de la faena, me despidieron, ellos dicen que por insultar a la empresa, en aquel momento hubo un paro de la fábrica, toda una tarde, hubo un paro para exigir la readmisión, intervino en aquel momento el sindicato vertical, el Prieto, que era presidente de la Unión de Trabajadores y Técnicos, y la empresa no accedió a la readmisión, pero en cambio sí me, aunque era el despido procedente según la legalidad de aquel momento, pero en cambio me dieron una indemnización y una baja voluntaria con recomendaciones.*
>
> *- Fue ese uno de los primeros conflictos que surgieron en Elche en el calzado ¿no?*
>
> *- Sí, en aquella época sería si no la primera, pues de las primeras huelgas, incluso intervino la policía social, interrogando a los compañeros, que por qué hacían paro, que por qué tal, sí hubo, sí. Estamos hablando del año 72, son ocho años después de la llegada aquí, yo tenía 18 años en el momento en que me despidieron.*
>
> (5) [1977] *Porque era enlace sindical y no lo sé por qué me despidieron.*

A pesar de los despidos y las estrategias de intimidación, la protesta de los trabajadores se generalizó, especialmente durante las fases de negociación de los convenios reguladores del sector:

> (16) *En el 73 ya empezó todo, y luego y en el 75 y el 76, en el 76 fue muy fuerte, en el 77 más fuerte (...) y así ya era una lucha continua, para todo el que tenía un poquito de conciencia era una lucha continua, ya era no dejarlo.*
>
> (3) *Fueron importantes pero no precisamente porque fueran conflictos de la empresa, sino que eran conflictos del sector, es decir, en esa época coincidió la mayor época de conflictos del sector del calzado en Elche, todo el Movimiento Asambleario y todo el proceso de negociación de diferentes convenios, donde en la empresa hubo una labor de concienciación de la*

gente y había, pues digamos que era una empresa puntera a la hora de solidarizarse o participar en los conflictos del sector y en ese tiempo sí, pues todo el proceso del Movimiento Asambleario, la huelga de esos días y otros convenios anteriores y posteriores, siempre se participaba en todos los procesos que había de huelga, paros, etc.

(3) *Sí, hubo algunos conflictos por temas de salarios y categorías y hubo algún conflicto con algún plante, renunciar a horas extras, incluso alguna acción de sabotaje algún día en el proceso de fabricación, sí que hubo alguna cosa.*

(16) *Era otra mentalidad, que ya no era aquello del encargado de esos de aquí no te mueves, y aquí once horas y si te tienes que quedar doce, y sólo cuatro duros, machacados como habíamos estado toda la vida. La conciencia había cambiado, uf, como de la noche al día, con muchísimo trabajo, con muchísimas asambleas y mucho hacerlo ver, porque siempre la persona es cómoda: prefiero ganar tres y no tener problemas aunque me estén chafando, que complicarme la vida si pido cuatro. Pero allí había mucha unión, había un buen trabajo de base y la gente pedía de verdad, pedía con conciencia, mucha gente iba con miedo, pero los de mi empresa iban por conciencia, íbamos juntos a todo, a las asambleas a todo, y luego se cerró.*

(16) *Estábamos siempre reclamando, era justo para lo que había en el entorno, pero ya te digo que ahí ya empezamos, éramos todos como una piña desde el principio y aunque el jefe, tengo que decirlo, era una persona muy sencilla, muy tratable, pero nosotros en nuestro sitio y él en el suyo, aunque luego bajáramos a hablar con él y tuviéramos una cierta confianza...es que entonces empezó todo el movimiento del calzado y se reclamaba mucho.*

Si el clima social en las fábricas se fue modificando a lo largo de la década, la debilidad de los sindicatos y las organizaciones políticas ilegales dificultaba la organización y coordinación del movimiento obrero en el sector calzado. Para eludir estas dificultades, los trabajadores más conscientes -muchos de ellos, como se ha dicho, organizados- buscaron modalidades de acción informales:

El Movimiento Asambleario estuvo precedido de varias huelgas anteriores y que se gestaron por muy poquita cantidad de gente. Recuerdo que las primeras convocatorias que se hicieron estaban firmadas por «un grupo de trabajadores». Las reuniones las hacíamos en casa de (...) y éramos un grupo de seis o siete, no más. (A.H.O.: Juan García)

El Movimiento Asambleario tampoco vino dado así como una cosa espontánea, como parece ser. Yo creo que hacía por lo menos un par de años antes que distintas personas de distintas ideologías (...) se montó la Coordinadora del Calzado, y todo el Movimiento Asambleario vino como consecuencia de esa Coordinadora (A.H.O.: José Plaza)

(...) *en el 76 ya tuvimos una huelga de tres días, precisamente en el sector del calzado, llevando también a Elda que también participó en la huelga, precisamente ese año fue el año que murió un compañero en una manifestación a consecuencia de una carga policial, que era Teófilo del Valle* (A.H.O. Pascual Pascual)

A primeros de año [1977]*, fue por febrero, nos reuníamos en otro sitio (...) nos sentábamos alrededor del garrofero y le llamamos también la comisión del garrofero, y recuerdo el número exacto, éramos dieciocho en el garrofer. Entonces ¿qué hacemos? recoger las plataformas allí, organizarnos, preparar la huelga y montarla la pirula en el sindicato vertical a los representantes de la UTT* (A.H.O.: Pascual Pascual)

Así se fue gestando la huelga del año 1977, la más importante del período, en torno a la negociación del convenio del calzado. Este parece ser, en opinión de algunos de sus protagonistas, el momento del cenit y el inicio el ocaso del Movimiento Asambleario en Elche. La huelga del calzado y las movilizaciones de apoyo que se sucedieron han pasado ya a la historia de la ciudad como uno de los hitos de su historia social. La huelga iniciada en Elche el día 22 de agosto, y el 24 en Elda, se prolongó hasta el 5 de septiembre, durante esos días las movilizaciones de trabajadores encontraron el apoyo masivo de los ciudadanos de Elche.

Todos los entrevistados para el Archivo de Historia Oral, seleccionados entre los que tuvieron algún protagonismo en aquella huelga, coinciden en dos cuestiones: por una parte, es cierto que el Movimiento Asambleario no surgió espontáneamente, sino que fue el fruto de una larga labor de un grupo de trabajadores organizados, -en las organizaciones ya citadas o en otras que tuvieron menos relevancia: Pc-ml, ORT, PT, MC, etc.-. Desde los inicios de la década, y especialmente desde 1975, estos trabajadores fueron realizando una tarea de concienciación y dirección del conflicto laboral. Además, su trabajo encontraba eco en otros sectores sociales, que al calor de las reivindicaciones democráticas, iban coincidiendo con el movimiento obrero, tal y como ocurrió en el resto de España. Los entrevistados citan sus relaciones con grupos de enseñantes de Elche y de Alicante, o sus relacio-

nes con el movimiento ciudadano, en el que por otra parte casi todos ellos estaban implicados. Sin embargo, todos opinan también, que en 1977 el grado de participación de los trabajadores, de adhesión a la huelga y de esfuerzo en hacer funcionar un tipo de movimiento organizado desde la base sorprendieron incluso a aquellos que venían trabajando largo tiempo.

De hecho, el éxito fue tan rotundo que desbordó a este sector de la vanguardia más organizada, e hizo aflorar contradicciones en su interior que, aun si habían estado desde el inicio, fueron provocadas por la fuerza del movimiento al que supuestamente todas querían servir. Tal y como es descrito una y otra vez, el Movimiento Asambleario fue un estallido, y un intento de demostrar que los trabajadores, a través de formas de democracia directa, eran capaces de hacerse oír.

En cuanto a las causas directas que provocaron aquella huelga no parece haber acuerdo ni entre los dirigentes ni entre los trabajadores entrevistados (Valero, Salinas y Martínez Navarro, 1994). Entre las reivindicaciones de los trabajadores para la firma del nuevo convenio figuraba el aumento de los salarios, sin embargo, ya en ese período la remuneración por destajo o con primas a la productividad se hallaba firmemente establecida en el sector, y los salarios reales de los trabajadores sobrepasaban con mucho los que se establecían por convenio. Por otra parte, hay que recordarlo, los salarios habían tendido a crecer muy sensiblemente durante los últimos años.

Otra de las reivindicaciones era la equiparación del trabajo femenino al de los hombres en el sector. «A igual trabajo, igual salario» resumía claramente las aspiraciones del Movimiento Asambleario, en el que las mujeres tuvieron, según los entrevistados, un papel relevante. La incorporación de las mujeres a las fábricas durante este período, incluso de algunas de aquellas que se habían iniciado como aparadoras a domicilio, encontró su reflejo en estas movilizaciones. Es cierto, sin embargo, que si bien las mujeres trabajadoras tuvieron un importante nivel de participación en el conflicto, pocas ostentaron cargos de representación en la estructura organizativa, y ninguna se hallaba en el grupo dirigente de la huelga, reunido en la Comisión Negociadora.

Más allá de estas grandes reivindicaciones, hay acuerdo en considerar que no es posible entender esta huelga sin tener en cuenta la peculiar coyuntura socio-política por la que atravesaba España en ese momento. Por una parte, el sindicato vertical, a pesar de presentar todos los signos de descomposición, seguía incólume. De hecho, la primera amenaza de

huelga surgió para conseguir que la patronal, recién reunida en torno a la FICE, reconociera a la Comisión Negociadora elegida en las asambleas de trabajadores como única representante por vez primera, en lugar de negociar con el sindicato vertical. Los sindicatos de clase estaban interesados en acabar con los vestigios del verticalismo e impedir su recomposición, bajo nuevas formas democráticas, como alternativa sindical.

Además, era éste uno de los momentos clave de la Transición, cuando las organizaciones políticas, sindicales y los movimientos sociales surgidos al final del franquismo confluyeron en sus demandas de derechos y libertades democráticas. La frecuencia y la intensidad de las movilizaciones eran el instrumento para forzar una transición, que aún pactada, no desembocara en una mera reforma del régimen.

> *La estructura organizativa era: asambleas de fábrica, en las asambleas de fábricas según el número de trabajadores se elegían a uno, dos, tres, cuatro delegados (...), la Asamblea de Delegados se reunía y era la que nombraba a los miembros de la Comisión Negociadora de Elche; mientras que la Comisión Negociadora estaba en Madrid, la Asamblea de Delegados era la que se reunía para preparar la asamblea general (...) entonces había una estructura muy sólida* (A.H.O.: Juan García)

> *Lo que era la vanguardia, la vanguardia del Movimiento Asambleario, o podemos decir, el equipo dirigente del Movimiento Asambleario, era, pues, gente de la USO, gente de Comisiones, gente de la HOAC y gente del Movimiento Autónomo.*(A.H.O.: Pascual Pascual)

> *En la Comisión Negociadora estaba Andrés Lorente, Juan Vázquez, Gaspar Agulló y José Plaza, por parte de Elche.*(A.H.O.: José Plaza)

El éxito de este Movimiento no dependió sólo de la sólida organización y unas cuotas amplias de participación, sino además de que supo coordinar la acción de los trabajadores de Elche con la de todo el Estado a través de la Coordinadora del Calzado, creada en 1975. Supo también asegurar las relaciones con el resto de los núcleos zapateros del Vinalopó, sobre todo con Elda. En segundo lugar, encontró la comprensión, el apoyo y la solidaridad de una parte importante de la ciudadanía que participó en las movilizaciones, incluso apoyó económicamente al Movimiento cuando la huelga amenazaba con prolongarse y se decidió constituir una caja de resistencia.

Pero en aquel conflicto, como en otros muchos, no se dirimían exclusivamente las relaciones de fuerza entre los trabajadores y los empresarios del calzado, ni el aumento porcentual de los salarios. En la España de 1977, esa huelga no podía ser ajena a las tensiones de la vida política y social, y a las líneas de actuación que se estaban diseñando como salida del franquismo. Es por ello que entre los sectores organizados en partidos y sindicatos que apoyaron en un primer momento la huelga y el Movimiento Asambleario, bien pronto empezaron a surgir fisuras. A medida que el conflicto se prolongaba estas tensiones se hicieron más agudas hasta desembocar en momentos de verdadero enfrentamiento.

Por una parte, la UGT, minoritaria en el sector aunque en proceso de expansión, se había desentendido del Movimiento Asambleario desde su inicio. Su exigencia de que el convenio debía ser negociado entre los sindicatos emergentes, aun si estos no podían probar su representatividad, le llevó a desautorizar el Movimiento Asambleario, incluso públicamente por boca de algunos de sus dirigentes.

Entre las organizaciones presentes en el Movimiento Asambleario, dos parecen haber sido las cuestiones de fondo en torno a las cuales giraba el debate y se enconaban las posturas. En primer lugar, el modelo de organización y acción sindical para el futuro, en un momento en que los sindicatos tenían que incorporarse a la vida legal. De un lado, Comisiones Obreras, aunque en su origen nace precisamente con presupuestos asamblearios, va a ir evolucionando hacia posiciones de un sindicalismo más clásico de corte europeo. Su conversión hacia un sindicato de afiliación se produce precisamente en este período. De otro lado, sectores que tenían una presencia importante en el Movimiento Asambleario, como la HOAC, las JOC, USO o el MPAO (Movimiento por la Autonomía Obrera) participaban de otra concepción distinta de la organización de los trabajadores, muy próxima precisamente al Movimiento Asambleario.

> *Quiero decir que había un colectivo de gente más o menos representativo de aquel Movimiento, y era un grupo de gente que entonces no estábamos militando ni sindicalmente, ni políticamente, solamente a nivel de movimientos como HOAC, JOC, o los del MPAO, es decir, que estábamos en colectivos que quizá creíamos más, yo no digo si de una forma romántica, posiblemente, posiblemente a lo mejor no era un excesivo análisis el que a lo mejor teníamos o queríamos hacer de aquello, pero sí que creíamos de una forma*

bastante profunda en aquello. Y entonces habíamos una gente que no queríamos, de alguna forma, pues, llegó a producirse pues, pequeños roces o diferencias pues con los compañeros que desde el sindicato ya empezaban (...) a tratar de controlar (A.H.O.: Vázquez)

El problema en sí era: si el Movimiento Asambleario como tal, ese movimiento autónomo como tal, ¿eso servía para algo?, ¿tenía que seguir hacia adelante o no tenía que seguir hacia delante? Y ahí es cuando tú ligas o cuando yo ligo el resurgir del Movimiento Asambleario con el resurgir del movimiento obrero. ¿Qué tienen que ver una cosa con la otra?. El resurgir del movimiento obrero se pegaba de tortas con el Movimiento Asambleario, porque el Movimiento Asambleario con la estrategia del Partido Comunista, pues no casaba; porque si se le daba carta de naturaleza al Movimiento Asambleario, querría decir que si ese Movimiento Asambleario hubiese tenido éxito, aquí Comisiones Obreras no nace como sindicato, eh, no nace como sindicato. (A. H.O.: Pascual)

Una cuestión radica en el fondo de todo el debate. Comisiones Obreras se planteaba como un sindicato democrático, partiendo de las Comisiones; un sindicato autogestionario pero sindicato, movimiento con tendencia al sindicato; mientras que los movimientos de USO, de JOC, de HOAC y el Movimiento por la Autonomía Obrera, ellos partían de un planteamiento fuera de Comisiones Obreras, y totalmente autogestionario, que sirviera a su vez de organización política y de organización sindical. Ahí es cuando empezaban los problemas. Cuando la gente de HOAC, la gente de USO, de JOC, los que había de JOC, la gente por el Movimiento por la Autonomía Obrera, pretendían hacer del Movimiento Asambleario ya un movimiento autogestionario, no solamente sindical sino político (...) estructurado y organizado, y hacerlo que fuera una estructura permanente. Ahí empezaban los problemas. Y esos problemas iban latentes; durante todo el proceso de la huelga ese problema estaba ahí. Entonces la gente de Comisiones Obreras que estábamos en contra de ese planteamiento, porque creíamos en los sindicatos y creíamos en la diferencia entre el sindicato y el partido político, nos oponíamos a eso, y esa lucha se fue dando todo el tiempo. (A.H.O.: Juan García)

El segundo elemento era el modelo de transición que se estaba gestando y el intento por reconducir las situaciones hacía los compromisos establecidos mediante los mecanismos que se denominaron de «consenso democrático». En este contexto, el conflicto del calzado, sobre todo porque no estaba bajo la dirección de las centrales sindicales, venía a estorbar los compromisos de pacificación y contención de los movimientos de masas que a partir de este mismo año impulsó el Partido Comunista.

Yo era miembro del partido Comunista (...) éramos miembros del Comité Local del Partido Comunista (...) al principio el Partido Comunista lo potenció, lo apoyó; su organización sindical que era Comisiones Obreras metió, esta claro (...) cuando vieron que esto se estructuraba, que esto tomaba una cariz distinto del que realmente se pretendía que era, si quieres, un poco arrimar el ascua a tu sardina, que se te iba de las manos, por supuesto las consignas estaban claras, había que cortarlo (A.H.O.: Andrés Lorente)

La doble militancia de muchos comunistas en Comisiones Obreras implicaba a la organización sindical en esta estrategia, aunque dada su trayectoria y el nivel de implicación del sindicato en la gestación del Movimiento Asambleario, los dirigentes de Comisiones Obreras se vieran en una situación contradictoria. De hecho, los conflictos se plantearon también entre los afiliados a Comisiones de Elche y el resto de la organización cuando se trato de impulsar la negociación del convenio al margen del Movimiento Asambleario. Estas tensiones, según declaraciones de los que participaron muy directamente en aquellos acontecimientos, fueron en parte larvadas, pero transcendieron también al Movimiento Asambleario, con desautorizaciones públicas de la actuación del sindicato por parte de los mismos militantes de Elche, o los contradictorios intentos por desconvocar la huelga

No es cierto que la gente de Comisiones Obreras de Elche estuviera en otra posición distinta a la gente de la HOAC o de USO, estaba en la misma posición. De hecho, hubo un momento en que (..) sacaron los carnets para romperlos. El problema no era la gente de Comisiones de Elche, (...) el problema era la gente de la dirección del Partido Comunista en Madrid, y la gente que vino de fuera, del Partido Comunista y a su vez de Comisiones Obreras. O sea, la gente de Elche estaba muy convencida, toda la gente de Comisiones Obreras, de que el proceso ese era legal y legítimo, y de que autogestión, y Comisiones Obreras como sindicato autogestionario era (...) (A.H.O.: Juan García)

Todos los entrevistados coinciden por otra parte, que durante la huelga no hubo represión, al contrario, tanto por parte de la patronal como del gobierno y los grupos políticos hubo intentos de mediación y de apoyo a la negociación.

Yo es que creo que represión hubo muy poca (...) y no hubo una actitud de represalia muy fuerte, y por parte de la patronal hubo bastante más tolerancia de la que en aquel momento nos creíamos (A.H.O.: Juan García)

[la patronal] *liderada por el antiguo presidente, que falleció, Manuel Martínez Valero, que cedió las instalaciones del campo de fútbol para poder realizarse [las asambleas], incluso, con presiones entre los grupos de los empresarios* (A.H.O. Martín Carpena)

Enviando a un hombre bueno, que es el señor Bernabeu, que era una hombre muy dialogante y un hombre muy inteligente, y que de hecho se consiguieron bastantes cosas también gracias a esa persona, y eso es cierto, hay que reconocerlo (A.H.O.: Lorente)

Dos semanas después de iniciarse la huelga, seguida masivamente en las empresas, y aprovechando las fisuras que empezaban a producirse entre las organizaciones, se impuso un laudo que acabó con el conflicto. Este laudo recogía algunas de las reivindicaciones de los trabajadores, básicamente, supuso una prórroga del convenio vigente durante un período de seis meses, un aumento del período vacacional hasta cuatro semanas anuales, la tendencia a la equiparación entre varones y mujeres, y un aumento del salario oficial en torno al 25% (Valero, Salinas y Martínez Navarro, 1994). Sin embargo, dada la división interna que se había generado y los enfrentamientos entre los partidarios de volver al trabajo o continuar la huelga, el laudo fue acogido por muchos como una derrota para el Movimiento Asambleario, cuyas reivindicaciones sólo se recogían parcialmente.

El laudo para nosotros era secundario. El laudo para nosotros fue una imposición avalada por la gente que quería parar la huelga. (...) el laudo era una humillación, o sea, estaba claro que era una derrota, o sea, nos obligaba a volver al trabajo sin conseguir la mayor parte de las cosas que nosotros queríamos. Pero mayor derrota porque en el caso de Elche en concreto, no fuimos los que convocamos la huelga los que la retiramos, sino gente externa a nosotros; nosotros no estábamos de acuerdo con paralizar aquella huelga (...) no tuvimos más remedio que parar nosotros, pero se recibió con un sentimiento de frustración muy fuerte. (A.H.O.: Juan García)

Que en una perspectiva histórica fuera una salida, de acuerdo; pero en aquel momento la gente se quedó muy mal, muy mal, muy mal. Comisiones Obreras perdió un montón de afiliación y lo que es más: se perdió un montón de gente desencantada (A.H.O.: Juan García)

En las biografías de los entrevistados hay muy pocas referencias al Movimiento Asambleario o a la huelga de 1977 y, por tanto, no es posible evaluar cómo fue percibido aquel período de conflictos por la mayoría de

los trabajadores, más allá de las interpretaciones de los que la dirigieron, ni qué consecuencias tuvo sobre ellos. Aunque explícitamente se indagaba sobre esta cuestión, sólo en una entrevista se obtuvo respuesta:

> (26) *En la empresa fuimos a la huelga, creo que duró una semana o semana y media. Primero fuimos la mitad y luego fuimos todos, empezamos tres o cuatro personas, y nosotros mismos empezamos a ir a la fábrica para que no la abriera, entonces cogió el jefe y dijo: -pues ahora, huelga todos, -y cerró. (...) A nosotros en la fábrica la huelga no nos afectó, las cosas siguieron como estaban.*

El final del Movimiento Asambleario coincide con la normalización de la acción sindical y el reconocimiento de los derechos sindicales.

> *Aquellos que no teníamos una procedencia sindical nos agrupamos, concretamente hubo un colectivo, aquel que un poco yo decía antes que de una forma más romántica creíamos en lo del Movimiento Asambleario como movimiento en sí, con capacidad de futuro, pues fuimos a parar a la USO.* (A.H.O.: Vázquez)

> (23) *Después de que la coordinadora se desintegrara, algunos de la coordinadora pasamos a la USO, y otra gente pasó a CCOO (...). Cuando la coordinadora se acabó empezaron los sindicatos (...) Estuve en la USO hasta que se fusionó con CCOO y allí me quedé hasta que cerró la empresa.*

> (20) *(...) hasta el año 78 que se hicieron las primeras elecciones sindicales y me presenté como delegado por UGT. Anteriormente ya había formado la sección sindical, en junio del año 1977, en el momento en que se legalizaron los sindicatos. Yo, como estaba ya en UGT desde antes, me hice con cierta documentación, y ya formamos la sección sindical, y de los cuarenta y cinco trabajadores, había diecisiete afiliados a UGT. Tenía una sección bastante bien organizada que funcionó muy bien hasta el final de la empresa.*

Si el trabajo de análisis y exposición del material biográfico precisa, indefectiblemente, la transcripción de las entrevistas, no es menos cierto que este mero cambio de registro oscurece en muchos momentos el sentido -la multiplicidad de los sentidos- implícitos en los relatos. Por literal y ajustada que sea la transcripción, no puede recoger nunca la tonalidad, el énfasis, los silencios, el ritmo narrativo, todo aquello que, junto a la palabra, dota de sentido a la comunicación. Y ello es así en mayor medida en aquellos fragmentos del relato que tienen para quien los produce una sig-

nificación especial, cuando se evocan recuerdos de experiencias que han sido felices, dolorosas, o simplemente importantes.

Hay en el relato de estos acontecimientos un ritmo pausado, pero que jamás se detiene innecesariamente en ellos; una forma particular de aferrarse a los aspectos más objetivos, a los hechos, que parece vaciar la voz de cualquier entonación, que intercala los silencios en espera de una nueva pregunta, como si la evocación fuera sólo una cesión obligada a la curiosidad inquisidora de quien pregunta, y la asunción por parte de quien habla de la obligación de dar cuenta de algo que ocurrió.

En otros casos, el entrevistado o bien ha omitido cualquier referencia explícita al período, o ha esquivado con frialdad las preguntas formuladas con respuestas contundentes seguidas de silencios (*-Sí, estuve en el comité de empresa, -Bueno, entonces sí hubo conflictos).* En cualquier caso, no hay nunca en los relatos el tono épico que cabría esperar, al menos en quienes fueron protagonistas de aquellos acontecimientos, tuvieron una papel muy relevante en el Movimiento Asambleario y, además, pagaron un precio por ello. Ningún énfasis: *Sí, hubo alguno (...) hubo algún conflicto con algún plante, incluso alguna acción de sabotaje (...), sí que hubo alguna cosa*. Sabemos que algunos de los que hablan fueron líderes activos, pero no hay nada en sus palabras, nada en el modo en que incorporan a su biografía esta parte de su experiencia, que denote que lo fueron. Por el contrario, hablan, más bien se empecinan en hablar, con una distancia objetivante que les separa de todo aquello. Es precisamente esta irrupción de lo extraordinario en lo que es relatado como una experiencia ordinaria lo que dota al relato de su fuerza.

Hay quizá algo de doloroso en la rememoración cuando se realiza desde la óptica del período actual (*...viniendo de donde venimos...*). Hay quizá para algunos algo que estorba a la necesidad de dotar a la propia vida de un sentido unitario. Pero esa laguna de silencio, en unos casos, esa distancia fría, ese pudor, en otros, delatan que aquellos acontecimientos debieron de ser importantes para configurar algunas de estas biografías, y que quedaron inscritos en el acervo de las experiencias vividas.

> (3) *Ahí fue cuando se desarrolló toda una labor de tipo sindical, y sí, estaba a gusto, porque aparte de estar a gusto tenía la...pues un poco el privilegio o la ventaja de que el compromiso que yo tenía a nivel sindical suponía otras satisfacciones, o un cierto...si no privilegio, sí unas condiciones de cierto poder, o de cierta relación de poder con el empresario, o de...y era otra cosa ¿no?*

No es extraño, por otra parte, esta puesta entre paréntesis de las movilizaciones del Movimiento Asambleario. En la historia de los trabajadores de Elche no representa más que un breve período sin continuidad. La huelga de 1977 y la organización que la sostuvo expresan claramente el malestar y la frustración acumulados durante años, junto a la afirmación de las propias capacidades, en un clima social y político que favorecía la expresión de las reivindicaciones, cuando el viejo régimen se descomponía.

Cabe pensar que la presencia de un núcleo muy importante de trabajadores inmigrantes con apenas una década de integración en el sector del calzado, su extrema juventud, debida a la temprana edad con que se incorporaron a las fábricas, y la ausencia entre ellos de una tradición sindical, dado su origen rural, pudieron favorecer la aparición de un movimiento de carácter asambleario, radical en sus reivindicaciones laborales, pero sobre todo en sus aspiraciones democráticas, frente a la consolidación de los sindicatos de corte más tradicional como la UGT, o incluso, a pesar de sus divergencias, Comisiones Obreras. De hecho, la integración de los trabajadores en los sindicatos no se produce al inicio del Movimiento, sino sólo al final, cuando se inicia precisamente su declive, coincidiendo con la legalización de los sindicatos y el inicio de una actividad sindical normalizada en las empresas.

Cabe también pensar, como Ybarra ha sugerido, que la dificultad que tuvieron los sindicatos para implantarse tempranamente en el calzado esté relacionada con su organización productiva: la atomización del sector, y la presencia en él de un elevadísimo número de pequeñas empresas, muchas familiares, dificultaron sin duda entonces la afiliación sindical y la negociación con la empresa.

En cualquier caso, la normalización de la actividad sindical correrá pareja con el inicio de la crisis del calzado y el desmoronamiento de todas las expectativas creadas. No cabe hablar tanto de reflujo como de derrumbe del movimiento obrero, por la rapidez con que se desmovilizó y la callada aceptación con que fueron recibidos los cambios que se avecinaban.

> *Yo creo que el Movimiento Asambleario (...) que eso fue una cosa que pasará por supuesto a la historia, que no se va a repetir más, que no se va a repetir más.*

Antes de cerrar este epígrafe es preciso plantear una cuestión que, incluso si es de difícil respuesta, resulta ineludible para nuestro análisis: se

trata de los efectos que la trayectoria del Movimiento Asambleario y la salida del conflicto tuvieron para el movimiento obrero. En su análisis, Valero, Salinas y Martínez Navarro, haciéndose eco de las opiniones recogidas, se refieren a dos efectos en el más corto plazo: los logros en la equiparación salarial de las mujeres, y la quiebra de las relaciones de mutua confianza que, sobre todo en las empresas pequeñas, había entre empresarios y trabajadores. A largo plazo, el interrogante que se plantea es si el Movimiento Asambleario pudo inducir el inicio de la crisis del calzado, o si simplemente, ambos acontecimientos coincidieron en el tiempo.

Si los entrevistados se muestran divididos respecto a esta cuestión, los autores parecen apoyar que no es posible establecer relación alguna entre ambas cuestiones, apoyándose en la idea de que las exportaciones de calzado alcanzaron su máxima cota a mediados de los ochenta. Sin embargo, como prueba esta misma investigación, lo cierto es que 1978 es, sin lugar a dudas, un año clave en el proceso de reconversión del calzado. Ya en este año, y en los siguientes, los cierres de fábricas se van a convertir en una realidad cotidiana. Por otra parte, es a partir de 1978 cuando los trabajadores empiezan a verse inmersos en la dinámica del paro y el trabajo en la economía sumergida que, si hacemos caso de los testimonios recogidos, se expande rápidamente a partir de esta fecha.

Aunque tampoco los entrevistados para esta investigación han establecido una relación entre el aumento de la conflictividad y la reconversión posterior del calzado, esta relación parece imponerse al efectuar la lectura retrospectiva de los acontecimientos. Si bien los representantes de los empresarios mostraron una actitud negociadora en los últimos años, aprovechada por los trabajadores para obtener ventajas salariales, cabe pensar que ellos también se vieron desbordados por los acontecimientos y obligados a pactar mejoras que ni deseaban ni seguramente algunas de sus empresas estaban en condiciones de conceder. El espíritu conciliador que, a decir de todos, reinaba durante la huelga de 1977, y la mediación de los partidos y las mismas autoridades municipales durante el conflicto, prueban que los empresarios mismos, igual que los sindicatos, se vieron atrapados en los entresijos y las tensiones de la Transición española.

No cabe duda, sin embargo, de que un sector significativo del empresariado era consciente de la amenaza que representaba la organización de los trabajadores en un momento en el que se vislumbraban las dificultades crecientes que iba a sufrir el calzado y la necesidad de realizar cambios profundos para afrontarlas. El cierre de las empresas y la

apertura de otras nuevas, algunas clandestinas -prácticas ya conocidas tradicionalmente en Elche- eran la respuesta más idónea para hacer frente a esta situación.

Es indudable que, aun si el Movimiento Asambleario no hubiera existido, la patronal del calzado habría tenido que ensayar estrategias de reconversión, probablemente muy similares y con parecidos efectos sobre los trabajadores. Pero esto es pura elucubración. Lo único que es posible establecer es que, dado cómo se produjo y las condiciones sociales y económicas del momento, la respuesta de los empresarios no podía pasar por la mesa de negociación, sino por estrategias de acción alternativas, que implicaban además el establecimiento de nuevas pautas en las relaciones industriales.

La segunda cuestión que Valero, Salinas y Martínez Navarro han planteado, y a la que se refiere también Benton (1990) en su trabajo, es la implicación que el Movimiento Asambleario y la salida de aquella huelga pudieron tener para el futuro del sindicalismo en el Valle del Vinalopó. Aun si los logros concretos fueron importantes, lo cierto es que la resolución del conflicto es mayoritariamente interpretada como un fracaso, puede que inevitable, pero un fracaso con relación a las expectativas generadas y el alto grado de organización y movilización que se habían logrado.

El Movimiento Asambleario nació y murió durante esos quince días de la huelga de 1977. La dinámica de participación directa de los trabajadores desde las asambleas de fábrica y la estructuración de una organización prácticamente horizontal desaparecieron para siempre. En adelante, los sindicatos van a pasar a ocupar el lugar del Movimiento Asambleario. La participación de las organizaciones sindicales, aunque desigual, en los pactos y acuerdos que se van a ir produciendo en los años siguientes va a suponer una ruptura radical con las experiencias anteriores. Además, la reconversión del calzado y sus efectos de paro y economía sumergida van a provocar el abandono de los sindicatos por parte de los trabajadores, después de los primeros momentos de afiliación masiva.

La cuestión que finalmente se plantea es si en el caso de haberse producido una estrategia de acción diferente por parte de los sindicatos, con un apoyo más decidido al Movimiento Asambleario, en lugar de erigirse en la única alternativa posible para los trabajadores, la reconversión del calzado hubiera seguido los mismos derroteros que siguió.

Para Benton, la usurpación que los sindicatos hicieron de la dirección del movimiento de los trabajadores supuso la pérdida del poder en el ni-

vel local y la supresión de las diferencias locales en la orientación de la política sindical: «Este cambió afectó a la capacidad de los trabajadores para forma alianzas locales como una posible respuesta a la informalización y sus efectos» (Benton, 1990: 159).

Posible, pero no probable, esta alternativa tan crudamente planteada por Benton abre sin duda interrogantes que afectan al papel de los sindicatos en la nueva situación de las relaciones laborales y al estrechamiento de sus cauces de acción en las nuevas condiciones de flexibilización del trabajo. Sin embargo, las orientaciones políticas, sociales y sindicales que se van conformando durante la oposición al franquismo, y, sobre todo, la salida negociada del Régimen, y la prioridad otorgada por los sindicatos a los objetivos democráticos, a costa en muchos casos de las reivindicaciones del movimiento obrero (Fishman, 1996), explican por qué desapareció el Movimiento Asambleario, y con él todas las expectativas de cambio para los trabajadores del calzado.

7. 1978-1980: El inicio de la crisis

Aunque la reconversión del calzado se inicia básicamente en los ochenta, sus primeros síntomas empiezan ya a manifestarse a partir de 1978. El hundimiento del calzado español en EEUU como consecuencia, en gran medida, de la depreciación del dólar respecto a la peseta, fue sin duda el desencadenante de la crisis del calzado, al restringir repentinamente las exportaciones que tanto habían favorecido al sector durante esta década. Es posible ya datar en estos años los primeros cierres de empresas, el inicio para los trabajadores de la experiencia del paro forzoso y el consiguiente crecimiento de la economía sumergida. Si la huelga de 1977 marcó el cenit y el declive del movimiento obrero en Elche, 1978 va a representar el inicio de un largo proceso de desestructuración de la fuerza de trabajo que corre paralelo a reestructuración del sector calzado.

> (28) *La reconversión del calzado se inicia tarde, en el 78, es cuando empieza a aumentar la economía sumergida. En los setenta iba para arriba, a partir del 78 es cuando se viene todo abajo.*

> (23) *A partir del 78 o 79 el calzado empezó a degenerar y ha ido degenerando hasta que ha llegado donde estamos.*

> (6) [1978] *Se cerró la fábrica, entonces estaba de moda aquello, se cerró la fábrica y me acuerdo que allí estuvimos haciendo..., me acuerdo que fue*

unas Navidades, estuvimos haciendo guardias y todo por la noche, en esa época cerraron muchas fábricas, hacíamos guardias porque decían que era para que no se llevaran las máquinas y, claro, los sindicatos iban y nos llevaban turrón, nos llevaban de todo, porque estábamos en Navidad y allí estábamos, de día y de noche.

Los trabajadores de Elche no habían conocido el paro, salvo excepcionalmente y sin que ello tuviera consecuencias sobre sus vidas. Sin embargo, a partir de estas fechas el paro empieza a ser una experiencia común para muchos de ellos. Es cierto que en estos momentos el paro no aparece tampoco como una grave amenaza, bien al contrario. Por una parte, en Elche existe un recurso abundante de supervivencia, el trabajo sumergido, para el que además casi todos ellos tienen entrenamiento y conocen los canales y las pautas que lo rigen. Por tanto, el paso de una situación regular a otra de paro con trabajo sumergido no resulta traumático para los trabajadores.

(8) *Cuando el niño tenía dos años* [en 1978] *volví a la empresa de..., donde había trabajado antes, ahí ya no me pusieron fija, me hicieron contrato. Me hicieron uno de seis meses y como se les pasó un día de haberme avisado, que me tenían que haber avisado quince días antes y se les pasó, y como no había mucho trabajo en el aparado, entonces me mandaron a la envasa y allí estuve otros seis meses, hasta que se me acabó el contrato y me quedé en paro, entonces fue cuando empecé a hacer faena en casa.*

(8) *En el 79, después de los contratos, ya cobré paro, estuve un año cobrando paro, no buscaba trabajo, estaba en casa con mi hijo, al final del paro, cuando pude, me compré una maquina y ya a hacer faena en casa.*

(5) *En el 77 me despidieron, creo que fue porque era enlace sindical, no sé por qué me despidieron (...) Como fue despido improcedente, pasé al paro y con despido y eso, estuve unos cinco meses cobrando el desempleo. (...) Mientras trabajaba en casa, trabajaba poco, no tenía yo ánimo de trabajar entonces, no, a pesar de la máquina nueva, es que es un poco deprimente trabajar en casa, me sentía como obligada a trabajar.*

El paro, siempre en combinación con el trabajo sumergido, podía incluso resultar favorable para las mujeres que además del trabajo habían iniciado el período reproductor.

(6) *Al final cerraron la fábrica y nos fuimos al paro, no conseguimos nada. Estuve cobrando un año y medio, más o menos, desde el 78 (...) me vine a*

casa, tuve el crío y seguía trabajando en casa, estuve un año así, hasta que el crío tuvo un año

(6) *Sí, lo que yo ganaba en casa era un complemento. Entonces mi marido estaba en paro, le habían cerrado la fábrica, estaba cobrando el paro y entre él y unos cuantos montaron una cooperativa, lo que pasa es que aquello no salió bien y después de cooperativa ya se hizo una sociedad entre ellos. Pero, claro, no teníamos grandes necesidades, él estaba cobrando el paro, y como era al principio, pues, claro, lo que podían sacarse se lo iban repartiendo.*

La aparente facilidad con que este cambio parece haberse producido indica que en estos últimos años de la década, frente a la contracción del trabajo a domicilio que se había producido desde los sesenta, volvía a existir una importante demanda de este tipo de trabajo. Por una parte, el aparado volvía a los hogares, pero no sólo el aparado. Aunque sabemos de la existencia anterior de talleres de calzado, en nuestras biografías aparecen citados por primera vez en este período. Se había iniciado el proceso de descentralización productiva y empezaban a menudear los talleres:

(2) *Me compré una máquina y empecé a trabajar por mi cuenta, una máquina de dos agujas de coser, me comentaron que comprase la máquina porque habría trabajo y ya empezamos (...) El taller lo montamos mi mujer y yo, empecé en casa y al poco tiempo ya pasamos a un local (...) Al principio trabajaba sólo para esa empresa, luego ya pasé a otras, trabajaba para varias empresas (...) No, no había intermediarios, yo me traía el trabajo directamente de las fábricas (...) En principio trabajábamos mi mujer y yo, después había más gente en el taller.*

(25) *Entré en un taller de aparado, de aprendiza, allí estuve tres meses (...) Era un taller pequeño, de una señora que le hacía la faena para su marido, hacían zapatilla, el marido la montaba y ella la aparaba en el taller (...) había unas cinco o seis aparadoras y dos chicas, o sea, otra chiquilla y yo, no tenía contrato ni nada, tenía 13 años (...) Que yo sepa, allí nadie tenía contrato, era un taller clandestino.*

Todos estos fenómenos no son sino el avance de una reconversión que se va a prolongar durante los años ochenta, y que va a transformar radicalmente el sector calzado y las condiciones de trabajo para la mayoría de los trabajadores. A la descripción de este proceso, objeto central de esta investigación, se dedican las páginas siguientes.

CAPÍTULO 4

LOS AÑOS OCHENTA: LA REESTRUCTURACIÓN DEL CALZADO. PARO, PRECARIEDAD Y ECONOMÍA SUMERGIDA

1. Evolución del sector calzado

Como se ha descrito, desde finales de los setenta, el modelo industrial que ha permitido el desarrollo del calzado entra en una crisis irreversible, resultado de cambios en las condiciones que han permitido su crecimiento anterior. Las ventajas competitivas en que se había sustentado la expansión del sector calzado durante los años sesenta y primeros de los setenta derivaban de los bajos salarios, la existencia de una considerable fuerza de trabajo y el conocimiento productivo. A todo ello se sumaba la protección arancelaria y una favorable evolución del tipo de cambio con respecto al dólar. El modelo entró en crisis cuando el aumento de los salarios, propiciado en gran manera por la movilización de los trabajadores, la competencia de los nuevos países industrializados, la depresión internacional y los cambios en el mercado vinieron a anular esas ventajas competitivas.

Sin embargo, en opinión de Contreras Navarro, todo esto no tendría por qué haber constituido un problema en términos dinámicos, si no hubiese coincidido con la dependencia comercial, tecnológica y de diseño de la industria del calzado local respecto a las grandes empresas comercializadoras extranjeras. Cuando los cambios empezaron a hacerse evidentes y se inició el declive de las exportaciones, esta debilidad de las competencias empresariales vendría a limitar muy significativamente el abanico de opciones evolutivas, dificultando la adaptación a las nuevas circunstancias. (Contreras Navarro, 1997: 167)

Los problemas para mantener las exportaciones no sólo afectan al calzado ilicitano, ni tan siquiera al español. Se trata de un fenómeno más amplio de deslocalización de las industrias del calzado y reorganización de los mercados. De la misma manera que en la fase anterior España se vio favorecida por este proceso de desplazamiento del calzado desde los países más ricos, a partir de los años ochenta son los países menos desarrollados los beneficiarios de estos cambios. Y ello porque la producción de mercancías intensivas en mano de obra tiende a ubicarse en las zonas menos desarrolladas, en busca siempre de los salarios más bajos.

El desarrollo económico y social en España hizo que la evolución de los costes laborales tendiera a aproximarse a los de los países más avanzados, hasta equiparse prácticamente en los últimos años, al tiempo que aumentaba la distancia respecto a los países menos desarrollados. Todo ello, en ausencia de otras medidas, tenía que traducirse en una pérdida de competitividad del calzado español.

La pérdida de posiciones competitivas en los mercados por parte de muchas empresas europeas, alentó la puesta en marcha de estrategias de deslocalización de la producción hacia países en vías de desarrollo. Durante los años ochenta se produce un incremento de la subcontratación a países comunitarios y extracomunitarios, subcontratación fundamentalmente de operaciones con gran contenido de mano de obra. Así, fabricantes franceses subcontratan en Portugal, Túnez, Marruecos y China, o los alemanes en Europa Oriental. Este proceso de deslocalización de la producción, junto a la estrategia de desarrollo basada en la fabricación de producciones intensivas en mano de obra, especialmente calzado, desarrollada por los países asiáticos, ha dado lugar al surgimiento de un conjunto de nuevos países zapateros. (Ybarra y alt., 1996)

Como consecuencia, a pesar de que durante los años ochenta la producción mundial de calzado experimenta un crecimiento, tanto la producción europea como la española tendieron a perder peso relativo. Aunque se dispone de datos concretos para la década, las exportaciones españolas de calzado experimentaron una disminución en términos reales en el período 1985-95: desde los 139.000 millones de pesetas en 1985, a 125.000 millones de pesetas constantes de 1985 en 1995, lo que supone una disminución del 11'2%. (Ybarra y alt, 1996). Si unimos a esto que en el mercado nacional tendieron a crecer las importaciones, sobre todo de calzado asiático, tendremos que el saldo comercial ha ido empeorando, aunque

sigue manteniendo una balanza comercial positiva. Entre los principales países productores de calzado a nivel mundial destacan China, Rusia, Italia, India, Francia y EE.UU. La producción de estos seis países representa un 65'5% de la producción mundial de calzado. La producción de calzado española representa un 2'6%.

Frente a estos problemas, la respuesta del calzado español, y particularmente del ilicitano, no fue otra que el intento de reducir los costes: «Si la competitividad se había sustentado en el precio, con productos de calidad media y baja y escasa creatividad local, la respuesta ante una crisis de demanda y la creciente competencia de terceros países difícilmente podía venir por otro lado que a través de una mayor presión sobre los costes. Dado que las principales partidas del coste en ese momento eran la materia prima (con más del 45% del coste), y la mano de obra (próxima al 32% del coste), y actuar sobre la primera estaba fuera del alcance de los industriales valencianos, la única opción razonable en una estructura como la descrita era reducir la carga salarial por unidad de producto» (Contreras Navarro, 1997: 168)

Pero la estrategia de mantenimiento de la competitividad sobre la única base reducir costes se va a encontrar con dos limitaciones durante esta década. Por una parte, en opinión de Ybarra (1986), los problemas para el comercio exterior del calzado español no sólo radicaban en la aparición de competencia externa o en la adopción de prácticas proteccionistas por muchos países, sino en que el precio es una variable sobre la que fácilmente se puede influir con los aranceles o los tipos de cambio. Por otra parte, la especialización del calzado ilicitano en los mismos segmentos de mercado en los que tienden a concentrarse los nuevos países productores, siempre con costes hasta un tercio inferiores, dificultaba enormemente la viabilidad de esta estrategia.

Había, teóricamente, dos alternativas. La primera implicaba una transformación profunda de todo el sector calzado, sustituyendo la producción de calzado de media y baja calidad por nuevos productos que incorporaran más calidad y diseño, tal y como por ejemplo hizo la industria italiana. Pero, para que esta alternativa resultara viable, era preciso, además, una profunda renovación del sector, que incluyera innovación de diseño y producto mediante el uso de nuevas tecnologías, cambios en la estructura productiva hacia formas más avanzadas de especialización flexible, y cambios en las estrategias de comercialización. Ello hubiera implicado la asun-

ción por parte de los empresarios de nuevos riesgos. La segunda alternativa, la que básicamente se impuso, no era más una transformación parcial del modelo destinada, sobre todo, a abaratar los costes de producción mediante el uso de recursos legales e ilegales, y la puesta al día de los viejos sistemas del clandestinaje y el trabajo a domicilio, tan ampliamente utilizados por la industria ilicitana desde sus inicios.

A la hora de buscar las causas por las que el primer modelo fue desechado, salvo -y siempre contradictoriamente- por algunas empresas creadas durante los años ochenta, es posible acudir a varias explicaciones. Ybarra (1986) considera que la presencia en el sector de intermediarios-contratistas, productores o simples comercializadores, ejerciendo su dominio sobre el mercado, y proporcionando los *inputs* e incluso la tecnología, debilitó al empresario local, que vio reducido su papel al de mero ejecutor. La figura del pequeño empresario emprendedor se diluye ante el exceso de dependencia, ya que la profesionalización empresarial en cuanto a gerencia, gestión, innovación, etc., queda suficientemente disminuida: «A nuestro juicio, estos problemas de dependencia productiva, tecnológica y comercial son los que van a condicionar en último extremo la viabilidad de todo el modelo de industrialización y desarrollo derivado de la industria del calzado en el sur del País Valenciano» (Ybarra 1986: 42)

Contreras Navarro (1997) introduce en la explicación un factor de índole social, escasamente considerado por otros autores, y que resulta muy sugerente. En su opinión, las huelgas y enfrentamientos sociales de la segunda mitad de los setenta crearon serias fracturas en las relaciones de confianza entre empresarios y trabajadores, y quebraron las bases en que se habían sustentado las convenciones sociales locales. La tenaza creada por las fuerzas económicas y sociales expuestas, así como el desmoronamiento de las bases que sustentaban las reglas del juego social, generaban las condiciones necesarias para que la externalización de funciones, la subcontratación, la inmersión económica y la expansión del trabajo a domicilio se constituyesen en la opción económica más sostenible del sistema empresarial local: «El recurso a tales prácticas no sólo resultaba una respuesta individual lógica ante la crisis general del sector, sino una solución objetiva a la situación de bloqueo del modelo tradicional de desarrollo. Con la desconcentración productiva y la inmersión de buena parte de la actividad sectorial no sólo se lograría una significativa reducción de los costes laborales y un sensible descenso de los costes de reversibilidad de

las empresas, sino que se cambiaban significativamente las relaciones de poder entre el capital y el trabajo sin que los sindicatos pudieran hacer nada por evitarlo» (Contreras Navarro, 1977: 169)

Cabe pensar, sin embargo, que este modelo de reconversión hubiera sido idéntico de no haber mediado el aumento de la presión de los trabajadores y, como consecuencia, la ruptura de ese modelo de limitado consenso que se establece en el ámbito local entre trabajadores y empresarios. Si no es posible discutir los efectos de esta reconversión -el cambio en las relaciones de poder entre capital y trabajo a favor del primero-, es más difícil aceptar que fuera la causa desencadenante de esta concreta opción. Observando el proceso en perspectiva, más bien parece que la crisis de confianza se saldó con el establecimiento de nuevas formas de consenso, impuestas por la fuerza, ciertamente, pero aceptadas por los trabajadores, cuanto menos durante las primeras fases.

La estrategia de abaratar los costes de producción para mantener la competitividad en precios, frente a la de la modernización de la estructura productiva y la capitalización del sector, va a tener como consecuencia el mantenimiento de un aparato productivo obsoleto tecnológicamente. La supervivencia del modelo se consigue entonces mediante la incorporación de mano de obra barata, y el ahorro de los costes directos e indirectos.

Para ello, la industria del calzado se benefició de la reordenación del mercado de trabajo español, que se inicia en 1977 y se implanta paulatinamente a lo largo de los años ochenta. Como justamente ha señalado Andrés Bilbao al hablar de las reformas del mercado de trabajo: «Los distintos acuerdos, leyes, decretos, etc., leídos de uno en uno, no revelan un cambio nítido, sino una sucesiva aproximación a la reordenación liberal del mercado de trabajo» (Bilbao, 93: 49). El contenido de este proceso es el de organizar a la fuerza de trabajo desde el punto de vista de las determinaciones del capital. Es un proceso que afecta a dos colectivos diferentes: por una parte, a aquellos trabajadores integrados en el mercado de trabajo; y, por otra, a aquellos que no han conseguido su integración en el mercado de trabajo.

La reconversión del calzado ilicitano, además de beneficiarse de las nuevas posibilidades que la desregulación del mercado de trabajo le ofrecía, ha girado en torno a dos ejes: la descentralización productiva, mediante la subcontratación; y, en estrecha relación con ella, la informalización.

La descentralización productiva, como ha sido ampliamente descrita, consiste en un proceso de externalización de las actividades más intensivas en mano de obra desde la empresa originaria, que integra verticalmente todos los procesos, hacia unidades más pequeñas que se especializan en una o varias fases de la producción. Surge así un tejido industrial diversificado, ligado a través de relaciones de subcontratación en cadena. En el caso del calzado, además del aparado tradicionalmente realizado fuera de la fábrica, en la economía sumergida, se van a externalizar otras fases del proceso antes integradas en la fábrica, como el cortado y, en menor medida, el montado. Este hecho dará lugar a la aparición de gran número de pequeñas empresas especializadas en una o pocas fases, así como a una densa maraña de transacciones intrasectoriales. Las empresas centrales se van a reservar las funciones comerciales, de gestión, diseño, control de calidad y programación de la producción y, con frecuencia, también las de envasado y montado.

La reestructuración de la industria local del calzado se llevó a cabo mediante el cierre de la mayor parte de antiguas empresas y la creación de un nuevo tejido productivo de la mano, en gran medida, de empresarios improvisados a impulsos de la necesidad o de la conveniencia de las empresas comerciales o insertas en un proceso de externalización de funciones, mientras que un buen número de los antiguos empresarios dejaría las funciones productivas para convertirse en intermediarios entre las cadenas de comercialización.

Pero los beneficios inducidos por este proceso de descentralización no parecen derivarse de su mayor racionalidad productiva, sino sobre todo de la ventaja añadida de inducir, o cuanto menos favorecer, un proceso de informalización que toma casi siempre la forma de economía sumergida y trabajo oculto. En estas condiciones, la presión sobre la fuerza de trabajo se intensifica considerablemente, al no existir ningún mecanismo de control sobre las condiciones de trabajo. Si a esto se une el ahorro de los pagos a la Seguridad Social, y otras formas de fraude fiscal derivadas de la producción total o parcialmente clandestina, es posible lograr una reducción sensible de los costes productivos. El uso de estos mecanismos durante los primeros ochenta fue tan extendido que, para 1984, Ybarra (1986) calculaba que un tercio de la producción total del calzado se hacía en circuitos externos a la planta, y en su mayor parte en régimen de ocultamiento total.

En resumen, los procesos de descentralización productiva y de informalización estuvieron destinados, básicamente, a reducir el coste factor trabajo. Sus efectos sobre la fuerza de trabajo, y el modo en que estas transformaciones afectaron a los trabajadores se describen en los apartados siguientes.

2. Evolución de la población

En la década de los ochenta, la ralentización del crecimiento que ya se ha iniciado en el lustro anterior se verá ahora agudizada. El quinquenio 1981-1986 es el que presenta los menores incrementos de población, en torno a un 5%, a partir de esta fecha se produce una ligera recuperación, con tasas anuales acumulativas que de todas formas no van a superar el 1%. A pesar de ello, Elche ha seguido siendo un municipio muy dinámico incluso durante este período, la población creció desde los 169.000 habitantes del 81 hasta los 189.000 del 91. Los niveles de crecimiento de la Provincia, la Comunidad Autónoma y España, aun con saldos positivos, quedan muy por debajo de Elche.

Entre 1980 y 1985 el saldo migratorio es negativo en 1554 personas y el saldo vegetativo, aunque elevado, ha empezado a mostrar los efectos del descenso de la fecundidad. En términos absolutos el número de nacimientos empieza a disminuir a partir de 1978. El crecimiento de la población durante este lustro es, como resultado de ambas tendencias, el más bajo del siglo. A partir de 1986 aparecen síntomas de recuperación: el saldo migratorio vuelve a ser positivo, no muy elevado si lo comparamos con las décadas anteriores, pero sí suficiente para generar tasas de crecimiento superiores a las de otros ámbitos geográficos. Entre 1986 y 1991, el saldo migratorio aporta 4.722 nuevos efectivos al municipio.

Dadas las características del proceso de reconversión del calzado hacia la informalidad, los indicadores socio-laborales no informan adecuadamente de los cambios que afectaron a la población activa. Resulta por tanto difícil interpretar adecuadamente su evolución, pues no sabemos nunca si la información que aportan es real o meramente sintomática de los cambios en curso.

Así, a pesar de la reconversión del calzado, el carácter marcadamente industrial del municipio parece haber resistido incólume el período del auge de la terciarización de la economía española -aun con toda la confusión que entraña la referencia a este cajón de sastre-. Si observamos el

número de activos industriales, vemos que la población ocupada en la industria creció hasta 1986, año en que se registran 33.298 activos, para perder en el siguiente quinquenio más de 10.000 activos. No ha sido este proceso el ocurrido en España: entre 1976 y 1985 se produce una muy importantes pérdida de empleos netos en la industria que asciende a 905.100; entre 1985 y 1990 se recupera una parte de este empleo, 403.600; sin embargo el saldo es negativo para la totalidad del período considerado. De hecho el porcentaje de la población ocupada en la industria disminuye desde el 27'1% de 1970 hasta el 23'7% de 1990 (Castells y Zaldivar, 1992)

Los efectos de la reconversión del calzado sobre la ocupación no se van a traducir en pérdidas netas hasta el segundo quinquenio de los ochenta. Así, según el Censo de Población de 1991, los ocupados en las industrias de textil, cuero y calzado son 17.021, lo que representa una pérdida neta para la década de casi 7.000 empleos en este subsector. Es posible que se haya destruido empleo en estas proporciones, pero cabe pensar que en realidad este retroceso no sea tan marcado, y que simplemente una parte de los ocupados en el calzado hayan pasado a ser clasificados bajo otros epígrafes más confusos del sector industrial, o incluso como inactivos, tal y como ha ocurrido tradicionalmente con las mujeres.

En consonancia con su marcado carácter industrial, durante la década de los ochenta, Elche mantuvo un terciario escasamente desarrollado -en torno al 33%-, que sólo empieza a crecer a partir de 1986. En sólo estos cinco últimos años ha crecido más de diez puntos porcentuales, alcanzando en 1991 el 44'3%, aunque aún se mantenga lejos de las medias provinciales, regionales o nacionales.

En resumen, aunque no es posible establecer con exactitud la cuantía de los trasvases de ocupación desde la industria del calzado a otros sectores de actividad, ni siquiera entre los sectores secundario y terciario, sí cabe establecer que en este período la industria ilicitana pierde peso en el conjunto de la actividad, y que el calzado que ha sido la fuente de actividad dominante desde hace muchas décadas tiende a retroceder.

3. El paro y sus efectos

La vida laboral de los trabajadores va a estar marcada en esta década por la experiencia del paro y la precarización del trabajo. Los cierres, que ya se habían iniciado a partir de 1978, se van a suceder ahora con mayor frecuencia. Es patente que estos cierres se producen unas veces por la impo-

sibilidad de algunas empresas de mantener su actividad, víctimas del descenso de las exportaciones, la contracción de la demanda interior -muy sensible en el caso del zapato a los vaivenes económicos-, y el aumento de los precios de la fuerza de trabajo y las materias primas. Pero, en otros casos, el cierre no es más que una estrategia empresarial destinada a organizar paulatinamente la reconversión del calzado, eliminando las empresas que empezaban a no ser rentables y sustituyéndolas por otras nuevas, más acordes con el modelo productivo que entonces empezaba a diseñarse.

Como demuestra Contreras Navarro (1997), a través de las entrevistas con miembros de los comités de empresa, los expedientes de regulación de empleo no fueron una práctica excesivamente habitual en el sector, ya que resultaba mucho más fácil a las empresas cerrar y abrir de nuevo que enzarzarse en los mecanismos legales exigidos por los expedientes de regulación.

> (4) [1980] *Porque cerró, hizo suspensión de pagos y ya yo lo dejé. Después cuando volvió a abrir, que volvió a abrir una fabriquita pequeña con otro socio, en el año 82...*
>
> (16) [1980] *Al final perdimos la empresa. Se cerró por la presión de los obreros de pedir demasiado, resulta que ellos empezaban a meter el cronometraje, estábamos contra el cronometraje, estábamos contra todo, todo eran huelgas, todo tiranteces, se ve que también se encareció el calzado, porque abrieron las fronteras o por lo que fuera, el caso es que la empresa fue a pique. Bueno, ya habían abierto una fábrica clandestina, lo sabíamos todos, allí se iban muchos pares, allí y a otras empresas (...) me dolió mucho todo eso porque nosotros queríamos trabajar, queríamos otras condiciones, nos había costado mucho.*
>
> (1) *En el 83 cerró y nos echaron a la calle, nos dieron carta de despido y entonces pasé al paro, sí, bueno, durante los últimos tres o cuatro años ya se hacían expedientes de regulación y yo ya estaba en el paro, a partir del 75 vinieron los expedientes, pasábamos al paro y volvíamos a trabajar.*
>
> (3) *En el 84 dejo la empresa porque cierra, la empresa entra en un proceso de crisis y terminó cerrándose, solamente tenía dos salidas, o desprenderse de gran parte de los trabajadores, pero el empresario no tenía dinero y un día decidió que o nos manteníamos todo o caíamos todos, al final caímos todos, de buenas maneras, y con lo que supone caer, pero bueno, se cerró la empresa y bien, ahí terminó digamos esa época, esa época de trabajar en el calzado para una empresa y con estas circunstancias.*

A partir de este momento el paro se convierte en una realidad cotidiana para los trabajadores. Los recursos a su alcance para poder enfrentar la nueva situación pasaban básicamente por el uso de las prestaciones económicas del Estado, bajo la forma de indemnizaciones por despido, con cargo muchas veces a los fondos del Fondo de Garantía Salarial, y las prestaciones del desempleo; y, por otra parte, el trabajo sumergido, un recurso siempre abundante en Elche que ahora lo será cada vez más. Finalmente, sobre todo en los primeros años, la solidaridad de los trabajadores jugó también un papel como estrategia de resistencia, cuanto menos temporal, frente a la nueva situación adversa.

Es cierto que si al principio estos mecanismos fueron suficientes para paliar los efectos del paro, a medida que avanzaba la década se produjo un deterioro en el funcionamiento de todos ellos. En el caso de las prestaciones por desempleo, los derechos de los trabajadores tendieron a restringirse mientras crecía el número de desempleados y se prolongaba el período de permanencia en el paro. La Ley Básica de Empleo impuso partir de 1980 serias restricciones a la cobertura que en 1974 había establecido la Ley de Seguridad Social. Los mecanismos utilizados fueron básicamente tres: en primer lugar, vincular estrechamente la duración de las prestaciones al período anterior de ocupación; en segundo lugar, fijar un límite máximo a la cuantía de las prestaciones a la vez que las hacía decrecientes en el tiempo; en tercer lugar, el establecimiento, con carácter excepcional, de un subsidio asistencial. El efecto que esta reforma producirá en los años siguientes fue el de una continua disminución de las prestaciones y el aumento del sector de los parados que quedaban fuera de la cobertura del desempleo. La reforma posterior de la Ley tenía como objetivo paliar esta situación, aumentando la duración máxima del desempleo y estableciendo un subsidio indefinido para los mayores de cincuenta años.

Los efectos de estas reformas no son visibles, sin embargo, en el más corto plazo. En las fases iniciales del proceso, los trabajadores que parten de una situación de estabilidad y con derechos acumulados, salvados los momentos próximos al cierre, van a percibir prestaciones suficientes para resistir la situación de paro sin grave quebranto para su nivel de vida.

(16) *Cerró la fábrica en el 80, tardamos siete meses desde que cerró la empresa y luego cobramos el paro, y 300.000 pesetas de indemnización cada uno. (...) Esos meses lo pasamos muy mal, vivíamos de las ayudas de unos*

y otros, porque habíamos estado años de pelea, de hacer muchas huelgas y pasarlo mal, hicimos también un caja de fondo para las personas que no tenían ayuda de nada, yo tenía a mi suegro conmigo que cobraba veinte mil pesetas de pensión y me daba quince mil, y las nenas eran pequeñitas, así fuimos aguantando como pudimos, estuvimos cuatro años dando tumbos, ya trabajando clandestinamente, otras veces seis meses dados de alta, o siete meses, mi marido estuvo de representante, yo tres meses trabajado en una empresa, en casa ya empecé a hacer aparado, de mano siempre estaba haciendo algo, todo lo que encontraba de refinar el calzado, todo lo que podía y así. (...) Me sentía muy mal, tú piensa, los dos trabajando sin problemas, sin que te sobre y sin que te falte, que hacía tres años que nos habíamos casado, nos juntamos con las dos niñas, y aún guardé yo un dinero, guardé lo de la indemnización, que al cabo de cuatro años aún me quedaban trescientas mil pesetas, aun dando tumbos y sin ayuda de nada. (...) No hemos parado, lo que pasa es que tuvimos mala suerte, sea porque él había sido delegado, por lo que fuera, pero no encontraba nada, entonces se puso a hacer un fabricado, compraba el trenzado hecho y él montaba, yo le ayudaba, entre los dos, unos amigos le ayudaron a comprar las máquinas, era socios [ríe] ya ves, socios de la ruina, pero nos salió mal la faena, nos salió mal el piso que le poníamos y perdimos dinero, dinero, trabajo y todo, pero bueno eso no fue nada para lo que luego nos esperaba.

(5) [1985] *Cuando cerraron la empresa donde trabajaba mi marido entonces fue una época en que lo pasamos muy mal, porque entonces yo no estaba trabajando más que lo de casa, y lo pasamos muy mal*

(20) *La empresa cerró el 11 de septiembre de 1982 y pasé al paro. Como había una demanda de despido que tenía que seguir sus trámites, esa demanda tardaba dos o tres meses en ser contestada y después el desempleo otros tantos en responderte, había que vivir de algo, así que tuve que buscar un trabajo, porque mientras tanto sin salario no se puede vivir, estuve trabajando en Altabix, en una empresa familiar que no tenía nombre, éramos 6 o 7 trabajadores haciendo un producto muy peculiar, unas botas de paño que en aquellos momentos se hacían por espuertas, estuve allí tres meses, no me fue nada mal, ganaba mucho dinero, pero sin dar de alta, se trabajaba mucho a destajo, se ganaba mucho pero sin las debidas condiciones y naturalmente con un horario bastante irregular. Luego estuve en otras empresas, de las que tenían nombre, eran familiares, estas empresas normalmente se trataba de talleres que recibían los cortes ya preparados, tenían una mecánica y luego venía un furgón y se llevaba el trabajo a una fábrica o a un almacén.*

(5) [1984] *Cuando cerró la fábrica pasé al paro, consumí todo el desempleo, dos años más ayuda familiar, dos o tres años.*

(4) *Ahí sí tenía contrato, de seis meses y luego pasaba al paro, cuando no tenía trabajo, luego me volvía a recoger y así. Así estuve hasta el 86. En el 86 [tenía 51 años] dije: -yo ya no trabajo más, ya me he cansado, -cobré el desempleo y ya no he trabajado más, cobré medio año de desempleo y luego la ayuda familiar, cobré dos años*

Además del desempleo y el trabajo sumergido en el calzado, por primera vez en la biografía laboral de estos trabajadores se plantea la posibilidad de abandonar el sector. De hecho, algunos lo intentaron, cuanto menos por períodos breves. Sin embargo, las condiciones existentes en el resto de los sectores no eran mucho mejores que las que ofrecía el calzado, y su fuerza del trabajo forzosamente sería menos valorizada fuera de la actividad en la que tan largamente se habían especializado.

(27) *Cerró la fábrica en el 82 y pasé al paro (...) Intentaba trabajar, tenía que buscar faena y entonces casi no había, yo tenía que dar de comer a la chiquilla y al chiquillo que tenía, y veía que con el paro no me llegaba y siempre estaba de mal humor (...) iba a coger algodón, a coger naranja, no encontraba otra cosa, lo que me saliera en el campo. Cuando se me acabó el paro pasé a la construcción, me fui allí porque me hacían contrato, era una empresa de Alicante, me mandaron a muchos sitios, estuve en los Palmerales, en el Ayuntamiento, en Alicante, en Campello, donde nos tocaba, así estuve tres años, hasta el 90 o 91, entonces tenían ya que ponerme fijo, y como no querían pasé al paro.* [Volvió posteriormente al calzado]

(3) *En el 84, cuando cierra la fábrica, paso al paro, estuve desde septiembre y los tres años siguientes en el paro (...) durante ese período claro que trabajaba, un tiempo estuve de comercial de artes gráficas, un año, no ganaba apenas nada, pero bueno, me distraía y me daba tiempo de otras cosas, durante ese tiempo me surgió una propuesta de comercial de calzado, de viajante, y entonces estuve haciéndolo durante un par de años o más y alternaba con algún trabajo de ...pues trabajaba en alguna empresa de un familiar pues facturando y tal, y entonces así estuve ese período de cerca de tres años, hasta que volví al calzado, pero no en producción, sino en la organización de la empresa y el tema de ventas (...) No, la situación de paro no nos afectó mucho, salvo los primeros meses, hasta que cobré, luego cuando el desempleo era más alto no tenía otros ingresos, pero a partir de un plazo aproximadamente empecé a tener otros ingresos, además del paro, que globalmente eran igual o superiores al salario que ganaba en la fábrica.*

4. Las condiciones de trabajo

(20) *Luego comenzaron los cierres y estos rosarios que ya comenzaron a marcar, y la seguridad de la gente se empezó a resentir ya a mediados de los 80, ya las empresas estables desaparecieron, empezaron a aparecer la lacra esa de los contratos eventuales a cualquier precio y con cualquier nombre.*

Además del paro, las consecuencia más visibles de este proceso fueron, sin duda, el final de la estabilidad laboral, la expansión de la contratación temporal, en los mejores casos, y de la no contratación, en muchos otros. Su imposición a los trabajadores no tuvo excesivas dificultades, si contamos con la situación de paro creciente que se estaba generando en aquellos momentos. A partir de un cierto momento, las exigencias de los trabajadores se van a limitar no a la legalidad de la contratación, o a conseguir contratos de mayor duración, sino simplemente a obtener contratos que les permitieran acumular derechos para poder seguir cobrando el desempleo en el momento en que volviera a escasear el trabajo. A pesar del cambio que supone respecto al período anterior, aún en los ochenta aparece una cierta preocupación detectable entre los trabajadores y los empresarios por mantener una apariencia de respecto a la legalidad.

(21) [1980-1982] *Cerró la empresa y pasé al paro, estuve dos años cobrando el paro (...) No, no buscaba trabajo, como vi que estando en el paro no me daban trabajo, y como veía que en el paro ganaba más que lo que me daban en la fábrica, pues cogía el paro, por eso lo agoté.*

(21)[82-86] *Sí, en aquella época con seis meses de contrato tenías derecho a paro, pero nosotros no lo pedíamos, seguíamos trabajando porque el dueño no quería tenernos cobrando el paro porque era más peligroso que tenernos sin cobrar el paro, porque en un momento dado se arreglan los papeles y dice: no, que los tengo a prueba, los voy a poner fijos, les voy a hacer el contrato ¿me comprendes?*

(21) [82-86] *-Primero tuve un contrato de seis meses, luego otros seis meses, después nos íbamos turnando*

- ¿Qué quieres decir exactamente con turnando? ¿Pasabas al paro?

-No, no pasaba al paro, nos daba de baja y ponía a otros seis o ocho dados de alta, entonces el paro lo acumulábamos para el día de mañana, si perdíamos la empresa o lo que fuera, pero nosotros seguíamos trabajando en la misma empresa.

La contratación temporal de rápida expansión durante estos años tuvo sin embargo en la legislación española un tratamiento tardío, aunque las nuevas posibilidades que abrió fueron rápidamente aprovechadas para transformar un mercado de trabajo estable en otro donde el trabajo fijo pasó a representar en pocos años un porcentaje mínimo. El Estatuto de los Trabajadores establecía en su artículo 7 que los contratos de trabajo serán indefinidos «salvo prueba en contrario que acredite la naturaleza temporal del contrato». Sin embargo, y con carácter excepcional, regulaba los contratos en prácticas, temporales a tiempo parcial, por obras y servicios, eventuales y por circunstancias de la producción. En 1981, por un Real Decreto se ampliaban las posibilidades de contratación temporal para personas de edad avanzada, con capacidad laboral disminuida, desempleados o que acceden al primer empleo. En 1982, otra vez por Real Decreto, volvía a ampliarse d nuevo la posibilidad de contratación temporal. En éste se hacía referencia a nuevos colectivos: trabajadores que han agotado las prestaciones por desempleo, fomento del empleo para trabajadores minusválidos, fomento de empleo para mujeres con cargas familiares.

Finalmente, en 1984, la reforma del Estatuto de los Trabajadores según su propia declaración de intenciones tenía como objeto: «la eliminación de las restricciones a la contratación temporal». Se pretende con ello, sigue el enunciado, que las empresas puedan satisfacer sin limitaciones sus necesidades temporales de mano de obras. Los aspectos más importantes de esta reforma fueron: 1) la posibilidad de contratar temporalmente a toda clase de categorías de trabajadores; 2) eliminación de los topes de la contratación temporal en función de las plantillas fijas de las empresas; 3) aumento de la duración máxima de los contratos temporales de dos a tres años» (Bilbao, 1993: 62 y 63)

El paro, la expansión de la economía sumergida y el crecimiento de los contratos temporales fuerzan la aceptación por parte de los trabajadores de la degradación de sus condiciones de trabajo: salarios más bajos, aumento de los ritmos, movilidad, jornadas más prolongadas, etc. Sin embargo, tal y como se ha descrito la situación de los años setenta, difícilmente se podían intensificar ritmos y jornadas en un sector como éste. En cualquier caso, los testimonios parecen avalar un empeoramiento de las condiciones de trabajo.

> (1) *Ha habido un retroceso muy grande y eso fue ya a partir del 80, a partir del 80 se ha ido para atrás, se dice: se vive mejor, se gana dinero, pero es que la gente trabaja en unos horarios y en unas condiciones terribles.*

(18) *No estaba a gusto con las medidas de tratamiento de la gente, la gente era un robot, no tenías derecho a hablar con un compañero, ni a fumarte un cigarro, sólo tenías derecho a trabajar, es decir te convertías en un elemento de producción, como una máquina inteligente que ayuda a la otra máquina a que produzca, en ese aspecto, había una deshumanización muy grande*

(10) *Trabajaba lo normal en las fábricas: de ocho a una y media y de tres y media hasta las ocho o las nueve de la noche, lo normal.*

(21) *Pues echábamos diez horas diarias, unas cincuenta a la semana. Íbamos a destajo. El sueldo no estaba mal, pero trabajábamos mucho, entonces la faena estaba bien pagada y nos pagaban un jornal que en aquella época estaba bien, pero hacíamos más trabajo que...más trabajo que el dinero que te llevabas a casa.*

Aunque las biografías no permiten de ningún modo la medida de variables ni su cuantificación, lo que parece deducirse de los testimonios es que el ahorro en los costes del factor trabajo -hecho sobre el que todos los estudiosos han llamado la atención-, no se ha derivado tanto del descenso relativo de los salarios, o el aumento de la productividad a través de la intensificación de los ritmos de trabajo en el sector formal. En este sector, aún aceptando que se hayan producido dichos ajustes -como demostraría el hecho de que los salarios fijados por convenio en el calzado, estén por debajo de la media de la industria española-, la flexibilización parece servir en mayor medida a una adaptación de las necesidades de mano de obra a los vaivenes del mercado, sin que ello represente un coste adicional a las empresas.

Más que en el sector formal, el ahorro de los costes parece haberse producido a través de la informalización. Es entre los trabajadores sumergidos donde se detecta claramente una degradación de todas las condiciones de trabajo, un descenso acusado de las retribuciones, y por supuesto el ahorro de todos los costes sociales añadidos, especialmente los pagos a la seguridad social.

5. Otra generación se incorpora al mercado de trabajo

Si la reestructuración del calzado afecta a todos los trabajadores insertos en el mercado de trabajo durante el período, para los jóvenes que se incorporan en esta década la reordenación del mercado de trabajo se va a realizar necesariamente bajo las condiciones de una integración precaria.

No es extraño entonces que las generaciones más jóvenes a partir de los años ochenta hayan mostrado un cierto rechazo a incorporarse al sector y hayan intentado buscar oportunidades en otros sectores de la actividad. Para las generaciones anteriores, las que se incorporaron al mercado en los años sesenta y setenta, el calzado representó una opción casi necesaria, dada la importancia del sector en la economía ilicitana, que sólo intentaron abandonar, sin mucho éxito casi siempre, cuando fueron literalmente expulsados o precarizados hasta el punto que les resulto difícil seguir allí. En cambio, para los jóvenes que van a incorporarse durante esta década y la siguiente, el calzado no aparece como una opción vital, incluso muchos de ellos la rechazan, sino más bien como un refugio necesario cuando no consiguen integrarse en otros sectores. Al fin y al cabo, para ellos también, como para sus padres, los conocimientos informalmente adquiridos, las relaciones familiares o comunitarias, y el contacto con el sector les dotan de ciertas capacidades para afrontar su integración en el trabajo. Un sector, por otra parte, que no ha requerido nunca de formación profesional.

Dos rasgos, por tanto, destacan entre estos jóvenes en relación a las generaciones anteriores. Por una parte, su vocación por el calzado esta escasamente marcada, muchos de hecho se inician en otros sectores y llegan al calzado cuando no encuentran ya trabajo. De la misma manera, pueden abandonar temporalmente el calzado siempre que tengan cualquier oportunidad fuera de él. Y por supuesto, otra diferencia es que se van incorporar más tardíamente al mercado de trabajo. Es cierto que la limitación legal de la edad para el inicio del trabajo tampoco va a ser ahora escrupulosamente respetada, pero para los casos estudiados nunca se produce antes de los quince años. Aunque han disfrutado por este motivo de una escolaridad más prolongada, el nivel de estudios sigue siendo muy bajo.

Para terminar, en los años ochenta se hace visible también una ruptura muy importante entre las condiciones de trabajo de las generaciones que ya están integradas en el trabajo y las que lo hacen ahora. La segmentación del mercado de trabajo en función de la edad representa para los jóvenes en el calzado: que trabajen masivamente sin contrato o bien con contratos temporales; que en los períodos de paro no tengan derecho a ninguna prestación, puesto que raramente consiguen generar derechos; salarios inferiores; y una movilidad extrema.

(24) *Empecé a trabajar de electricista a los dieciséis años. Ahí estuve poco tiempo, después me cambié al prefabricado, no me hacían contrato ni en un lado ni en el otro, y de ahí he ido pegando vueltas por todos los lados. Luego ya entré en el calzado, estuve en [...] un año y medio o dos años, del 88 al 90 más o menos (...) Tuve contrato durante algunos meses, no sé cuanto tiempo, sólo sé que estuve dos años.*

(14) *Pues empecé a trabajar aproximadamente en el 88 o el 89 (...) estuve poniendo bolsas a la uva, y luego otra temporada cortando granadas (...) Luego ya entré en el calzado en el 93, de aprendiz.*

(26) *Empecé a trabajar en el 83, tenía dieciséis años, estuve un año y medio allí, era un taller pequeñito, trabajaban seis u ocho personas, sólo se hacía la mecánica y la envasa (...) Sí me hicieron contrato, pero al tiempo de estar allí, nos lo hacían por cumplir, tuve sólo un contrato de seis meses.*

(26) *Allí estuve tres años, hasta el 87 (...) al principio me hicieron un contrato de tres meses, luego ya estuve trabajando con ellos sin contrato mucho tiempo (...) No me daban de alta, y como no me daban de alta, si te quejabas mucho te ibas a la calle y no podías trabajar*

(26) *Terminé la mili en el 88 (...) Ahí me tiré una temporada malamente, tuve problemas en la mili con la droga y eso, y estuve un poco descentrado, me costó un poco salir de eso, pero bueno, después ya salí sin problemas y aquí estoy, entero.*

6. Las nuevas formas de la economía sumergida

El trabajo sumergido durante los años setenta tendió a disminuir, o cuanto menos se convirtió en un recurso secundario respecto al trabajo formal, un mero y cómodo complemento de éste, que servía a las empresas para obtener un mayor grado de flexibilidad productiva en un sector caracterizado por estacionalidad y sometido a los vaivenes del mercado y la moda; y a los trabajadores, para incrementar sus rentas familiares.

En los ochenta, sin embargo, no sólo se va a producir un aumento cuantitativo de estas formas de trabajo, sino sobre todo va a cambiar su carácter, pasando a cumplir una función esencial tanto desde el punto de vista de la producción como para trabajadores, como fuente principal de obtención de sus rentas: «Es así como la economía sumergida se convierte en España en los años ochenta en una auténtica estrategia empresarial para sobrevivir, y la única opción posible para una parte de los trabajadores que van trasladándose desde el sector formal (a medida que van ce-

rrando las fábricas legales) al sector informal de la economía (ya que paralelamente van abriendo fábricas ilegales o en condiciones de precariedad) (...) Básicamente en la década de los ochenta y principios de los noventa la economía sumergida ha significado el instrumento utilizado en primera instancia mediante el cual se ha ido desregularizando social y laboralmente a la sociedad. De la misma manera, es en la economía sumergida donde se ha propiciado un proceso de descentralización y de fragmentación del aparato productivo en busca de la flexibilidad, diferenciación y disminución de costos» (Ybarra, 1995: 287, 288)

El crecimiento de la economía sumergida va a ser inducido por varios factores. Sin duda el más importante de todos ellos será el proceso de descentralización y fragmentación del aparato productivo. En el caso del calzado, dada la marcada división en fases de su proceso productivo, y su relativa autonomía, resulta más sencillo proceder a su desmembramiento, cada fase de este proceso es posible hacerla por separado, en unidades productivas distintas. Por otra parte, este proceso tampoco era del todo novedoso en Elche, la tradición de realizar el aparado fuera de la empresa, normalmente a domicilio, era muy antigua. Lo que sí resulta en cambio novedoso es la intensidad que va a adquirir el fenómeno y la externalización de otras fases que tradicionalmente se habían realizado en la fábrica, como el preparado, el cortado o el finisaje.

La descentralización productiva va a generar una tipología de formas de producción que, siguiendo a Ybarra (1995), podemos clasificar de la siguiente manera:

> i) Producción formal: la producción que se realiza en planta, toda o en parte en las secciones legales de la empresa.
>
> ii) Producción informal: se realiza fuera de planta y va posteriormente a una empresa o a una comercializadora para su venta; en este caso cabe distinguir dos situaciones:
>
> ii. a) Producción informal legal: se realiza por subcontratación de unidades de producción, talleres, autónomos, domicilio, etc., pero por agentes productivos legalizados.
>
> ii. b) Producción informal ilegal: realizada por subcontratación a unidades ilegales.

La descentralización productiva no supone necesariamente que la producción se realice bajo condiciones de ilegalidad o con trabajo negro, sin embargo, la existencia de una multitud de pequeños talleres de reducido

tamaño facilita enormemente su reconversión hacia formas ilegales o semilegales de economía. Su instalación no requiere de infraestructuras costosas o visibles, basta con un pequeño local o una vivienda, el número de trabajadores es muy reducido, la inversión económica mínima, la maquinaria sencilla. Todo ello facilita que puedan abrirse y cerrarse sin dificultades, que puedan fácilmente evitar el control del Estado mediante los cambios de nombre u otras estrategias. En la práctica, los talleres especializados en una o varias fases productivas se convierten en un instrumento idóneo para eludir cualquier forma de fiscalización.

> (18) *La moda de sacar todos los talleres básicos de la fábrica nace a partir de 1980, supongo que entonces empezó a haber problemas para los empresarios, y eso les hizo tomar medidas*
>
> (21) [1981-86] *Era mediana, unas quince o veinte personas, el aparado y el cortado estaban en la calle, dentro estaba solamente la mecánica y el almacén.*

Si bien es cierto, como veremos en el siguiente epígrafe, que algunos de estos talleres pueden haber funcionado legalmente, en la mayoría de los casos, entre las decenas de ellos de los tenemos referencias a través de la entrevistas, eran y continúan siendo talleres ilegales

> (23) *Eso es clandestinaje, recién cerrada la fabrica, de eso me acuerdo muchísimo y cuando lo veo se lo digo, mientras nos gestionaban el paro, como tardaba tres o cuatro meses en venir, y nosotros vivíamos al día, llevábamos poco tiempo casados, pues me fui a trabajar durante esos meses a un tal L. E., tenía una fabriquita de sandalias, yo estaba ganando en Calzados M. A. el sueldo base, unas 14 o 15, y me fui a trabajar a destajo con L. E. y cuando conseguía ganar 12 era de milagro. Un paso atrás, un paso muy atrás, también se lo repetía continuamente, le decía: -rojillo, -porque él era de Convención Republicana y de no sé cuantas erres, le decía -rojillo, me acuerdo de tu familia pero en cuanto cobre el paro...-a mí entonces me llamaba cristiano - cristiano, siempre estás lo mismo, -decía que yo era de la HOAC, aunque yo nunca he pertenecido a la HOAC.*
>
> (26) *-¿Te acuerdas del nombre de esa empresa?*
> *-No, ya no me acuerdo, no me acuerdo porque le cambiaban el nombre el vez en cuando.*
>
> (23) *Que a partir de ahí [1987] entré en un mundo que ya había conocido un poco antes, pero que...al clandestinaje. Porque...a partir de ahí, estoy en el aparado de clandestino, tengo un taller de aparado clandestino*

Además de los talleres, el trabajo a domicilio -casi siempre realizado por mujeres- va a ocupar también un lugar destacado dentro de la economía sumergida. En esta década el aparado vuelve a ser una actividad realizada mayoritariamente fuera de la fábrica, bien en talleres, bien en el propio domicilio. La totalidad de las mujeres entrevistadas durante esta década trabajaron a domicilio, bien durante largos períodos de tiempo, bien en períodos más cortos, mientras percibían las prestaciones por desempleo y buscaban trabajo una vez que estas habían finalizado. En cualquier caso, y aunque aceptaran trabajar bajo estas condiciones, no parece que lo hicieran con gusto, al contrario, el rechazo hacia el trabajo a domicilio se hace muy patente entre las mujeres en este período. Ninguna quiso convertirse en trabajadora a domicilio, simplemente lo hicieron empujadas por el paro o por circunstancia personales o familiares adversas.

(5) *Cuando estaba terminando de cobrar el desempleo* [1985] *empecé a trabajar una temporada en casa, vamos trabajé de aparadora en casa, pero sin tomármelo demasiado a pecho, a lo mejor hacía cuatro horas diarias* [en ese momento tenía dos hijos de tres y un año] (...) *Pues cuando se me terminó el paro, cuando tenía faena o cuando no me parecía muy barata la que me ofrecían hacía las cuatro horas de aparado, así estuve hasta el 90. (...) yo no quería estar aparando en mi casa.*

(16) [1986] *Yo me enseñé a doblar, y ya me quedé en casa doblando (...) él cobraba paro y se puso a hacer aparado clandestinamente.*

(8)-*Al final de cobrar el paro, cuando pude, me compré una máquina y ya a hacer faena en casa, he seguido trabajando en casa hasta la actualidad.*

-*¿Diecisiete años seguidos llevas trabajando en casa?*

-*Dejé de aparar siete u ocho meses, estuve en el colegio de mis hijos de cocinera, en un colegio estuve tres meses y en el otro, en el Miguel Hernández, estuve cuatro*

-*¿Te gustaba este trabajo?*

-Me encanta, me encanta, pero...nada, me apunté al paro, pero nada, no llaman, me renové el carnet de manipuladora, pero nada, no llaman

-¿Preferirías entonces trabajar en alguna actividad así más que en casa?

-*Sí, sí, claro, te distraes, cambias de ambiente, claro que me gustaría.*

(25) -*Estuve aparando en casa desde el 78, hasta el 92, prácticamente hasta que me separé. (...) No cambiaba mucho, bueno, a veces cambiaba de repartidor, claro a veces cambias porque te interesa una faena, o porque se*

termina la que haces, o porque encuentras algo que te pagan mejor.

-¿Y tú cómo conoces el mercado? Tú estás metida en tu casa, ¿cómo sabes todo eso?

-Porque como normalmente conoces gente que trabaja pues siempre: -mira, estoy haciendo una faena que está muy bien, me la pagan a tanto, -ah, pues me interesa más que lo que estoy haciendo, -y te cambias, o escuchas de alguna parte que hacen falta aparadoras que sepan la faena, y...más o menos...

-Y lo que cobrabas ¿correspondía al esfuerzo?

-No, no, para nada, para nada, nunca, trabajando en mi casa no lo he conseguido nunca el que el esfuerzo tuviese que ver con el ingreso, nunca.

- Yo he hecho todo tipo de aparado porque con el tiempo que he estado aparando he hecho de todo y nunca me han pagado bien.

-¿Y no te planteaste en ningún momento buscarte una empresa para volver a la envasa?

-Sí lo que pasa es que como tienes críos pequeños tienes como pocas salidas, porque tienes que compartir eso: la casa, los críos, la comida [Durante este período tuvo cinco hijos]. Bueno, se me ha pasado una cosa, en ese tiempo tuve un período de cuatro meses que estuve en la cocina del colegio trabajando en la cocina del comedor, fue el único sitio donde tuve contrato, pero se me acabó y no pude seguir, y cuando he encontrado otros trabajos eran siempre igual, sin contrato.

El trabajo a domicilio ha sido objeto de muy distintas valoraciones por quienes se han ocupado de su estudio. Entre las trabajadoras entrevistadas de Elche, si exceptuamos a las de mayor edad, esta forma de trabajo merece una consideración ambivalente. De un lado, el trabajo a domicilio permite a las mujeres compatibilizar la actividad laboral remunerada con sus tareas en el campo de la reproducción, especialmente en el período de la crianza de los niños. De otro, para estas mujeres que se incorporaron además a las fábricas durante los años setenta, el trabajo a domicilio es perfectamente compatible con la percepción del seguro de desempleo, una vez que han perdido su empleo en las fábricas. No es extraño entonces que todas las mujeres entrevistadas hayan sido trabajadoras a domicilio, al menos durante algunos períodos. Incluso si no se iniciaron como tales, cuando cerraron las fábricas o nacieron sus hijos recurrieron a una forma de trabajo que, por otra parte, conocían muy bien.

A pesar de estas ventajas, todas las mujeres entrevistadas valoran muy negativamente el trabajo a domicilio, aunque no siempre por los

mismos motivos. Para las que fueron trabajadoras de fábrica, el retorno a casa, salvo si se reduce a períodos muy cortos, es percibido como un retroceso en su trayectoria laboral, una derrota sólo aceptada como mal menor. Para todas, además, el rechazo del trabajo a domicilio encuentra una multitud de justificaciones de orden práctico, que tienen que ver con las peculiares condiciones en que se realiza este trabajo. La queja más usual entre las trabajadoras a domicilio es el aislamiento y la monotonía. No es extraño que los hombres, cuando se han visto obligados a trabajar informalmente, hayan optado mayoritariamente por el taller, aunque sea también sin ninguna cobertura legal, lo mismo que han hecho muchas mujeres cuando han podido.

Otra queja frecuente es la retribución. Hay acuerdo generalizado en que los precios se estancaron a partir de los años ochenta y esta situación se ha prolongado durante los noventa. Aun si se realiza la misma tarea -por ejemplo, el aparado-, el trabajo a domicilio ha estado tradicionalmente peor retribuido que el trabajo de la fábrica, pero ahora las diferencias se van a ahondar. No es extraño que así sea dado el carácter tradicional que los ingresos tenían como renta complementaria, el que estuviera en manos de mujeres -que son siempre peor retribuidas- y que la negociación de los precios sea básicamente establecida verbalmente y en una relación individualizada.

> (25) *-¿Quieres decir que la gente que trabaja en la envasa es más reivindicativa que en el aparado?*
>
> *-Sí, sí, mucho más, no sé por qué... El caso es que debería ser al revés porque como que el aparado es el principio de, siempre debería ser el terreno con el que más puede jugar el dinero, porque dices: -bueno si yo a ti no te hago el trabajo tú no puedes empezar, -pero no sé por qué juegan mucho más con las aparadoras que con las envasadoras, o será también que saben perfectamente que si una envasadora no va a trabajar a ti te anulan el pedido, mientras que en el aparado tienen un margen de tiempo mucho más...que pueden llevarlo a otra parte o...pero la envasa no, si yo no trabajo hasta tal hora, que tiene que salir el pedido, tú te quedas sin sacar el pedido*

> *(10) Estuve trabajando en casa unos cinco años, más o menos hasta el 90. Estaba muy mal pagado, mal, una mierda, peor que en la fábrica, porque yo que llevo años aquí veo que si el fabricante viene y le dice a la señora a cien y no lo hace, la de al lado lo hace a noventa, y por eso el aparado está por los suelos, por eso dejé el zapato.*

El trabajo a domicilio además no tiene ninguna estabilidad. En algunos períodos hay suficiente como para poder trabajar una jornada completa durante todos los días, pero en otros escasea. La estacionalidad y los continuos vaivenes generan esta situación. Esta inestabilidad es aceptada cuando las rentas obtenidas son complementarias en el hogar, pero resulta más problemática cuando estos son los únicos ingresos con que cuenta una familia, como es el caso de las mujeres divorciadas con hijos a cargo. Cuando esta situación se produce, o bien se ven obligadas a buscar trabajo aunque sea clandestino en un taller, o bien atraviesan períodos de gran incertidumbre económica durante los cuales es preciso recabar ayuda para sobrevivir.

El trabajo a domicilio requiere, para que pueda cumplir su papel en el proceso de producción, de un grado elevado de confianza entre las partes. Dada la ausencia de contratos o el reconocimiento formal de derechos y obligaciones, el compromiso de realizar las tareas encomendadas, así como el pago acordado por trabajo son condiciones necesarias para su funcionamiento. Sin embargo, no siempre se cumplen estas condiciones, el impago de las retribuciones, aunque no podamos establecer su frecuencia, es además un riesgo añadido que tiene el trabajador a domicilio.

> (10) *Cambiaba de empresa sí, no porque me guste trabajar para muchas empresas, cambiaba cuando me quedaba sin trabajo, se acababa la faena y yo no podía estar un mes un mes o dos meses parado. Otras veces cambiaba porque a lo mejor no me pagaban (...) No, no hacía nada, ¿qué iba a hacer?, ya no les llamaba más: -no me pagas, pues hasta luego. Prefiero perder mil o dos mil pesetas*

Antes de abandonar el trabajo a domicilio hay que destacar que otro tipo de problemas que los estudios sobre trabajo a domicilio recogen, como son los pésimas condiciones de higiene y sanitarias en que se realiza, no aparecen sin embargo mencionadas en esta investigación. Parece que están tan asumidas que ni se citan.

7. Los obreros emprendedores

Entre los mecanismos utilizados por los trabajadores en este período para adaptarse a los cambios en el sistema productivo y en el mercado de trabajo hay otro aún no descrito que representa sin embargo uno de los

rasgos más peculiares de la economía ilicitana: es la reconversión de un sector de los trabajadores del calzado en propietarios de talleres.

Tampoco este fenómeno representa una innovación absoluta en las prácticas tradicionales del sector calzado. Desde antiguo, primero los artesanos y luego los trabajadores del calzado, han nutrido las filas del empresariado ilicitano, en unos casos del empresariado propietario de pequeñas fábricas o talleres, en otros pasaron a engrosar el sector del empresariado más próspero e influyente del calzado. Las razones aducidas para explicar esta práctica, no muy usual en otros sectores productivos, han sido precisamente las particulares características del sector: la importancia que el conocimiento productivo adquiere en un sector donde el factor trabajo prima sobre las necesidades financieras, y donde la adaptación a las condiciones siempre cambiantes hace de la pequeña o mediana empresa el instrumento más ágil para el sector.

No es esta una investigación sobre los empresarios del calzado y, en consecuencia, no puede dar cuenta del papel que la entrada de trabajadores ha tenido en la configuración de la clase propietaria ilicitana, una clase alabada y denostada a menudo por los mismos rasgos. De un lado, los empresarios del calzado han demostrado a lo largo de un siglo una innegable capacidad para adaptarse a las circunstancias siempre cambiantes y difíciles por las que ha atravesado el sector, una capacidad para la innovación, un dinamismo para la exportación que han convertido a Elche en la primera ciudad zapatera de España.

Como ha resaltado Martín Sevilla (1985), en un tejido productivo integrado por un número tan elevado de pequeñas empresas la incitativa empresarial ha sido una componente esencial del desarrollo ilicitano. La propia dinámica del concepto de «complejo industrial» viene a incidir en el tema cuando consideramos no un complejo uniempresarial -o de un reducido número de empresas-, sino que lo consideramos como una proliferación de órganos independientes. El ajuste en este caso entre variedades, calidades y cantidades de las ofertas y demandas de cada tipo de producción exigen un continuo «estar al día» en este tipo de problemas -ampliados por las fluctuaciones de los mercados de venta, sujetos a fuertes variaciones estacionales o de precios por factores ajenos a los costes internos-. Lo más sorprendente, o quizás lo más explicativo de este fenómeno, es la sensibilidad que este empresariado ha adoptado frente a estos cambios de coyuntura desde una perspectiva individual, sin ningún tipo de planificación ni orientación colectiva.

Frente a estos rasgos positivos, el empresariado ilicitano ha demostrado también una capacidad poco frecuente para las prácticas ilegales, o para bordear la legalidad, para buscar en los márgenes ganancias que de otra manera no podía obtener. El recurso al trabajo negro, el fraude, el abuso de los mecanismos establecidos por Estado para la defensa de los trabajadores, todos estos rasgos también pertenecen al empresariado ilicitano. Esta estrategia, sobre todo en los últimos años, además, ha sido una elección frente a otras opciones. La innovación tecnológica, la modernización del tejido industrial, la apuesta por el diseño o por la consolidación de redes comerciales y de investigación han sido abandonadas, excepto en algunos casos, para favorecer la supervivencia mediante el ahorro en los costes del trabajo.

No es posible establecer hasta qué punto estos rasgos del empresariado ilicitano están determinados por el proceso, al parecer continuado, de incorporación de un elevado número de trabajadores en las distintas épocas. Hasta qué punto estos trabajadores han sido capaces de dotar al empresariado de algunos rasgos de su idiosincrasia particular, o simplemente se han adaptado a los modos dominantes entre esta clase, a su forma de entender la organización de la producción, y han reservado sencillamente su cultura de clase para el ámbito de lo privado, de las relaciones personales o del consumo conspicuo como mecanismo de legitimación social de un grupo en ascenso.

En cualquier caso, lo significativo del período ha sido que la reorganización del aparato productivo en el calzado ha alentado, si no determinado, la incorporación de un número significativo de trabajadores al grupo de los propietarios. Este fenómeno es, sin duda, el fruto de la confluencia de los intereses de los dos grupos productivos. Por una parte, han sido los empresarios del calzado quienes frecuentemente han estado interesados en la reconversión de sus propios empleados en propietarios de talleres, animando e incluso apoyando financiera y organizativamente su instalación. La descentralización productiva, como estrategia, favorece la aparición de un elevado número de unidades productivas especializadas, susceptibles de ser utilizadas por las empresas para la realización de fases productivas externalizadas, o bien, como el caso de las comercializadoras, que se encargan de la organización del proceso productivo que se realiza íntegramente en los pequeños talleres o fabricas.

La reconversión de trabajadores en autónomos ha sido también una formula utilizada como mecanismo de desestructuración de la clase obre-

ra. Muchos trabajadores se han visto forzados a este cambio como única salida para poder seguir trabajando. Los «asalariados autónomos» son una nueva categoría de trabajadores que emerge a partir de los años ochenta en muchos sectores productivos.

Para los trabajadores del calzado ésta ha sido una salida a veces voluntaria, a veces forzada por las circunstancias de paro y precariedad laboral, con el fin asegurar su supervivencia. Puede que en algunos casos para abandonar la denostada y dura vida del obrero fabril.

Ahora bien, para que este proceso fuera posible había que contar con la presencia en el medio de ciertos elementos sin los que no hubiera sido posible dicha estrategia. En palabras de Ybarra: «Esta base social podrá participar más o menos activamente en el proceso organizativo apuntado, pero en su caso tiene una doble característica que la hace imprescindible. En primer lugar posee un profundo conocimiento de las particularidades del funcionamiento productivo del sector: está ampliamente extendido y sólidamente incrustado el sector en la sociedad en cuanto a cómo se produce, los sujetos que intervienen, las especialidades existentes, los productos, las calidades, las tecnologías, los procesos de aprendizaje, las necesidades financieras, etc. Junto a ello, la segunda de las características de la sociedad a la que nos referimos es que fundamentalmente no existe otra alternativa laboral realista» (Ybarra, 96: 65)

Entre las biografías recogidas, aparecen varios casos de trabajadores que hicieron esta opción. El interés de estas experiencias y la profusión con que han sido relatadas merecen que nos detengamos con más detalle en cada una de ellas, como pequeños estudios de caso que nos permitan acercarnos a la variedad y complejidad de estas experiencias.

La Cooperativa

La primera experiencia corresponde a la creación de una cooperativa. Esta fue en algunos casos una salida al cierre negociado de las empresas. Los trabajadores compraron la maquinaria y trataron de reflotar la empresa con el fin sobre todo de mantener sus puestos de trabajo. En la creación de cooperativas, además de una estrategia de supervivencia, han confluido otros elementos. El trabajo cooperativo, por sus connotaciones sociales, tenía un atractivo especial para los trabajadores de ideología socialista o próxima a concepciones de izquierda. La cooperativa se con-

vierte en algunos casos en una experiencia que transciende los aspectos estrictamente laborales y que busca un modelo de trabajo y de relaciones igualitarias. Por suerte, disponemos de dos relatos distintos que se refieren a la misma experiencia. El primero es el de una trabajadora con un tiempo muy largo de permanencia en una fábrica de calzado que formó parte de la cooperativa. El segundo es el de un trabajador del calzado que después del cierre de su fábrica, y dadas sus especiales aptitudes, pasó a realizar tareas de administración y comercialización en varias empresas del calzado hasta que fue contratado por la cooperativa.

(1) *No buscaba trabajo porque ya pusimos la cooperativa, entonces estábamos preparándonos. En el año 84 pusimos la cooperativa y empezamos a trabajar sin cobrar porque teníamos el paro, y entonces trabajábamos en la cooperativa y cuando se terminó el paro en el 85 nos dimos de alta en la cooperativa.(...) Estábamos siempre de papeles para aquí, de papeles para allá, y encima empezamos enseguida a buscar el local, nos pusimos a pintarlo, porque nos quedamos con la maquinaria que se vendió de allí, como la fábrica hizo suspensión de pagos los trabajadores compramos la maquinaria y nos la llevamos a la cooperativa, entonces empezamos a pintar y a arreglar máquinas y estuvimos todo el tiempo trabajando (...) Allí trabajábamos lo que hiciera falta, era según las necesidades, lo mismo trabajábamos toda la noche cuando había que servir un pedido, que trabajábamos dos días seguidos y una noche, ahí no teníamos horario de ningún tipo, según las necesidades, y cobrábamos todos igual, siempre lo mismo y todos lo mismo, 15.000 pesetas todo quisque, independientemente de las horas que hiciéramos, desde el gerente hasta el último mono todos cobrábamos igual. Yo ganaba mucho menos que en la fábrica, allí ya se trabajaba mucho con cronometraje y a destajo y eso, y ya era un poco más llevadero.*

Fue todo negativo, para mí mal, fatal. Yo era una verdadera entusiasta de la cooperativa y sigo, sigo abogando por ella y pienso que es el mejor sistema que pueda haber de trabajo, en teoría, pero en la práctica es muy distinto, es muy distinto y muy difícil, no estamos preparados para trabajar en estos sistemas de trabajo, al no estar preparados, que estamos en un sistema capitalista cien por cien, y entonces no sabemos hacer otra cosa, tenemos buena voluntad, queremos mantener el puesto de trabajo y nos metemos, y aquellos que funcionan bien, pues porque tendrán mucha capacidad, nosotros no la tuvimos, y fueron cinco años de verdadero infierno, mucho peor que los veintisiete de la otra empresa, con todo lo que significó de sufrimiento, de poco sueldo y de poco todo, pero esos cinco años de la cooperativa...ha sido algo tremendo, una experiencia, no me arrepiento

porque quizás se tenga que pasar, pero muy duro y muy triste (...) Y en el 90 se disuelve la cooperativa.

(3) *Estuve aproximadamente un año y medio dado de alta, con contratos semestrales renovables, en una empresa que era una Sociedad Anónima Laboral, era una cooperativa, funcionaba como cooperativa aunque la razón social era SAL. Era un empresa que había surgido del cierre de una gran empresa de aquí de Elche, entonces los dueños y trabajadores de esa empresa eran conocidos de siempre, y ahí estuve haciendo...empecé con temas de tipo comercial, y terminé con temas de personal, por las dificultades internas que tenían de ponerse de acuerdo ¿no? (...) Allí trabajaban unos treinta, se hacía todo dentro, depende, en alguna época recurrían a algún taller de fuera. Hacían un calzado deportivo de calidad, trabajaban para una comercial y hacían un calzado de tiempo libre en un proceso diferente, un calzado de autoclave, de un proceso de producción de la bota J.S., pues tenía un proceso de fabricación diferente, más complejo, con muchos más medios y quizá aquello hizo, empezó a ser inviable, trabajaban también con muy poco margen comercial, y...bien, con muchas deficiencias de gestión.*

(...) Estaba a gusto relativamente, porque la parte de dirección y con algunos trabajadores estaba a gusto, pero con otros había conflictos, a gusto sí, solamente que la empresa no funcionaba bien y entonces eso incide también en que haya un buen ambiente y una buena...teniendo en cuenta además que la gente que trabajaba allí muchas semanas no cobraban, mientras que yo como no era de la cooperativa, que estaba contratado, sí cobraba, todas las semanas cobraba y además mucho más que ellos (...) Al final lo dejé por la situación inestable de la empresa, yo me fui de la empresa cuando aún tenía contrato en vigor.

De la cooperativa a la fábrica

Para el segundo caso disponemos sólo de un testimonio a través de la esposa de uno de los propietarios de la empresa, y trabajadora ella misma en la empresa durante el tiempo en que permaneció abierta

(6) *Entonces mi marido estaba en paro, le habían cerrado S., estaba cobrando el paro, y entre él y unos cuantos chicos empezaron a querer montar una cooperativa, lo que pasa es que aquello no salió bien y después de cooperativa ya se hizo una sociedad entre ellos. Pero, claro, entonces estaba cobrando el paro, y como era al principio pues, claro, lo que podían sacarse se lo iban repartiendo.*

Me dejé el trabajo de casa cuando mi marido ya abrió el taller, para irme con él, y al principio me fui sin nada, a trabajar allí, sin contrato ni nada, a

ayudar en lo que fuera, luego ya tuve varios contratos que me hicieron a intervalos (...) primero me hicieron uno de tres meses, luego me hicieron otro de tres meses, luego otro de seis meses, en total estaría una año y medio dada de alta, no estaría más. Al principio era una empresa pequeñita y luego ya normal, al principio trabajaban quince o veinte personas, y luego han llegado a trabajar pues hasta cincuenta o sesenta personas. Yo estaba aparando. Trabajaba mucho, ahí mucho, trabajaba sábados, domingos y terminaba a las diez de la noche, es verdad que por la mañana no tenía prisa, no tenía horario para entrar porque hasta que no dejaba al crío arreglado y todo, pues a lo mejor entraba las nueve o nueve y media, pero por la noche para salir siempre era de las últimas en irme. Estuve así pues cuatro años hasta el 85, hasta que tuve a Iván, como había estado con contratos, me pertenecía baja por maternidad, estuve en baja y cobrando el paro también porque estuve casi un año también sin trabajar, hasta que el niño tuvo una año, y cuando tuvo uno volví a trabajar, a hacer lo mismo, a llevar el aparado, o sea volví en el 86 hasta que cerraron la fábrica...yo creo que hasta el 90 más o menos.

Una fábrica

(23) *-Pasé al paro, estuve cobrando el desempleo hasta que lo agoté, dos años de paro, más el despido, fui trabajando de una empresa a otra, estuve vendiendo chocolates. Estuve varios meses así hasta que monté una empresa, montamos una empresa entre otro y yo en el 85.(...) Sí, formamos sociedad entre él y yo, rescatamos una empresa que estaba montada, pero estaba cerrada, costó mucho ponerla en marcha, nos costó muchísimo, trabajo y sacrificio, la pusimos en marcha y duró poco (...) La empresa ya estaba montada, era solamente legalizar la empresa y intentar vender el producto, incluso con un poco de red comercial, para la exportación, tenían una especie de representante, o más que un representante era un almacenista, él te traía los zapatos: -haz eso a ese precio, -y funcionaba aquello. Con la empresa estuvimos dos años, del 85 al 87 (...) Trabajábamos unos treinta o así, el aparado y el cortado fuera, como siempre, y la envasa y la mecánica dentro.*

-¿Por qué duró poco?

-Pues no lo sé, hace muchos años de eso, hace diez años que la cerramos y todavía no sé por qué fracasó el intento, pero yo creo que el primer año ya había fracasado, en el segundo lo único que hacíamos era endeudarnos más, se hacía mucha producción, en teoría debería estar bien vendida, en precios me refiero, pero...sigo sin saber por qué, yo sé que se hacía producción, había semanas que se facturaban doce millones de pesetas, se hacían cinco o

seis mil pares, sigo sin saber por qué, tal vez es que no me quise preocupar demasiado en averiguar por qué, simplemente quebró. Con la quiebra de la empresa se fue todo al garete, se fue la vivienda mía, la vivienda de mis padres, la vivienda de mi socio, todo, porque los bancos no perdonan. A partir de ahí, el clandestinaje.

-¿Qué quieres decir?

-Que a partir de ahí entré en un mundo que ya había conocido un poco antes, pero que...el clandestinaje. Porque...a partir de ahí, estoy en el aparado de clandestino, tengo un taller de aparado clandestino

-¿Eres el propietario de un taller de aparado?

-No, no, sí, bueno, tengo un taller de aparado clandestino, desde el 86, lo tengo diez años ya.

Otra fábrica

(3) - *(...) entonces aprovechando un poco lo que había estado haciendo y los conocimientos que había adquirido, junto con otro compañero montamos un pequeño taller de fabricación de zapatos, semiclandestino, era legal en parte, sólo que tenía trabajadores en ...yo pasé al paro cuando me fui de la empresa, terminó el período de contrato después de estar fuera, pasé al desempleo, cobré el desempleo durante un año y medio aproximadamente, al mismo tiempo que estaba trabajando en el pequeño taller que montamos.*

- ¿Cuánto tiempo trabajaste en este taller?

- Cuatro años, desde el 88 hasta el 91, aproximadamente

- ¿Cómo montasteis este taller?

- Con el trabajo anterior de comercial yo conocía ya una serie de clientes de comercio y almacenistas y en el trabajo que desarrollé en la SAL, pues como mi trabajo era con proveedores y clientes, pues eso incrementó un poco el conocimiento de todo ese mundo de las materias primas, aunque la empresa iba mal era una empresa que cumplía y eso significaba que eso, aunque era la empresa la que cumplía, la persona que tenía una buena imagen era yo, eso me permitió que sin ningún riesgo yo pudiera obtener de los proveedores materias primas, para empezar la fabricación mía, desde maquinaria hasta cualquier otra materia, y luego el conocimiento que yo tenía de comercial, pues tenía sitios donde ir a vender el producto que fabricábamos, y esa fue la idea de montarlo, y así se montó

- ¿Cuántas personas trabajabais allí?

- En el taller, 6 personas y en la calle 7 u 8

- En la callé ¿qué estaba?

- Las aparadoras y el cortado, y dentro el proceso de fabricación y la envasa

- ¿Aquí no había ningún tipo de relación legal

- Legal estaba la titular de la empresa que era mi mujer, y dos o tres de las personas que estaban allí trabajando

- Pero tu actividad era clandestina

- La mía personal era clandestina, estaba cobrando el paro y trabajando

- ¿Qué tipo de calzado hacíais?

- Hacíamos un tipo de calzado de niño, con diseño propio, era un zapato de una calidad media y lo vendíamos a comercios directamente y a mayoristas

- La actividad concreta que tú hacías

- Yo me dedicaba a todo el tema de compras, ventas y comercial

- ¿La maquinaria era propiedad de la empresa?

- Sí, bueno cada aparadora tenía su máquina y el cortador también, y las de dentro de la empresa eran propiedad nuestra

- ¿Y la remuneración?

- En la empresa no había forma de obtener beneficios, nunca se obtuvieron pero sí se tuvo siempre, cada una de las semanas que allí se trabajó, el salario, que el salario en aquel momento era de 35.000 pts. semanales que era pues aceptable, bien

-¿Se trabajaba de lunes a viernes?

- De lunes a viernes, ocho horas

- ¿Trabajabas de manera informal voluntariamente o era la única solución que tenías en aquel momento?

- No, el proyecto de la empresa era un proyecto serio, al principio y al final, sólo que por los márgenes y por las condiciones con las que se trabajaba no podía soportar las cargas de la seguridad social de las personas que estábamos, era un poco forzar los márgenes comerciales con la precariedad de las condiciones de trabajo ¿no?

- ¿Otras personas de tu familia trabajaban?

- Sí, mi mujer, era aparadora y era la titular de la empresa, ella hacía trabajo de aparadora y en el tiempo que le quedaba pues de todo, de preparar la faena, de repasar, de aparar las muestras

- ¿Estabas satisfecho en el trabajo?

- Estaba satisfecho porque era lo que en principio quería y podía hacer, tenía los problemas de la presión porque no había dinero porque tenías una dependencia total de los bancos, porque te imponían las condiciones de compra y de venta, porque no tenías margen de maniobra, y entonces eso suponía agobios y problemas, eran presiones y además había pérdidas, si al principio se empezó con un millón de pts. de préstamo, pues cada año que pasaba se incrementaba en un millón, así al segundo año dos, al tercero tres, al cuarto

cuatro, es decir que al final la empresa tuvo que cerrar porque hubo algunos problemas con algunos clientes de impagados y de devolución de faena, y como el nivel de maniobra a nivel económico era muy pequeño o nulo, con lo cual cualquier alteración en el proceso normal pues suponía quebrar, y hubo un momento en que consideramos que las deudas eran más o menos asumibles, y decidimos cerrar, automáticamente se cerró, se saldaron las deudas, se comunicó a todos los proveedores, se saldaron las deudas, las que se saldaron, porque otras las perdonaron y aquello se liquidó, bueno se liquidó y cada uno asumió, éramos dos partes, y cada uno asumió pues cerca de dos millones de deudas, se sacó dinero de donde se pudo y se acabó.

Las trayectorias laborales de los obreros de Elche nos alejan pues del mundo de los trabajadores y nos introducen directamente en el de los empleadores. Es verdad que muchos de estos intentos fracasaron, otros no lo han hecho y han encontrado su espacio en el tejido industrial ilicitano. No es posible fijarse en las causas más próximas del hundimiento de estas empresas pues, en algunos casos, para explicitarlas, sería necesario recurrir a detalles de la vida privada de las personas que, aunque han sido revelados en la entrevista, no deben ser aquí transcritos. Sean cuales sean las circunstancias concretas de las personas y familias que se vieron involucradas, lo cierto es que todas ellas revelan detalles precisos sobre el funcionamiento y las dificultades que las pequeñas empresas del calzado encuentran para subsistir.

El interés de estas experiencias estriba en que nos permiten apreciar las constricciones a las que se ven sometidas las nuevas empresas y que son muy similares para todas, sea cual sea el origen social de quienes están al frente de ellas.

Lo que parecen demostrar estos casos es que cuando el proyecto empresarial ha intentado moverse en la legalidad, o ha tenido incluso un objetivo declaradamente social, como es el caso de las cooperativas, su evolución ha sido siempre la misma: para sobrevivir tuvieron que sumergirse, y acabaron por utilizar todos los recursos del clandestinaje. La salida apunta siempre en la misma dirección: el clandestinaje, esa parece ser la condición para la supervivencia de las empresas, la condición necesaria, aunque no suficiente, para sobrevivir en el proceloso mundo del calzado ilicitano.

Hay un factor añadido presente en estas experiencias que las dota aún de mayor interés, y es que todas ellas, excepto una, estuvieron a cargo de personas que habían participado en la década anterior en el Movimiento Asambleario, donde incluso habían tenido un papel protagonista, bien en la coordinación de todo el movimiento, bien en las fábricas en que traba-

jaban, en las fueron representantes de los trabajadores en el sindicato vertical primero y en los sindicatos obreros después.

Aunque a primera vista pudiera sorprender la presencia de exsindicalistas entre los nuevos emprendedores del calzado, desde el interior de las biografías esta evolución no sorprende en absoluto. Lo que resulta contradictorio desde el punto de vista de la estructura social, parece congruente desde la visión de las trayectorias vitales, en las cuales la densidad de la historia y de los condicionantes del entorno se condensan.

El sindicalismo fue, como ha sido siempre a lo largo de la historia del movimiento obrero, una escuela para los trabajadores que no pudieron tener acceso a otras formas de enseñanza. Esta escuela sin títulos no sólo permite a sus alumnos el contacto con conocimientos sobre política, derecho, economía, sino que además les da una experiencia vital más rica, así como un conocimiento del medio social y unas relaciones mucho más amplias que las que puedan tener los trabajadores.

Con estos recursos es más factible para ellos enfrentar el reto de una experiencia empresarial autónoma. Este proyecto, además de paliar su situación de paro, representa un intento por liberarse de las duras condiciones de la explotación y la falta de iniciativas y perspectivas, de la ausencia de autonomía que el trabajo industrial moderno representa, y de las que los sindicalistas tienen una conciencia más agudizada. Sin embargo, es preciso establecer que, al menos en los casos estudiados, esta opción no es el fruto de una elección libremente tomada por los trabajadores para cambiar el rumbo de sus vidas, es un recurso, una salida impuesta, de alguna manera, después de haber conocido el paro, el subempleo y el «*dar tumbos*» durante algunos años. Además, éstas son experiencias a caballo siempre entre la incitativa empresarial y el trabajo autónomo, basado en la explotación de la propia fuerza de trabajo.

Finalmente, es preciso recordar que el trabajo autónomo, incluso cuando meramente consiste en la autoexplotación y es un mecanismo inventado para eludir las cargas sociales y los contratos aprovechando igualmente la fuerza de trabajo, puede resultar muy atractivo para quien no ha conocido más que el trabajo de fábrica, como es el caso de estos trabajadores. La capacidad de incitativa, las pequeñas libertades en los horarios, aunque se trabaje más horas, la autoestima, la comunicación más horizontal entre socios, la posibilidad de sustituir el trabajo manual por el de gestión, son todos ellos aspectos a los que los entrevistados se refieren y valoran en el trabajo autónomo, incluso cuando los ingresos no superan los que percibían como asalariados.

Como se ha dicho, muchos de los dirigentes sindicales del momento pertenecen a la generación de los que se integraron en el calzado en los años sesenta con pocos años. Al final de los setenta y principios de los ochenta tienen pues treinta años de media, han dedicado una década a trabajar y otra a compatibilizar el trabajo con la actividad sindical, tienen conocimientos, experiencia y muchas capacidades desarrolladas en esa escuela de aprendizaje que fue el Movimiento Asambleario como lo ha sido tradicionalmente la experiencia sindical para los trabajadores. Si algunos prefirieron quedarse, otros no quisieron o no pudieron hacerlo. Para unos porque la necesidad de sobrevivir les empujaba a buscar formas de ganarse la vida aprovechando sus habilidades para montar un taller o una cooperativa. Hay que tener en cuenta, además, que en una pequeña ciudad como Elche los líderes sindicales debían de ser muy conocidos y, como aparece recogido en las parcelas de entrevistas citadas más arriba, ellos tenían dificultades añadidas para encontrar trabajo.

8. La acción sindical

A partir de 1978 se inicia el período de normalización de la vida sindical en España. En Elche, como se ha visto, muchos de los que habían liderado el movimiento reivindicativo durante la etapa asamblearia se incorporan a los sindicatos. Algunos van a permanecer como afiliados, otros van a pasar a engrosar la burocracia sindical, y en algunos casos, gracias a la larga experiencia sindical, se van a integrar en la vida política

> (5) [1978-1985] *Al principio no tuve ningún problema, no, los típicos de estar en una empresa, hasta que me votaron enlace sindical otra vez* [ríe] *y ahí empezaron mis problemas (...) cuando tuve a mi hijo, me ponían pegas, pedí la reducción de la jornada y casi casi la consigo, cosas de esas (...) Entonces estaba en UGT y en la HOAC.*
>
> (20) *A partir del 83 yo era secretario general comarcal del sindicato y me propusieron en las listas de las segundas elecciones al Ayuntamiento. Salí concejal, el numero 16, de 17 concejales del PSOE, y estuve desde junio hasta julio del 87 como concejal, durante ese tiempo trabajé en el Ayuntamiento y también en el sindicato.*

Para otros, el final del Movimiento Asambleario y la crisis del calzado fue la ocasión para retomar la iniciativa de sus vidas, aún jóvenes:

> (17) -*(...) entonces me dediqué a otras cosas, me lo dejé por estudiar, ya te he*

dicho antes que me puse a estudiar e hice hasta COU, la selectividad y empecé la universidad, hice selectividad con cuarenta años, a punto de cumplir cuarenta y uno.

- Estarás orgulloso...

- No, no, es una cosa que siempre quise hacer, quise estudiar y ya me puse un poco tarde. Vi que, bueno, que trabajando una jornada completa, trabajando media jornada yo sí que me hubiese atrevido, pero lo dejé porque no podía.

Sin embargo, la normalización de la vida sindical, y el uso de los nuevos derechos recién adquiridos de libre sindicación, de representación y negociación van a coincidir con el período de la desmovilización de los trabajadores. No podía ser menos. Las nuevas condiciones de trabajo, tal y como se han relatado hasta aquí: paro, precariedad, contratación temporal, trabajo negro, -es decir, la desestructuración de la clase obrera- iban a traer consigo también la crisis de los sindicatos.

(23) *Estuve sindicado hasta el 82, entonces ya lo dejé.*

(3) *Cuando montamos la empresa lo dejé todo (...) A las asociaciones de vecinos sí, también estuve en las APAs de los colegios de los chiquillos, en el Consejo Escolar, a ese nivel sí, y relaciones con los antiguos compañeros nada más*

(3) *El tema es que al traspasar ese período y estar tan inestable la situación económica, los cierres de las empresas y tal, supuso pues que las personas tuvieran una situación de inseguridad y temor, lo cual les ha retraído en sus reivindicaciones, en tener que aceptar de mala gana las condiciones peores de trabajo, y de conformismo.*

(20) *Luego comenzaron los cierres y estos rosarios que empezaron a marcar, y la inseguridad de la gente se empezó a resentir ya a mediados de los ochenta. Ya las empresas estables desaparecieron, empezaron a aparecer la lacra esa de los contratos eventuales a cualquier precio y con cualquier nombre, cosa que nunca se debió consentir, y en eso tenemos parte de culpa los sindicatos por haberlo consentido, del cambio que se dio a mitad de los ochenta. Y desde entonces la situación ha empeorado indudablemente, sobre todo en el sector calzado la situación es muy deplorable, y más teniendo en cuenta de donde procedemos.*

Existe ya una amplia bibliografía sobre los cambios que han afectado a los sindicatos a partir sobre todo de esta década. La crisis de los sindicatos -que se manifiesta particularmente en el descenso de la afiliación- se explica a partir de las transformaciones que han afectado a lo que Carlos

Prieto (1987) ha denominado el marco de la negociación colectiva: la estructura del sistema productivo, la estructura del mercado de trabajo, el ritmo de desarrollo económico y las características de la intervención estatal. Respecto a la clase obrera, la reducción numérica de su núcleo tradicional; y sobre todo su diversificación estructural, y consiguientemente también de sus intereses, junto a la crisis del trabajo como elemento esencial en la configuración de las identidades personales y colectivas, han debilitado las bases sobre las que tradicionalmente se ha configurado el sindicalismo.

Si estos cambios han afectado a la totalidad de los sectores, en el caso del calzado ilicitano los efectos han sido más agudos. A las segmentaciones del mercado de trabajo presentes en otros contextos -entre ocupados y parados, entre hombres y mujeres, entre adultos y jóvenes, entre trabajadores especializados y no especializados, entre fijos y eventuales- hay que añadir aquí la presencia de los sectores formal e informal de la economía. El clandestinaje, con toda evidencia, se convierte en un obstáculo insalvable para la práctica de la acción sindical. El único papel que pueden jugar los sindicatos es el de la denuncia de los casos más flagrantes.

El clandestinaje, por otra parte, convierte a los trabajadores en cómplices obligados de unas prácticas que, si bien les permiten subsistir, acaban con todos los derechos tan duramente conquistados: «(...) sin seguridad social, sin condiciones de seguridad e higiene, sin cobertura de desempleo y sin posibilidad de ejercer sus derechos sindicales» (Ubeda Lillo, CCOO, 1997). El sindicalismo es ante todo una práctica colectiva, que pierde su razón de ser cuando las relaciones entre capital y trabajo se individualizan, y los que eran grupos con intereses enfrentados, se convierten simplemente en actores individuales que intercambian retribuciones por trabajo. El problema es que estos actores están insertos en una estructura de relaciones de poder que favorece a los propietarios. En el caso de los trabajadores, su fuerza está en sus organizaciones, que son el instrumento que les permite movilizarse y orientar su acción colectiva (Offe y Hinrichs, 1992).

Es cierto, y esta misma investigación aporta nuevas pruebas, que los trabajadores se han beneficiado a menudo de estas prácticas. Sobre todo en los primeros años, cuando la percepción del desempleo y las indemnizaciones se compatibilizaban con el trabajo sumergido, los trabajadores podían obtener incluso ingresos superiores a los que venían percibiendo con su trabajo asalariado. Si además tenemos en cuenta que estas rentas no están sometidas a tributación, no se puede negar que se haya

producido una cierta coincidencia entre los intereses de los empresarios y los trabajadores por mantener el sistema. En esta situación, los sindicatos se ven arrastrados a representar un papel enormemente complejo: la denuncia del clandestinaje es al mismo tiempo la única vía de defensa de los derechos de los trabajadores, que entra en contradicción con los intereses a corto plazo de un sector cada vez mayor de los trabajadores: todos aquellos que obtienen sus rentas, o al menos una parte importante de las rentas familiares, a través del trabajo negro.

Con frecuencia, la identificación entre trabajador irregular y evasor de impuestos ha sido aireada para justificar el crecimiento de la economía sumergida y generar una visión de «responsabilidad compartida». Como dice Ybarra (1995: 258) «(...) es posible que si el trabajador irregular pudiera trabajar de modo regular, con mejores condiciones salariales y laborales, lo haría, aunque por ello tuviese que pagar impuestos. El problema reside en que si trabaja de manera informal es porque son las únicas condiciones de oferta del mercado de trabajo»

La fragmentación del tejido productivo en una multitud de pequeñas unidades legales o clandestinas, ligadas por relaciones formales o informales tampoco favorece la acción sindical. Por una parte, porque a menudo en el interior de estas redes resulta prácticamente imposible identificar a los detentadores del capital, a aquellos que se benefician de la explotación del trabajo, estando esta responsabilidad diluida entre una confusa maraña de intermediarios. Por otra parte, porque el aislamiento de los trabajadores en pequeñas empresas o talleres, donde las relaciones entre el propietario y los trabajadores están muy personalizadas, a menudo incluso están unidos por relaciones de parentesco o amistad, no favorece la afiliación ni la intervención de los sindicatos.

La reconversión de un número importante de trabajadores en autónomos o empresarios, que actúan en ocasiones como intermediarios entre las comercializadoras o los grupos de empresas y los trabajadores, convirtiéndose ellos mismos en subcontratistas de trabajo negro, no hace sino complicar el escenario de las relaciones entre capital y trabajo en el sector calzado.

Estos cambios aquí esbozados sumariamente son suficientes para entender el debilitamiento de los sindicatos, así como sus limitadas posibilidades de intervención en las nuevas condiciones. Ahora bien, lo que parece una consecuencia del proceso, deriva en un factor que lo realimenta: la debilidad de los sindicatos hace más frágil la posición de los trabajadores

en su conjunto y facilita la expansión de las prácticas que, a través de vías legales o ilegales, impiden a los trabajadores toda forma de resistencia u oposición.

La década de los ochenta representa, en resumen, el período de la reconversión del calzado y la sustitución del modelo industrial predominante en el calzado por otro nuevo, cuyos rasgos más definitorios son la descentralización productiva y el crecimiento de la informalidad. Para los trabajadores, las consecuencias de este proceso fueron, básicamente, una reducción de sus efectivos, la perdida de sus puestos de trabajo en casi todos los casos y la transformación profunda de sus condiciones de trabajo. El fenómeno más característico será el crecimiento de la economía sumergida, bajo todas sus modalidades: trabajo a domicilio, trabajo negro en las fábricas, talleres clandestinos o semiclandestinos que emplean trabajo negro. La conversión de trabajadores en autónomos al frente de muchos de estos talleres y la contratación temporal conforman el abanico de la precarización del trabajo. La desmovilización y el abandono de la acción sindical fueron las consecuencias inevitables de este proceso.

Aunque este modelo se va imponiendo progresivamente a lo largo de la década, las consecuencias para los trabajadores no fueron siempre las mismas. Así, durante los primeros años, el acceso mayoritario a las percepciones del desempleo y las indemnizaciones por despido, junto a una abundante oferta de trabajo a domicilio, permitió a los trabajadores mantener sus ingresos, incluso en muchos casos acrecentarlos, aunque ahora hubieran perdido la seguridad y la estabilidad en el trabajo. La reducción de las exportaciones a partir de 1985 y las crecientes dificultades para el calzado ilicitano hicieron que a partir de esta fecha el trabajo escaseara incluso en el sector informal. La contratación temporal y, especialmente, el trabajo clandestino dificultaban ahora la generación de nuevos derechos a prestaciones sociales.

Esta situación de crisis se va a mantener durante los primeros años noventa y, en consecuencia, la situación de los trabajadores va a sufrir una degradación constante. La ausencia de medidas correctoras, la anuencia del Estado en el mantenimiento de estas condiciones bajo el alibí de la creación de empleo a cualquier precio, y la estrategia de los empresarios basada en la flexibilidad entendida exclusivamente en términos de precarización de la fuerza de trabajo, explican este proceso.

CAPÍTULO 5

1990-1997: LA IRREGULARIDAD INSTITUCIONALIZADA

1. Evolución del calzado

Los años noventa representan para el calzado ilicitano la expansión e institucionalización de un modelo industrial cuyas bases se han sentado durante la década anterior. Para los trabajadores, este es el período en que los efectos de los cambios producidos se hacen realmente evidentes, y ello a pesar de la recuperación del calzado en los últimos años.

Si durante los ochenta el calzado español, y también el ilicitano, sufrieron un descenso neto de las exportaciones, a partir de 1993 este proceso se invierte. En 1994 y 1995 se registra un fuerte incremento de las exportaciones, que se sitúan en el nivel más alto del período. Este incremento ha sido debido a las sucesivas devaluaciones de la peseta realizadas desde 1992, que mejoran la competitividad de los productos españoles.

Aunque el aumento de las exportaciones ha sido notable, es posible que no haya motivos para un excesivo optimismo respecto al futuro. Ybarra, en su último análisis en profundidad de la evolución del calzado (Ybarra y *alt.*, 1996), hace un repaso de las insuficiencias que aquejan al sector, muchas de ellas ya analizadas en el capítulo anterior, y concluye que aunque en algunos aspectos la industria se ha transformado, el calzado alicantino no ha encontrado una vía que le permita consolidarse en el mercado mundial. El crecimiento de las exportaciones, de hecho, esta ligado a una situación coyuntural, que no modifica el problema central: la mayor competitividad de otros países en la producción de calzado. Así, el aumento de las exportaciones en estos años ha corrido parejo con el aumento de las importaciones, sobre todo de los países asiáticos, que mantienen

su ritmo de crecimiento para todo el período, a pesar de las limitaciones que las importaciones del calzado oriental ha sufrido por parte de la Unión Europea.

Si se analizan los pares exportados a los diferentes mercados, se observa como aumenta el porcentaje de pares exportados a Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Portugal, mientras pierden peso los pares exportados a EE.UU. Se pone de relieve también un incremento en los pares exportados a Japón desde principios de los años noventa. Por contra, además de los países asiáticos, y especialmente China, otros nuevos países van a empezar a competir fuertemente con el calzado alicantino, especialmente Portugal y Turquía, donde se están consolidando importantes sectores zapateros, y que cuentan con la ventaja de salarios más bajos.

A pesar de las limitaciones ya mencionadas del proceso de reconversión del calzado ilicitano, lo cierto es que para el período el municipio ha sabido mantener un puesto destacado dentro de los centros productores de calzado en España, como demuestra el hecho de que sólo Elche registra el 40'9 del total de empresas del sector de la Comunidad.

Siempre en opinión de Ybarra (Ybarra y *alt.* 1996), una de las claves de este éxito relativo reside en la capacidad demostrada por los zapateros ilicitanos para la innovación en el producto, adaptándose a las condiciones de los nuevos mercados que solicitan cada vez más productos más especializados, fabricados en series más cortas, para atender a una demanda más diversificada y cambiante cada año a los impulsos de la moda. Existe una preocupación extendida por adaptarse con rapidez y celeridad a las nuevas tendencias de moda, colores, y en algún nuevo material que hacen su aparición en el mercado (por ejemplo, madera, corcho tela de saco, plataformas, etc.). La forma como se adaptan las empresas en la incorporación de estos nuevos materiales, es simplemente por imitación y gracias a los contactos con suministradores y clientes.

El calzado ilicitano ha sabido, por otra parte, diversificar el producto adaptándose a las nuevas demandas del mercado, donde productos como el calzado deportivo, el de tiempo libre, o las sandalias tienden a ganar demanda frente al clásico zapato de cuero de calidad media, que pierde cuota de mercado.

El sector es hoy una realidad plural donde conviven empresas dinámicas e innovadoras que han buscado la consolidación de sus marcas y que producen un tipo de calzado de calidad media-alta, con otras cuya única alternativa

ha sido la de abaratar los costes, utilizando masivamente todos los recursos que el clandestinaje pone a su alcance, con productos de baja calidad. Ello no significa, como esta investigación ha comprobado repetidamente, que las empresas «de marca» no utilicen los recursos de esa extensa red de talleres clandestinos y trabajadoras a domicilio que se ha ido consolidando en Elche desde la década pasada. La diferencia estriba exclusivamente en el uso más flexible y en los mayores controles de calidad exigidos en la realización de las tareas.

Es evidente que los cambios en la estructura productiva que se inician en los ochenta, a pesar de los contradictorios efectos que a largo plazo puedan inducir sobre el sector, han sido una condición necesaria para lograr un mayor grado de flexibilidad en la producción y la adaptación a estas nuevas circunstancias. La descentralización productiva, y el proceso de subcontrataciones en cadena que acarrea, hace aparecer un nuevo tipo de empresas de tamaño reducido, muchas de ellas entre 5 y 10 trabajadores. Estas empresas permiten una mayor adaptabilidad a las circunstancias cambiantes, por la rapidez con que pueden adoptar los cambios, la gran diferenciación en cuanto a gamas y modelos, la facilidad para introducir modificaciones en las plantas, y la posibilidad de especializarse en productos muy diferenciados. (Ybarra y *alt.* 1996).

Las limitaciones de este modelo son también muchas, y son ellas las que no permiten más que un optimismo muy moderado respecto al futuro del sector. La más destacada es quizá la baja propensión del sector a efectuar cambios tecnológicos que afecten al proceso de producción. Bien al contrario, el calzado ilicitano ha optado masivamente por la utilización de la mano de obra frente a su sustitución por nuevas tecnologías, eso sí, a costa de la degradación absoluta de las condiciones de trabajo. La insistencia en este modelo ha permitido mantener un elevado número de empleos en el calzado, a pesar de su disminución relativa respecto a las décadas anteriores, pero en condiciones de creciente precarización.

En consonancia con la escasa renovación tecnológica, tampoco se han transformado básicamente las formas de organización del trabajo, que han permanecido casi incólumes desde los años setenta. Como demuestra Contreras Navarro (1997), la flexibilidad, se ha basado en la externalización de la producción por un lado, y la flexibilidad numérica, a través de la contratación flexible (o de la no contratación habría que añadir). Sin embargo, las nuevas formas de movilidad funcional o la polivalencia de los

trabajadores, y su combinación con el uso de nuevas tecnologías, que parecen los elementos definitorios del nuevo modelo de la empresa flexible, están escasamente representados en Elche.

«No hay planificación ni organización del trabajo. Se trabajará cuando haya trabajo a un ritmo alto en base a más horas de trabajo. En cambio, cuando no haya trabajo, se pactará con la empresa una reducción de jornada, se pasará al paro, se consentirá un expediente de regulación temporal, o el despido». (Ybarra y *alt.* 1996:71). En congruencia con este modelo, la remuneración dominante sigue siendo el destajo. El cálculo de los precios por tarea parece cada vez más depender de la exclusiva imposición de los empresarios, de forma que los precios pueden modificarse de forma continua, tal y como se ha recogido en esta investigación.

El uso intensivo de la mano de obra explica también el hecho de que apenas si se hayan realizado esfuerzos en el sector para mejorar la competencia de los trabajadores antiguos ni la formación profesional de los que se incorporan de nuevo. El aprendizaje sigue realizándose masivamente en las empresas, tal y como siempre se ha hecho, o en los hogares para las trabajadoras a domicilio, mediante la transmisión de los conocimientos acumulados por otros trabajadores.

Otro problema añadido deriva del modelo de descentralización productiva que se ha generado en Elche. La aparición de una amplia red de pequeñas empresas, ligadas entre sí por relaciones de subcontratación, no implica una distribución de paritaria de los excedentes empresariales. Bien al contrario: « (...) lo que está ocurriendo es que el nivel de concentración de la distribución es cada vez mayor. De hecho existe una concentración de la distribución a través de un número de redes que cada vez se limita más tanto para el mercado interior como el exterior. Lo mismo ocurre a nivel de producción» (Ybarra 1997: 9). Ybarra llama la atención sobre el hecho de que la facturación de unas pocas grandes empresas tiende a elevarse enormemente, y con ello también el nivel de sus ganancias, aunque no guarde ninguna relación con el número de trabajadores de estas empresas. Puede darse incluso el caso, como ejemplifican las «comercializadoras», de que estas empresas no dispongan de aparato productivo propio, y se limiten simplemente a supervisar y comerciar con la producción de otras empresas.

También Contreras Navarro coincide en este diagnóstico: «[La descentralización productiva] no tendría mayores consecuencias si el exce-

dente empresarial sectorial se distribuyera equilibradamente entre las distintas empresas. El problema aparece cuando la citada descentralización viene acompañada de una marcada asimetría distributiva, no sólo en detrimento del factor trabajo sino también de las empresas responsables de la mayor parte de la producción, siendo la actividad comercial y de planificación de la producción conjunta la principal beneficiaria. La consecuencia lógica de tal fenómeno no es otra que la desviación de la capacidad interna de acumulación hacia las organizaciones menos directamente comprometidas con la producción, en detrimento, por tanto, de la capacidad potencial de inversión productiva» (1997: 176)

Es éste, a grandes rasgos, el modelo productivo que se ha institucionalizado en los años noventa. Un modelo que ha permitido al calzado ilicitano sortear la crisis de casi dos décadas y sobre cuyo futuro existe una gran incertidumbre. Tiene, como resumidamente se recoge en estas páginas, sus luces y sus sombras, pero sus perfiles más oscuros se encuentran sobre todo desde el lado de la fuerza de trabajo, de las consecuencias que para los trabajadores ha tenido. A la descripción de estos efectos se dedican las siguientes páginas.

2. La nueva estructura productiva: fragmentación de la producción, fragmentación del trabajo

El objetivo de analizar detalladamente la nueva estructura productiva del calzado es explicar cómo su modificación repercute directamente sobre los usos de la fuerza de trabajo, y que es ella precisamente la que ha facilitado estas nuevas formas de flexibilidad.

El sector calzado ilicitano es un ejemplo paradigmático de la reorganización del tejido productivo que ha tenido lugar en las dos últimas décadas en muchos sectores industriales. Los rasgos característicos de la descentralización productiva serían, siguiendo la ordenación de J.J.Castillo (1991): a) una producción en tiempo real; b) una «liofilización organizativa»: descentralización y dispersión en el territorio, «empresas red», funciones expulsadas de la empresa, subcontrata, constitución de empresas por funciones empresariales que «venden» a las restantes funciones de la empresa, etc.; c) un gran desarrollo de redes de comunicación, físicas e informáticas, necesarias para integrar los fragmentos productivos y las funciones dispersas, junto con la emergencia, bajo forma de empre-

sas, de sistemas de integración de partes/funciones; d) un constante deterioro de los sistemas de garantías para los trabajadores.

Este proceso genera un aumento del número de empresas, aunque su tamaño tiende a reducirse progresivamente: más del 55% de las empresas que conforman el sector calzado tienen en la actualidad menos de 9 obreros de producción. A partir de los datos de Licencias Fiscales (hasta 1991) y del Impuesto de Actividades Económicas (a partir de 1992) del Ayuntamiento de Elche, Ybarra ha calculado que existen en Elche unas 1.500 empresas productoras de calzado, y otras 1.000 dedicadas a actividades relacionadas con el calzado (suelas, tacones, cortes, aparado, talleres de finisaje, timbrado de plantas, artículos de plástico para calzado, envases de cartón, etc.). Teniendo en cuenta la existencia de una importante economía sumergida, cabe pensar que el número real de empresas y talleres supere esta ya altísima cifra. En expresión de Ybarra: «Aparece entonces una verdadera nebulosa de empresas que serían las secciones-fases de una ÚNICA GRAN FÁBRICA que sería el municipio de Elche» (Ybarra, 1997: 7).

Esta gran fábrica se organiza internamente a partir de dos principios: subcontratación e informalización. Como todos los estudios sobre el calzado ilicitano demuestran, y esta misma investigación avala a partir de los testimonios de los trabajadores, esta realidad no es del todo novedosa en Elche. La subcontratación de las fases más intensivas en trabajo -especialmente el aparado- a talleres o trabajadoras a domicilio, utilizando trabajo sumergido para su realización, es un sistema tan viejo como la misma industria del calzado en el municipio. La diferencia respecto a épocas anteriores es sobre la intensidad con que se produce. De ser un mecanismo adaptativo, destinado a paliar los problemas del sector, se ha convertido en una estrategia masiva de reorganización.

En ese entramado de empresas, la subcontratación cumple un papel esencial: algunas empresas subcontratadas subcontratan a su vez a otras empresas que pueden subcontratar a nuevas empresas o a trabajadores a domicilio. El uso de términos como «contratación» o «subcontratación» no significa que las relaciones entre esta «nebulosa de empresas» se establezcan a través de contratos formalizados, nada más lejos de la realidad. Hasta donde esta investigación puede probar, todo el sistema se apoya sobre relaciones de mutua confianza donde, como ocurría en las sociedades tradicionales, la palabra es la única garante de los derechos y obligaciones que ligan a las partes.

(7) -¿Cuántas personas trabajan en este taller?

- Pues, ocho aparadoras y dos aprendizas

- ¿Solamente se hace el aparado?

- Sí, sólo

- ¿Y qué tipo de calzado se hace?

- Pues de todo, zapatos de caballero de señora, de todo hacemos

- Este taller trabaja para una fábrica solamente o para varias

- Para varias

- ¿Sabes que tipo de relación hay entre el taller y las fabricas, hay un contrato o sólo les pagan las partidas?

- Les pagan las partidas según las hacen, le ponen un precio a un par y los pares que sean

La extrema flexibilidad productiva que se logra mediante estos mecanismos permite su adaptación a cualquier circunstancia. Las fábricas o los talleres pueden estar especializados en la producción de un tipo determinado de calzado -señora, caballero, niño, etc.-, o en varios tipos al mismo tiempo. Aparece también el tipo de taller polivalente, capaz de hacer cualquier cosa, para cualquier otra empresa que lo requiera.

(15) - ¿Cuántos trabajan allí?

- Los justos, nueve personas y el aparado que se hace todo fuera

- ¿Qué calzado se hace?

- Ese de gitana para los nenes, para bailar sevillanas

- ¿Sólo hacéis eso?

- Ahora sí, estuvimos haciendo botines, y ahora estamos haciendo zapato de señora fino, pero normalmente en esa fábrica lo que se hace es zapato de gitana, cuando hay un pedido se hace, cuando el pedido afloja, hacemos zapato de gitana, para no quedarnos nunca sin faena.

- ¿Y esos pedidos qué son?

- Son encargos que se hacen a otras fábricas, ahora estamos haciendo zapatos de señora con el nombre de C.L., estamos haciendo eso.

El reducido tamaño de las empresas y la escasa inversión productiva, a la que se ha aludido, permiten que el aparato productivo esté sujeto a una movilidad permanente: continuamente las empresas cierran y abren. Al no existir barreras tecnológicas, ni de mercado, dado que a menudo las empresas productivas no se ocupan de la comercialización, el flujo de entrada y salida puede ser muy alto. La vida media de una fábrica de calzado en la actualidad puede ser de alrededor de 4 años. Puede estimarse que

tan solo un 10% de las empresas de calzado tienen una edad superior a los diez años. (Ybarra y alt., 1996)

Si las empresas desaparecen, no lo hacen sin embargo los emprearios-fabricantes que continuamente van sustituyendo unos nombres y razones sociales por otros. Tal y como lo describe Ybarra (Ybarra y alt. 1996). Los activos inmovilizados (naves, maquinarias, etc.) generalmente en las empresas grandes están gran parte de las veces en régimen de *leasing*, o a nombre de alguna sociedad patrimonial; para el caso de las pequeñas, estos activos están a nombre de personas físicas, es raro el que estos activos aparezcan a nombre de la sociedad zapatera mercantil. Con ello se evita la pérdida de patrimonio en caso de suspensión de pagos, crisis o quiebra.

Estas empresas que aparecen y desaparecen guardan una lógica financiera específica. La suspensión de pagos en caso que se realice, se hace con los trabajadores (que pasan a cobrar del Fondo de Garantía Salarial), así como con la Hacienda Pública y la Seguridad Social; sin embargo, sí que se realizan los pagos a proveedores y bancos.

La corta vida de las empresas del calzado de Elche es también confirmada por la misma patronal que admite, según palabras de su secretario general que «(...) un 20% de las empresas cierran cada año y que los costos del desempleo y de las indemnizaciones del FOGASA por cierres de empresas sean exorbitantes» (Méndez Reyes, 1997: 7). Los testimonios de los trabajadores, propietarios de talleres o intermediarios entrevistados dan cuenta de la misma realidad, y aportan datos y justificaciones sobre como se desenvuelve este proceso:

(21) - ¿Entonces esta fábrica donde tú estás ahora tiene mucho trabajo en la calle?

- Sí, la verdad es que sí, el aparado todo, el cortado todo, y la kiowa toda.

- ¿Y habrá muchos repartidores como tú?

- Somos dos de kiowa, y de aparado lo llevan dos hijos.

- ¿La mecánica y la envasa están dentro?

- Todo eso está dentro.

- ¿Y cuánta gente hay allí trabajando?

- Dieciséis personas.

- ¿Es una empresa nueva?

- No, lleva ya bastante tiempo, no es nueva, el nombre puede ser que sí, porque estos cambian constante.

- ¿Por qué?

- Muy sencillo, por... ¿cómo lo diría yo?... por el gobierno... por el asunto como está, porque no se puede estar pagando tanto, tanto como paga una empresa, que si impuestos, que si esto, que si lo otro, todo eso es mucho.

Además de las empresas productivas, nos hemos referido ya a aquellas otras que no disponen de aparato productivo, y cuya función estriba simplemente en organizar la producción: «Es importante señalar que en el sector del calzado, fabricar no lleva aparejado comerciar, pero sobre todo comerciar no se deduce de fabricar» (Ybarra, 1997: 9)

(6) - Bueno es que esta empresa es simplemente una comercial y allí no hacen nada. Allí simplemente se dedican a hacer un muestrario, sacar esas muestras a venderlas y luego ellos las dan a fábrica, buscan talleres, buscan fábricas, y las fábricas son las que le hacen la faena a él y los talleres son los que le hacen la faena a él. La gente va por su cuenta toda, lo que pasa que él, pues eso, paga, y a él le piden todas las cosas, piden pieles, piden etiquetas, todas las referencias y todo lo que hay en los zapatos son ellos los que se encargan, pero la mano de obra ya es cada uno.

- ¿Y estos talleres que trabajan para esta comercial tienen algún tipo de contrato con esta firma?

- No, ninguno, simplemente tú, él te busca: quiero que me apares la faena, tal cantidad, tanto precio, se arreglan en el precio y ya nada más (...) El encargado general que también se salió una semana antes que yo, y se vino a trabajar aquí a [...], y ya me buscó él, me dijo: mira yo estoy de esto, él estaba a cargo de controlar toda la calidad de la mecánica, y él estaba llevándolo todo, entonces necesitaba una persona que entendiera de lo que es el aparado, entonces me llamó a mí y me fui a trabajar, me han hecho un contrato, me han puesto una furgoneta y la verdad es que estoy bien (...) Me han hecho un contrato de seis meses y me han puesto controladora de calidad, y tengo la seguridad de que me lo van a ir renovando, porque lo primero que me dijo el jefe, que él, como no tenía mucha gente no quería que trabajara nadie sin contrato, hasta cuando fui yo que me quedaba un mes de cobrar el paro le dije: es que me queda un mes de cobrar el paro, y me dijo él: si te queda un mes o dos yo te lo dejo pero es que no quiero que nadie esté sin dar de alta.

No parece que puedan plantearse dudas respecto a la lógica que anima este proceso de aparición y desaparición de las empresas, y el papel que cumple en el mantenimiento del sector calzado. Son razones de tipo fiscal y laboral lo que hace que aparezca esta gran morbilidad empresarial.

3. La persistencia del paro

Todos los trabajadores entrevistados conocieron durante los años ochenta, con mayor o menor intensidad, la experiencia del paro. Sin embargo, es sobre todo en los primeros años de esta década cuando el paro va a tener consecuencias más gravosas para ellos. Además de las limitaciones que los cambios legales han establecido en las percepciones por desempleo, la extensión de todas las formas de trabajo sumergido va a impedir a los trabajadores generar nuevos derechos. Lo que en unos años pudo ser percibido como una salida frente a la crisis, haciendo participar a los trabajadores del fraude, se revela ahora como una estrategia fatal en el más largo plazo.

Una y otra vez los testimonios coinciden: para los más mayores y próximos a la jubilación, el único derecho es la magra ayuda familiar; para los que han conocido una larga sucesión de contratos temporales y períodos de trabajo sin contrato, prestaciones económicas durante unos pocos meses; para los que han aceptado trabajar sin contrato, ninguna prestación. Cuando el trabajo, incluso el sumergido, vuelve a escasear como ocurrió durante los primeros noventa, la familia o los amigos se convierten en el único sostén de los parados.

(1) [En 1990] (...) ya paso al paro, y cuando se me termina el paro, yo ya tengo los 52 años y ya paso a cobrar la ayuda familiar que cobró hasta que cumpla los 60, ahora en noviembre, ya cumplo los 60

- (27) ¿Por qué lo dejaste en el 91?

- Porque ya t*enían que ponerme fijo, entonces pasé al paro*
- ¿Y cuánto tiempo estuviste en el paro?
- En el paro estuve poco tiempo porque ya me pasé a donde estoy ahora
- Pero ¿cobraste paro, cuanto tiempo?
- Cobré sólo tres o cuatro meses
- ¿Y buscabas trabajo mientras cobrabas?
- Quería buscar faena, pero como entonces ya estaba tan jodido la faena en el calzado (...)
- ¿Y ese tiempo que estuviste cobrando el paro trabajabas en otra cosa?
- No, porque no encontraba
- Pero ¿buscabas?
- Sí, buscaba, incluso iba, me mandaron a unos cursillos a ver si eso (..)
- ¿Y qué tipo de contrato tienes ahora?
- Ahora tengo cada tres meses, hasta nueve meses porque ahora no pue-

des estar más de nueve meses en la fábrica, entonces cogen a los nueve meses, si ven que sirves, te tiran tres o cuatro días y te vuelven a coger otra vez, y empiezas otra vez de cero, porque no tienes ni paro ni puedes entrar.

- Entonces ¿crees que cuando termines los nueve meses te volverán a llamar?

- Sí, yo creo que sí

(2)- Y después, nos situamos en el 93, ¿qué haces?

- Pues, buscar trabajo, pasé al paro pero no cobraba

- Y cómo se las arreglaba la familia

- Pues trabajando en lo que podían mis hijos y mi mujer, y nos íbamos apañando de aquella manera

- ¿Y hasta ahora?

- En el 94 entré en el Ayuntamiento hasta el 95, desde el 96 hasta ahora en el paro.

- Y ahora ¿qué haces? ¿cobras?

- Sí, cobrando

- ¿Desde cuando?

- Desde noviembre del 96

- ¿Y cómo buscas trabajo?

- Pues me he presentado al Ayuntamiento a contratación, estoy en una bolsa de trabajo de mayores de 45.

- ¿Haces trabajo sumergido? ¿estás haciendo algo?

- Cuando sale algo, sí, lo hago

- Como por ejemplo...

- Pues, ayudarle a mi mujer en una máquina de coser

- ¿Cómo ha modificado tu modo de vida este largo tiempo que llevas parado?

- Pues, modificarlo no, la experiencia me mantiene

- Y tu situación de paro ¿ha afectado a tu familia?

- En algunos momentos sí, porque nos pilló que no trabajábamos ninguno de cuatro que somos y bueno...pero ahora mi hijo encontró trabajo (...)

(3) Este trabajo lo encontré...vamos yo me encontraba en el desempleo y estuve...creo que en todos los años de mi vida en el desempleo total y absoluto, sin cobrar y sin trabajar dos o tres meses, los meses de noviembre y diciembre del 90 y enero del 91, y bueno buscaba trabajo (...)

- ¿Y cómo te las arreglaste esos meses en el más absoluto desamparo?

- Pues como siempre iba al día y además tuve que pedir dos millones de pts. prestados a un familiar para pagar las deudas de la empresa, pues ade-

más cuando no cobraba pues un amigo me mandó un día un sobre con dinero suficiente para pasar todo eso y no se lo pude...además me dio de alta en su empresa unos meses hasta que pude trabajar

- ¿Este tiempo modificó tu forma de vivir

- No, no, porque de todas formas siempre hemos ido cubriendo mínimos y entonces de todas formas era una situación transitoria y nunca se produjo el agobio de...porque al fin y al cabo pues era...y nunca me planteé un problema de agobio porque yo era capaz de trabajar en cualquier cosa, igual vendía con una maleta que repartía bolsas que podía ir a la construcción que a cualquier...

- ¿Pero tu mujer estaba trabajando en casa?

- Mi mujer siempre ha trabajado en el aparado y en aquellos meses, aunque ella trabajara, con la forma de trabajar en la casa y eso pues los ingresos eran muy pequeños, apenas si cubrían a lo mejor un 25% de las necesidades.

(24) - Cuando terminé de aquí pasé al paro, estuve seis meses [1991]

- ¿Agotaste el paro?

- Sí, lo agoté

- ¿Buscabas trabajo mientras cobrabas el paro?

- Sí, y no encontré nada, y en la oficina del desempleo fui veinte mil veces, me decían ve a tal sitio, iba pero...no, ya hay gente.

- ¿Y no encontraste algún apaño?

- No

- ¿Cuándo terminaste el paro encontraste trabajo?

- A los tres o cuatro meses de terminar el paro ya encontré trabajo, que es la otra fábrica

- ¿Y cómo te mantenías ese tiempo?

- Por la familia

- ¿Había gente en tu familia trabajando en ese momento?

- No, pero mi madre estaba cobrando la paga, la paga de mi padre fallecido y la suya

- ¿Entonces encontraste trabajo en qué empresa?

- En [...], y aquí fue porque nos pilló la fiscalía

- ¿Aquí empezaste a trabajar sin dar de alta? ¿En qué año?

- Estuve uno o dos meses, y llegó la fiscalía y nos pilló a todos y a todos nos hicieron contrato, la fábrica siguió trabajando, lo único que nos hicieron un papel, como que teníamos que estar fijos, la fábrica se cambió de sitio y a la mitad nos tiraron

- ¿O sea te hicieron el contrato pero inmediatamente fuiste a la calle entonces?

- Sí, terminamos, después se cambiaron de fábrica, y ya después sigue la fábrica trabajando pero a la mitad de la gente nos tiraron a la calle

- Y volviste a parar al desempleo, ¿tuviste derecho al desempleo?

- No, porque llevaba cinco meses

- Claro, porque con cinco meses no tenías derecho

- No

- Entonces estuviste desde el 94 hasta el 95, unos 5 o 6 meses. Y ¿qué haces sin paro?

- Pues nada, buscar faena, probar en unas fábricas pequeñas, pero lo que pasa, mucho trabajar y poco cobrar, y después te dicen: contrato no, aquí no hacemos contrato

(17) -Te hago una pregunta: ¿hay gente que esté en Elche parada sin cobrar subsidio de desempleo que no tenga trabajo?

- Sí, sí hay gente. Mujer, yo no tengo estadísticas, no puedo... pero yo conozco gente que no tiene trabajo y que no cobra subsidio de desempleo, eh, y que Cáritas les echa una mano para subsistir.[se ríe], sí que conozco gente

- ¿Y gente que cobre el subsidio y esté trabajando?

- También, también, también, claro, pero cada vez menos, de esas cada vez menos, porque los subsidios se acaban, y generar otra vez derechos es difícil

4. Condiciones de trabajo

(23) El calzado ha degenerado demasiado, en el calzado entre el diez y el veinte por ciento, no creo que el veinte por ciento de los que trabajan en el calzado esté fijo, estoy diciendo una cifra muy alta, posiblemente menos del veinte por ciento, o es por contrato, o es por contrato que ahora trabaja de clandestino y luego otro contrato y otro contrato y otra vez de clandestino, o sea el calzado ha degenerado que no se sabe a donde vamos a llegar.

Ybarra (1996) calcula que en los momentos actuales, en el calzado español, el 20% de los trabajadores trabaja sin ningún tipo de cobertura legal. Un 40% tendría contrato fijo, según sus estimaciones. Por otra parte, los datos de la EPA, referidos a España, muestran que entre todos los subsectores de la industria es precisamente el de Cuero, Calzado y Vestido el que tiene la mayor tasa de temporalidad: 51'6% para 1995. Sólo la construcción, con un 65'7% para la misma fecha, supera esta tasa. Son precisamente los sectores caracterizados por actividades intensivas en

trabajo poco cualificado y un tejido productivo donde predominan empresas de pequeño tamaño donde la temporalidad es más elevada (Alvarez Aledo, 1997).

Difícilmente podemos aproximarnos en esta investigación a cálculos ajustados sobre esta materia para Elche. Lo que reflejan las biografías laborales es una alta frecuencia de ambas situaciones entre los trabajadores, pero sobre todo su rápida reversibilidad.

(24) -¿Cómo encontraste el trabajo en esta empresa?
- Me mandaron también unos conocidos
- Dices que tenía unas quince personas trabajando, ninguna sin dar de alta, ¿ni siquiera los de oficinas?
- No, ninguna, ninguna
- ¿Y esta fábrica trabajaba para una fábrica grande, para talleres?
- No, producción propia, con firma propia

Si la alta rotación de los trabajadores entre las empresas constituía en los años setenta una estrategia de la fuerza de trabajo para elevar sus ingresos y mejorar su formación profesional, en los noventa sólo es el efecto nocivo de la degradación absoluta de las condiciones de trabajo. El trabajo sin contrato o con contratos temporales ha sustituido casi totalmente a los viejos contratos indefinidos. La inestabilidad en el trabajo dentro del sector es casi absoluta para la mayoría. Las trayectorias laborales se convierten así en un confuso tránsito de unas a otras empresas, de unos a otros talleres, en una alternancia de situaciones que oscilan entre el contrato y el no contrato. La movilidad puede producirse dentro de la misma empresa: a un contrato de tres meses, le sigue un largo período sin contrato; si hay trabajo, es posible que el trabajador vuelva a ser contratado temporalmente, en caso contrario, abandonará la empresa y buscará otra.

Cuando los trabajadores tratan de reconstruir sus trayectorias laborales en los últimos años tienen serias dificultades. Con frecuencia olvidan las empresas para las que han trabajado, si lo han hecho en períodos muy cortos; o confunden estos períodos si, como ocurre en algunos casos, han abandonado una misma empresa para reincorporarse después a ella. Muchas veces recuerdan haber estado en una empresa pero no pueden citar el nombre, porque ha cambiado varias veces, incluso cambió en el breve plazo en que ellos trabajaban allí. Otras veces, no están seguros si tuvieron contrato o no en determinada empresa, y, en caso de haber alter-

nado períodos de trabajo negro y de contrato, cuáles fueron los plazos. En el caso más extremo, algunos jóvenes trabajadores no saben ni siquiera para quien trabajaban.

También Ybarra (1996) calcula que el tiempo medio de trabajo en una empresa suele ser de 4 años, siendo más del 30% de los trabajadores los que no superan los 3 años en una misma razón social. Pero ninguna descripción puede resultar más clarificadora que el testimonio de los trabajadores cuando describen su itinerario durante los últimos años. Es el caso de una trabajadora de treinta y cinco años, veintidós años en el calzado, separada, con cinco hijos a cargo:

(25) - ¿Cuánta gente había en [...]?

- Había veinticinco (...)

- ¿Por qué no te hicieron contrato?

- Porque el jefe decía que él no podía hacer contrato a todas las aparadoras, que tenía que plantearse un período de por ejemplo, no sé, contratos rotativos, hacer contrato a unas, luego a otras, que no podía hacer contrato a veinticinco personas de golpe, era el planteamiento que nos hacía

- O sea erais en total veinticinco personas

- No, veinticinco aparadoras, allí podía haber unas treinta y cinco o treinta y ocho personas perfectamente

- ¿Y estaban las aparadoras con contrato?

- Nosotras como que acabábamos de llegar no podíamos pedir nada

- ¿Hasta cuando estuviste en [...]?

- Estuve tres meses del 93

- ¿Aquí los ingresos ya eran el sustento básico de tu familia?

- Claro, era lo único que teníamos

- ¿Por qué te dejaste el trabajo?

- Porque me propusieron algo que en principio me parecía mucho mejor y como a las tres semanas me di cuenta de que había metido la pata

- A ver, ¿cómo fue?

- Pues la antigua jefa de una amiga mía montó un taller, y nos propuso que nos fuéramos, que la tarea era de [cita el nombre de una empresa muy conocida de Elche], que estaba muy bien pagada, que tal, que íbamos a ganar un montón, y bueno (...)

- O sea, que después de tres semanas en ese taller...

- Me di perfecta cuenta de que había metido la pata

- ¿Te dejaste el taller?

- Me quedé dos meses y cuanto encontré otra cosa me lo dejé

- ¿Ganabas mucho menos?

- Mucho menos: 15, 18 [semanales]

- ¿El taller tenía nombre?

- No, sé que el marido trabajaba para [la empresa antes citada]

- Te dejas el taller a finales del 93 y ¿qué haces?

- Pues hablé con una amiga que estaba trabajando en una fábrica en la envasa y le pregunté si hacía falta alguien, a la semana siguiente me vino a buscar y me dijo: vente, que te vienes a trabajar (...)

- ¿Hasta cuando estuviste en la fábrica?

- Hasta mayo del 94, seis meses

- ¿Cuánta gente trabajaba?

- Quince más o menos, la mecánica y la envasa, el aparado estaba fuera

- ¿Sin contrato?

- Sí, en principio sin contrato

- ¿Cobrabas mejor?

- Sí, ganaba bien, casi 30

- ¿Por qué te lo dejaste?

- No me lo dejé, es que nos quedamos sin faena, la fábrica se quedó sin faena y nos fuimos todos a casa, me tuve que buscar otra cosa

- ¿Y que hiciste?

- No sé, tengo un lapsus, ah sí, me fui a un taller de aparado, me fui a un taller de aparado que lo escuché por la radio y llamé y estuve poquito, estuve como tres semanas y luego ya me metí en una fábrica en la envasa

- ¿Tampoco te dieron de alta?

- Sí, cuando entré me dijeron que si me quedaba me daban de alta, pero como a mí el sueldo no me gustó y la gente que estaba dentro me gustó mucho menos, no me gustaba. Había una encargada muy sargento, y entonces me planteé dejarlo desde el principio, en cuanto me llamaron por teléfono y me dijeron que iba a trabajar en la envasa, porque además eran muy amigos de la fábrica ésta donde había estado que se había quedado sin faena, y se vinieron, se trajeron la empresa de Elda a aquí, y buscaban envasadoras, dos, porque se habían traído dos de Elda, y había otra chica conmigo en el taller y fuimos a hablar con ellos y al día siguiente a trabajar

- ¿Recuerdas el nombre de esta empresa?

- Sí, se llama [...]

- ¿Cuánta gente trabajaba?

- Quince más o menos

- ¿Vuelves a la envasa, te gusta más la envasa?

- No, como gustarme a mí me gusta más el aparado, es que se gana más en la envasa

- ¿Hasta cuando estuviste?

- Estuve un año y pico

- ¿Y en ningún momento se habló de hacerte contrato?

- Sí, sí, en un momento se planteó, pero como la empresa tenía dos dueños, a uno no le interesaba porque se había venido de Elda, porque estaba hasta el cuello, pero luego al final después de casi un año trabajando con él nos hizo un contrato de tres meses

- ¿Hasta cuando estuviste?

- De final del 94 hasta finales del 95, entonces me volvieron a llamar de la empresa donde había estado y me hicieron un contrato de tres meses

- ¿Cómo es que te llamaron?

- Se enteraron de que había parado, que esta fábrica es que cerró y me llamaron

- Ah, ¿por eso te fuiste, porque cerró?

- Sí

- Y con tres meses de contrato no tenías derecho a nada

- No, a nada

- ¿Y en esta empresa estás hasta cuándo?

- Pues, tres meses, porque lo mismo, me llamaron para un apuro, porque estaban de faena hasta el cuello

- O sea, que estuviste hasta principios del 96, ¿y qué haces?

- Pues un vecino trabajaba en [...], y estuve allí casi un año, diez meses más o menos

- ¿Qué tipo de calzado hace [...]?

- No, [...] no hace calzado, hace cinturones y bolsos

- ¿Cuántas personas trabajaban allí?

- No hay mucha gente la verdad, otra aparadora y yo...el cortador...unas seis personas, seis o siete

- ¿Y te hicieron contrato?

- No, tampoco, se habló pero nada, quedó en agua de borrajas

- ¿Y el resto del personal?

- Había gente que tenía contrato, el chofer tenía contrato, el cortador tenía contrato y la gente de la tienda también

- ¿Qué te parece lo que ganabas?

- Al principio bien, luego no porque me bajaron los precios

- ¿Trabajabas mucho?

- Sí, mucho

- ¿Y por qué te lo dejaste?

- Por eso, porque me bajaron tanto los precios que al final no me interesó.

- ¿Y qué hiciste?

- Pues nada me busque otra cosa, ahora estoy en la envasa

- ¿Cómo se llama la empresa?

- [...]

- ¿Cómo encontraste el trabajo?

- Por la radio también, llamé por teléfono hablé con el jefe y fui

- ¿Cuánta gente trabaja en esta empresa?

- Unas dieciocho o diecinueve personas, aquí sí que está el cortado y todo, y el aparado lo tienen fuera pero en un taller propio, un taller de ellos

- ¿Y aquí tienes contrato?

- No, ahora cuando nos cambiemos de nave sí que quieren hacer contratos, el otro día estuvo hablando con nosotros, ha comprado una nave por el polígono de Torrellano y ha dicho: ahora para estas Navidades cuando nos cambiemos de nave...

- ¿Qué tipo de calzado se hace aquí?

- De todo, más de señora que de caballero

- ¿Cuántas horas trabajas?

- De 8 a 1 y de 3 a 9

- ¿Los viernes terminas a mediodía?

- Depende, si hay faena a veces trabajamos, o acabamos a las 7

- Lo que ganas aquí ¿cómo te parece?

- Me parece razonable, cobramos a destajo, por pares, cobramos a diez pesetas por par

- ¿No te han bajado los precios aún?

- No, normalmente la envasa suele tener un precio bastante estable, además casi todo el mundo tiene los mismos precios, en cuanto a envasa no se suele tocar mucho porque saben que la gente que toca ese tema sabe un poco y entonces pagan a diez pesetas

- (...) ¿Estás contenta?

- Sí, sí

- ¿Cuánto tiempo llevas?

- Tres meses

- ¿Y laboralmente?

- Hoy por hoy me preocupa mucho no tener contrato, pero luchar por un contrato es como tirar piedras en un tejado, porque hablas y no te escuchan: ya lo haré cuando yo pueda, o sea no es lo que tú me exijas, es lo que yo te pueda dar, si quieres lo tomas y si no lo dejas

- Entonces el conseguir un trabajo...

- Un trabajo no es difícil, lo que es difícil es conseguir un contrato, conseguir la estabilidad en un trabajo es lo difícil.

La compleja vida laboral de esta trabajadora puede resumirse en una escueta declaración realizada en un momento de la entrevista:

(25) En veinte años trabajando ¿te parece lógico que yo tenga como un año y tres meses de contrato? A este paso cumpliré los 65 años y tendré tres años cotizados.

Otra trabajadora, en este caso, de treinta y nueve años, y veintidós años en el calzado, también separada y con hijos a cargo, relata en parecidos términos su experiencia laboral

(6) [...] era una fábrica grande, tendría más de cien trabajadores, me enteré por la radio: hace falta una aparadora para muestras, y entonces me fui

- Porque la remuneración de una aparadora que hace muestras no es la misma que la de otra aparadora ¿verdad?

- Sí, porque cuando estas haciendo muestras siempre te dan un sueldo fijo y de la otra forma vas al destajo y puedes tener semanas muy buenas pero semanas de muy poco y ellos no te quieren pagar, aunque este haciendo 50 horas, ellos no te quieren pagar esas 50 horas, ¿qué te has ganado 20?, pues te dan 20, entonces claro yo siempre he buscado trabajos así, o como encargada o como para muestras porque te dan siempre un sueldo fijo

- ¿Te hicieron contrato en [...]?

- No, allí estuve por lo menos un año y medio trabajando sin contrato, al año de estar trabajando pasé a ser encargada de aparado

- ¿Y te hicieron contrato entonces?

- No, cuando entré de encargada hasta que no pasaron cuatro o cinco meses no me hicieron contrato, y nada más me hicieron un contrato de seis meses ¿eh?, nada más y trabajé cuatro años, del 92 al 96 yo trabajé en [...] y nada más he tenido un contrato de seis meses, porque es una fábrica que lleva ese sistema, y si lo quieres lo tomas y si no lo dejas

- ¿Había mucha gente trabajando sin contrato?

- Había, ahora hay poca gente porque es una empresa que ha ido a menos y casi no hay nadie trabajando, pero cuando estaba yo trabajando, si éramos 100, a lo mejor había 20 personas dadas de alta, las demás todas clandestinamente. Pues no han ido allí pocas veces CCOO y UGT a denunciar aquello y a coger a la gente, que han denunciado un montón de veces porque los tiraban a la calle y como no estaban dados de alta se iban a los sindicatos a denunciarlo

- ¿Por qué te dejaste este trabajo?

- Lo dejé porque me canse ya de la forma de trabajar y de la forma de ser de este hombre, porque tienes que ser muy borrego y sí, no sé, es un hombre que con él tu personalidad, tu trabajo no cuenta, allí cuenta lo que él es, y la situación llegó a un extremo, se veía poca faena, él muy desquiciado y llegó a un punto que ya no podíamos más.

- ¿Fue cuando finalizó el contrato?

- No, ahí estaba yo sin contrato, estaba yo cobrando la ayuda familiar

- O sea que estabas trabajando y...

- Y cobraba la ayuda

- ¿Después de estar contratada seguiste trabajando en la misma empresa sin contrato?

- Sin contrato, porque él no quería hacerte contratos, entonces ¿qué tenías que hacer? pues pedir lo que pudieras, hay gente que a lo mejor no ha pedido nada, pero yo sí, porque tengo dos hijos y siempre me ha hecho falta tener un seguro, entonces tenía que cogerme a algo

- No hay que justificar nada en esta vida

- Sí, a algo

- O sea que en el período del 92 al 96 hubo espacios de tiempo que estabas trabajando en la fábrica con contrato y otros espacios que estabas cobrando el desempleo y trabajando

- Sí

- ¿Entonces, cuando terminaste en el 96 no tenías derecho al desempleo?

- Nada, me fui porque...me fui sin nada, me fui porque ya estaba harta y bueno me quedaban de cobrar a lo mejor unos cuatro meses de ayuda, simplemente, y me fui y dije: bueno, ya me saldrá algo, si no me voy de aparadora, me voy a hacer muestras, me voy a lo que sea porque estoy harta de estar aquí y esto no se puede aguantar, entonces ya cogí y me fui, y antes de irme ya tenía trabajo porque gente de allí que sabían que quería irme ya me habían buscado para que me fuera

Entre las decenas de empresas mencionadas en las entrevistas para el período de los noventa, gracias a la continua movilidad de los trabajadores, sólo en dos casos se tiene constancia de la no existencia de trabajo negro en el interior:

(17) -En mi empresa concretamente la mitad de la plantilla es eventual con contratos que van dando vueltas, se utiliza todo, todas las modalidades.

- ¿Y gente sin contrato?

- En mi empresa no hay, no quieren correr ese riesgo, la gente que no tiene contrato es la gente que trabaja en su casa

(26)- ¿Cuándo entraste en esta fábrica?

- En febrero de este año, en el 97, hasta junio estuve

- ¿Cómo se llama esta fábrica?

- [...], es una sucursal de una gente alemana, son líos de estos. Se hace aquí pero sólo se fabrica para Alemania, se vende todo en Alemania

- ¿Cuánta gente trabajaba en esta empresa?

- Bastantes, unas cincuenta personas

- ¿Toda la producción se hace dentro?

- Casi toda

- ¿Qué tipo de contrato tuviste?

- Te los van haciendo de mes en mes, pero te los renuevan siempre, no te dejan días sin contrato

- ¿Cuántas horas trabajabas?

- Muchísimas horas, había mucha faena

- Y el jornal a destajo

- El jornal muy bueno, sí a destajo

- ¿Por qué lo dejaste?

- Porque cambié, allí paramos tres meses, y encontré otra cosa que es donde estoy ahora, también estoy a gusto, paramos tres meses y como yo no puedo estar parado pues...

En las restantes empresas, los mismos testimonios se reiteran una y otra vez:

(21) - ¿Hay mucha gente trabajando sin contrato?

- Mucha, yo creo que el cien por cien de Elche esta trabajando sin contrato, porque la seguridad social no la puede pagar una empresa como hoy está, si tienes que pagar cuarenta y tantas mil pesetas mensuales ¿a cómo sale un zapato? porque todo eso tienen que meterlo en el coste del zapato, y hoy en día hay mucha competencia, y recae siempre a lo mismo, por eso la faena se paga tan barata

(24) - Quiero trabajar de contrato, por lo menos para cotizar para el día de mañana, porque el día de mañana caes malo o lo que sea, es un suponer, y estamos en las mismas

- ¿Hay muchas empresas en Elche hoy que trabajan de esa manera sin hacer contratos?

- Sí, muchas, en la última que estuve antes de venir a ésta, esa todos los que tiene allí todos sin contrato

- ¿Y tiene mucha gente?

- Lo menos quince

- ¿Es montaje solamente?

- No, es completo

- ¿Qué son, pequeños talleres repartidos por ahí?

- No, es una sola

- ¿Qué tarea que realizabas?

- Dar piso

- ¿Cuantas horas trabajabas a la semana?

- Exagerado, 56 horas a la semana

- ¿Y cobrabas horas extras aparte, hicieras las horas que hicieras o te pagaban siempre lo mismo?

- Sí, lo mismo. Allí íbamos a destajo, pero a mí me pagaban en plan de chiquillo, de un chiquito de 14 o 15 años, de aprendiz

- Trabajabas así porque no tenías más remedio, claro, ya me has dicho que querías contrato

- Él decía que iba a hacer contrato, pero de contrato nada, él no daba de alta a ninguno, (...) está reventando todo, porque hay gente que le hace falta dinero y no da de alta a ninguno

(26) - ¿Cuantas personas trabajaban allí?

- Muchísima, una fábrica grande, lo menos 60 o 70 o...una fábrica grandísima

- ¿Y toda la producción estaba dentro?

- Sí, pero el aparado y muchas cosas las tenían fuera, una fábrica de muchos pares

- Qué tipo de calzado se hacía en [...]

- Un zapato zapatón moderno de señora, de caballero, zapato moderno de gente joven

- ¿Qué tipo de actividad hacías tú?

- Allí alogenaba, me metieron dentro de la vía por partidas, los pisos y las plantas, montarlos por pares y llevarlos dentro de la vía y emparejarlos

- ¿Te hicieron algún contrato?

- No

- ¿En los dos años ningún contrato?

- No

- ¿Lo pediste?

- Sí, sí, lo pedí, precisamente quería estar de contrato porque para estar trabajando y no estar dado de alta pues siempre es preferible estar dado de alta, después si te quedas sin trabajo o no hay faena, pues siempre tienes que te vas al paro, lo que pasa es que en todas las fábricas no te dan de alta como se debería

- ¿Había más personas sin dar de alta?

- Sí, seguramente sí, no es que me informara ni me preocupara mucho, pero seguramente sí que habría más

Sin relación contractual, con una situación de inestabilidad absoluta, trabajando en pequeñas o medianas empresas donde no hay actividad sindical, los trabajadores quedan al albur de los empresarios; o, como muchos de ellos parecen pensar, a los vaivenes del mercado: «*Si hay faena, hay contrato; si no, te vas a la calle*». En esta situación, el resto de las condiciones de trabajo forzosamente han de sufrir una profunda degradación. Si bien la negociación colectiva sigue estableciendo lo esen-

cial de estas condiciones, lo pactado se convierte en papel mojado cuando los trabajadores no tienen posibilidades de hacer valer sus derechos, cuando las relaciones se individualizan y una de las partes carece de todo poder.

Siempre según las estimaciones de Ybarra, aunque para el calzado español el coste de la mano de obra continúa representado entre el 25 y el 30% del coste del producto, el salario es en términos reales es hoy un 20-25 % más bajo que el se pagaba hace 15 o 20 años. Es verdad que los trabajadores suplen el descenso real de los salarios con la intensificación del trabajo. La remuneración por destajo, el aumento de los ritmos y el elevado número de horas trabajadas permiten elevar los salarios por encima de lo que marca el convenio, que por otra parte está por debajo de la media de convenios de la industria española.

> *(10) Estaba bien, pero no pagaban lo que tenían que pagar, porque yo me acuerdo que hacía bordón, era el único que hacía bordón, y yo me hacía, por poner un ejemplo, 1000 pares y me lo pagaban a 6 pts., en aquél tiempo eran 6000 pts. por día, era mucho, yo ganaba en aquél tiempo más que el encargado, y me lo bajaron media peseta, porque decía el jefe...pero era mentira, entonces en vez de 1000 yo me hacía 1200 pares, y me bajaron otra media peseta, a cinco pesetas, hasta que dije basta, dije no, se aprovechan de la gente.*
>
> *(26) - ¿Cuantas horas trabajabas?*
> *- Ahí bastantes, ahí hacía por lo menos 55 o 60 horas a la semana, los viernes hasta la 10 de la noche, los sábados por la mañana, ahí se trabajaba mucho*
> *- ¿Ibas a destajo?*
> *- No a destajo no, ahí cobraba por horas, creo que era a 600 la hora o...*
> *- ¿Y cómo te parecía lo que ganabas?*
> *- Muchas horas para llevarte un pequeño jornal*

Además del trabajo negro y los contratos temporales, los trabajadores se ven muy afectados por las nuevas formas de producción. Los cambios permanentes de la moda y la variedad de productos que se realizan, el sistema de *just in time*, la tendencia a evitar los stoks, la producción según los pedidos, etc., siempre en ausencia de una tecnología que se adapte a las nuevas circunstancias, obliga a una irregularidad absoluta en lo que se refiere al trabajo. Si la estacionalidad del

calzado ha sido siempre inherente al sector, generando dos temporadas intensivas y unos meses durante los cuales no se trabajaba, ahora ese orden se ha roto y los trabajadores pasan rápidamente de la ausencia de actividad al ritmo frenético de trabajo.

> *(1) -Pues fatal, muy mal, entiendo que muy mal, se hacen unas jornadas y en unas condiciones muy malas. Ha habido un retroceso pero, pero...de aquellas reivindicaciones que nosotros hacíamos por las condiciones de trabajo...y de...tremendo, tremendo, un retroceso muy grande*
>
> *- Pero ¿se sigue ganando dinero?*
>
> *- Yo creo que no se gana dinero para las horas que la gente hace y las condiciones en que trabaja, y da como pena hoy, en relación a como se vive yo creo que no se gana dinero, la gente gana buenos sueldos pero hace unas horas, a lo mejor gana 50.000 pts. pero yo entiendo que esas 50.000 pts., cuando no es un trabajo estable, que es un trabajo temporal, y unos horarios tremendos pues no es ganar dinero, porque luego trabajan dos o tres meses, según sus necesidades, y luego no sabes cuando...y además mucha de la gente que gana ese dinero está en el paro, porque claro no se puede dejar el paro porque dentro de dos meses van a estar sin trabajo, o sea que yo creo que eso no es ganar dinero*

> *(6) Yo pienso que en la época que estamos debíamos de tener un calendario laboral, que está, pero que se cumpla, que si tenemos que trabajar 40 horas, aunque ¡oye! no te digo que un día determinado porque hay que terminar un pedido o porque...pero no por costumbre como lo tienen ya cogido, no miran que somos personas no, si tienes que trabajar dos meses, trece horas, tienes que trabajar porque hay fábricas que se ponen a las siete de la mañana hasta las diez de la noche, que son horas, incluso sábados, y viene un día de fiesta y no lo hacen, y luego lo que te digo, llega vacaciones y...*

Un último testimonio resume, esta vez en el nivel de lo simbólico, la recuperación de la autoridad empresarial en las relaciones industriales:

> *(6) (...) pero la gente no ha querido nunca hablar, allí como borreguitos, decían de ir a trabajar el 1 de mayo, yo misma que era encargada les decía: pero si es que sois vosotros los que tendríais que hablar, y no querían hablar, entonces como no querían hablar y todo el mundo: vale, vale, pues el 1 de mayo a trabajar, a lo mejor no trabajabas otro día, pero el 1 de mayo porque a él le daba la gana trabajabas, por dar en la cara.*

5. La economía sumergida

La redacción de un nuevo epígrafe bajo el título de «economía sumergida» puede resultar cuanto menos un sarcasmo. Al adentrarnos en el mundo del calzado en los años noventa, apenas si hemos encontrado restos de la «economía emergida». No es desde luego ésta la investigación capaz cuantificar qué volumen de este gran iceberg que es el calzado permanece en la superficie, y cuánta se esconde bajo las aguas. Es posible que pueda darse por buena la cifra que manejan los expertos, y que evalúa la economía sumergida en el calzado en torno a un 40% de la producción (Ybarra y alt. 1996). Es más posible todavía que estas evaluaciones sean imposibles, porque seguramente la producción sumergida en Elche cambia de forma continua. La flexibilidad obtenida por el sector, la aceptación masiva de las nuevas condiciones por parte de los trabajadores -aun si no tuvieron más remedio-, la existencia de los recursos necesarios y de la experiencia de más de una década, todo ello permite que una parte importante del tejido industrial ilicitano pueda producir en unas y otras condiciones de forma variable, para adaptarse a los requerimientos del mercado, a los cambios económicos o a los cambios legislativos.

En este caso, el epígrafe economía sumergida no se ocupa del trabajo sin regulación legal en las empresas, que como se ha visto representa una parte muy significativa del trabajo que emplea el calzado, sino tan sólo de dos de sus modalidades: el trabajo a domicilio y los talleres clandestinos, que a su vez con harta frecuencia se convierten en subcontratistas del trabajo a domicilio.

Hay absoluta unanimidad entre los trabajadores en lo que respecta al trabajo a domicilio: este es un trabajo cada vez peor pagado. Evidentemente, las condiciones en que se realiza no han podido variar, lo que ha empeorado para estos trabajadores ha sido la retribución.

> *(13) -Sí, me lo dejé y estuve un tiempo que ya no hacía faena en casa, ya no hacía, he estado un tiempo que no hacía, y ya empecé a trabajar otra vez cuando mi hija empezó a enseñarse a aparar, hace cinco o seis años*
>
> *- ¿Te has puesto a trabajar porque ella quería aprender?*
>
> *- Sí, para ayudarla*
>
> *- ¿Te pagan bien ahora?*
>
> *- No, a las aparadoras casi nunca les pagan bien, pero ahora, ahora se paga la faena más barata que hace un montón de años.*
>
> *- ¿Y por qué crees que es eso?*

- Porque hay muchas aparadoras, hay mucha falta de trabajo y por eso tiene que ser, que la faena no se paga como debe estar pagada

- Pero, por ejemplo, los cortadores ganan más que las aparadoras y en la envasa también

- Eso siempre

(17) -Me decía una aparadora que trabaja en su casa que sigue cobrando el modelo salón, el clásico igual que hace veinte años, igual que hace veinte, comparativamente no, es que se lo pagan igual

- Sí, sí los trabajos de casa, el trabajo a domicilio, está por los suelos, no es que el otro este muy arriba.

(10) (...) hace poco escuché en la radio y apunté dos teléfonos, me viene uno con un zapato y me lo muestra y le digo que menos de 300 pts. no lo hago, y él dijo que 180 o 200, a los 20 minutos me viene el otro y me trae casi el mismo zapato y me lo iba a pagar a 120 pts., dije no, me olvido de todo, prefiero estar parado antes de perder el tiempo, y después no te pagan.

(10) (...) pero el trabajo no se paga mejor, se paga menos, porque las aparadoras se van, prefieren limpiar una escalera que ganan 1000 pts. la hora, y no coser una hora y ganar 600 pts. La gente deja los zapatos, entonces se van a los pueblos de fuera, y a la gente le pagan a lo mejor 400 pts., igual lo hacen, por eso el calzado esta tirado y la culpa la tienen los mismos aparadores no los jefes, los jefes si tienen que pagar menos pagan menos.

Además del descenso de las retribuciones, la situación de las aparadoras es hoy más problemática porque sus rentas en algunos casos han pasado de ser un complemento en la economía familiar a ser la base del sustento. En las situaciones de paro del cabeza de familia, como se ha visto en testimonios anteriores, o sobre todo en el caso de mujeres separadas con hijos a cargo el trabajo a domicilio, por mucho que las aparadoras prolonguen sus jornadas de trabajo, no es suficiente para cubrir las necesidades básicas.

(8) - ¿Y cómo encuentras el trabajo?

- O bien por amistades, o ahora por la radio

- ¿Ahora trabajas para una empresa o un taller?

- Para una fábrica, pero no te voy a decir el nombre

- No importa, pero ¿sabes cuánta gente trabaja dentro?

- Hay bastante gente, más o menos, nada más he ido dos veces, unas cincuenta personas

- ¿Las aparadoras están todas en la calle?

- Todas, todas en la calle

- Te pagan los pares...

- Me los pagan a tanto, cuanto más hagas más ganas

- ¿Cuántos días a la semana trabajas?

- De lunes a lunes, un sábado o un domingo medio día, pues para relajarme y descansar, porque como tengo a mi hija pues me ayuda ahora

-Lo que ganas haciendo todas estas horas, poniendo tú la máquina, la luz, las agujas... ¿te parece justo?

- Pues no, porque no, porque he hecho muchas horas, no 10 horas, he hecho 12 y 13 horas, porque a veces me levanto a las 6 de la mañana y digo: bueno, a hacer faena de mano, luego a las ocho o las nueve te pones a la máquina y hasta las 12 que te pones a la comida, y luego a las 3 otra vez hasta la 10 o 11 menos cuarto, porque hay buena gente de vecinos y no importa, no les importa el ruido de la maquina porque como saben que es para...para llevar la casa adelante y los hijos pues no...

- (...) ¿Los ingresos de tu trabajo son la base de tu familia?

-Sí, claro, si falla lo mío, falla mi familia en todo, porque...

- ¿Y te encuentras con períodos de menos trabajo?

- Uf, sí, ahora mismo llevo dos semanas que...fatal

- ¿Y cómo te las arreglas?

- ¿Que cómo me las arreglo? pues mira, pizquito de aquí, pizquito de allá, y ya cuando... si sigo así, dentro de una semana o así, pues tendré que pedir ayuda, por lo menos a mi familia

- ¿Conoces a muchas mujeres que estén en una situación similar a la tuya trabajando en casa?

- Sí, muchas, muchas, aquí en Elche la mayoría de amas de casa trabajan casi todas, y están todas como yo más o menos

- Y en los últimos cinco años, hay más trabajo?

- No sé, yo estoy muy a lo mío y no sé

Junto a la subsistencia de formas clásicas del trabajo a domicilio, tal y como han sido descritas hasta aquí, el crecimiento de la informalidad ha hecho aflorar una multitud de formas de organización que hacen más complejo el mundo de la economía sumergida. Si en algunos casos la aparadora trabaja directamente para una fábrica, que le encarga y paga y trabajo, en muchos otros existe la figura del intermediario, el «repartidor», según la expresión al uso en Elche. El «repartidor» no es tampoco una novedad en el mundo del calzado, según atestigua Bernabé Maestre (1976) para los años setenta. Sin embargo, su número parece haber crecido durante el último período:

(21) - ¿Cuántos hombres habrá en Elche repartiendo faena por ahí por los barrios?

- Aquí en Elche no te puedo decir exacta la cantidad, pero seguro que más de cien personas, cada fabrica tiene uno o dos.

El testimonio de un trabajador del calzado, propietario de una fábrica de calzado posteriormente, y que ejerció temporalmente como intermediario, describe con bastante detalle esta modalidad de trabajo:

(3) - ¿Pasas al paro en el 91 cuando cierra el taller?

- Yo estaba en el desempleo y coincidió el final del desempleo con la finalización del trabajo de la fabrica, al final hubo unos meses de transición que estuvimos haciendo reparto de aparado para otras empresas con las aparadoras mismas que teníamos, hicimos unos meses, recogíamos faena y la repartíamos...sí, yo iba y recogía faena en unos precios, en unas condiciones, que yo repartía entre las aparadoras que yo tenía, me quedaba con un margen de cinco duros por par, por ejemplo, yo le entregaba a las empresas los cortes aparados y me pagaban y yo pagaba a las aparadoras. Tenía varías fábricas, en estos meses, que fueron tres o cuatro meses, hicimos faena a dos o tres empresas

El intermediario puede ejercer sencillamente la función de «repartidor», transportando la mercancía entre la fábrica y los domicilios o talleres y subcontratando el trabajo a cambio de un pequeño porcentaje, pero puede también ser el propietario de su propio taller de «preparado» o aparado de calzado, utilizando en este caso a sus propios trabajadores, que puede complementar con trabajadores a domicilio cuando hace falta.

Disponemos de un testimonio que también describe prolijamente estas modalidades de trabajo, donde se incluye además información sobre la cuantía de las retribuciones. Dado que el informante es quien establece para las trabajadoras el precio por la faena, es forzoso creer sus afirmaciones.

(21)- ¿Entonces pasaste al paro?

- Sí, pasamos al paro, cobré otros dos años, del 86 al 88

- Y estos dos años ¿qué hacías, empezaste ya a trabajar?

- Empecé a buscarme la vida, a buscarme las cosas y...desde entonces estoy en esto, repartiendo kiowa

- ¿En qué consiste concretamente este trabajo?

- Hacer un pasado, unir dos piezas del zapato, y hacerle como un bordón o bien a cruz, o bien hacerle una especie de costura pero a mano, con aguja

- Y desde el 87 estás repartiendo kiowa ¿cómo los haces? ¿vas tú a la fábrica?

- Exactamente, yo voy a la fábrica, me traigo la kiowa, la preparo aquí...

- ¿En qué consiste prepararla?

- Poner los números, contar trabillas, contar adornos, ver si está completa la faena, dispuesta para la aparadora, después la meto cada una en su bolsa y a repartírsela a las mujeres, según las mujeres, según los pares que piden las mujeres, así a cada una le doy la faena

- ¿Te traes siempre trabajo de la misma fábrica?

- De la misma, desde el primer día

- ¿Y las pasadoras que tienes son siempre las mismas?

- Las mismas, a veces unas vienen y otras se van, según cada una lo que le interesa el precio de cada partida, porque cada una apara a un precio

- ¿Tú tienes algún tipo de contrato con esa empresa?

- No, ninguno, nada de contrato porque estamos fuera

- ¿Tú tienes un pequeño taller?

- Sí, tengo un taller, yo no pertenezco a esa empresa, me llevo la faena, ellos me la pagan y...

- A ti te pagan los pares que tú entregas, y tú pones los precios a las mujeres que trabajan

- Exactamente, ellos me dan un precio y yo...

- ¿Y te pagan más si haces más pares o te lo pagan todo igual?

- Me lo pagan todo igual, haga mil o dos mil

- ¿Y consideras que lo que cobras por lo que hacen es justo?

- Por una parte sí, cobro un salario que está bien

- ¿Cuantas mujeres trabajan para ti?

- Ahora tengo 33 mujeres

- Eres un empresario [ríe]

- Un empresario sin empresa pero...

- ¿Son todas de aquí del barrio?

- Son todas del Palmeral, todas del Palmeral.

- ¿Trabajan bien?

- Sí

- ¿Dentro del calzado el pasado es una de las cosas que peor se paga?

- Sí, es uno de los temas más mal pagados y es un trabajo más duro que otros, más que estar montando, porque una mujer para ganarse 2.000 pesetas al día tiene que hacer treinta o cuarenta pares, y un par cuesta tres o cuatro minutos siendo una mujer rápida

- ¿Y el par ¿a cómo lo pagas?

- A 70, que se tendrían que hacer treinta pares para ganarse 2.100 pesetas. Son muchas horas y está muy mal pagado. Tenía trabajando 75 mujeres aquí y la mitad se me han ido porque no yo no puedo pagar más, como la empresa no me lo paga a mí yo no lo puedo pagar

- Además la kiowa no se hace en ninguna fábrica

- No se hace, no

- Y el aparado no está tampoco en casi ninguna fábrica

- La kiowa no está en ningún sitio, sólo se hace en la calle, después también hay máquinas para hacerla, también se puede coser a máquina pero...

Un segundo testimonio, en este caso de un taller de aparado, propiedad también de un extrabajador del calzado y expropietario de una pequeña fábrica, completa la información sobre este tipo de talleres. Como en el caso anterior, el taller funciona con sus propios trabajadores y además con trabajadoras a domicilio. Se trata, igualmente, de un taller clandestino.

(23) Tengo un taller de aparado clandestino, desde el 86, lo tengo diez años ya

- ¿En la ciudad o en el campo?

- Lo tengo en la ciudad

- ¿Cuantas mujeres trabajan?

- Dentro del taller hay catorce

- ¿Y das trabajo también fuera?

- Claro, si no, no funciona

- ¿Trabajas para una única empresa o para varias?

- Para una, sólo para una desde hace seis o siete años

- ¿Cuanta producción semanal haces?

- Una media durante todo el año de unos cuatro mil pares

- Eso es bastante ¿no?

- Sí, es bastante

- ¿Tienes algún tipo de relación laboral con esta empresa?

- No, relación laboral ninguna, eso es lo que las empresas normalmente buscan

- (...) ¿El trabajador ha perdido la estabilidad?

- La estabilidad sí, bueno tampoco es eso, porque por ejemplo, lo que ha perdido es la seguridad social, el trabajador ha perdido la seguridad social. Yo, en el tiempo que tengo el taller pues posiblemente se han ido tres o cuatro personas, pero hay gente que están los diez años trabajando conmi-

go, y están sin seguridad social, han perdido la seguridad social, la estabilidad en el trabajo no porque la tienen durante casi diez años, ha ido entrando gente porque el taller se ha ido haciendo grande, bueno no grande sino metiendo más gente, empezamos trabajando tres o cuatro y ahora somos catorce, bueno no es tanto como para decir esto es una empresa seria, en la vida será «eso», una empresa seria, pero en este tiempo menos dos que entraron el año pasado, la que menos lleva cinco años. Estabilidad sí, lo que no hay es seguridad (...) el sueldo puede ser el mismo, bueno hay de todo, en la viña del señor y en el aparado hay de todo, el sueldo es un sueldo medio de un trabajador normal y corriente, y continuo durante todo el año, pero no hay cotización a la seguridad social, por una sencilla razón: esa empresa ojalá, ojalá diese el dinero para cotizar a la seguridad social, que esas catorce personas, más yo quince, más tal, ponle de catorce a dieciséis personas, pues la cotización sería de un millón al mes, ojalá allí entrara un millón de pesetas al mes de beneficios, porque entonces no tendría casi ningún problema, sin embargo no es así, la verdad es que tampoco tengo un sueldo de 20 o 30 mil pesetas, por la actividad que hago gano más, pero más ¿qué puede ser? una media de...250 o 300 mil al mes, y no hay forma...posiblemente dejando esta empresa o buscando otra pero es que también me da miedo buscarme otra salida, por lo anterior, no sé qué forma habría de buscar ese millón de pesetas para cotizar a la seguridad social y luego aparte mi sueldo y una empresa que tiene catorce personas dentro y otras tantas fuera que es una empresa de treinta personas, bueno si tuviéramos que dar de alta a todas, hablamos de dos millones, en el calzado un aparado no lo da por muy grande que sea, de ninguna forma

- ¿Se puede sostener el calzado por lo que estás diciendo ahora, porque hay mucha gente que trabaja así?

- Algo tiene que cambiar en el calzado, algo tiene que cambiar, pero eso lo llevamos diciendo ya unos cuantos años, como veinte, decimos que esto no puede aguantar y lleva veinte años aguantando, no sé cuando va a cambiar, no sé, es un trabajo manufacturero, tercermundista, a lo mejor los sueldos no, pero en la forma de trabajar sí es tercermundista y lo sabemos, lo sabemos casi todos los que estamos dentro del calzado

- ¿Qué cobra hoy una aparadora en casa por coser un salón?

- Es que yo no trabajo, no te lo puedo decir, porque hacemos caballero y porque yo trabajo en cadena, tanto dentro como fuera, entonces para hacer un salón entero no te lo puedo decir, lo pagamos por operaciones. Normalmente la gente que trabaja en casa tiene una máquina de coser plana, sencillita, entonces como nosotros hacemos caballero, hacemos botas y tal, yo preparo fuera y lo pago por operaciones, si lleva tres operaciones se le pagan tres, si lleva cuatro, cuatro y lo más difícil lo meto dentro que hay

máquinas altas, hay cortahilos, hay un poco de lo que no hay fuera.

- Y un zapato estándar de caballero...entre hoy y hace quince años, ¿qué aumento ha tenido el aparado?

- ¿De precio? No creo que se haya doblado, si hablamos de un tiempo en que el coste de la vida se ha doblado, desde luego el aparado no, también se trabaja de otra forma. El sueldo medio que se paga a una aparadora, hablando claro, en el taller mío, a una aparadora se paga un sueldo desde 30.000, como se trabaja a destajo, hasta...las más rápidas con algunas máquinas que pueden llegar a 50.000, algunas, hay un margen de 20 mil pesetas, depende de la rapidez.

Si estos dos talleres se han consolidado y gozan de una cierta estabilidad, no todos lo consiguen en esta entramada y compleja red que constituyen los talleres. El taller es una realidad a caballo entre la pequeña empresa y el trabajo autónomo, pueden crecer o consolidarse, o pueden constituir una variedad del trabajo a domicilio. Es el caso de este trabajador a domicilio:

(10) - ¿Y en el 92?

- Puse un taller con mi hermano

- ¿Cuántas personas trabajaban en el taller?

- Cuatro

- ¿Era en régimen de cooperativa?

- Nooo, no, éramos dos hermanos

- ¿Y cada uno ganaba según el trabajo que hacía?

- Sí, sí, ganaban más las empleadas que los jefes

- Eso está bien [ríe]

- Te lo digo en serio ¡eh!

- ¿Y os daban la faena de fábricas o talleres?

- De fábricas, y teníamos un taller también

- Corríais con los gastos del alquiler...

- Del alquiler, el agua, la luz

- ¿De quien eran las máquinas?

- Mías, mías y de mi hermano

- Y lo que ganabais era...

- Poco, el problema es que no había tanta faena

- ¿Menos faena de la que hay ahora?

- Uf, menos, mucho menos, ahora sí que hay faena, lo que me dicen en la calle

- ¿Cuánto tiempo estuvisteis en el taller?

- Un año. No había faena y para eso prefiero trabajar en casa que no pago

alquiler, no pago luz. Cerramos el taller, mi hermano se llevó una máquina y yo mis dos máquinas y a trabajar en casa, cada uno por su cuenta.

El origen de estos talleres es muy diverso. En algunos casos, como los que se analizan en este apartado, la iniciativa de su organización corresponde a trabajadores que han perdido su empleo y han aprovechado sus conocimientos del mundo del calzado para buscar un medio de sobrevivir. En otros casos, como de manera dispersa aparece en muchos otros testimonios recogidos en esta investigación, la instalación de un taller es iniciativa de una empresa determinada que decide descentralizar una fase determinada de la producción -casi siempre el aparado, pero también la fase preliminar del preparado, el cortado u otras tareas-. Estos talleres con frecuencia están en manos de trabajadores de la misma empresa que se autonomizan, o de familiares directos de los propietarios. La empresa entonces puede correr con la totalidad de los gastos de montaje del taller o una parte, facilitar las máquinas, o colaborar en su adquisición. Finalmente, algunos talleres son propiedad de las empresas fabricantes, aunque para su gestión estén a cargo de un trabajador autónomo.

El intento de describir minuciosamente el mundo de los talleres de calzado puede originar más confusión que aportar conocimiento. Y ello porque las mismas categorías que usamos para dar cuenta de esta realidad no se adecuan a la realidad misma. Términos como asalariado, autónomo, empresario, pierden su sentido en la economía sumergida: «*yo en el setenta y tantos sabía muy bien definir cuál es el papel que estoy haciendo ahora, tenía una definición muy clara*», dice el propietario de un taller, en una declaración que encierra al mismo tiempo sentimientos de culpabilidad y argumentos para exculparse. Como «*un empresario sin empresa*» se autodefine otro propietario de un taller clandestino.

Además de los tipos de talleres ya descritos, que parecen ser los más frecuentes, aparece otro tipo de taller sobre cuya frecuencia nada podemos establecer. Se trata de una mujer que ha sido a lo largo de su vida laboral alternativamente trabajadora de fábrica y a domicilio. En la actualidad trabaja en un taller situado en los bajos de su vivienda. Ella subarrienda el taller a otras trabajadoras a domicilio, que prefieren utilizarlo en lugar de su propia casa. Cada una de ellas dispone de su propia red de relaciones que les asegura el trabajo, bien a través de repartidores, bien directamente de las fábricas. Como ella misma describe en el siguiente

testimonio, además de trabajar para las fábricas, trabaja también para otras trabajadoras a domicilio, concretamente, realiza la tarea del «doblado», que forma parte de las tareas del preparado previo al aparado del calzado. Al disponer de dos máquinas específicas para esta tarea, las aparadoras subcontratan con ella esta fase y se la pagan de su propio salario, convirtiéndose a sí mismas en nuevas intermediarias de la larga cadena de la producción del calzado.

(16) - ¿Tú tienes esta planta baja alquilada?

- Sí, alquilada de palabra, tampoco tengo papeles, la pago todos los meses, 8.000 pesetas (...) aquí trabajamos varias mujeres, unas veces vienen ellas o otras. Tengo dos máquinas, en ésta hago «vivo», esta otra me la vendió una empresa, la empresa quería que le hiciera «un invertido» y como no podía hacerlo en esta máquina vieja, me vendieron ésta poco a poco, la misma empresa, ya es mía, tampoco tengo papeles legales, tengo sólo como que he pagado algo.

- ¿Para cuantas empresas trabajas ahora?

- He estado trabajando para mí marido, y ahora para esa empresa del invertido, que es de Elda, ahora ya se acabó, me traen a lo mejor una temporada de [cita una de las más prestigiosas fábricas de zapatos] un poquito, también de [cita otra importante fábrica de calzado deportivo] otro poquito, pero así seguro no tengo. Ahora me traen un modelo que les gusta que se lo haga yo y me traen a lo mejor un mes faena, otro mes no me traen nada. Al que más le he trabajado es a [...] que ha cambiado de nombre, bueno que en realidad se llama de un montón de nombres, sabes, esa empresa estuve trabajando hasta el año pasado, después ha desaparecido, no sé si ha cambiado de nombre, me deben seis o siete mil ptas. Desde que empecé hacía también para ..., para Ramón que se llama el repartidor, y también le hacía una faena para otro.

- ¿Y cómo buscas la faena?

- Llevo mucho tiempo y los repartidores me conocen: oye una dobladora, pues aquí, pero así constante una empresa que me traiga no tengo, no tengo porque tienen...a lo mejor algunos modelos les interesa llevarlos a un taller grande, que allí se lo hacen todo, y hay otros modelos que les interesa que yo haga y me lo traen. [...] me trae sólo cuando tienen una faena que les gusta como les hago y a lo mejor me traen seiscientos o mil pares y hasta dentro de dos o tres meses no me traen nada (...) hay semanas que a lo mejor me saco 30, pero de esas 30 tienes que descontar todos los gastos, que la cola vale un dineral, el hilo vale un dineral, la luz vale un dineral, de la luz yo pago siempre el doble de lo que pagan mis compañeras, porque las máqui-

nas van a calor y gastan más luz. Los precios, lo más ajustados que pueden, la faena que te sale a 800 o 1000 pesetas la hora...pero no siempre...hay dobladoras que se sacan más pero yo soy más lenta, el «vivo» me va mejor, yo no tengo bastante trabaja para tener una chiquita que me ayude, además yo soy meticulosa.

- ¿Los precios se ajustan a lo que haces?

- Los precios los pongo yo, pero ya te digo los pongo considerando quien me lo manda y lo que puedo sacar, ahora por ejemplo tengo tres aparadoras que les doblo yo a ellas la faena, porque si no se la tienen que doblar ellas a mano porque no se la traen doblada de las fábricas pequeñas,...a lo mejor una amiga: ay, tengo una faena de invertido, tengo unos pares, ¿me los puedes hacer?, y a lo mejor son cien pares, ahora mismo estoy haciendo eso, en todo el día no he hecho otra cosa, ciento veinticuatro pares, y a ellas les hago un precio más bajo, les cobro menos, lo que cobro a 18 a ellas se lo cobro a 15, ellas la tendrían que hacer a mano porque realmente en la máquina cuesta hacer esa faena, pero para ayudarles a ellas más que nada

Es posible que existan todavía muchas otras modalidades de talleres clandestinos a los cuales no hemos tenido acceso. En cualquier caso, hay que establecer que una densa red de fabricas, talleres y viviendas donde se produce calzado cubre todo el territorio del municipio: en el casco urbano o en el campo; en pequeñas naves, o en bajos; en construcciones agrícolas o en chalets rodeados de jardín. Según el relato de una joven trabajadora, la densidad de talleres en el campo es tal que las estrechas carreteras del área rural se ven a menudo colapsadas, hasta el punto de haberse negociado entre los talleres un sistema de horarios escalonados para evitar las aglomeraciones.

(23) ¿Hay muchas empresas de estas características en Elche ahora?

- En el aparado casi todas, y quien lo tiene dado de alta el taller, no paga la seguridad social, conozco un poco el mundillo este, cada año o así cuando le aprietan mucho los gastos de la seguridad social cambian de nombre, o cierran o yo que sé, como es una empresa tan poco consistente los talleres de aparado...

6. Los jóvenes en el calzado

Los jóvenes que se incorporan al trabajo en los noventa lo hacen aún en peores condiciones que aquellos que lo hicieron en los ochenta. Ellos conforman un segmento de trabajadores muy particular: sin experiencia,

sin formación profesional, sin apenas oportunidades, llegan al mercado de trabajo en algunos casos antes incluso de haber cumplido los dieciséis años. Sólo tienen un proyecto: ganarse la vida como sea; sólo tienen una posibilidad de hacerlo: aceptar las condiciones de trabajo que les son impuestas mientras tratan de valorizar su fuerza de trabajo aprendiendo un oficio.

Las biografías laborales de los jóvenes trabajadores del calzado no sólo son breves por la limitada experiencia que pueden narrar. Sin pasado, sin apenas presente y con un futuro incierto los jóvenes entrevistados se limitan a responder parcamente a las preguntas que les son planteadas. La entrevista abierta se convierte con ellos en un cuestionario administrado. No es que no tengan nada que decir, es que no quieren hablar, más exactamente, no quieren reflexionar sobre su vida laboral: «*es que no me gusta hablar de eso*» dice explícitamente una trabajadora de dieciséis años.

El material biográfico, más allá de la información que aporta sobre los individuos y sus condiciones de vida, tiene la cualidad de generar emoción: con frecuencia conmueve tanto como informa. Si esta investigación se abría con el conmovedor relato de los niños trabajadores en las fábricas en los primeros sesenta, se cierra con el silencio conmovedor de los jóvenes de los noventa. Pero aquí no es la narración de una experiencia vivida lo que conmueve, es el silencio en torno a ella: son los únicos que sistemáticamente callan el nombre de las empresas o los talleres donde trabajan; los únicos que esconden las dificultades de sus familias para sobrevivir, que sin embargo se hacen patentes; los únicos que eluden una valoración de su propia situación laboral y vital.

Es cierto, sin embargo, que no cabe achacar exclusivamente sus actitudes a la precariedad en la que se desenvuelven, interpretando así como síntomas de desesperanza lo que puede ser simplemente efecto de la perspectiva. Si la vida de los trabajadores adultos, por difíciles que hayan sido las coyunturas atravesadas, no participa de las mismas características es porque lo que entregan es una experiencia ya elaborada, una trayectoria ya recorrida que les condujo a alguna parte. La densidad de la experiencia corre pareja con la densidad de la elaboración, aunque ésta sea muy desigual para unos y otros.

Por precarias que sean las condiciones en que estos jóvenes se están integrando en el mercado laboral, desde la perspectiva que esta investigación aporta, difícilmente puede establecerse que su situación sea peor que

la de sus padres. Por el contrario, aunque algunos empiezan a trabajar antes de los dieciséis, muchos de la generación de sus padres lo hicieron en torno a los diez y bajo similar régimen: sin contrato, con jornadas larguísimas, en trabajos de aprendiz que no siempre les permitían llegar a conocer un oficio, con una elevada rotación entre unos y otros puestos de trabajo y a cambio de salarios muy bajos que fijaban arbitrariamente los empleadores.

El pesimismo respecto a los jóvenes surge no tanto de la observación de su realidad actual como de las perspectivas que se auguran. Para sus mayores, los inicios fueron difíciles, pero las circunstancias favorables de la economía, el aprendizaje de un oficio, la organización y muchas horas de trabajo les permitieron cumplir las limitadas ansias de movilidad que alentaron su entrada en el calzado. Para estos jóvenes, sin embargo, que parten de situaciones más consolidadas, no cabe esperar una mejora de sus condiciones. Ni siquiera está claro que vayan a poder desarrollar su carrera laboral en el calzado.

Los resultados de esta investigación coinciden, en los grandes rasgos, con muchas otras que se han ocupado de los jóvenes trabajadores. Así, J.Petras, a partir de su propia investigación, hace una descripción de la situación de los jóvenes que coincide punto a punto con las conclusiones de ésta: «De ahí que, mientras los padres cambiaban de una clase obrera que pasaba necesidad, o de una condición campesina, a una vida de clase trabajadora holgada, los hijos bajan de un hogar estable de clase trabajadora a un empleo inestable y a una existencia precaria. Aunque comienzan en un punto de partida superior al de sus padres, tienen unas perspectivas de futuro mucho menos atractivas de cara a alcanzar la movilidad de sus padres. La mayoría de los jóvenes trabajadores temporales prefieren no pensar o hablar acerca del futuro, que es muy amenazador. Mientras que sus padres hacían planes de futuro, los eventuales evitan pensamientos acerca de él y viven para el presente (lo único que pueden permitirse). En una palabra, no hay continuidad entre padres e hijos, madres e hijas; entre el pasado, el presente y el futuro» (Petras, 96: 59)

Si la entrada en la vida laboral sigue produciéndose para estos jóvenes a edades muy tempranas, ello significa el abandono temprano de escolaridad. En relación a la generación de sus padres, gozan de una ventaja: no tienen que realizar el esfuerzo suplementario de completar su formación con clases nocturnas. Según el último informe sobre la juventud en Espa-

ña (Martín Serrano y Velarde Hermida, 1996), el sector de los jóvenes cuya ocupación es el estudio tiende a crecer sistemáticamente, en detrimento de los que trabajan, sin embargo aún en 1996 «(...) el número de los jóvenes que dejan de estudiar antes de los 15 años sigue siendo muy elevado. Concretamente de cada cuatro personas jóvenes que dejan de estudiar hay una que lo dejó en tan temprana edad». En la misma encuesta se afirma que el motivo aducido por estos jóvenes para el abandono es en la mayoría de los casos que «prefieren el trabajo a los estudios».

Sin embargo, y aquí muestran su virtualidad las técnicas cualitativas de recogida de información, la escucha atenta de los jóvenes, además de corroborar lo que establecen las encuestas, permite establecer que este tránsito no se produce de la manera natural y exenta de tensiones que caracterizaba a las generaciones anteriores. El abandono de los estudios es una decisión que hay que tomar y justificar cuando social y familiarmente se han creado otras expectativas que, en la práctica, parecen irrealizables. Es pues una decisión conflictiva cuyos ecos resuenan en el discurso una y otra vez.

En todo los casos, los jóvenes utilizan la misma expresión casi idéntica: "*no me gusta estudiar*", "*no me gustaba estudiar, lo deje porque no me gustaba, nunca me ha gustado estudiar*". Nada que ver con las generaciones adultas que deploran, desde la mayoría de edad, no haber seguido estudiando. Los jóvenes rechazan en todos los casos explicaciones alternativas a este temprano abandono cuando les son sugeridas: ni el fracaso escolar, ni la falta de recursos en sus hogares se admiten ni siquiera como factores explicativos complementarios del abandono, y la misma formulación simplista se reitera una y otra vez:

> *-¿Podrías estudiar si quisieras?*
> *-Claro que podría estudiar, pero es que no me gusta, si yo me pongo me lo saco pero es que no...no es lo mío.*

La propia reiteración y el énfasis con que se produce convierten en sospechosas estas afirmaciones. Pero mucho más aún cuando los jóvenes añaden después otra reflexión:

> (9) *Tengo que ayudar a mis hermanicas que están en el colegio, que es lo suyo, a mí no me gustaba pero es lo suyo, yo me arrepiento ahora, la mayoría se arrepiente, me arrepiento*
>
> *(15) (...) sé que me arrepentiré, todos se arrepienten*

Si abandonamos un momento la perspectiva *emic*, es posible que podamos arrojar alguna luz sobre esta aparente incongruencia que, sin embargo, se impone con la fuerza de evidente: *no me gusta, no me gusta*. El problema es, como hace mucho tiempo plantearon Bourdieu y Passeron (1977), la reproducción de la desigualdad social en sociedades que se predican a sí mismas como igualitarias, o más exactamente, que afirman la igualdad de oportunidades de partida para todos: ¿cómo hacer convivir un sistema educativo, abierto y más o menos igualitario, permeable teóricamente a todos o a casi todos, con el imperativo de una distribución no igualitaria en el campo laboral, social y económico, cuando la idea de las desiguales capacidades no resiste la menor prueba empírica?. Para encontrar la respuesta es necesario volver los ojos hacia la institución escolar, el lugar donde se hace efectivo el igual acceso y la socialización en la desigualdad necesaria para la reproducción del sistema.

Es sobre este argumento genérico que se levanta la investigación de Paul Willis (1988). Pero él va mucho más allá, rastrea entre los jóvenes en trance de abandonar la escolaridad sus actitudes ante la totalidad del sistema, el modo particular en que se genera una cultura contraescolar. El rechazo a la escuela, el *no me gusta estudiar*, no es solo un síntoma de inadaptación, o de una crisis de los modelos educativos, es el modo en que se resuelve una contradicción que no puede ser captada por quienes se ven inmersos en ella: «De modo contradictorio e involuntario la cultura contraescolar logra uno de sus principales objetivos, aunque no reconocido: la orientación voluntaria de una gran proporción de chavales hacia el trabajo manual cualificado, semicualificado y no cualificado. De hecho, lejos de contribuir a la actual 'crisis' de la educación, la cultura contraescolar y los procesos que patrocina han contribuido a impedir una crisis real» (Willis, 88: 209).

Esta reflexión es, si cabe, más interesante, porque Willis la asienta en un trabajo empírico de gran interés y porque, huyendo de cualquier radicalismo simplista, llama la atención sobre las contradicciones del sistema escolar sin descalificarlo en su conjunto, sino añadiendo a la explicación de su modo de funcionamiento otras consideraciones que ni son ni pueden ser explícitas: «No se trata de un argumento contra, o de una crítica sencilla, del progresismo u otros tipos de reforma institucional. Cualquier tipo de cambio o modificación educacional encontrará sus propias formas no intencionadas, contradictorias e invisibles de reproducción en comple-

jos vínculos con las culturas de clase y los requisitos objetivos del sistema exterior. Más bien es esta la cuestión: que ningún objetivo institucional, ninguna iniciativa moral o pedagógica se mueve en el aire cristalino de las buenas intenciones y de la mecánica cultural newtoniana. Cada movimiento debe ser considerado en relación con su contexto y con los círculos apropiados de efectividad del mundo inferior (normalmente par los ojos institucionales y oficiales) de la reproducción cultural y del mundo principal de las relaciones de clases sociales» (Willis, 88: 210)

Hay que pensar entonces que ese *«no me gusta»* expresa lo que Willis llama la «cultura contraescolar», y que la tensión que el oyente detecta bajo una formulación tan simple surge de la violencia que genera su oposición necesaria, y de alguna forma inducida, a un sistema en el cual, sin embargo, se han depositado todas las esperanzas de redención moral y de movilidad social a lo largo de las ultimas generaciones, y que ellos mismos comparten. Por eso saben que se arrepentirán, por eso saben que no han elegido el mejor camino. Lo que quizá no saben, al menos con plena conciencia, es cuán poderosas e ineluctables son las fuerzas que les han empujado a elegirlo.

Finalmente, para entender en muchos casos las presiones que empujan a estos jóvenes a abandonar los estudios, hay que tener en cuenta otro factor que ellos callan, pero que se hace patente a lo largo de las entrevistas: con frecuencia la situación económica de las familias obliga a muchos a buscar un trabajo bajo cualquier condición que se les presente. El paro y el trabajo a domicilio no son recursos suficientes para subvenir a las necesidades familiares, que sólo consiguen ser cubiertas a fuerza de las aportaciones, por mínimas que sean, de todos sus miembros. Sólo que en su particular explicación de la situación actual se encuentra con frecuencia la idea de que la pobreza es algo que hoy ya no existe.

(15) - ¿Tienes claro que a través del trabajo puedes conseguir las cosas que deseas?
- No lo sé, por lo menos lo estoy intentando
- Porque, si estudiar no te gusta...
- No, quiero trabajar
- Trabajar y trabajar
- Eso aparte que me hace falta, que si no, no trabajaría
- Pero, si estudiar no te gusta...
- Pero, si no me hiciera falta, pues...pasaría el tiempo estudiando, pero

me hace falta, y con el trabajo sé que por lo menos el día de mañana puedo tener algo, una casa, un techo para vivir por lo menos, porque si no, no haces nada

- ¿Aunque sea sin contrato?

- Todo llegara.

Respecto a la generación de los padres, las trayectorias laborales de estos jóvenes muestran una diferencia importante. Los jóvenes trabajadores de los noventa entran y salen del calzado continuamente, dependiendo de las oportunidades de cada momento y, por tanto, difícilmente pueden abandonar su status de eternos aprendices. La precariedad laboral impide que puedan generar ni siquiera un proyecto de futuro. Por ello, tener contrato se convierte en el único medio para acceder a unas condiciones normales de vida. El contrato no es, como para sus padres, una medio para generar derechos sociales, que les permitirá en un futuro próximo volver a cobrar el desempleo. Para ellos es sencillamente el paso necesario para poder autopercibirse como trabajadores:

- (...) ¿Cómo dirías que ha evolucionado tu vida laboral?

- Hombre, ahora es más serio, antes al no tener contrato y eso tenía más libertad, te podían exigir cosas pero hasta cierto punto, ahora con el contrato pues ya te sientes más obligado y también es más seguro, antes no te podías meter en nada, porque igual no había faena y estabas dos semanas sin trabajar.

Sin embargo, dado que la mayoría trabaja sin contrato, cuando se ven forzados a obtener ingresos pueden buscar cualquier otra forma de actividad, normalmente tan precaria como el calzado. Ello les impide el aprendizaje del oficio, que como se ha visto, se ha realizado y se sigue realizando básicamente en las fábricas. Contreras (1997) llama la atención sobre las repercusiones que este hecho puede tener para el calzado: el proceso histórico de acumulación de «saber hacer» en este sector y en este espacio se ve truncado por primera vez, y ello puede afectar de forma especialmente relevante a las relaciones laborales del calzado, comprometiendo incluso el futuro del sector en este territorio.

Entre todas las entrevistas realizadas a jóvenes se han seleccionado estos tres testimonios porque ejemplifican perfectamente la misma situación muchas veces narrada.

(12) - ¿A qué edad empezaste a trabajar?

- No me acuerdo, creo que tenía 16 años, en el 1990

- ¿Cuánto tiempo estuviste trabajando?

- Dos años

- ¿Era un taller o una fabrica?

- Una fábrica

- ¿Te hicieron contrato alguna vez?

- No, ninguno

- ¿Y por qué te fuiste?

- Porque cerró y entonces ya nos tiraron a todos fuera

- ¿Y no tuviste derecho a paro?

- No, nada

- Entraste después de unos meses en [...] ¿Te hicieron algún tipo de contrato?

- No

- ¿Cuánto tiempo estuviste?

- Cuatro meses o así

- (...) ¿Por qué te fuiste?

- Sólo estuve para el apretón de la faena, me dijeron: ya te llamaremos, y claro...ni te llaman, ni nada

- ¿Y qué hiciste?

- Estuve otra vez con mi madre, no me acuerdo cuanto tiempo, estuve un año o así, después entré en una cooperativa de fruta, envasando.

- ¿Cuánto tiempo estuviste allí?

- Estuve dos años, hasta el año pasado

- ¿Te hicieron algún contrato?

- Tampoco

- ¿Trabajabas muchas horas?

- Pues sí, de 8'30 a 1'30, y de 3'30 a salir luego por la noche igual nos daban las 10 o las 11, según la tarea que hubiera

- ¿Cobrabas mejor que antes?

- Por horas, según las horas que hicieras (...) entonces me pagaban a 325 la hora

- Y después...

- Ya no hice nada

- Pero estás trabajando aquí en casa con tu madre ¿no?

- Sí

- (...) ¿Y tú qué haces concretamente?

- Estoy aparando

- ¿Cuántas horas trabajas?

- Muchas (...) termino a las 9 o 10, y si tengo...que tiene que salir urgente, pues ya hasta las 11 o así.

- (...) ¿Te gustaría más trabajar fuera o prefieres estar en casa?

- No, me gustaría más trabajar en una fábrica

(15) - ¿Tienes contrato?

- No, nos dijeron que nos iban a hacer contrato pero como la faena afloja un poco...nos dijeron: esperaros a ver si la faena sube para arriba y os lo hacemos, pero como yo esa historia ya me la sé de memoria no me la creo

- ¿Hay gente con contrato allí dentro?

- Algo, un señor de la vía tiene contrato, los otros hombres dicen que si no les hacen contrato que se van

- O sea que están los seis hombres de la vía sin contrato, tú que eres la envasadora sin contrato y las otras tres sin contrato, y el cortador. O sea que estáis todos trabajando sin contrato

- Menos un chiquillo que tiene dieciséis años que tiene contrato porque es de aprendizaje o no sé que, es el único que tiene contrato, los otros sí que han tenido contrato pero se les ha acabado y ...

- ¿Te pagan lo mismo hagas las horas que hagas?

- No, ahora por ejemplo que hay poca faena nos pagan a jornal, me pagan 25.000, cuando hay faena te pagan treinta y pico cuarenta y una, esta bien.

(11) - ¿Cuándo entraste a trabajar?

- El 8 de noviembre del 96

- Hasta...

- El 17 de febrero del 97

- (...) ¿Qué actividad hacías tú?

- Yo alogenaba suelas

- (...) Tenías 15 años, ¿no tenías contrato?

- No ninguno

- ¿Por qué abandonasie este trabajo?

- Porque como era alérgico, me dio alergia lo primero que hacía

- (...) ¿Y qué hiciste después de febrero?

- Estuve un tiempo parado, una semana, y después estuve dando cola

- ¿Dónde entraste a trabajar

- A un taller

- ¿Hasta cuando estuviste?

- Hasta la semana pasada, he estado dos o tres meses

- ¿Y por qué lo has dejado ?

- Porque dice el amo de allí que tenía un sobrino y lo metió

- Y prefería meter a su sobrino

- Sí

- ¿Y no eras alérgico a la cola?

- No

- Tampoco has tenido ningún contrato
- No
- ¿Y ahora qué vas a hacer?
- Ahora buscar otro, estoy buscando trabajo
- ¿Crees que vas a encontrar trabajo?
- Yo creo que sí
- Pero, ¿hay gente de tu edad trabajando? ¿crees que es fácil encontrar trabajo a tu edad?
- Sí
- ¿Cuántos chicos y chicas de tu edad conoces que están trabajando con contrato?
- Pocos, la mayoría sin contrato
- ¿Y ganan bien?
- Algunos no, otros sí
- ¿Qué es ganar bien para ti?
- Yo ganaba 18.000 [semanales] dando de cola, yo tenía un amigo que estaba en una obra y tampoco ganaba mucho
- Y entre estar en una obra y dar de cola ¿prefieres dar de cola?
- Dar de cola

7. Evaluación del Proceso

La percepción que los trabajadores tienen sobre la evolución del sector coincide casi exactamente con el análisis realizado al inicio de este capítulo. La década se inicia con una crisis en el calzado que se prolonga desde los ochenta y que se agrava en los primeros noventa. Sin embargo, a partir del 94 los indicadores ilustran una recuperación del calzado, sobre todo gracias a la recuperación de las exportaciones.

(25) (...) en el 93, estuve tres meses o cuatro sin encontrar nada de trabajo porque entonces estaba fatal el trabajo, no había casi nada en el calzado, fue una época malísima, no había apenas trabajo, y estuve hasta abril sin trabajar en ningún sitio, luego en abril empecé a trabajar.

(13) -¿Y los últimos cinco años?
-Va la cosa mejor, por lo menos faena hay más que antes, ha habido una temporada que no había faena ninguna, y en estos cinco años mejora, hay más trabajo.

(21) Hace cinco años estaba el calzado muy parado, nadie se arriesgaba a invertir porque no había ninguna seguridad en el calzado, estaban cerrando

muchas fábricas, salieron muchas fabricas de aquí de Elche al extranjero...hasta que no se vio la cosa clara no se ha invertido

Todas las entrevistas coinciden en el mismo diagnóstico: hay faena, el calzado va bien, vuelve a haber trabajo para todos. Parecidas expresiones aparecen reiteradamente en boca de todos los trabajadores. Sin embargo, esta evolución positiva no parece ser excesivamente valorada por los trabajadores, su experiencia en el calzado les dicta que en el sector las coyunturas favorables van seguidas de otras desfavorables y que, por lo tanto, tal y como ocurrió entre el 90 y el 93, puede volver a no haber trabajo. La actual coyuntura favorable es percibida como un aliviadero temporal de la precariedad más que como una superación definitiva de la crisis

(6) Yo lo único que veo es que sí, que hay más faena, antes hubo una temporada que se perdió mucho y ahora hay muchísima faena, cada día la gente vuelve a comprar tanto como antes, como hace muchísimos años, tanto nacional como de fuera, se vende mucho, pero en los otros temas lo veo igual, no veo que evolucione.

(20) (...) por desgracia estamos metidos dentro de una supuesta crisis, una supuesta crisis que yo vengo oyendo desde hace alrededor de 30 o 35 años, porque el calzado siempre ha estado en crisis, pero es una crisis muy extraña, todos los años batimos récords de exportación, batimos récords de producción, cada vez se considera que se hace con menos trabajadores, y es mentira, el número de trabajadores no ha disminuido, lo que ha disminuido es el número de trabajadores dados de alta, lo que en Elche ha aumentado de manera espantosa es el trabajo clandestino (...) quizá se haya disminuido un poco la gente porque evidentemente la crisis en esta forma de trabajo acaba hartando a la gente. Mucha gente va buscando otras salidas diferentes al sector calzado. Antes, en los años sesenta, era impensable que alguien que viviera en Elche no se propusiera buscarse un puesto en una empresa que era un sitio estable, un sitio que tenía una jornada marcada, un salario regular, y que cuando terminaba tenía siempre opción de buscarse otra cosa, ahora no, ahora si puedes ya de entrada no entras en la industria del calzado, porque es una industria que está muy maleada, muy pirateada y, si puedes, te buscas una salida en otro sector

Por otra parte, que haya trabajo en estos momentos no representa un cambio cualitativo para los trabajadores. En la práctica, los años noventa,

tanto en los primeros de la crisis como en el período actual, suponen para los trabajadores la precarización total de sus condiciones de vida y de trabajo. La única diferencia entre el primer y el segundo períodos de la década es que, durante este segundo pueden trabajar siempre que acepten cualquier condición que les sea ofrecida.

La definición que de situación actual hace un trabajador del calzado que durante treinta años ha estado en el sector y lo ha abandonado hace algunos años, refleja con bastante nitidez la percepción que los trabajadores tienen de su situación:

> *(3) En los últimos cinco años puede que haya una recuperación económica, pero no de tipo social, quiero decir, lo que ya no se ha recuperado y no sé si algún día sucederá en este sector y en este entorno..., en el sector calzado, dudo que en un corto plazo, y no sé si a medio o largo, se pueda recuperar esa sensación que da tener cierta seguridad, cierto optimismo en el futuro, en el trabajo o en la superación, porque las condiciones son en precario total, en precario en la estabilidad, en precario en el salario, en precario en el trato, es decir, es una situación que cuando la gente trabaja, trabaja muchas horas, los sábados, en fin, se trabaja pero hoy te dejan vivir trabajando y mañana no tienes nada. Eso afecta a la gente en el ánimo, incluso gente que ha sido luchadora, optimista y tal, pues los ves en algunos casos resignados conscientes, en otros casos hundidos inconscientemente ¿no?, porque...no sé, yo lo veo así...yo lo veo muy mal, la verdad es que...*

> *(3) Recuerdo unos años, los principios, los primeros cuatro o cinco años, del 91 hasta hace un par de años, fueron muy malos, entonces te das cuenta de la diferencia, cuando dices realmente fueron muy malos, porque fueron desastrosos para el trabajo, y en cambio para mí fueron los mejores, años que además de vivir podía ir saldando las deudas, entonces te das cuenta de que cuando se habla de la sociedad depende desde quien habla, desde donde habla, pero la sociedad en su mayoría, en conjunto, es la gente que lo pasa mal, que esta inestable y que no tiene ahora perspectivas de futuro, sobre todo la gente de mi época que no tiene formación.*

Si exceptuamos a los más jóvenes, los que tienen ahora entre quince y veinticinco años, cuyo optimismo contrasta con las pésimas condiciones de trabajo, el resto de los trabajadores, sea cual sea su situación en este momento, tiene una percepción muy negativa de la evolución del sector. Su pesimismo ni siquiera queda atemperado por la bonanza actual: es cierto que vuelve a haber trabajo; es cierto, incluso, que los salarios

percibidos pueden ser altos, pero los trabajadores son conscientes de que su situación es cada vez más precaria, que las formas utilizadas durante los años ochenta para resistir a la crisis han quedado ya obsoletas, que es difícil en la situación actual, disfrutar del desempleo como lo han hecho, y que el trabajo sumergido, al menos en su variante de trabajo a domicilio, se ha degradado también.

Lo que parece haberse agotado durante este período son sobre todo los recursos complementarios que tenían los trabajadores para paliar su situación en el mercado de trabajo. En primer lugar, el recurso a las prestaciones por desempleo, que ha jugado un papel tan importante como amortiguador de la crisis durante esta última década. Como se ha visto, los períodos de paro sin derecho a prestaciones son cada vez más frecuentes. Además de las restricciones que la legislación ha establecido, el problema de Elche es que la alternancia de trabajo sin contrato y contratos temporales, siempre muy cortos, no permite generar derechos para las futuras prestaciones.

> *(20) -El trabajador en el sector calzado en estos momentos no está a gusto (...) Yo creo...depende, cada uno habla de la feria según le va en la noria, hay trabajadores que están muy a gusto, están ganando mucho dinero...*
>
> *- ¿Aunque estén sin dar de alta?*
>
> *- Los que están sin dar de alta ninguno esta contento. Siempre se ha dicho que el trabajador ha sido cómplice de no estar dado de alta, porque cobraba el desempleo y cobraba los subsidios, ahora es totalmente mentira, desde hace unos diez años los trabajadores que están sin dar de alta están realmente pagando el pato de esta situación, quizá en cierta época pues fue muy alegremente al desempleo porque se cobraba por dos lados, aquello era realmente jauja, y jauja se ha acabado, en estos momentos un trabajador sin dar de alta la situación en la que se encuentra es la más desastrosa de su vida, porque no es solamente que no esté dado de alta, es que no tiene ningún tipo de garantías de que mañana pueda estar en esa empresa y ante cualquier reclamación la respuesta que recibe por parte del empresario es siempre lacónicamente la misma: si no te interesa, te vas.*

El otro recurso tradicional ha sido el trabajo a domicilio. Las trabajadoras a domicilio son también muy pesimistas a este respecto. Cuando el trabajo a domicilio se ha convertido muchas veces en la única fuente de rentas en los hogares, por ejemplo en el caso de las trabajadoras divorciadas con hijos a cargo, el trabajo a domicilio es un recurso insufi-

ciente. Puede que como dicen todos los trabajadores los precios hayan bajado, o puede simplemente que hayan descendido las rentas en el hogar y por tanto este tipo de trabajo sea insuficiente como fuente de ingresos. En cualquier caso el trabajo a domicilio es percibido cada vez más negativamente, tanto en lo que se refiere a las rentas que produce como a las condiciones mismas en que se realiza.

> *(25) - Pésima, para mí es pésima porque ha tenido altibajos como siempre ha tenido el calzado, pero de todas formas te digo que hoy por hoy con una diferencia muy sustancial se pagan los precios mucho peor hoy que hace diez años, seguro además, no es un comentario mío, es un comentario de toda la gente que conoce el mundo del calzado, en vez de ir a mejor creo que vamos a peor*

> *(5) R. No lo sé, porque los entendidos dicen que se va a ir el calzado de Elche, y sin embargo, aunque sea en chiringuitos, se trabaja, sea de una manera u otra, se trabaja, quizás todo será clandestino, aunque según parece también como pagan tan barato el aparado, pues se trabaja muy mal y ya van teniendo un poco más de cuidado elegir las aparadoras porque hacen churros, así que a lo mejor llegan a pagarles más, no lo sé*

> *(8) - En la situación mía de casa yo creo que ya...alguien se tendrá que espabilar y irse a fregar escaleras y dejarlo, porque nos explotan, hay veces que nos explotan*
>
> *- ¿Crees que te explotan ahora más que en otras épocas?*
>
> *- Ay, habría que ponerlo en una balanza, yo creo que, no sé, no sé contestar...o es que yo ahora necesito más*
>
> *- Necesitas más porque todo depende de ti*
>
> *- Claro, claro, es por eso.*

Otro motivo aducido para el pesimismo es la impresión de que los trabajadores no tienen ninguna posibilidad para cambiar la situación, ninguna autonomía, ningún mecanismo de defensa, y que por tanto su presente y su futuro dependen de los avatares de un mercado que no acaban de entender y de la voluntad de unos empresarios cuyos intereses parecen transparentes.

> *(4) ...había como una alegría en la gente, los veías que trabajaban con más alegría porque estaban más...sobrados, porque ellos veían que siempre había trabajo donde quisieran y no estaban tan oprimidos como ahora, porque ahora ¡ay!, tienen que ir al trabajo y tienen que conservarlo, y si no te*

portas bien, si haces esto, a la calle, porque incluso aunque tengas un contrato te pueden echar a la calle, en el momento que ellos quieran te echan a la calle, entonces, en aquella época si los echaban a la calle: pues mira, pues me voy a la otra, y se iban a otro sitio, se trabajaba más a gusto que ahora, claro que en aquella época tampoco se ganaba el dinero de ahora, pero bueno tampoco se gastaba tanto (...) porque hoy en día, si vas a ver, se tiene el trabajo peor, pero la gente vive mejor porque tienen de todo, claro no todos son iguales, no todos tienen la misma suerte, hay quien tiene todo eso y quien no tiene nada, ahora estamos viendo lo que es la gente alta y la baja, y ha habido unos años que no se notaba, eran todos por el estilo, y ahora no, el que tiene, tiene mucho, y el que no tiene, no tiene nada...y la clase media pues...están todos bien arreglados, vamos.

(6) A peor, a peor, porque la vida va avanzando y progresando mucho pero a ese nivel...van para abajo, cada vez la gente se preocupa menos de dar de alta a la gente, hay un montón de clandestinaje aquí en Elche, que si no fuera por eso se vería un montón de miseria, y veo que nadie toma cartas en el asunto de decir...esto hay que mejorarlo, ni a nivel de los empresarios, que los empresarios sólo se ocupan de hacerse el coche, el chalet y si pudieran una querida, es verdad que eso es así de cierto, y a nivel de, no sé, de lo que es el gobierno, también debería tomar otras medidas, porque se sabe que hay mucha clandestinidad pero no se hace tampoco nada. Entonces yo lo veo mucho peor, no tenemos ningún derecho la gente que estamos trabajando, porque lo primero que te dicen: contrato no te puedo hacer, ¿qué haces si necesitas sacar una familia adelante? Luego dicen: es que la gente se aprovecha, pues sí que nos aprovechamos, pero es que ellos mismos también son los primeros que te están diciendo: contrato no se puede hacer, ¿qué haces? ¿adónde te agarras? ¿los denuncias? los denuncias y ya ves lo que pasa, se denuncia, como a mi exjefe, y va la policía y va de todo, y a los dos días vuelve otra vez a lo mismo, te pone más vallas, te pone un hombre todo el día para controlar la entrada y la salida, y él sigue sin dar de alta a la gente

La sensación de impotencia, por otra parte, se ve agravada por la falta de posibilidades reales de intervenir en la negociación de las condiciones laborales. La acción de los sindicatos resulta cada vez más difícil en estas condiciones. Los trabajadores no están sindicados y el trabajo en pequeños talleres dificulta la acción sindical.

(27) Los trabajadores, va cada uno a lo suyo, lo mismo que los jefes, cada uno quiere avanzar más, quiere trabajar más y ganar más para que no le pase lo que le ha pasado al otro, entonces vamos todos de pillo a pillo

(17) Yo creo que ha cambiado totalmente, esto no se parece en nada a lo que había antes, y que no se me olvide decir que a mí no me parece peor, antes la gente estaba en una fábrica, y estaba en esa fábrica años y años, no todo el mundo pero sí la mayoría, es decir, había fábricas grandes donde la actividad sindical y todas estas cosas se podían hacer mucho mejor, ahora la producción de zapatos se hace en un montón de fabriquitas, una atomización total, yo creo que se ha perdido mucho compañerismo, se ha perdido la idea de conjunto, no me atrevo a decir la conciencia de clase porque eso supondría decir que antes la había y eso son palabras mayores, pero...yo creo que sí, que ha cundido mucho el individualismo y esto hace, entre otras cosas, que pues que la situación este como está, con esta pasividad, con esta falta de combatividad, esta ausencia, estas lagunas, habiendo motivos como hay, y muy importantes, muy graves, tendrían que ser motivos para la lucha obrera ¿no?

- Hoy se trabaja en cantidad de pequeños talleres por ahí, y se trabaja en condiciones que en los años setenta no se aceptaban...

- Mujer, fabricas pequeñas, chiringuitos, siempre ha habido en Elche, lo que pasa es que había unas cuantas empresas grandes, Uniroyal, Paredes, etc., que eran un poco el timón de conducción de la movilización. En aquellos tiempos se denunciaba muchísimo la situación del trabajo, los salarios, la explotación en definitiva que había en las fabricas de zapatos, y hoy eso no se denuncia. Bueno los sindicatos sí lo denuncian, lo hacemos, lo hacemos en la prensa, pero no se plantea una huelga, por ningún motivo, es decir, no se amenaza con paros, no se advierte que si esta situación sigue vamos a parar la producción o... , en fin, no se hacen esas cosas, pero chiringuitos donde se trabajaba en condiciones infrahumanas, de salubridad, de lo que tu quieras, eso siempre ha estado, o sea que yo no me quiero confundir, que a veces las cosas se olvidan

- Eso no quiere tampoco decir que se está peor ahora

- No, se está de otra manera, pero no se está peor. En estos momentos hay de todo, hay desde madrigueras en el campo, donde se están haciendo zapatos en unas condiciones bestiales, pues hasta otras empresas donde se está un poco mejor. La Ley de Prevención de Riesgos Laborales, se trata de implantarla en las empresas. Buenos, vamos a ver que pasa, vamos a ver que pasa, el reglamento salió hace poco y se trata de ir metiéndolo en las empresas, veremos que pasa, me parece que tendrían que cerrar el 90% de las fabricas de Elche si hay que cumplir la ley

- Pero eso sería insoportable

- Se tendría que hacer, se tendría que hacer

- ¿Sí?

- Claro, se tendrían que hacer fábricas y no otra cosa, [se ríe] fábricas y

no madrigueras, y digo madrigueras porque la gente se esconde cuando llega la inspección de trabajo, y además no tienen que salir de la fabrica, se esconden en cualquier sitio

- ¿Hay una evolución en estos últimos cinco años?

- Ha habido una evolución hacia la precariedad, si vamos por ese lado, por las condiciones contractuales de los trabajadores, hacia la precariedad, en concreto desde la última reforma del mercado de trabajo

(6) R. Pues fatal, yo es que lo veo fatal, veo que vamos a seguir siempre igual ¿no? o que un día llegará la gente se cansará y dirán hasta aquí, que a lo mejor es lo que se tenía que haber hecho hace mucho tiempo, levantarnos todos los trabajadores y decir: o empezamos a funcionar como se debe o no más... ¡es que es tan complicado y tan difícil!

(25) - (...) lo que pasa es que cuando no tienes trabajo como te agarras a un clavo ardiendo entonces lo primero que te sale te agarras a ello, y no preguntas, no exiges en ese momento nada, aunque luego con el tiempo sí lo hagas, pero no vas a entrar por la puerta de una empresa que no conoces de nada y decir: mira usted yo vengo aquí llevo quince días y quiero un contrato ya.

- Pero antes sí que se hacía así

- Antes sí, en eso sí hemos cambiado a peor, pero como antes sabías que el empresario tenía muchas más oportunidades que ahora, un poco se tiene el miedo de que prescinda de ti, de que busque otra persona que no me exija como tú.

(24) -Lo primero que tienen que hacer es pillar a todas las fábricas pequeñas que están de piratas y, como aquel que dice, cerrarlas, si no el día de mañana habrá gente que estará muy mal

- Y si cierran ¿qué pasa con esas personas que están trabajando allí ahora?

- El que quisiera hacer calzado tendría que montar una fábrica regular

- ¿Quién crees que esta permitiendo esta situación tan irregular, quién tiene la culpa?

- No lo sé, normalmente siempre cargamos el muerto al gobierno, lo que pasa es que cuando pegan las redadas es que parece que hay chivatos por todos lados, porque donde estábamos trabajando nosotros, que era pirata la fábrica, que viene fiscalía, chico allí se corría como las moscas, chico si vais 14 o 15, no hace falta que vayáis todos juntos a avisar, sube a la oficina y llama por teléfono, y desde allí se avisa a la otra, no hace falta que vayáis todos.

- Entonces, ¿sería importante terminar con el clandestinaje?

- Sí, porque así tendrían todos contratos y el día de mañana tendrán algo. Yo tengo 30 años y no tengo cotizado como el que dice nada, y toda la vida trabajando.

A la hora de interpretar la evolución del sector parece existir una unanimidad casi absoluta entre los entrevistados, tanto si son sindicalistas como trabajadores no sindicados, autónomos o empleados, trabajadores formales o informales, todos están de acuerdo en el diagnóstico de la situación. Lo mismo ocurre cuando se trata del reparto de las responsabilidades: los empresarios, el gobierno, los propios trabajadores, tendrían por este orden la culpa de la degradación del calzado.

Otro tanto ocurre cuando se indaga sobre el futuro. Salvo en el caso de los jóvenes, que al ser preguntados por esta cuestión hacen gala de un optimismo que contrasta con todo el resto de las declaraciones anteriores, todos los trabajadores son enormemente pesimistas. La enunciada propuesta de luchar contra el clandestinaje como solución a los problemas del sector, es percibida como inviable por sus mismos defensores cuando reflexionan sobre las consecuencias que tendría sobre los trabajadores.

Nadie sabe qué habría que hacer para que las cosas cambiaran, nadie confía en que vayan a cambiar, y nadie espera que alguien sea capaz de cambiarlas. Mientras tecnólogos, sociólogos y economistas de toda condición profetizan el fin del trabajo, mientras todos esperan que los efectos de la revolución tecnológica en curso terminen por mostrar todas sus beneficiosas potencialidades, que liberen a los trabajadores de las tareas más ingratas y que sus puestos de trabajo sean recualificados, mientras esperamos el futuro, la vieja clase obrera ya descreída es aún capaz de elaborar un programa que parece más acorde con sus condiciones reales de existencia

(3) la dignidad que la tenga uno mismo, aunque el trabajo a veces parezca que no sea el más digno, pero bueno, pues que la tenga el que lo hace.

CAPÍTULO 6

CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DE CLASES Y EN LA PERCEPCIÓN SOCIAL DE LA DESIGUALDAD

1. Clase y legitimación

Que la teoría social no coincide frecuentemente con las percepciones sociales dominantes es ya una vieja cuestión establecida. La sociología ha señalado siempre la enorme distancia que media entre la ciencia y el sentido común. No es ésta para nosotros una cuestión baladí, si tenemos en cuenta que el objeto de indagación de la sociología, por su carácter de proximidad a la vida de los individuos, forma parte intrínseca de ese «sentido común». Nadie es ajeno a la necesidad de generar explicaciones sobre su mundo más próximo, y esas explicaciones se construyen a partir de experiencias que son interpretadas a través de percepciones e ideas socialmente elaboradas.

Que la sociedad está dividida en clases desiguales, y que esta desigualdad esta estructuralmente determinada es para la ciencia social una idea por todos admitida desde hace cuanto menos dos siglos. Es cierto que más allá de esta afirmación no existe acuerdo ni sobre la función que cumple esta desigualdad, ni sobre su origen, ni sobre los factores que la determinan, ni, sobre todo, acerca de las consecuencias que para la acción y el cambio social conlleva la existencia de las clases.

Sin embargo, si nos remitimos a los estudios de opinión, tendríamos que admitir que existe una divergencia casi absoluta entre la sociología - tanto si se ocupa del debate teórico de las clases, como si establece empíricamente su existencia de acuerdo con los criterios establecidos al uso- y la percepción social dominante. Lo que demuestran las encuestas es que, de modo sistemático, la clase social subjetiva correlaciona muy poco con

los indicadores que se elaboran con fines clasificatorios, se refieran éstos más estrictamente a la posición que los individuos ocupan en las relaciones de producción, a los ingresos, o a otros indicadores socioeconómicos y de bienestar social. (Duran, 96 y 94)

En lo que se refiere a la percepción, el fenómeno más reseñable es la tendencia a la autoadscripción de casi todos los entrevistados a las clases medias, y especialmente al sector medio de las clases medias, casi con independencia total de su «situación objetiva», entendiendo por situación objetiva aquella que se define exteriormente, a partir de la aplicación de ciertos criterios. Para la provincia Alicante, este mismo fenómeno ya fue constatado a partir del análisis de una encuesta por muestreo (San Miguel, 1995). Es verdad que en aquella ocasión muchos factores podían haber intervenido para provocar esta masiva adscripción, desde la forma en que había sido planteada la pregunta y las opciones de respuesta, hasta la dificultad para relacionar situaciones objetivas de trabajo con percepciones, etc. Por tanto, más allá de la mera mención del fenómeno y de alguna explicación genérica, la cuestión quedaba inexplicada.

Esta divergencia no tendría para algunos que merecer la atención de la sociología. Bastaría con responder que el sentido común y la ciencia no tienen por qué coincidir, más aún, que el papel de la ciencia social es precisamente trascender el sentido común, estableciendo objetivamente la verdad de las relaciones sociales. Más allá, incluso, desde cierta perspectiva, el modo en que los individuos perciben la realidad es necesariamente engañoso, dado que el mantenimiento mismo de esas situaciones objetivas depende en gran medida de que los individuos no las perciban, o tengan una percepción falseada de ellas para que puedan tolerarlas.

Desde esta perspectiva, el problema queda del lado de la ciencia. El debate se reduce a un problema de criterios para establecer la distribución y cuantificación de la desigualdad social, para establecer qué parte de los recursos sociales existentes queda en manos de cada grupo social, y cuántos de estos grupos pueden definirse a partir del acceso y disfrute de los distintos bienes considerados: la renta, la seguridad, la educación, el poder, o cualquier otro que merezca consideración (el capital económico, cultural o simbólico, en expresión de P. Bourdieu). Sin embargo, así planteado, el problema de la desigualdad social tiene escasa transcendencia. Lo que las teorías de la desigualdad social se han estado planteando des-

de hace dos siglos no es sólo un problema de formas de desigualdad y factores determinantes de dichas formas, lo que han estado realmente discutiendo es sobre los efectos que la desigualdad social tiene sobre la acción social.

La cuestión que subyace siempre en las teorías sobre las clases sociales se centra en este punto: si la estructura de clases genera o no formas de conciencia y por tanto de acción social. Si el debate ha sido enconado no es por los criterios clasificatorios a partir de los cuales se constituyen las clases. Como acertadamente ha señalado Mª Angeles Durán: «Sólo de modo metafórico puede hablarse de la construcción empírica de las clases, porque la empiria pertenece al dominio de las clasificaciones, de los conceptos o categorías; en definitiva, del conocer. Y las clases sociales -al menos así ha sido para gran parte de la investigación y de la acción social en los últimos cien años- tienen una existencia real, socialmente construida, a la que los investigadores no añaden realismo, sino solamente observación y análisis». (Durán, 96: 31)

Que las clases tengan una existencia objetiva no parece que haya sido la cuestión central, ni siquiera que su existencia pueda anclarse en las relaciones económicas o en otro tipo de factores sociales. Al fin y al cabo la noción de clase social es admitida por la ciencia moderna desde los economistas clásicos, sin que ello levantara mucho debate ni en el terreno de la ciencia ni en el político y social. La estructura de clases, siempre que se mantenga precisamente en le nivel estructural, no es una noción problemática. El impacto de la teoría de Marx deriva no tanto de su constatación de la existencia de las clases, ni de su definición a partir de las relaciones de producción. Lo que resulta revolucionario en Marx es que las clases estructuralmente definidas tienen además una existencia real, toman conciencia de su situación, se organizan y actúan transformando la historia. Si la «clase en sí» no se transformara en una «clase para sí», su teoría no hubiera tenido la relevancia que tuvo, ni en el debate teórico ni en el político.

Weber lo sabía, y por eso, además de ofrecer otros factores alternativos como estructuradores de los agrupamientos sociales, tuvo buen cuidado en establecer que la acción clasista, basada en la existencia de intereses económicos contrapuestos definidos a partir de las posiciones en el mercado, era una acción probable, pero no necesariamente tenía por qué traducirse en formas de acción social conflictiva.

Otros debates más modernos sobre los cambios en la configuración de la clase obrera (Giddens, Gorz, Poulantzas, Touraine, Dahrendorf), o sobre las clases medias (Wrigth), aunque a menudo se centren en los cambios que estructuralmente afectan a las clases, sólo encuentran su pleno sentido si son leídos en esta clave, es decir, como una valoración de las consecuencias que estos cambios tienen sobre la acción de las clases. Si no es así, tanto empeño en la definición de los principios de ordenación o de los intereses objetivos en relación a las posiciones estructurales, no podrían merecer tan ingente cantidad de páginas de discusión. Las clases sociales interesan no sólo como *constructos* de los sociólogos, sino sobre todo como conjunto de condiciones sociales de existencia que inducen intereses, concepciones, estilos de vida y comportamientos específicos.

E.O. Wright sistematiza los estudios actuales de las clases sociales desde la perspectiva marxista, diferenciando tres grupos de teorías: las que se centran en los intereses materiales, las que se centran en las experiencias vividas y las que se centran en las capacidades colectivas. «En cada caso se considera que estos efectos son generados directamente por los mecanismos estructurales de clase sin más, por lo que dichos mecanismos fundamentan a su vez la relevancia teórica de concepto de clase (...) Estos fenómenos empíricos, como todos los fenómenos empíricos en un 'sistema abierto' complejo, por utilizar la formulación de Roy Bhaskar, responderán a la operación conjunta de múltiples mecanismos distintos, no simplemente a los mecanismos estructurales de clase. Lo que no obstante defendemos es que, en la medida en que la clase sea explicativa respecto a los fenómenos empíricos, lo es por cómo los mecanismos de clase generan intereses materiales, o experiencias vividas, o capacidades colectivas» (Wright, 93: 31)

La capacidad explicativa del concepto de clase no puede, siguiendo a Wright, probarse por su mera adecuación interna, por su capacidad para dar cuenta de la estructura, sino que tiene además que explicar los fenómenos empíricos, o cuanto menos iluminarlos parcialmente, precisamente en aquellos aspectos sobre los que se admite la determinación estructural. Si esto es así, la cuestión de la clase subjetiva no puede simplemente desconocerse, no puede desestimarse como un mero efecto de la falsa conciencia, sino que ha de formar parte de la misma teoría que da cuenta de las clases. Cuando entre la teoría y la percepción aparecen contradicciones no es posible desechar simplemente las opiniones, sino escucharlas e interpretarlas a la luz de aquellas.

Esta investigación parecía más adecuada para retomar el problema. En primer lugar porque, dado su objeto, las distintas percepciones que se obtuvieran habrían de enfrentarse exclusivamente con una única situación estructural idéntica para todos los entrevistados: su pertenencia a la clase obrera. Además, todos ellos tenían en común una historia similar, habían trabajado en el mismo sector y en la misma ciudad durante el mismo período. En estas condiciones, la observación de las relaciones entre autopercepción y situación estructural podían centrarse en la cuestión más importante, a saber, si los cambios en la situación de los trabajadores habían inducido formas distintas de conciencia, tal y como otros autores han establecido. Por otra parte, el uso de la entrevista biográfica permitía recoger opiniones menos estereotipadas, supuestamente más capaces de trascender el sentido común dominante, y evitar la respuesta tópica. En último lugar, estas percepciones podrían ser relacionadas con otras variables de la vida de los individuos, con su cultura, su trabajo o su historia.

Aunque no siempre en el mismo momento de la entrevista, ni con la misma extensión ni profundidad, se planteó a todos los entrevistados una serie de preguntas sobre estas cuestiones, una vez concluido el relato de su biografía laboral. La primera hacía referencia a la percepción de su *status social*, los términos en que la pregunta fue planteada eran aproximadamente: «La sociedad en la que vivimos no es igualitaria, existen grupos sociales diferenciados. En una escala de uno a diez, siendo uno los grupos inferiores y diez los superiores ¿dónde se ubicaría usted y su familia?». La segunda pregunta era mucho más corta: «¿Tiene usted la impresión de pertenecer a una clase social determinada?». Otras preguntas sobre percepción de la movilidad social, valores, y la propia historia personal habían de permitir conocer con bastante profundidad el modo en que se articulaban estas percepciones, la compatibilidad entre ellas, la conciencia de clase, en fin, y su origen.

2. El discreto encanto de las "clases medias"

La ambigüedad de la pregunta planteada, más allá de su adecuación técnica, remite a la misma ambigüedad del concepto de *status* en la Sociología, un concepto cuya función parece sobre todo estar dirigida a ofrecer una explicación alternativa a la teoría de las clases sociales, arrancando la desigualdad del terreno de las relaciones económicas para ubicarla en ese

siempre confuso marco de lo social. En cualquier caso, a tenor de los resultados de esta investigación, el *status* es una noción socialmente aceptada. En contra de las previsiones de la misma investigación, que había previsto explicaciones más amplias en caso de incomprensión o duda, los entrevistados no parecían coincidir en el juicio de su ambigüedad, por el contrario, pocas veces solicitaban aclaraciones y, como si de una pregunta largamente pensada se tratara, se aprestaban a responder la mayor parte de las veces sin dudar.

Los resultados coinciden con los obtenidos por otros estudios e investigaciones que se han interesado por la percepción de la propia situación social: la pertenencia a los grupos intermedios es la dominante, el grupo citado con más frecuencia es el cinco, pero también el seis y el siete. Tan sólo en tres casos, el grupo de referencia quedaba por debajo del cinco, en el caso de un hombre parado y trabajador a domicilio en la actualidad de 54 años, de una mujer de 60 años, también parada y en espera de la jubilación, y una mujer separada trabajadora eventual con cinco hijos a cargo. Algunos entrevistados prefirieron eludir la escala, y optaron por responder sencillamente que pertenecían a «las clases medias».

Llamativa resulta las respuestas de los jóvenes. Como se ha visto en otros apartados, la totalidad de los jóvenes entrevistados tienen difíciles condiciones de vida y de trabajo, casi ninguno de ellos tiene contrato de trabajo, nunca han cotizado por ellos, sus ingresos son bajísimos y sus padres con frecuencia son trabajadores a domicilio. Sin embargo, son ellos los que se ubican más alto en la escala, entre seis y siete, sólo un caso ha optado por el cinco. Es también entre los jóvenes donde se producen menos dudas respecto a la pregunta, todos han respondido rápidamente, sin plantear ninguna duda, sin pensar. La urgencia de la respuesta delata sin duda la necesidad de evitar cualquier reflexión. Antes bien, el seis y el siete son proyectados contra el entrevistador, contra el aparato que registra, secamente, sin más aclaraciones, sin más añadidos. El relato de su corta y azarosa experiencia laboral queda atrás, las vicisitudes de sus familias ya han sido narradas. Las voces son firmes por primera vez.

Es verdad que entre los entrevistados la homogeneidad no es absoluta. Los niveles de ingresos, aunque no siempre se dispone de datos exactos, presentan grandes variaciones. Desde los hogares donde trabaja un sólo miembro, a veces a domicilio, hasta aquellos donde se suman diversas rentas, que pueden ser salarios estables o ingresos por trabajo a domi-

cilio, normalmente de la madre, e ingresos esporádicos y bajos de los hijos. Ello permite que los niveles de renta reales y de consumo sean muy diferentes, e incluso cambiantes en el tiempo, dada la inestabilidad del trabajo y de los ingresos. Sin embargo, las situaciones objetivas -el disponer de trabajo más o menos estable, trabajar de forma sumergida, estar en paro, el nivel de ingresos etc.- no influyen sobre la autopercepción del status social. Familias que, con toda seguridad, serían definidas como pobres aplicando los criterios al uso, por ejemplo el caso de una trabajadora a domicilio separada con varios hijos a cargo menores, coinciden con familias de «pequeños empresarios» que trabajan en talleres sumergidos de su propiedad y donde varios miembros del hogar aportan ingresos.

Aceptar la explicación de una sociedad de clases medias, igualadas cuanto menos por la práctica del consumo, aunque no sea por los niveles ni por la calidad del consumo, en un estudio que ha recorrido los vericuetos de las biografías de veintisiete trabajadores, resulta una explicación demasiado simple. Cabría pues achacar el fenómeno cómodamente a una supuesta ideología, propagada por los medios de comunicación y apoyada en el consumo, que en ausencia de una concepción distinta, por ejemplo de clase, se impone con el fin de difuminar los hirientes contornos de las desigualdades, de la dureza de las condiciones de vida y de trabajo. Una falsa visión que se sustenta además sobre las esperanzas de movilidad social, aunque en el caso que nos ocupa la movilidad parece reducirse a los mayores niveles de consumo. Esta falsa conciencia estaría en absoluta contradicción con las condiciones reales de existencia de muchos trabajadores entrevistados, tal y como ellos mismos las han narrado.

En cualquier caso, no hay que despreciar el efecto del consumo en la articulación de esa conciencia de clase media. En una sociedad atomizada, integrada sólo por individuos, el consumo es algo más que una forma de acceso a los bienes, es el cemento de la sociedad. En palabras de Mª Angeles Durán: «De todos modos, la autoimagen de clase más frecuente en todos los grupos de edad, igual que en todos los niveles de escolarización, es la de clase media-media. Para ello cuenta con la ayuda inestimable de un gran constructor imaginario de clases medias, que es el mercado. Los productos masivos u ofertados a través de los medios de comunicación necesitan receptores homogéneos para sus mensajes, y la creación del 'ciudadano medio' es una exigencia y un logro del sistema publicitario. No todos los productos pueden ser comprados por todos los consumidores

potenciales, pero el fin de cada *spot* y cada cartel es convencer a quien lo mira o lo oye que, ante ese producto particular, la relación de intercambio y posesión es posible. La identificación funciona con éxito, masivamente. A tenor de los resultados de todas las encuestas, parece como si la sociedad española, por encima de otras desigualdades persistentes, hubiera creado una nueva imagen de sí misma, como sociedad mesocrática, a la que se aferra y en la que quiere reconocerse.» (Durán 96: 45)

Pero no es solamente el consumo. El proyecto mismo de la modernidad y las concepciones sociales y políticas que incorpora avalan la visión de la sociedad como un conjunto de individuos que, con distintas capacidades y similares oportunidades, acaban ocupando los puestos que les corresponden en la escala de la desigualdad. Si el mercado es el regulador esencial de las relaciones sociales, su correlato es el individuo que libre de trabas que accede al mercado, y la sociedad es exclusivamente un orden de individuos estratificados.

«Ser hijos de sí mismos es el pensamiento oculto que atraviesa la modernidad -dice Pietro Barcellona- (...) Ser hijos de sí mismos, disponer de todo, significa fatalmente entregar el poder de disposición a un único señor, a un soberano único: la fijeza, la identidad, el Uno son la imagen del desarraigo de la multiplicidad de las relaciones entre los individuos concretos y la naturaleza, de la destrucción de todo vínculo social y de toda dependencia del otro» (Barcellona, 1992). A partir de aquí los individuos quedan sometidos a la abstracción de las relaciones del mercado y del derecho. Los resultados no dejan lugar a dudas para el autor: la mercantilización generalizada de las relaciones entre los individuos, la construcción de ese «inmenso aparato neutralizador de las diferencias», como llama al derecho, y, sobre todo, la disolución de todo vínculo de solidaridad personal.

Además del mercado y el consumo, el mismo sistema político tiende a proyectar el mismo tipo de racionalidad. El sufragio no es sino la expresión del reconocimiento de la libertad y la igualdad entre los individuos. Cuando la acción política queda exclusivamente circunscrita al voto, lo político se constituye finalmente en un mercado: «En un extremo la oferta, protagonizada por los partidos políticos y, en el otro, la demanda de los electores. El ajuste entre la oferta y la demanda marca el equilibrio político. Los partidos tratan de adecuar su oferta a los distintos segmentos o a la totalidad de la demanda. El programa político se diseña y presenta como

un producto cuya validez es refrendada en las urnas. En esta representación abstracta el mercado es libre en un doble sentido: libre desde la oferta en el sentido de que es posible formular cualquier opción, y libre desde la demanda en cuanto que no hay ninguna restricción exterior para la elección de las distintas opciones» (Bilbao 1993: 154)

Desde la perspectiva de los individuos, el orden de la desigualdad se reduce exclusivamente a una cuestión de grado: la desigualdad es percibida no como un conjunto de posiciones distintas, que puedan acarrear derechos y por tanto intereses distintos e incluso contradictorios, sino como una mera escala jerárquica donde los individuos se distribuyen sobre todo por sus posibilidades de consumo. Sin necesidad de la jerga sociológica, un trabajador del calzado resume perfectamente esta particular forma de percepción de la desigualdad:

> *- ¿En que posición social te ubicas tú y tu familia?*
>
> *- Estamos en una época que ni somos ricos ni somos pobres, porque hoy, si el rico tiene un coche, el pobre tiene un coche; si el rico tiene una nevera, tú también; y si el rico se va a comer una paella, el pobre no se va todos los días pero de vez en cuando también sale, entonces la media yo creo que sería un cinco* (21)

Junto a estas explicaciones más genéricas del fenómeno, hay que tener en cuenta otras más próximas. No resulta fácil, ni siquiera para los sociólogos, tener una visión del conjunto social. Percibimos sólo las distancias sociales más notables, y en mayor medida cuando estas se hacen visibles con el refuerzo de los componentes simbólicos -el «consumo conspicuo», por ejemplo, al que alude Veblen-, cuando éstas van acompañadas de modos de vida y de conducta diferenciados. Por otra parte, nuestra vida se desenvuelve en un medio determinado, que actúa como referencia de normalidad y por tanto se proyecta sobre la totalidad de la realidad. Nuestro grupo de referencia, el de los que son como nosotros, es el que establece las pautas de la normalidad social. Esta especie de «sociocentrismo» vendría a reforzar la percepción de pertenencia a los grupos intermedios, a los «normales», en ausencia de otros referentes.

> *- ¿A cuál de los grupos sociales tienes la impresión de pertenecer?*
>
> *- No, yo me considero normal, ni pobre ni rica ni nada.* (7)

Pero, además, la desigualdad es un concepto relativo que requiere de términos comparativos para establecerse. Esos términos vienen dados, por una parte, por la propia experiencia social de los individuos, por el modo en que han percibido su propia trayectoria social, respecto a sus padres y a sus propias expectativas; por otra parte, la percepción de la propia ubicación es determinada por la consideración de los grupos extremos de la pirámide: los pobres y los ricos.

Ahora bien, en nuestras sociedades el autorreconocimiento como pobre tiene connotaciones de fracaso y rechazo para gran parte de la población, que son consiguientemente eludidas a través de distintos mecanismos: «(...) disminuyendo los contactos con personas pertenecientes a otros estratos que harían más evidente la distancia, y creando un ámbito de normalidad cotidiana respecto al cual ocupan posiciones intermedias. En este sentido, los marginales (drogadictos especialmente), los inmigrantes (especialmente los de color) y los «pobres internacionales» (los de otros países conocidos a través de la TV y otros medios de comunicación) juegan un papel de referencia importante, y refuerzan el sentimiento de abundancia relativa en los estratos más bajos de la población española. En otras palabras, les empujan hacia una identidad de clase media». (Durán, 1996)

Como demuestran las encuestas de opinión (San Miguel, 1995), la pobreza y la riqueza son percibidas por la opinión pública como dos «anomalías» que contradicen las tendencias naturales de nuestras sociedades a producir un cierto grado de igualitarismo social, o un nivel de desarrollo equivalente, en el caso de las naciones. Si no ocurre así, son necesarias explicaciones complementarias que den cuenta de las desviaciones. Sobre todo cuando se trata de los pobres. Al explicar las causas de la pobreza la opinión pública tiende a resaltar las trabas que impiden su inserción en el modelo general y los convierten en excrecencias del sistema. Los factores familiares, ideológicos, culturales o, en general, de orden no material suelen ser considerados como los impedimentos más frecuentes por estas teorías de la desviación. En la explicación de la riqueza, sin embargo, priman los argumentos meritocráticos como causa de su consecución. La sociedad aparece conformada por una mayoría que ocupa los lugares intermedios de la escala donde las diferencias tienden a atenuarse o, en todo caso, a difuminarse frente a la extrema desigualdad que la separa de los polos extremos. Este vasto conglomerado está sujeto a los avatares de un siste-

ma económico incomprensible y, puede también, al incontrolable azar, que se convierten en barreras para su movilidad social.

(5) *Ni pertenezco a los que viven bajo la rambla, ni pertenezco a los ricos, no sé.*

(6) *Hombre, claro, yo sé que soy de un tipo bajo, pero no me veo tampoco dentro de lo bajo del todo.*

(8) No pertenezco a la clase alta... ni la mediana... no sé, no tengo ni idea.

(18) - *Com a grup social, on et situaries tu i la teua família?*

- Estem parlant des dels gitanets que van arrossegant la panxa fins a Pedro Miralles? Doncs, Uuiiiii! Açò és delicat. És que no sé com... En el 5 i mig.

(5) -(...) yo miro mis posibilidades siempre de hacer lo mejor que puedo, tener un *coche, vertirme bien, que mis hijos estén estudiando...*

-¿Cuándo dices bajo, a qué te refieres?
-Hombre que somos pobres, somos gente trabajadora pobre, pero que bueno yo, siempre he mirado por vivir un poquito mejor, entonces tampoco me voy a tirar por lo bajo, porque nunca nos ha faltado de nada y, no sé, creo que dentro de lo que son mis posibilidades vivo un poco medio alto ¿no?
- Entonces si te pregunto a qué clase social perteneces, me dices que a una clase social media alta?
- No, media, media, pero no quieres tirarte nunca por lo bajo porque siempre quieres, intentas superarte para que vivamos mejor.

En cualquier caso, y por muchos que sean los elementos que en las sociedades industriales avanzadas tiendan a enmascarar los perfiles más hirientes de la estructura de la desigualdad, es la propia concepción de la sociedad como un «orden estratificado» la responsable última de este modo particular de autoadscripción a las clases medias.

La reflexión de Mariano F.Enguita resulta clarificadora en este punto: «En la jerarquía de las clases sociales siempre es posible estar justo en el medio: no ser ni asalariado ni patrón (ser independiente), ni directivo ni subordinado (ser uno su propio jefe), ni sobre ni infracualificado. Más aún: todas las categorías intermedias que se sitúan, de hecho, en la parte inferior de la jerarquía, pero que combinan en diferentes modos elementos de ambos extremos de ésta (por ejemplo, propietarios que son también arrendatarios o deudores, empleados fundamentalmente subordina-

dos, pero con alguna autoridad sobre alguien, trabajadores con poca cualificación, pero con algo más que el mínimo) pueden edulcorarse reequilibrando imaginariamente sus elementos hasta compensarlos. De ahí esa inmensa 'clase media' subjetiva que todo lo invade: siempre hay otro que está peor, alguien con cuya imagen consolarse, y ése es la clase baja» (Enguita 93: 77).

Es la concepción del orden social organizado según el principio de *jerarquía*, que no de *oposición*, la que permite la consolidación de esa clase media imaginaria, más allá de que los datos demuestren tendencias polarizadoras o dualizadoras de la estructura social, tal y como está ocurriendo en las últimas décadas.

3. La escalera descendente del éxito

La conclusión es, pues, que los trabajadores del calzado no se alejan de las tendencias dominantes entre el resto de los españoles, en lo que se refiere a la percepción de la desigualdad. Sin embargo, el optimismo relativo que parece reflejar el autoposicionamiento dentro del sistema de estratificación social parece corregirse respecto a la cuestión de la movilidad social. A la pregunta sobre si su situación social había mejorado respecto a la de sus padres, sólo once entrevistados han considerado que se ha producido una mejoría. Para los restantes, o bien su situación es idéntica o bien ha empeorado. Si tenemos en cuenta que entre aquellos que consideran que ha mejorado, muchos hacen referencia al pasado de sus padres como trabajadores sin tierra, o bien al período de la inmigración, hay que pensar que los trabajadores, se ubiquen donde se ubiquen en la escala social, tienen un sentido escasamente ascendente de su trayectoria social, en contra de los resultados que arrojan las encuestas de opinión destinadas a la totalidad de los ciudadanos. Ni siquiera entre los jóvenes, los que en las encuestas muestran un mayor sentimiento de movilidad ascendente debido sobre todo a la elevación del nivel de estudios, se produce esta percepción.

El pesimismo es todavía mayor cuando se refiere a las expectativas de movilidad de sus hijos respecto a sí mismos. Si se excluye a aquellos cuyos hijos están en estos momentos realizando estudios y cuentan con la posibilidad de ayudarles, el pesimismo de los trabajadores respecto a sus hijos es muy significativo y planea de alguna manera sobre todo el contenido de la entrevista.

La mayoría no considera que la situación de sus hijos sea objetivamente mucho más difícil de lo que fue para ellos. Si bien es cierto que a menudo se refieren a las dificultades del mercado laboral -el paro, la ausencia de contratos-, valoran también el mayor nivel de estudios de sus hijos, y el hecho de que se han incorporado más tarde al mercado laboral y con un mayor respaldo familiar. Sin embargo, la desconfianza surge precisamente de sus mayores facilidades. Las palabras de un extrabajador del calzado expresan un temor latente en muchos otras entrevistas:

> *(3) El mayor está trabajando, once horas, con un furgón en la calle, cargao con mercancías y una actividad y un trabajo...pues gana un salario de miseria y sin dar de alta, sin ninguna..y no hay forma, entonces, y como él dice: ¿a qué aspiro yo? a enseñarme a conducir, soy repartidor, ¿no?...y es eso, entonces aún le queda que la gente joven se está preparando más para tener más opciones, pero hay que estar dispuesto a eso, que si hay que repartir, hay que repartir y si otro día hay que hacer esto, y si un día llega que encuentras algo que esta bien, pues bien, algo habrá, lo que está claro es que quien quiere trabajar, encuentra trabajo y quien quiere superarse pues sigue buscando y encuentra una cosa un poco mejor, pero hay que estar dispuesto a eso y tenerlo claro (...) Los jóvenes tienen más preparación, pero no, no sé, quizá lo han tenido más fácil los primeros años, pero no tienen esa otra cosa que había que tener para salir a la calle y poder...pues junto con la formación pues esa otra cosa que tienes no, de necesidad o motivación, no sé, eso de decir yo voy a... no sé como decirte, yo lo veo, y sí sé lo que pasa ¿no?. Cuando me decías ¿y tus hijos? pues eso depende de tantas cosas, los hijos han llegado a los 20 años sin mayor...*

Además de una valoración subjetiva de su trayectoria social, se solicitaba también en la entrevista una valoración de la trayectoria laboral. Aquí, por el contrario, las respuestas son muy disímiles, y ello porque están muy ligadas a la particularidad de cada situación. Para la mayoría, la evolución de su vida laboral recibe una evaluación positiva. El argumento central es siempre el mismo: la experiencia laboral, el aprendizaje de un oficio les ha capacitado para desenvolverse en el sector del calzado, a pesar de las dificultades, incluso cuando perdieron su puesto de trabajo

> *(20) -¿Crees que tu vida laboral mejorando, se cumplieron las expectativas que tenías?*
>
> *- Sí, evidentemente, comencé de aprendiz, aprendí un oficio, tuve una conducta bastante normal en una empresa, llevé un protagonismo y al final era una persona que lideraba un grupo.*

(6) Hombre, yo creo que lo que es en el trabajo he mejorado porque puedo considerarme una persona bastante...no sé como decirlo, de lo que hago una persona bastante entendida, una persona bastante especializada y lo puedo demostrar cuando quiera, pero a nivel de otras cosas como son los estudios, mi nivel cultural, sí que lo veo bajo y eso me...cuando tengo que decir a la gente que no tengo mas estudios me...me...me duele, me duele porque me veo muy ignorante, luego miro a mis hermanos que tienen más o menos unos estudios, los oyes hablar y claro siempre los oyes que tienen ese nivel cultural que tú no tienes y a mí me da...pues envidia (...) porque es lo que pasa, si te conformas a lo mejor con poco pues sacas tiempo para estudiar, pero si quieres más el tiempo para estudiar es muy difícil, porque yo no puedo estar en la fábrica hasta las diez de la noche y luego irme a estudiar, y con un montón de problemas que he tenido, pues, cuando estás en cargos de gente, de faena, de esto y lo otro, entonces ese tiempo a mí me absorbe muchísimo, yo cuando llego a mi casa no tengo ganas de nada, ahora incluso que tengo un horario que empiezo a las nueve de la mañana y termino a lo mejor a las ocho, pero llego tan agotada que no tengo ganas de nada.

(16) *Pues, no estoy trabajando en lo que me gustaría, no, desde luego que no, es que en absoluto, pero, como tengo una autonomía en mi trabajo, tengo un...me respetan, que para mí es muy importante, el respeto es importantísimo estés donde estés, entonces ellos me respetan mucho, yo preparo mi faena, si me tienen que decir las cosas...además que no aguanto eh, como a mí me eso, yo les llamo al orden o les digo que se lo lleven a otro sitio, prefiero... hombre porque también me va bien, porque si no tendría que tragar como otras veces he tenido que tragar, pero ahora mismo estoy bien, estoy bien, ahora no estoy en mi trabajo, yo tendría que estar en una guardería con los niños o en un sitio así donde trabajen para niños, o para la gente que...*

Merecen sin embargo cierta atención las respuestas de dos trabajadoras a domicilio que reflejan a la perfección el modo particular de la relación que estas mujeres tienen con su actividad. Para ellas, el trabajo ha sido meramente una forma de añadir unos ingresos a la economía familiar en las primeras décadas y, posteriormente, para muchas, se convirtió en una fuente imprescindible de ingresos para asegurar la supervivencia. Sin embargo, su relación con el trabajo es meramente instrumental y, por tanto, no han esperado alcanzar objetivos de otra índole. Ello no significa que valoren positivamente su trayectoria laboral, bien al contrario, como se ha recogido en capítulos anteriores, las trabajadoras a domicilio valoran siempre negativamente esta forma de trabajo.

(4) Para mí el trabajo era un medio de ganarme la vida, no tenía expectativas.

(8) - ¿Cómo dirías que ha evolucionado tu vida laboral desde que empezaste, has ido mejorando?

- Mejorar ¿en qué? pues si estoy en casa no, no, no...siempre lo mismo, no voy subiendo escalones, voy subiendo escalones según como van haciendo modelos, pero igual, en casa no...no tienes oficio...no sé, tampoco beneficio, es lo que trabajas, lo que ganas, todos los días lo mismo.

Finalmente, la respuesta de un trabajador que ocupó cargos sindicales refleja un punto de vista alternativo en la valoración de la trayectoria laboral. Una valoración que transciende la experiencia individualista en el trabajo:

(3) - ¿Cómo ha evolucionado tu vida laboral desde que empezaste a trabajar hasta ahora? ¿se han cumplido tus expectativas?

- Si, por dos cosas, porque no recuerdo tener expectativas, porque no las tenía. Cuando empecé a tenerlas no eran de la parte laboral, sino de tipo social, entonces las expectativas siempre han sido de tipo social, centradas en la sociedad, en el conjunto, en la clase, pero nunca en las personas, y desde el momento en que decidí un poco salir del agujero y poder estar..., en este momento aunque sea por casualidad, pues, sí que han mejorado las condiciones, mis condiciones de trabajo. Para muchos quisieran, muchos que se han estado preparando profesionalmente muchos años, con más formación y más preparación que yo.

4. La experiencia de la proletarización

El concepto de clase social, en la tradición marxista, remite a la existencia de grandes grupos económicos, definidos por la posición que ocupan en el proceso de producción, y que determina intereses y formas de conciencia particulares. Las clases sociales son por definición antagónicas, sus intereses objetivos opuestos, y por tanto sus relaciones son conflictivas. La desigualdad, desde esta perspectiva, no puede ya ser percibida como un conjunto de posiciones que ocupan los individuos dentro de un *continuo* donde las diferencias son meramente cuantitativas. Las clases constituyen agregados más o menos uniformes que se diferencian por su posición en las relaciones de producción: unos son propietarios de los medios de producción, los otros disponen de su fuerza de trabajo. Si la

fuente de valor es el trabajo, la plusvalía es el mecanismo sobre el que se asienta la explotación. Las clases son antagónicas porque sus intereses objetivos lo son.

En expresión más clara de R. Edwards (1988: 143): «estas relaciones básicas existentes en la producción ponen al descubierto tanto la base del conflicto como el problema del control en el lugar del trabajo. El conflicto existe porque los intereses de los trabajadores y de los empleadores no coinciden y lo que es bueno para los unos muchas veces es costoso para los otros. El control es problemático porque la fuerza de trabajo, a diferencia de las demás mercancías utilizadas en la producción, está siempre encerrada en gente que tiene sus propios intereses y necesidades y que retiene su poder para oponerse a ser tratada como una mercancía».

El concepto de clase social y las restantes concepciones sobre las que se levanta no sólo son un producto de la ciencia social. Desde muy temprano, formaron parte además del lenguaje político, una vez que el movimiento obrero y sus organizaciones se apropiaron de él para convertirlo en un instrumento para la lucha de clases. A partir de ese momento, deja de ser meramente una teoría para convertirse en una categoría política, incluso en la categoría central del debate político que se estructura en términos de derecha e izquierda, una vez que, además, el proyecto socialista hizo coincidir la defensa de los intereses de esa clase con los intereses de la humanidad en su lucha contra toda forma de opresión.

Aunque ese dualismo haya tendido a difuminarse en cierta manera, y sus perfiles más nítidos se diluyan, lo cierto es que sigue estructurando el campo de lo político y de las ideologías que lo alientan, ofreciendo proyectos societarios aún alternativos. (Bobbio, 1995)

El término clase social tiene por todo ello connotaciones semánticas muy marcadas y su introducción en la entrevista no puede hacerse desconociendo estas connotaciones. Por ese motivo, a la hora de preguntar sobre la percepción de la desigualdad no se proponía, como hacen otras investigaciones, el termino clase para referirse a las desigualdades sociales o económicas, sino que una vez indagada esta cuestión se planteaba otra pregunta también pretendidamente ambigua: ¿tienes la impresión de pertenecer a una clase social determinada?. Puesto que en el lenguaje común, y algunas veces también en el de la ciencia, el término clase remite al de estrato, las respuestas habrían de traducir además cuál de las dos concepciones resultaba dominante.

A pesar de la ambigüedad de la cuestión planteada y de tratarse de una entrevista abierta, curiosamente las respuestas tienden a concentrarse en sólo tres tipos, y además son casi idénticas en su formulación. Estas respuestas obtenidas pueden resumirse en tres posiciones:

- *Sí, a la clase media, o a la media baja*
- *No*
- *Sí, pertenezco a la clase obrera.*

A partir de estos resultados, cabría establecer que, empíricamente, la conciencia de clase no coincide con la pertenencia objetiva a la clase obrera. Entre los veintisiete trabajadores entrevistados, siete respondieron que pertenecían a la clase obrera; seis negaron rotundamente pertenecer a alguna clase; dos declararon pertenecer a la «clase baja» y los restantes respondieron que a las «clases medias» a la «clase mediana".

Que las respuestas hagan referencia a la «clase baja» o a las «clases medias» en general, induce a pensar que quienes así han respondido conciben la clase como lo que aquí se ha denominado «estrato social», es decir un agrupamiento que se realiza en términos de mera desigualdad, y por tanto las respuestas no hacen sino abundar en el tipo de percepción que se ha reseñado antes: la desigualdad sólo es percibida como una estructura bipolar, existen los pobres, los ricos, y en el centro un conglomerado que incluye a la práctica totalidad de la población, dentro del cual las diferencias no son percibidas, sino en todo caso en función de los desiguales niveles de consumo.

Cuando la respuesta se ha limitado a un «no» rotundo, la interpretación resulta más difícil. En todos los casos, el «no» va seguido del silencio y ninguna aclaración explícita permite conocer los motivos de esta negativa. Ahora bien, si tenemos en cuenta que también en todos los casos los que niegan pertenecer a una clase determinada se han autoadscrito a alguno de los grupos sociales considerados en una escala de cero a diez, sólo cabe interpretar que los entrevistados rechazan de plano la autoidentificación en términos de clase social, y por tanto, aunque sea vagamente, identifican el concepto de clase, cuanto menos como una forma de encuadramiento distinta del estrato. Evidentemente, el término esta connotado, y son estas connotaciones no explicitadas en la pregunta las que han provocado el rechazo.

En el tercer caso, los entrevistados han respondido utilizando el término «clase obrera» -o «clase treballadora»-. Cuando se ha producido

esta respuesta, la expresión ha sido siempre contundente, ni un segundo de duda, por el contrario parece la respuesta a una pregunta esperada. En la mayoría de los casos, en realidad, la pregunta resulta incluso retórica pues a lo largo de la entrevista el uso de los términos «obreros», «clase», «clase trabajadora», pone de manifiesto la autopercepción que estos trabajadores tienen de sí mismos.

> (1) - *¿Tienes la impresión de pertenecer a una clase social determinada?*
> - *No, yo para mí, la sensación es pertenecer a la clase obrera y aunque yo viva mejor me considero que tengo que estar entre los más, entre los últimos.*

> (16) - *¿Tienes la impresión de pertenecer a una clase social?*
> - *Sí, a la clase obrera, eso es un orgullo, para mí es un orgullo ser de la clase obrera, yo trabajaré siempre, siempre, trabajaré siempre, en lo que sea pero siempre trabajaré.*

> (18) -*¿Tens la sensació de pertànyer a una classe social determinada?*
> - *Sí, sí,... estic en una classe social treballadora. Això ho tinc claríssim. Això sí que és veritat. Ara, que hi haja diversos tipus de treballadors, que tots estem allí dintre, d'acord. Uns estan millor i uns altres pitjor, és cert. Estic dins d'una classe social molt ampla, que és la treballadora. Jo no pertany a una classe social mitjana, ni com és diu ara, liberal. Vull dir, pertany a una classe social inferior a la classe mitjana. És una classe treballadora molt ampla, on cap tot.*

Finalmente, la respuesta de un extrabajador, actualmente propietario de un taller de aparado, expresa con claridad la contradictoria posición de este nuevo sector de difícil encuadramiento.

> (23) - *¿Tienes la impresión de pertenecer a una clase social determinada?*
> - *Ni idea, tengo empresa, no soy empresario, trabajo, no soy trabajador, bueno la clase social pues normal, no sé como definirla, no tengo ni idea.*

Cabría pensar que estas diferentes posiciones en lo que respecta a la conciencia de clase estarían relacionadas con otras variables como el sexo, la edad, la relación con la actividad, la actividad concreta que realizan los trabajadores, la trayectoria laboral, u otras similares. Pues bien, para el grupo de trabajadores cuyas biografías constituyen el objeto de esta investigación, estas relaciones no se verifican. No son los avatares de la carrera laboral, ni la mejor o peor posición de los trabajadores dentro del mercado de trabajo, ni las características familiares, ni cualquiera otra de

las variables objetivas que hemos utilizado para corroborar esta hipótesis, lo que explica la existencia de conciencia de clase. Para ser más concretos, aquellos que se autoadscriben a la clase obrera son: una trabajadora que dirige tiene un taller, un empleado administrativo con contrato fijo de una fábrica de calzado, un extrabajador del calzado actualmente empleado en un sindicato, una perceptora del seguro de desempleo en espera de la jubilación, un empleado con un cargo de responsabilidad fuera del sector calzado, y un trabajador sumergido en un taller. Todos ellos, es verdad, tienen más de cuarenta años.

El único rasgo común que comparten los trabajadores o extrabajadores que se consideran a sí mismos como «obreros» es, además de su experiencia pasada como obreros, el de haber participado, aún de formas muy diferentes, en el Movimiento Asambleario o posteriormente en los sindicatos durante los años setenta. Su conciencia de clase, por tanto, se forjó en la fábrica y en las organizaciones obreras, donde absorbieron una cultura, entendida como un conjunto de ideas, valores, representaciones y percepciones interiorizadas: «Por tanto, en esta consideración de conciencia se ha incluido la 'experiencia' y los 'valores'. La inclusión de la primera supone reconocer a estos hombres y mujeres como sujetos; la de los segundos, rechazar que la 'moralidad' o la parte moral de la conciencia sea un área de elección y voluntad humanas que brota independientemente del proceso social» (García Calavía, 1996)

Si los «obreros» no se diferencian del resto de los trabajadores en lo que respecta a su situación «objetiva», ni comparten entre ellos similares rasgos, se consideren las variables que se consideren, sí en cambio aparecen como un grupo homogéneo en sus rasgos culturales. Todos los elementos que integran la «cultura obrera» van siendo explicitados a lo largo de las entrevistas: desde el orgullo de pertenencia a la clase, su fuerte identidad en tanto que trabajadores, la profesionalización, la identificación de un oponente de clase, la unidad necesaria de la clase obrera, la solidaridad, el rechazo del individualismo, la necesidad de la acción colectiva como mecanismo de defensa de los propios intereses, y, por supuesto, una ideología de izquierdas que se traduce en el voto hacia los «partidos obreros» (IU, PSOE), además de un larga tradición de asociacionismo que, junto a los sindicatos, incluye en casi todos los casos a las Asociaciones de Vecinos, a las Asociaciones de Padres y los Consejos Escolares, a la HOAC en algunos casos o a otras asociaciones culturales o de solidaridad social.

5. "Obreros y ciudadanos": la desestructuración de la clase obrera

La evidencia empírica de una clase obrera «segmentada» también por el modo en que autopercibe su situación social, parecería darle la razón a Andrés Bilbao (1993) cuando propone la existencia de dos categorías, obreros y ciudadanos, que se corresponderían con dos tipos de percepciones distintas de la propia situación social, y que llevarían aparejadas también dos culturas: la solidaridad de los obreros, frente al individualismo de los ciudadanos serían, al menos en el nivel enunciativo, los valores más reseñables.

Si esta investigación corrobora dicha tesis, no ocurre lo mismo con el resto de las explicaciones que Bilbao propone para dar cuenta del fenómeno: que la ruptura entre las dos categorías, entre obreros y ciudadanos, se corresponde con dos posiciones en el mercado laboral. Por una parte, aquellos trabajadores más o menos fijos, enculturados en las luchas de los setenta y en la oposición al franquismo, trabajadores sobre todo de las grandes fábricas, sindicados y que aún con dificultades han mantenido sus puestos de trabajo. Por otra parte, los ciudadanos -en opinión de Bilbao- habrían crecido en el caldo de cultivo de la precariedad laboral, del desempleo, de las reconversiones industriales, de los intentos fracasados por oponerse a las reconversiones en curso, entre aquellos que han aprendido que la solidaridad es solo una palabra, y que el mantenimiento del puesto de trabajo pasa, en mayor medida, por no estar sindicado y por no plantear reivindicaciones laborales.

No muy distinta es la tesis de Petras (1996), aunque en su caso la refiere sobre todo a la barrera generacional que separa a los padres trabajadores de sus hijos parados o subempleados; los primeros sindicados, solidarios, con conciencia de clase; los segundos no sindicados, individualistas, consumistas, aislados en su angustia. En resumen, la línea divisoria entre obreros y ciudadanos sería la línea divisoria entre los trabajadores fordistas y los nuevos trabajadores en precario. La conclusión no puede ser mas pesimista. Dado que el trabajo así concebido está destinado a estrecharse hasta casi representar a un porcentaje pequeñísimo de los trabajadores, y dado además el relevo generacional, la clase obrera y su conciencia están destinadas a desaparecer, una antigualla apta para historiadores orales y nostálgicos de izquierdas.

Esta investigación es muy limitada, apenas se ocupa de un sector de la actividad que representa el 42% de la población activa de un pequeño

municipio, de una pequeña provincia, y apenas ha tenido acceso a una treintena de estos trabajadores. Sin embargo, si quiere ser fiel a sus hallazgos, tiene que contradecir parcialmente estas tesis o, cuanto menos, discutir algunas de sus implicaciones.

Empíricamente, por lo menos en lo que se refiere a ideas y valores, la existencia de obreros y ciudadanos se hace absolutamente patente, tanto que casi podríamos decir que es uno de elementos más estructuradores del discurso, y por lo tanto, parcialmente de la vida de los individuos. Ocurre sencillamente que aquí la clase obrera no está integrada por obreros en sentido estricto. Habría que concluir, en consecuencia, que no hay una traducción entre condiciones de vida y de trabajo, y conciencia de clase: ¿pervivencia de la memoria? ¿nostalgia? ¿incapacidad para producir las adaptaciones necesarias? ¿retraso cultural?

Entramos sin duda en un terreno resbaladizo. Resulta fácil decir que hay que rellenar el vacío existente entre la sociedad y los sujetos sociales, entre la acción social y la conciencia, pero en la práctica, o se fuerzan los datos para adaptarlos a la teoría, y entonces el mundo se ordena entre obreros y ciudadanos, entre clase y estratos, entre viejos y nuevos trabajadores; o acudimos a los sujetos y entonces las teorías no colman el inmenso vacío que media entre las motivaciones, tal y como se manifiestan en la vida real, y las definiciones estructurales. A no ser, claro está, que consigamos pensar en términos exclusivos de falsa conciencia: la conciencia sería falsa simplemente porque no recoge la lectura la teoría, porque no confirma la teoría.

Estos obreros no son obreros, todos ellos abandonaron la clase obrera voluntariamente o fueron obligados a hacerlo al ser expulsados de las fábricas. Algunos aprovecharon su experiencia, sus conocimientos y su largo aprendizaje para independizarse y convertirse en empresarios, con o sin suerte, o abandonar el calzado y reciclarse. Y, claro, para todos ellos la vida ha sido difícil, la adaptación compleja, se enfrentaron a la urgencia de sobrevivir y lo hicieron con los recursos de que disponían. Pertenecen a la clase obrera, lo delata el voto siempre de izquierdas y su larga experiencia asociativa; lo delata la denuncia de las nuevas condiciones de trabajo y la condena del clandestinaje (de hecho, ellos son los únicos en utilizar el término «clandestinaje», para todo el resto sencillamente es «faena»). Lo delata, en algunos casos, una especial sensibilidad ante las situaciones de pobreza y marginación; lo delata también el uso frecuente del nosotros, el acusado interés por que sus hijos estudien, la frustración por

no haber podido ellos mismos estudiar. Lo delatan, por fin, sus frecuentes referencias a la dignidad. No son obreros, pero hablan como obreros.

Los otros, los ciudadanos, los de la «clase media», no son tampoco un colectivo homogéneo. Los ciudadanos son mujeres trabajadoras a domicilio tradicionales, son todos los jóvenes, son familias próximas a la marginación, son trabajadores que perdieron su empleo, son trabajadores de fábrica jubilados. Unos desprecian la política y sobre todo a los políticos, otros votan a la derecha, algunos al PSOE. Ellos, dicen, se ocupan de defender sus intereses particulares y no se preocupan de lo que hagan los demás; no creen en general que los estudios sean muy importantes, o sólo para colocarse mejor. Consideran que, para los que trabajan en el calzado, ahora, antes y siempre la vida ha sido muy difícil; que antes, eso sí había trabajo, que después no lo hubo y que ahora vuelve a haberlo.

En esta investigación los obreros hablan mucho, los ciudadanos poco. El discurso de los obreros es rico, su experiencia laboral y vital suele ser más amplia. Además de narrar su propia trayectoria, hablan ampliamente del sector, de las condiciones de trabajo, explican los cambios ocurridos en el calzado y los juzgan. Los ciudadanos se limitan a constatar los cambios, su narración se limita a la descripción de las propias condiciones de vida y de trabajo. El tiempo de los obreros discurre en fases diferenciadas, en períodos casi siempre bien caracterizados. El de los ciudadanos parece fluir más indistinto para los hombres, y marcado sobre todo por acontecimientos de la vida privada para las mujeres.

Evidentemente, la disyuntiva entre obreros y ciudadanos llama la atención sobre las transformaciones que está sufriendo la clase obrera -lo que Bilbao denomina su «desestructuración»- y los efectos que, supuestamente, dichas transformaciones están induciendo sobre su conciencia. A pesar de su esquematismo, esta oposición no carece de valor, pues traduce una situación de hecho que muchas investigaciones, incluida ésta, constatan.

Ahora bien, cabría aducir que la insolidaridad, la búsqueda de los intereses particulares y -aunque sólo en cierto sentido- el individualismo no los inventó el capitalismo, aunque éste hiciera de ellos su bandera. Del mismo modo que la solidaridad, el altruismo y la defensa común de los intereses compartidos tampoco son patrimonio del movimiento obrero. Más bien parece que los movimientos colectivos, al menos en su estado naciente, por utilizar la expresión de Alberoni, tienden a crear una *solidaridad alternativa*: «ese estado une a los protagonistas antes separados y se

contrapone al orden existente. Los núcleos que se forman en el estado naciente viven una experiencia *sui generis* que los induce a elaborar una interpretación alternativa de lo existente, y, a partir de ella, operan con el propósito de recomponer el conjunto» (Alberoni, 1984: 42)

Por otra parte, por referirnos al caso de Elche -y cabría hacer extensivas las mismas consideraciones para muchos otros núcleos industriales españoles-, la imagen de una clase obrera integrada, conformada a través de una larga experiencia en la lucha y oposición a la explotación, capaz de generar sus propias organizaciones, resulta cuanto menos inadecuada. Como ya se ha descrito en otros capítulos, la HOAC fue durante un largo período la única organización que recogió una parte de la tradición obrera casi perdida durante el franquismo, y cuando el conflicto empezó a crecer encontró en sus militantes los líderes del movimiento obrero ilicitano, que no fueron en su origen sindicalistas en el sentido estricto, sino que se enrolaron en el movimiento asambleario. Por seguir con Elche, la afluencia de campesinos sin conciencia obrera y sin tradiciones desde los lugares más deprimidos, dispuestos a trabajar bajo cualquier modalidad y a aceptar duras condiciones de explotación, no parece sugerir la idea tradicional de la clase obrera. Si además añadimos la existencia permanente en la localidad de trabajadores a domicilio desde los inicios de la industrialización, o fenómenos como el origen proletario de una parte importante del tejido empresarial, la idea de una clase obrera bien modelada pierde todo su sentido como referente de uno de los términos de la oposición.

Ello no fue óbice, sin embargo, para que en unos pocos años los obreros de Elche y los inmigrantes pasaran a organizarse, aunque sea bajo la singularidad del movimiento asambleario, que pasaran a engrosar además las filas del movimiento ciudadano y consiguieran arrancar, tras años de duro conflicto, conquistas que hubieran parecido imposibles apenas unos una década antes. Algunos de los ciudadanos de nuestra investigación, aunque cabe pensar que ni siquiera entonces se autoidentificaran con los obreros, asistieron a aquellas asambleas y siguieron las huelgas del calzado, según declaración explícita, como si fueran obreros. Parece como si, parafraseando a Marx, en algunos momentos todo lo sólido se desvaneciera en aire; otras veces, en cambio, todo lo que está en el aire parece tornarse sólido.

6. Teorías y paradojas

Enfrentar la teoría con los hallazgos empíricos parece condenarnos a la inanidad. O desechamos los resultados de la investigación -que por otra parte no se alejan demasiado de otras cuantitativas o cualitativas, salvando las peculiaridades de caso ilicitano-, o renunciamos a la teoría de las clases sociales y a todas las implicaciones que de ella se deriven.

Para empezar, habría de reconocer, como lo hace Mingione, que la cadena estructura/conciencia/acción resulta problemática, y que sus eslabones no se anudan con la simplicidad que la teoría marxista establece: «La lógica subyacente a la acción colectiva sigue siendo el área de más difícil interpretación de las ciencias sociales, tanto para los que creen en ella (principalmente los neomarxistas) como para los que niegan cualquier posibilidad de explicación general (principalmente los neoweberianos). Aunque en general se acepta que las posiciones comunes influyen sobre la conducta sociopolítica, las dificultades reales se presentan a la hora de explicar los objetivos y estrategias de la acción colectiva en términos de conciencia. Tanto unos como los otros pueden ser criticados porque sus concepciones resultan «ahistóricas» y «aespaciales» (Mingione, 1993: 523)

Cabría establecer que conciencia, acción y posición estructural son cuanto menos campos analíticamente separados, cuyo conocimiento no es posible utilizando los mismos instrumentos y entre los cuales no puede establecerse una relación de determinaciones mutuas. La estructura no puede comprenderse ni siquiera como un paisaje, sino como un boceto que establece las líneas de fuerza de la conciencia y, en último extremo, de la acción social. La conciencia, por otra parte, no puede dar cuenta automáticamente de las relaciones estructurales porque su contenido depende de una multitud de factores que median en su formación: la experiencia propia, la experiencia social y todos los elementos culturales que incorpora de los diferentes ámbitos donde se produce esta experiencia. La conciencia es, seguramente, el elemento más débil de esta cadena, tan débil, que ni puede hacerse cargo de la estructura de las relaciones sociales, ni siquiera de sí misma y sus propias determinaciones, como toda la tradición psicoanalítica se ha encargado de establecer.

La acción, finalmente, nunca es un producto sólo de las posiciones estructurales, ni de estas mediadas por la conciencia. Es también un campo

relativamente autónomo donde, además de las presiones que ambas ejercen, para que se produzca tienen que darse otras condiciones de posibilidad. Sólo por evocar algunas de las teorías que se han ocupado de los movimientos sociales o del comportamiento colectivo, baste referirse a Touraine y los tres factores que necesariamente se requieren para la organización del conflicto social: el principio de identidad, de oposición y de totalidad. O la teoría de Charles Tilly, para quien además de la existencia de intereses contrapuestos, la organización entendida como una suma de identidad y tejido conexivo, hace posible o no la movilización y finalmente la acción colectiva. (Pasquino y alt. 1988: 208)

Sean cuales sean las respuestas, las aportaciones más significativas a la teoría de clases siguen más o menos estos derroteros y, aún aceptando que la posición que los grupos ocupan en las relaciones de producción produce necesariamente efectos sobre la conciencia y la acción, se centran sobre todo en establecer las mediaciones entre uno y otro campo.

Mingione (1993), en una compleja obra que él subtitula como una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado, discute aquellas concepciones que según él han hecho de las relaciones asociativas, por contraposición a las recíprocas, las únicas relaciones a considerar en el análisis del capitalismo. La clase social ha sido considerada así como el más importante de los grupos constituidos en torno a las relaciones asociativas, menospreciando todo el resto de las relaciones de reciprocidad, o por decirlo más simplemente, todo el ámbito de las relaciones comunitarias: «(...) el análisis de la acción de clase se vincula tan sólo, erróneamente, al contexto asociativo, considerado como un ámbito autónomo de organización basado en intereses similares. Lo que necesita, empero, es ser comparado con el conjunto del sistema de socialización, entendido como un complejo agregado, variable y no completamente cohesionado, de relaciones asociativas y recíprocas con sus diversas distribuciones de poder y de receptividad hacia él y de mediación entre los intereses y las aspiraciones individuales» (Mingione 1993:)

Estas limitaciones del análisis de clase resultan todavía más visibles en las sociedades actuales, a las que Mingione denomina «sociedades fragmentadas», caracterizadas por una interrelación crecientemente compleja de factores asociativos y recíprocos: «En otras palabras, la conducta, las expectativas y las posibilidades de vida de individuos que pertenecen a la misma clase social están condicionadas por sus diferentes formas de in-

serción en las varias esferas de reciprocidad. Aunque puede darse por cierto que este condicionamiento era limitado en el caso de la clase obrera fordiana que ingresaba un salario familiar en los países capitalistas avanzados». En cambio, la actualidad se caracteriza por condiciones muy variables de empleo y la creciente importancia de complejas y diversificadas estrategias de reciprocidad, y otras variables como el sexo o la pertenencia a grupos étnicos, a grupos de edad etc.

Aunque no en el mismo sentido, Claus Offe también se ha referido a lo largo de toda su obra a este tipo de cuestiones. Según Offe (1992), las tradiciones clásicas de la sociología, tanto la burguesa como la marxista, comparten el punto de vista de que el trabajo constituye el hecho social central. Una y otra construyen la sociedad y su dinámica como «sociedad del trabajo». El trabajo asalariado, desvinculado de la esfera doméstica y de las formas comunitarias tradicionales, despojado también de toda protección política y encuadrado en la organización capitalista del trabajo, así como los procesos -que en su seno se producen- de división del trabajo, depauperación, alienación y racionalización y las formas organizadas e inorganizadas de resistencia económica, política y cultural o, en su caso, de integración social desarrolladas sobre su base, constituyen el eje evidente en torno al que ha girado la investigación y la teorización en las ciencias sociales. Es justamente esta «capacidad global de determinación macrosociológica», que corresponde al hecho social del trabajo asalariado, lo que en la actualidad se ha tornado cuestionable desde el punto de vista de la sociología.

Todas estas teorías -a las que sin duda tendríamos que añadir las de Touraine, Gorz, y Wright- apuntan, aunque con distintas perspectivas, a un debilitamiento de la clase social como el agrupamiento esencial en el capitalismo y como categoría explicativa de la acción colectiva, y a una puesta en entredicho de las relaciones entre las tres esferas ya tantas veces mencionadas: estructura, conciencia, acción. Este debilitamiento, según los distintos autores, o bien es entendido como el efecto de las modificaciones de las condiciones estructurales, o bien de que la teoría, aquejada de una visión estrecha, actuó de una forma reduccionista, y las insuficiencias de estas teorías se han hecho más evidentes cuando se han enfrentado a las transformaciones actuales.

Esta investigación no puede resolver estos problemas, aunque sólo sea porque para hacerlo debería haber partido de otra metodología. Ha de conformarse pues con recoger las tendencias más visibles que la teoría de

las clases está señalando. Sin embargo, lo que resulta innegable a partir de los datos disponibles es que evidentemente el modo como se ha resuelto la reconversión industrial en el calzado en Elche tiende a minar las posibilidades de una acción clasista en esta industria y, por lo tanto, impedir que se manifieste cualquier forma de conflicto ni tan siquiera de reivindicación. Tanto objetivamente como en lo que respecta al contenido subjetivo, difícilmente puede mantenerse que los trabajadores del calzado integren hoy un grupo ni siquiera medianamente homogéneo, ni que sus situaciones de trabajo puedan traducirse en intereses comunes para todos ellos, que pudieran constituir la base para una acción común.

Es cierto que cabría tachar esta visión de superficial y la constatación de sus efectos como un mero producto del subjetivismo metodológico. Cabría objetar, entonces, que en el fondo es una y la misma lógica, la de la valorización del capital, la que, más allá de la diversidad de las formas en que se concreta en el mundo del trabajo, impone sus criterios y condiciona la totalidad de los cambios. Una misma lógica que al tiempo revitaliza el trabajo a domicilio, genera nuevas y masivas formas de trabajo clandestino, atomiza el tejido industrial, termina con los contratos fijos, y administra los contratos temporales con el fin de cargar a los presupuestos del Estado el mantenimiento de los trabajadores, que convierte a los trabajadores en patronos de sí mismos, o en patronos de otros trabajadores sumergidos. La misma lógica que mantiene a la totalidad de los trabajadores del calzado en riesgo permanente de perdida del trabajo y de los medios de subsistencia.

Desde este punto de vista, puede mantenerse que existen bases objetivas para la resistencia y el conflicto, dado que el cambio de las relaciones entre el capital y el trabajo se ha saldado sin ninguna duda a favor del primero; que al mismo tiempo y mediante un único proceso ha realizado las dos operaciones: sentar las bases de un nuevo sistema de acumulación, sustituyendo el fordismo por un nuevo modelo que es al mismo tiempo tecnológico, organizativo y de nuevas relaciones sociales, y asegurar la aquiescencia de los trabajadores con el nuevo modelo o al menos debilitar sus posibilidades de acción y resistencia. En el nuevo paradigma, para lograr la recuperación del beneficio era necesario, además, fortalecer nuevos valores sociales menos igualitarios, primar los mecanismos de regulación económica más favorecedores del lucro, y generar un estado de opinión más favorable a la conquista de objetivos económicos ajenos a la

equidad, sustituyendo cualquier resto de igualitarismo por el principio de eficiencia: «Y ése ha sido el caldo de cultivo donde ha podido generalizarse el principio de que la mayor igualdad, lejos de constituir una aspiración deseable (aun cuando su propuesta, como antes, fuese puramente virtual, más legitimadora que efectiva), es ahora un obstáculo par el crecimiento y el bienestar social que sólo se puede alcanzar a través de la eficiencia. (Torres López, 1995:121)

Más allá de estos condicionamientos, no se dan el resto de las bases para la acción. En las sociedades fragmentadas, por volver a la expresión de Mingione, «la formación de la conciencia y la movilización de la acción colectiva tienen lugar bajo condiciones que dependen de un complejo de socialización, en el que el sistema recíproco puede desempeñar un papel cohesivo, como en el caso de la clase obrera fordiana, o no cohesivo, como sucede con una clase obrera dispersa y ampliamente protegida por mecanismos colectivos y familiares. Así pues el atractivo, la efectividad y la capacidad movilizadora de las acciones de clase dependen de su distribución de poder interna, de la discriminación y de la dispersión. También en este nivel, la combinación de factores asociativos y recíprocos tiene una importancia decisiva, como en el ejemplo de las tensiones inevitables entre los intereses de las bases y los de sus dirigentes.» (Mingione, 1993)

7. ¿Por qué los obreros se sienten ciudadanos?

Los cambios en la situación de los trabajadores en las nuevas sociedades -desde la reducción de su número, su fragmentación interna, hasta la precarización de las condiciones de trabajo y la crisis de sus organizaciones- ayudan a entender el declive de su conciencia y de las acciones de resistencia. Sin embargo, queda parcialmente inexplicada la cuestión que se planteaba al inicio del capítulo: ¿por que los trabajadores no solamente no se autoidentifican con el grupo al que pertenecen objetivamente y, más aún, cuando sus condiciones laborales se han degradado sensiblemente, tienden a ubicarse en los estratos intermedios? ¿Es posible establecer que la mayoría de los trabajadores son víctimas de una falsa conciencia, o de una manifiesta incapacidad para percibir la verdad de su situación social?

La condición para asumir la pertenencia a la clase obrera, como a cualquier otro tipo de agrupamiento definido por su situación de sometimiento

en las relaciones de dominación, parece precisamente negarla. En la práctica, la autoadscripción a la clase obrera sólo es posible cuando el término obrero -tal y como ocurre entre los entrevistados- es interpretado como un tipo de identidad cargado de connotaciones positivas, una identidad que se sustenta finalmente sobre un proyecto de impugnación del orden de la dominación.

No es muy diferente en cierto sentido a lo que ha ocurrido con las mujeres, o con las minorías: la autoafirmación pasa por la negación, asumir la situación de dominado pasa necesariamente por un proyecto para oponerse y romper con esa dominación, un proyecto que los afirma en tanto que grupos sociales al tiempo que intenta romper precisamente con las condiciones estructurales que los define y mantiene como grupos dominados. Cuando algunos trabajadores afirman que lo son, es porque quieren dejar de serlo, o porque reclaman para la condición de trabajador una dignidad que está en contradicción con la condición de trabajador misma. Las mujeres se reconocen como mujeres cuando empiezan a romper con lo que las caracteriza como mujeres, cuando reclaman el voto que es una prerrogativa de los hombres, cuando defienden el derecho al trabajo o a la libertad sexual. La idea de que la clase obrera, además, incluya en su proyecto de liberación al resto de la sociedad es una idea añadida por los intelectuales del movimiento, apoyada en la creencia de que el proletariado llegaría a integrar al resto de los grupos, salvo a la burguesía.

Pertenecer a la clase obrera es asumir que en las relaciones sociales se ocupa una posición subalterna. Pero la asunción de esta posición no puede realizarse separadamente del proyecto de cambiar dicha situación. No es ésta una conciencia a la que se accede directamente a través de la experiencia en el puesto de trabajo, esta identificación no se produce sino a través de un proceso, del aprendizaje de toda una cultura, y bajo los efectos de experiencias de explotación que son elaboradas bajo los dictados de esa cultura. Para los demás la desigualdad es una cuestión de grados y no de polos: "*todos tenemos coche, todos comemos paella*»

La conciencia de clase está tan indisolublemente ligada a la transformación de las condiciones de dominación de una clase que no cabe hablar de distintos procesos, sino que la conciencia se conforma precisamente en el proceso de esa transformación. Cuando se tiene conciencia de clase y las perspectivas de futuro no son halagüeñas, el proyecto transformador de una clase se reduce a un intento de negación de la clase mediante vías

individuales, como es el caso de Elche. No es un reproche a los trabajadores, no es extraño que los mejores de ellos los más capaces abandonen su clase, siempre desearon abandonarla. Soñaron hacen un viaje más allá de su clase con la clase, y han hecho un viaje solos fuera de la clase. Los que han tenido suerte pueden reflexionar, los que no la tuvieron -y esto es una intuición- se han negado a hablar de ello.

Cuando las mujeres no quieren cambiar sus condiciones, son personas; cuando los trabajadores no pueden o no quieren cambiar las condiciones de trabajo, pertenecen a las clases medias. La negación de la pertenencia a una clase o a los grupos más desfavorecidos no es más que la asunción de su propia situación de inferioridad social; es la aceptación e interiorización de esa situación la que les impide identificarse como clase. No hay ninguna contradicción entre la definición estructural y la conciencia. Si la conciencia no puede asumir la propia situación de desventaja sino al precio negarla, sólo queda sustituir el ser por el querer ser.

CAPÍTULO 7

REESTRUCTURACIÓN DEL CALZADO, REESTRUCTURACIÓN DEL TRABAJO Y ESTRATEGIAS DE LOS TRABAJADORES

Se han descrito hasta aquí, a través de las biografías de trabajadores del calzado, las grandes líneas de la evolución del sector en Elche desde los años sesenta hasta la actualidad. Es cierto que estas biografías no agotan la realidad de los trabajadores, ni de los distintos segmentos que en esta categoría se integran. Sin embargo, su relevancia como fuentes de información deriva no tanto de su representatividad como de su ejemplaridad. Más allá de las peculiaridades personales, la información que estas biografías aportan coincide, en sus rasgos esenciales, con la descripción que desde otras perspectivas han realizado los analistas del sector.

La noción de «condensación», discutida en el anexo metodológico, toma en esta investigación nueva verosimilitud. La descripción personalizada de las propias condiciones de vida y de trabajo entrega al investigador elementos, cuya reiteración sistemática permite interpretar como constitutivos de una realidad más amplia. Es cierto que este modo de proceder no hace posible una descripción minuciosa, pero facilita la elaboración de un croquis de la situación, algo que nos permite acercarnos a esos «tipos ideales» a los que se refería Weber, desde los cuales comprender la inagotable diversidad de lo real.

El tratamiento del material biográfico obliga a una prolija exposición, tanto por su densidad formal como por esa especie de «resistencia al análisis» que parece oponer constantemente. La necesidad de acudir a teorías ya elaboradas y a datos secundarios para construir el marco interpretativo, sin cuyo concurso las biografías parecerían discurrir en el

vacío, añade dificultades a la presentación y elaboración de los resultados. Este capítulo trata de paliar estos problemas. Huyendo de la descripción reiterativa, toma prestadas de los capítulos anteriores las aportaciones más relevantes para esbozar una interpretación de los cambios que han afectado a los trabajadores del calzado de Elche. Ningún esfuerzo interpretativo, sin embargo, puede alejar a esta investigación de los estrechos cauces por los que desde el inicio se propuso transitar. Expresamente microsociológica, deliberadamente limitada en su perspectiva, sólo aspira en su planteamiento y en sus conclusiones a aportar algunos elementos de conocimiento a un proceso del que otros investigadores ya han dado cuenta.

1. Las trayectorias laborales de los trabajadores

Un objetivo explícito de esta investigación era elaborar una serie de trayectorias laborales típicas de los trabajadores del calzado que, presumiblemente, tenían que coincidir con los grandes cambios que habían afectado al sector del calzado durante las últimas décadas. La modelización de dichas trayectorias, a partir de las categorías que sirven para describir la situación de los individuos con el trabajo, no sólo pretendía ilustrar, desde una particular perspectiva, un proceso ya sobradamente descrito, sino sobre todo comprender el papel que las estrategias de los trabajadores habían jugado en dichos cambios, y las consecuencias que habían tenido para ellos. La reducción de las trayectorias laborales a categorías sociolaborales parecía el camino más idóneo para una descripción objetiva del proceso, que permitiera obviar las trampas del testimonialismo y la necesaria dispersión temática del material biográfico.

Como ya advirtieron Recio y Miguélez (1988), los estudios centrados en las transformaciones del trabajo encuentran dificultades para establecer, con el aparato conceptual y legal existente, los límites precisos entre parado y ocupado, activo e inactivo, sumergido o emergido. De ahí, la necesidad de buscar nuevas categorías que abarquen la mayor complejidad que tienen hoy día el trabajo y el no trabajo. Atendiendo a estos problemas -sobradamente conocidos, por otra parte, para cualquiera que se haya aproximado al trabajo de las mujeres-, en lugar de imponer categorías preestablecidas, se optó por elaborarlas *a posteriori*, una vez conocida la descripción que los trabajadores habían hecho de su propia situación.

Con el fin de proceder a este análisis más formalizado, se definieron un total de veinte situaciones distintas, en un intento por captar, en sus peculiaridades, la enorme variedad de situaciones laborales que iban apareciendo a medida que se analizaban las entrevistas. La primera conclusión de esta investigación es, sin duda, que dicho objetivo es de imposible cumplimiento, o más exactamente, que las trayectorias de los trabajadores de Elche se resisten, a partir de un momento, a ser subsumidas bajo las categorías laborales clásicas, que muestran aquí su más absoluta irrelevancia para describir las nuevas realidades del trabajo. La decisión de excluir los gráficos elaborados *ad hoc* es congruente con este hallazgo. Si bien los gráficos hubieran sin duda facilitado el propio trabajo del análisis y, sobre todo, la presentación de los resultados, lo habrían hecho a costa de distorsionar el objeto que pretendían ilustrar.

La categorización de las trayectorias y su representación gráfica ha jugado, sin embargo, un cierto papel en esta investigación: ha servido de criterio para establecer las fases temporales del proceso de cambio, tal y como se describen a continuación. Estas trayectorias reflejan con toda nitidez los puntos de inflexión en el proceso, los momentos en los cuales los trabajadores se ven impelidos a modificar sus estrategias laborales. Muestran también cómo las distintas generaciones que coinciden en el mercado de trabajo en cada momento, así como los grupos de género, van diseñando sus trayectorias a partir de esas encrucijadas.

Del artesanado a la industria difusa

Resulta relativamente sencillo, sin embargo, dar cuenta de estas trayectorias hasta la década de los ochenta. Durante los años sesenta se produjo un importante desarrollo de la industria del calzado en Elche, sobre la base de una larga tradición artesanal y la acumulación de conocimiento productivo. En el contexto del Desarrollismo, la industria ilicitana supo aprovechar las ventajas que le abría tanto el crecimiento del mercado interior como las que los nuevos mercados europeos, y sobre todo norteamericanos, ofrecían a productos capaces de competir en precio. Los bajos salarios se convirtieron así en ventajas competitivas cuando se trataba de producciones intensivas en mano de obra.

La incorporación masiva de mano de obra a la industria, merced a la intensificación del proceso migratorio, la utilización de nuevas técnicas

en el proceso productivo y el dinamismo del empresariado ilicitano fueron los factores desencadenantes de este proceso. Una estructura industrial diversificada, con un elevado número de pequeñas y medianas empresas es la característica del período. También durante esta década se forjaron las grandes empresas del calzado ilicitano, algunas de las cuales llegaron a reunir a más de un millar de trabajadores.

La inmigración fue condición necesaria para el crecimiento industrial, aportando mano de obra barata y disciplinada a una industria que precisaba contingentes crecientes de trabajadores. La entrada en las fábricas se producía muy tempranamente, con mucha frecuencia antes de la edad legal para el inicio del trabajo. El aprendizaje se realizaba exclusivamente en las fábricas. La socialización en el trabajo fabril desde la infancia favoreció, sin duda, el proceso de aprendizaje y la incorporación de la población emigrante a la cultura local.

Para este período sólo cabe hablar de dos tipos de trayectorias laborales: las de los trabajadores en las fábricas -hombres y mujeres- y las de las trabajadoras a domicilio. El aparado del calzado es una fase productiva con frecuencia descentralizada que se puede realizar en el hogar gracias a las máquinas de coser, fácilmente asequibles para las trabajadoras. El aprendizaje del trabajo a domicilio se realiza en el seno de las relaciones familiares y comunitarias. El trabajo a domicilio tiene siempre el carácter de una actividad flexible para las mujeres, compatible con sus tareas en el ámbito de la reproducción, y la renta que aporta resulta un complemento necesario para la economía familiar

La incorporación de los niños al trabajo, con frecuencia a partir de los diez años -como reiteradamente han testimoniado los trabajadores-, permitía a la industria beneficiarse de trabajo escasamente pagado, el de los aprendices, asegurando además una formación profesional adecuada. Largas jornadas laborales, en torno a once horas diarias, y seis días a la semana, eran frecuentes. La estacionalidad de la producción del calzado y los vaivenes de la demanda obligaban al uso masivo de las horas extraordinarias en muchos períodos. El recurso al trabajo a domicilio permitía también una cierta flexibilidad. Los bajos salarios se compensaban con la aportación de pequeñas rentas de todos los miembros de la familia y las del trabajo a domicilio. Los mismos trabajadores podían trabajar en su casa, fuera del horario laboral.

Una particularidad del sector parece ser la frecuencia con que los trabajadores cambiaban de empresa, una vez realizado su aprendizaje básico, en busca de mayores salarios o de oportunidades para mejorar su cualificación. Los cambios desde unas fábricas a otras se hicieron aún más frecuentes a medida que se desarrollaba la industria y crecía la demanda de trabajadores.

El encuadramiento obligatorio de los trabajadores en el sindicalismo vertical, el único ámbito donde se reconocían derechos mínimos de representación y negociación, impedía cualquier forma de protesta o resistencia frente a la imposición de las duras condiciones de trabajo.

Taylorismo y conflicto

Los años setenta no van a modificar básicamente este modelo. Aunque ralentizado, se mantiene un proceso migratorio importante, ligado el crecimiento del sector durante casi toda la década. La inmigración va a convertir a Elche en uno de los municipios más importantes de la Comunidad Valenciana, y uno de los que goza de tasas de crecimiento más elevadas. En torno al 50% de la población activa está ocupada en el sector, lo que denota la fuerte especialización productiva del municipio.

La introducción de la cadena de montaje en las fábricas de calzado, durante los sesenta y primeros setenta, permitió una cierta renovación tecnológica y nuevas formas de organización del trabajo. El salario tendió a ser sustituido por la remuneración a destajo, o formulas intermedias de pago con incentivos por productividad, y los ritmos de trabajo se intensificaron. Este proceso de racionalización del trabajo, y la búsqueda de mayores calidades llevó a un intento parcial de introducir el aparado en las fábricas. Aunque pervivió el trabajo a domicilio, algunas aparadoras que se habían iniciado en el trabajo domiciliario pasaron a trabajar a las fábricas. La división rígida entre las trayectorias de la trabajadora a domicilio y la de fábrica se rompe.

En este período, por otra parte, para atender las necesidades de mano de obra, la industria del calzado no sólo incorporó un elevado número de nuevos trabajadores y racionalizó el trabajo, sino que siguió utilizando masivamente las horas extraordinarias, casi siempre con la aquiescencia de los trabajadores, así como de otras formas de trabajo no declarado, a través de las dobles jornadas estacionales.

Los salarios tendieron a incrementarse a lo largo de la década, pero no parecen haberse lenificado las condiciones de trabajo, ni los ritmos, ni las jornadas reales, al margen siempre de las regulaciones formales que tendieron a limitar el trabajo los sábados.

La novedad más significativa fue, seguramente, el aumento de la resistencia de los trabajadores: la conflictividad latente en las fábricas empieza a manifestarse a partir de los primeros años de la década. Una estructura productiva con la presencia en el sector de un elevadísimo número de pequeñas empresas, en muchos casos familiares, dificultó sin duda la organización de los trabajadores y el planteamiento de reivindicaciones hasta prácticamente la mitad de la década.

La existencia de un pequeño sector de trabajadores organizados en la HOAC o en sindicatos como USO o CCOO, aún ilegales, y su participación en las estructuras del sindicato vertical impulsó la organización y resistencia de los trabajadores del calzado. El aumento de la conflictividad tuvo su máxima expresión en el Movimiento Asambleario, que sirvió de base para la organización de la huelga de 1977, una peculiar forma de organización muy democrática, a partir de las asambleas de las fábricas.

La masiva participación de los trabajadores en las asambleas, el seguimiento de la huelga y la confluencia en las movilizaciones sociales de los trabajadores con otros sectores de Elche generó un conflicto social importante, que se saldó, sin embargo, con una relativa derrota de los trabajadores y un debilitamiento de las incipientes organizaciones sindicales que habían impulsado y sustentado el Movimiento Asambleario, de una parte, pero que se vieron contradictoriamente obligadas a pactar la salida del conflicto.

Si bien el proceso de reconversión del calzado se hubiera iniciado de cualquier modo, ante las dificultades objetivas de una industria que empezaba a mostrar los síntomas de agotamiento del modelo sobre el que se había sustentado, esta huelga tuvo necesariamente que tener efectos sobre los agentes implicados. Los aumentos de salarios obtenidos por los trabajadores en los convenios anteriores, especialmente en 1976, incluso en 1977, y la derrota que supuso la salida del conflicto de 1977, con el debilitamiento subsiguiente tanto de las organizaciones sindicales como de muchos trabajadores involucrados en el Movimiento Asambleario, aceleraron el proceso de reconversión. La disolución del Movimiento Asambleario, y el consiguiente desánimo de los trabajadores, hacían de

éste el momento idóneo para un cambio de estrategia de los empresarios, que hasta ese momento prácticamente se habían visto obligados a aceptar las crecientes reivindicaciones de los trabajadores. De hecho, sea cual haya sido el momento del inicio de la crisis del calzado, en las trayectorias laborales sus efectos empiezan a hacerse notar, justamente, en 1978.

Descentralización productiva e informalización

La reconversión del calzado en Elche se produjo básicamente mediante el cierre de las antiguas fábricas, mientras paralelamente se iban abriendo un nuevo tipo de empresas. El nuevo modelo que se irá imponiendo progresivamente se puede caracterizar por dos rasgos: descentralización productiva, e informalización.

Estas novedades son interpretadas correctamente como estrategias empresariales destinadas a responder a un proceso más amplio de reorganización del sistema mundial, que ha procedido a una deslocalización de la producción, siguiendo una lógica cuya única novedad en el capitalismo sería en todo caso su intensidad, pero que se ha repetido sistemáticamente desde sus inicios. En el caso concreto del calzado, un sector intensivo en trabajo, los países de reciente industrialización han pasado a ser competidores en el mercado mundial, desplazando la producción de calzado de los países centrales o semiperiféricos, que no pueden ya competir debido a sus costes laborales más altos. El calzado, sometido a estacionalidad, los rápidos cambios de la moda y la diversificación del gusto, se ve obligado a una profunda reestructuración si quiere asegurar su competitividad. Sin embargo, incluso en aquellos subsectores donde las aplicaciones tecnológicas son más fáciles y los modelos más estandarizados, como el caso del calzado deportivo, los nuevos países han demostrado ser más competitivos.

Para responder a las exigencias de este mercado, el calzado ilicitano ha procedido una serie de cambios destinados básicamente mejorar su competitividad mediante el ahorro del coste del factor trabajo y las cargas fiscales, fomentando el clandestinaje y diversas modalidades de trabajo negro, en lugar de proceder a una profunda renovación tecnológica y la necesaria readaptación de la organización del trabajo.

La descentralización, como modelo de reorganización del tejido productivo, hace disminuir el tamaño medio de las empresas al exteriorizar un elevado número de funciones, e incluso fases enteras del proceso pro-

ductivo, generando un sistema de subcontrataciones en cascada. Las nuevas empresas o talleres que aparecen tienen así un pequeñísimo número de trabajadores, están muy especializadas y son absolutamente dependientes de aquellas para las que trabajan. La creación de muchas de estas nuevas empresas se realiza, de hecho, bajo la dirección de las antiguas, utilizando para ello a familiares, trabajadores de confianza que se independizan, o trabajadores autónomos capaces de garantizar las condiciones impuestas para permitir la supervivencia de sus talleres.

La formación de este nuevo tipo de tejido industrial, además de permitir un elevado grado de flexibilidad y adaptabilidad a las necesidades del mercado, tiene la ventaja añadida de favorecer la informalidad. Las nuevas empresas que aparecen son, en muchos casos, talleres sumergidos, o bien, pueden modificar su estatuto legal fácilmente a impulsos de presiones y necesidades cambiantes. El ahorro de las cargas fiscales y sociales de estas empresas redunda en su superior competitividad.

Finalmente, la vieja tradición nunca desaparecida del trabajo a domicilio y la reforma del mercado de trabajo, que facilitó sobremanera la contratación temporal y, en general, la precarización del trabajo, se convirtieron en los mecanismos esenciales para llevar adelante el proceso de reconversión.

A partir de este momento, se produce el punto de inflexión en las trayectorias de los trabajadores. Para todos ellos, el proceso se inicia con el paro. Entre 1978 y 1985, todos los trabajadores cuyas biografías se han examinado perdieron su empleo. Algunos de ellos aprovecharon esta circunstancia para abandonar el calzado intentando buscar salidas en otros sectores, básicamente en los servicios o la construcción, incluso temporalmente en otras industrias de Elche. Pero la mayoría no abandonó el calzado, perdieron el empleo fijo del que habían disfrutado durante décadas, y siguieron trabajando en el calzado bajo nuevas condiciones.

Para los que permanecieron en el calzado sus trayectorias laborales entran en una confusa maraña de situaciones distintas, cuya característica más relevante es, sin duda, la reversibilidad permanente de las situaciones, el paso de unas a otras formas de trabajo y la compatibilidad entre varias de ellas. Así, el paro, casi siempre con subsidio durante los años ochenta, es compatible con el trabajo sumergido en el propio hogar, en fábricas legales -en este caso sin contrato-, o en talleres clandestinos. El trabajador puede seguir trabajando por cuenta ajena, bajo cualquiera de

estas modalidades, o por cuenta propia, incluso como empleador a su vez de trabajadores legales o sumergidos. El uso de términos como «trabajador por cuenta propia» «independiente" o «empleador» pierden aquí todo su significado, pues con frecuencia estos trabajadores o empleadores lo son por encargo de una empresa para la que trabajan, u organizan el trabajo de los otros.

Pero lo que sorprende en el análisis pormenorizado de estas trayectorias no es tanto que a partir de un momento los trabajadores pasen de la ocupación al paro, de trabajadores fijos a temporales, del sector formal al informal, del trabajo por cuenta ajena al independiente. Todas estas situaciones son aislables y, aunque puedan superponerse, permiten describir el cambio desde la situación anterior a la actual. Lo realmente sorprendente es la versatilidad de estos trabajadores y la rapidez con que pasan de una a otra situación en el plazo de unas semanas o unos pocos meses.

¿Como caracterizar la situación socio-laboral de un trabajador que cobra prestaciones de desempleo, mientras dirige un taller de calzado, que produce en condiciones legales, pero cuyo propietario reconocido es un familiar, que emplea al mismo tiempo a trabajadores contratados y otros que no lo están, además de trabajadoras a domicilio; y que tres meses después se reconvierte en repartidor intermediario entre otras empresas y las trabajadoras a domicilio; y tres meses después trabaja como obrero en una fábrica del sector de alimentación, para pasar de nuevo al paro más estricto, esta vez sin subsidio, pero cotizando a la seguridad social como trabajador en una fábrica a cuyo propietario conoce, mientras su familia sobrevive con los ingresos de su mujer, trabajadora a domicilio que compatibiliza este trabajo con contratos temporales, o con trabajo fuera del calzado sin contrato?

Desde la perspectiva de los trabajadores, difícilmente cabe hablar de situaciones laborales, o de opciones en favor de uno u otro sector de la economía. Sólo cabe hablar de estrategias de supervivencia, que se van modificando en cada momento para adaptarse a las siempre cambiantes circunstancias del sector, que pasa por momentos de abundancia de trabajo a momentos de severas restricciones durante toda la década de los ochenta y los primeros noventa.

Es cierto que las nuevas condiciones abrieron oportunidades a muchos trabajadores que intentaron, aprovechando su experiencia en el calzado y sus conocimientos del sector, abrirse paso a través de la creación

de pequeñas empresas o talleres, bajo la forma de SALs, cooperativas, u otras modalidades. El fracaso de muchas de ellas obligó a los trabajadores a aceptar cualquier forma de trabajo, o a sumergir definitivamente sus empresas para poder sobrevivir.

La literatura especializada ha llamado sobradamente la atención sobre la imposibilidad de analizar separadamente la economía formal de la informal, al estar ambas fuertemente imbricadas. La economía informal no sería así un mero residuo de formas periclitadas, sino un fenómeno novedoso, que crece como resultado de las estrategias adaptativas en las nuevas condiciones de la economía global. Ello no excluye la existencia de dos sectores distintos de trabajadores, formales e informales, que por sus características -por ejemplo la edad, el género, o la cualificación- terminan siendo asignados a uno u otro sector, en los que básicamente desarrollan sus formas de trabajo. Sin excluir, como veremos más adelante, una cierta especialización, las biografías no permiten avalar que éste sea el caso de Elche, cuanto menos durante el período de la transición del viejo al nuevo modelo. Antes bien, los trabajadores se mueven a través del denso tejido de la industria del calzado, aprovechando cualquier oportunidad, sin discriminación de ninguna forma de trabajo. La distinción entre dos sectores económicos -formal e informal- puede tener algún valor desde el punto de vista de la descripción económica, pero ninguno si el punto de vista es el de las trayectorias laborales.

Un segundo aspecto que llama la atención en Elche es el absoluto desprecio que parece mostrar la industria del calzado hacia la la contratación. Los contratos no parecen en Elche un prerrequisito para el trabajo, sino una opción, entre otras, que puede aceptarse o rechazarse en virtud de los intereses siempre cambiantes de los empresarios y a veces de los trabajadores -no les interesa si están cobrando prestaciones por desempleo-. Cabe pensar que el acceso masivo de los trabajadores, durante los años ochenta, a las percepciones por desempleo facilitó a los empresarios la extensión de esta práctica, al encontrar la aquiescencia de los trabajadores, que se beneficiaban de así de dos fuentes de obtención de renta, y que sólo reclamaban la contratación como un medio para seguir generando nuevos derechos. Cuando en los años noventa muchos trabajadores difícilmente pueden ya acceder a las prestaciones de desempleo (jóvenes, mujeres trabajadoras a domicilio, trabajadores largamente empleados en talleres clandestinos, etc.), el trabajo

negro se ha impuesto ya como un mecanismo regular en la industria del calzado, tanto el sector formal como, obviamente, en el informal.

Padres e hijos en la construcción del trabajador precario

Los años noventa no son más que una insistencia en este modelo que parece haberse institucionalizado, incluso haber encontrado un cierto éxito, si nos atenemos a la evolución de los indicadores económicos y a las propias declaraciones de los trabajadores.

Las trayectorias laborales mantienen los mismos rasgos que se han descrito durante los años ochenta. Después del largo período observado, algunos trabajadores han logrado abandonar el calzado, y sobreviven al margen con éxito variable. Otros se aproximan a la edad de la jubilación amparados por la familia, el magro subsidio de la «ayuda familiar», que percibirán hasta el momento de tener derecho a la jubilación, y la realización de pequeños trabajos marginales que les permiten obtener alguna renta añadida. Los trabajadores activos se distribuyen en la intrincada red del calzado siempre a la búsqueda de un contrato de trabajo o, cuanto menos, de retribuciones más altas. Los autónomos, intermediarios y propietarios de pequeños talleres obtienen niveles de renta y beneficios muy diversos, dependiendo de sus relaciones o la siempre cambiante coyuntura del calzado. Las trabajadoras a domicilio cumplen sus largas jornadas a la espera de una posibilidad de abandonar el aparado.

En este período, destaca la situación de los trabajadores más jóvenes, aquellos que se han incorporado al calzado desde finales de los ochenta y, especialmente, durante los noventa. Aunque más tarde que sus padres, han abandonado el sistema escolar muy pronto y, como ellos, siguen incorporándose al calzado incluso antes de haber cumplido los dieciséis años. Para estos jóvenes el calzado no es una ocupación elegida y, si llegan a ella, es a menudo después de haber intentado buscar acomodo en otros sectores, lo mismo que hacen cuando periódicamente se quedan sin trabajo en el calzado. Sin contrato, empleados con frecuencia en la economía sumergida, con salarios bajísimos, sin presente y sin futuro, los jóvenes ilustran mejor que los adultos cuáles han sido los efectos de este proceso.

Aunque no se han producido grandes cambios respecto a la década anterior, a partir de 1993, se asiste a un crecimiento muy significativo de la actividad industrial, constatado tanto por la evolución de las exporta-

ciones como por los testimonios de todos los entrevistados. Esta nueva situación es mayoritariamente descrita por los trabajadores con la expresión «*hay faena*», que ilustra perfectamente el nuevo modelo de trabajo que se ha impuesto definitivamente en Elche.

El crecimiento de las oportunidades no redunda, sin embargo, en una mejora de las condiciones de trabajo. Si bien es cierto que la posibilidad de trabajar, en cualquier situación, alivia las dificultades que muchos han tenido para sobrevivir en el último período, ello no trastoca el profundo pesimismo de los trabajadores sobre su futuro y el de sus hijos. Y ello porque la favorable coyuntura por la atraviesa el calzado no se ha traducido, por lo menos hasta el momento, en crecimiento del empleo formal, ni en contratos para los trabajadores clandestinos, ni en una mejora en la retribución del trabajo negro, especialmente del que se realiza a domicilio.

2. El consentimiento y la coerción

Las investigaciones sobre los procesos de transformación del trabajo, seguramente porque su objetivo es describir las tendencias en sus grandes líneas, oscilan entre dos posturas: o bien el proceso es descrito como una trayectoria ciega, que se desenvuelve a espaldas de los actores sociales, resultado de transformaciones tecnológicas, económicas o institucionales que parecen imponer su lógica necesaria sobre la voluntad de los que los dirigen y los sufren; o bien la descripción incluye la voluntad de aquellos que tienen el poder y la capacidad para tomar decisiones y dirigir el proceso con el objetivo de la defensa exclusiva de sus intereses. La historia autodirigida, o la historia como confabulación son los presupuestos que subyacen bajo casi todas las grandes explicaciones de los cambios socioeconómicos.

Es evidente que en las sociedades no igualitarias la capacidad para empujar la historia hacia uno u otro derrotero no es igual para todos los grupos sociales, y que por tanto los grupos dominantes tienen frecuentemente el poder para conseguir imponer los cambios que les resultan beneficiosos. Ahora bien, los grupos dominados si no pueden dirigir el sentido de las transformaciones, tienen la capacidad para resistirse, para oponerse o, cuanto menos, para estar en desacuerdo. Si aparentemente no ha ocurrido así, si la reconversión del calzado se ha producido con escasísima

o nula conflictividad -y ello a pesar de haber contado con una clase obrera organizada-, si se ha impuesto sin resistencia, hay que explicar por qué.

Una investigación como ésta, que voluntariamente adopta una perspectiva tan micro, que se fija en uno de los sectores implicados en este proceso, no podía dejar de lado esta cuestión, por otra parte esquiva. Las explicaciones sobre la acción tienden a ser mucho más sugestivas cuando tratan de dar cuenta de la acción positiva que de la ausencia de la acción. Así, con frecuencia se explican las luchas de los trabajadores como respuestas, más o menos conscientes, en defensa de sus intereses, sean estos leídos en términos de acción clasista o acción racional. Es por eso que los períodos de luchas sociales, las revoluciones, etc. han suscitado mayor interés; mientras que la pasividad, la aquiescencia, la aceptación muda de los cambios de gran calado que han afectado a los trabajadores en las últimas décadas han merecido menor atención por parte de los especialistas.

El problema planteado, sin embargo, pudiera ser reducido a un falso problema. Cabría aducir que cuando la presión estructural es suficientemente intensa, las motivaciones de la acción, por lo menos para los más débiles, tienen escasa o nula importancia, dado que las opciones son escasas y las posibilidades de transformar las condiciones casi nulas. Así, el análisis de las trayectorias laborales de los entrevistados parece borrar el problema de la aceptación o no aceptación de las nuevas condiciones por parte de los trabajadores: simplemente han sido impuestas. El cierre de las fábricas, con resistencia o sin ella por parte de los trabajadores, los convierte automáticamente en parados. El paro, aun cuando se ve paliado por otras percepciones económicas, obliga a los trabajadores a aceptar el trabajo informal para sobrevivir o para redondear unos escasos ingresos. Las familias de los parados, temerosas ante la nueva situación, se ven también enfrentadas a la necesidad de poner al día los viejos sistemas de la economía familiar. En resumen, el movimiento obrero ha desarrollado formas de resistencia y lucha básicamente destinadas a la valoración de su fuerza de trabajo, aprovechando la ventaja que les otorga el hecho de que su fuerza de trabajo es necesaria, pero no dispone de estrategias para resistir en situaciones como la actual.

En este sentido, como recuerda Offe (1992), el uso del concepto de estrategia para explicar la acción de los trabajadores no sólo resultaría inverosímil, sino que además tendería a encubrir la violencia estructural a la que se ven sometidos los que la sufren.

El concepto de estrategia, tomado de la teoría de los juegos, se convierte en una pieza clave de las teorías de la *elección racional.* Estas teorías pueden ser calificadas como una muestra del «imperialismo de la economía», ya que aspiran a explicar problemas que tradicionalmente ocuparon a otras disciplinas sociales con el instrumental de la economía (Ovejero, 1995). Individuos maximizadores de utilidad, con preferencias estables en el tiempo y que se coordinan en mercados más o menos explícitos, es el punto de partida sobre el que se apoyan dichas teorías. Por estrategia se entiende una forma de comportamiento que: (a) quiere intervenir en el ambiente (acción orientada hacia el éxito o la maximización del beneficio), y en cuyo cálculo (b) se incluyen las expectativas acerca del comportamiento de al menos otro actor.

Es indudable que para que la acción pueda ser racional y desenvolverse a través de estrategias a veces coincidentes, a veces encontradas, es preciso presuponer que la sociedad es, como se predica del mercado, un lugar de libre concurrencia, donde el éxito o el fracaso de dichas estrategias depende de las leyes inmutables de la oferta y la demanda. Estas leyes van a establecer que unas veces la racionalidad -entendida exclusivamente en términos de beneficio- aconseja la acción individual y otras la cooperación, como una forma de componenda en la cual, finalmente, a cambio de renunciar a una parte de los posibles beneficios puede obtenerse mayor rentabilidad para todos (Axelrod, 1986).

No es este el lugar para discutir las teorías de la elección racional, a las que por otra parte se puede reconocer capacidad explicativa para determinados ámbitos de la acción social. Sin embargo, interesa clarificar el uso del concepto de estrategia que tanta extensión ha tenido en las ciencias sociales los últimos años y al que esta investigación recurre con frecuencia.

Entre todas las críticas posibles al concepto de estrategia, cabe destacar tres. Por una parte, si su uso es admisible para describir las acciones individuales, no lo es tanto cuando se trata de grupos o agregados, ya que impone un proceso dual de reconstrucción que incluye no sólo la forma en que cada una de las acciones colectivas se relaciona con el objetivo final, sino también la forma en que las acciones individuales singulares se relacionan, en diferentes condiciones y en diferente medida, con la estrategia colectiva. Es decir, presupone que los colectivos -como es el caso de la familia- comparten todos ellos los mismos intereses, o cuanto menos existe

alguna forma de racionalidad en la sumisión de los intereses individuales a los colectivos.

En segundo lugar, y aquí la crítica es más severa, la perspectiva estratégica parece conceder a todos los actores las mismas posibilidades de acción, al hacerlas depender exclusivamente de su cálculo, como si estos juegos se desenvolvieran en un tablero de ajedrez, un escenario neutro, donde los contendientes pudieran desplegar por igual dichas estrategias, para decidir finalmente si la partida termina en «mate» o en un consensuado «tablas». Es precisamente la consideración del contexto donde se despliegan las estrategias como un campo de fuerzas donde los grupos disponen de recursos desiguales, tanto para conocer como para actuar, lo que limita enormemente las posibilidades heurísticas del concepto.

Cabría pues hablar, en todo caso, de estrategias de los empresarios y no de los trabajadores, estrategias triunfantes si nos atenemos a los resultados, y que se desenvuelven sin demasiados problemas. Del poder de los que crean empleo para poder destruirlo deriva el poder para precarizar el trabajo. Frente a ese poder, en las nuevas condiciones, ni los trabajadores ni los sindicatos han podido ofrecer resistencia. Las mismas estrategias que minan a los trabajadores minan a sus organizaciones, porque -como se ha analizado repetidamente- hacen descender el número de sus afiliados, dificultan la integración de sus reivindicaciones, entran en contradicción con los parados y con los grupos de jóvenes y mujeres escasamente representados, etc.

Finalmente, otra crítica frecuente al concepto de estrategia se basa en la dificultad para establecer la relación entre estrategia e intención, y ello por tres motivos: 1) porque la acción puede carecer de intenciones, ser rutinaria o expresiva; 2) Porque hay consecuencias no previstas o no queridas de la acción; y 3) porque las intenciones conscientes pueden ser contradictorias, cambiantes e inciertas, como por ejemplo ocurre cuando aparecen «encrucijadas» (Garrido y Gil Calvo, 1993)

Ahora bien, y a pesar de todo ello, un concepto de estrategia restringido, puede resultar útil a la ciencia social, al menos mientras no dispongamos de otras herramientas. Y ello porque, como mantiene Mingione (1993), uno de los más importantes instrumentos metodológicos utilizados en la actualidad para superar la dicotomía estructura-acción es precisamente el concepto de estrategia. Puede que no sea del todo adecuado su uso fuera del contexto teórico que lo dota de contenido, pero resuelve par-

cialmente las dificultades de una sociología escasamente atenta a la acción. Cuando se trata de evitar una visión reduccionista de la acción social y sus actores, en nombre de cualquier forma de sobredeterminación, simplemente, no disponemos de mejores herramientas.

En opinión de Garrido y Gil Calvo, la perspectiva estratégica es un puente tendido entre otras dicotomías clásicas de la ciencia social que parece definir siempre antagónicamente sus perspectivas metodológicas. Por una parte, la oposición entre dos formas de considerar a los actores sociales individuales o colectivos como sujeto agente del cambio social (perspectiva voluntarista o historicista), o como sujeto paciente del cambio social (perspectiva socialista o economicista). Por otra parte, la conocida oposición entre una perspectiva micro (que reduce las agregaciones sociales a sus componentes más elementales, y en último término a las relaciones interpersonales), y otra macro (que ignora las singularidades locales y sólo considera las regularidades estadísticas de los agregados).

Cabe un uso del concepto de estrategia, tal y como explícita o implícitamente hacen muchos autores, que se refiera a la acción social de individuos o grupos como un tipo acción orientada que se desenvuelve en un contexto estructuralmente determinado, en cuya definición la aerosa que la de los otros, y que mantiene complejas relaciones con la intencionalidad de los actores. Sólo en este sentido -lábil y confuso, ciertamente- se utiliza aquí el concepto de estrategia o estrategias de los trabajadores, como acciones socialmente relevantes, no predeterminadas, aunque fuertemente constreñidas por las fuerzas que actúan en el campo de relaciones donde se desenvuelven, y que por lo tanto limitan severamente sus alternativas de elaboración y de desenvolvimiento.

Hay que advertir que lo que hasta aquí se ha descrito para el calzado no es muy distinto de lo que ha ocurrido en otras localidades y con otros sectores productivos intensivos en mano de obra: la precarización del trabajo ha constituido uno de los ejes centrales del proceso de reestructuración económico y social. Puede que el caso de Elche represente, por la exageración de sus rasgos, una especie de caricatura del mismo modelo, dada la intensidad con que parecen manifestarse aquí la informalidad y la ruptura absoluta de todo el marco de las relaciones laborales que dominó el mundo del trabajo hasta los años setenta.

El enfoque propuesto para esta investigación permite dar una respuesta, cuanto menos parcial, a la pregunta: ¿Cómo fue posible que este pro-

ceso se produjera sin ninguna resistencia por parte de los trabajadores, más aún, cuando su inicio coincide con el momento de máxima movilización de los trabajadores?, ¿qué elementos ayudan a explicar la prácticamente nula oposición o, incluso, esa «creciente complicidad de los propios trabajadores», a la que ha aludido Contreras Navarro (1997: 71).

Todos los elementos para poder responder a la pregunta se hallan repetidamente documentados en las biografías, más allá de las diferencias de opinión o de los avatares particulares de las vidas de los trabajadores. La aparente facilidad con la que se produjo esta transición y la anuencia, cuanto menos relativa, de los trabajadores del calzado en la aceptación de los cambios cabe explicarlas por una serie de factores presente en el ambiente local y que confluyeron en este período.

El "mundo de la vida"

El primer factor es, sin duda, que en las primeras fases del período de reconversión del calzado los trabajadores no fueron conscientes de la amplitud y profundidad de los cambios que se estaban poniendo en marcha. Lo que desde el punto de vista de las modelizaciones de los economistas o los sociólogos del trabajo parecen innovaciones, no lo son tanto en la realidad concreta de un sector y, por tanto, en la experiencia de los trabajadores.

El calzado ilicitano disponía de una amplía muestra de recursos y estrategias sobradamente conocidos tanto por los empresarios como por los trabajadores desde siempre, de forma que, cuando la situación se modificó, pudieron empezar a utilizarlos sin que fuera necesario un largo proceso de adaptación. Lejos de vivir una situación novedosa, los trabajadores, en el inicio de la crisis, no tuvieron más que proseguir con unas prácticas que se convirtieron en elementos estratégicos para organizar su supervivencia.

No hubo resistencia, no hubo derrota. Lo que ese ambiente local había dado a los trabajadores era una gran experiencia laboral y un conocimiento profundo del calzado; una enorme versatilidad para realizar unas u otras tareas; una gran capacidad de adaptación a diversos tipos de empresas, desde los talleres más pequeños hasta las grandes fábricas; la costumbre de trabajar larguísimas jornadas, ampliables siempre mediante las horas extraordinarias para adaptarse a las necesidades cambiantes de un sector marcado por la temporalidad. Junto a estos ele-

mentos, además, los trabajadores se habían habituado a un sistema de obtener ingresos a través de la economía informal para complementar los bajos salarios obtenidos formalmente. La familia, por otra parte, jugó siempre una papel esencial en la supervivencia de los trabajadores, y los hogares ilicitanos fueron tradicionalmente hogares productivos.

La emigración no modificó los rasgos comunes de este ambiente local, antes bien, se adaptó a ellos porque el sistema beneficiaba a sus propias condiciones de partida: sin formación, podían adquirir cualificación integrándose en las fábricas o en los mecanismos establecidos para el aprendizaje del trabajo a domicilio; la compra de vivienda podía ser sufragada a través del trabajo de todos sus miembros, bien en las fábricas, bien en la economía sumergida. Además, las altas tasas reales de actividad femenina y la aceptación social del trabajo infantil se adaptaban a las necesidades de los inmigrantes.

La escucha atenta de los testimonios recogidos, tanto si se refieren a la percepción de la situación como a las estrategias desplegadas por los trabajadores desde finales de los setenta, avalan masivamente la interpretación de una transición indolora, cuanto menos en los primeros años.

El paro, ese incentivo perverso

Sin embargo, nada de lo ocurrido sería explicable sin la consideración del desempleo como el elemento esencial para configurar tanto la conciencia como la acción de los trabajadores. El paro, o el temor al paro, ese viejo fantasma de la economía mercantil, constituye -en expresión de L.E. Alonso (1997)- un auténtico «incentivo perverso» para los trabajadores, desvelando, una vez más, que es el mecanismo disciplinario más eficaz de cuantos se han ensayado.

Es verdad, sin embargo, que los trabajadores del calzado no parecen haber soportado períodos prolongados de paro, ni haber sufrido al inicio situaciones graves de precariedad económica. En las primeras fases, las percepciones por desempleo y las indemnizaciones por despido hicieron llevadera su situación. Además, pudieron pasar en un plazo breve a trabajar en la economía sumergida y completar así sus ingresos. Entre los trabajadores entrevistados, si exceptuamos a los más jóvenes, todos han cobrado el seguro del desempleo en diversas ocasiones y, muchas veces, durante largos períodos. El agotamiento de las prestaciones de desempleo, por otra parte, tampoco representaba una amenaza muy seria: cabía negociar un contrato

temporal en la misma empresa donde se trabajaba clandestinamente, o ser dado de alta en la empresa de un familiar, amigo o conocido.

En el caso de las mujeres, tanto si se habían iniciado como trabajadoras a domicilio o habían ingresado directamente en las fábricas, la pérdida del empleo supuso su paso rápido al trabajo domiciliario, que no empezó a escasear hasta los últimos años de la década de los ochenta. Pero el trabajo a domicilio tampoco parece ser una modalidad permanente. Aunque a largo plazo casi todas las entrevistadas han terminado por ser casi exclusivamente trabajadoras a domicilio, durante estos más de quince años han podido volver periódicamente a las fábricas. Es el caso de las aparadoras más avezadas, que pueden ser contratadas temporalmente para hacer el «aparado de muestras», y volver luego a su casa.

En cualquier caso, el desempleo ha sido el factor esencial que explica la facilidad con que, en éste como en otros escenarios, se han impuesto la reforma del mercado laboral y las nuevas condiciones de trabajo. Aunque sus consecuencias pudieron ser paliadas por los trabajadores de Elche, lo cierto es que todos los entrevistados conocieron la experiencia del desempleo. El cambio radical que sufrieron sus itinerarios laborales se inicia siempre con la perdida del empleo. A partir de ese momento la espiral de la reconversión les arrastrará hasta situaciones muy diversas, con resultados desiguales dependiendo de las propias capacidades, los apoyos de que dispusieron y la suerte.

Hay que recordar, por otra parte, que si para estos trabajadores el paro no tuvo las gravosas consecuencias que tuvo para otros, todos ellos eran sensibles a la fuerte contracción del empleo que sacudió a la industria española entre los últimos setenta y el primer quinquenio de los ochenta, y que condujo a España a ostentar una de las tasas más alta de paro del entorno europeo. La internalización de la amenaza de perder el empleo genera un proceso de ajuste de la conducta laboral a las expectativas de los empleadores, lo que Coller ha llamado «el despotismo del mercado» (1997)

La economía sumergida como colusión de intereses

No es necesario referirse más ampliamente al trabajo sumergido, clandestino o negro como aliviadero del paro, en unos casos; o sustituto del empleo formal, en otros.

Bajo cualquiera de sus modalidades -trabajo a domicilio, trabajo sin contratación en las fábricas legales, o en las fábricas y talleres clandestinos- el trabajo negro representa un recurso para los trabajadores cuando

disponen de los conocimientos, las relaciones, los hábitos e, incluso, las máquinas para poder sobrevivir. Aunque, según los testimonios de todos los trabajadores, los ingresos así obtenidos eran muy inferiores a los que venían percibiendo en las fábricas, la compatibilidad de estas rentas con las percepciones por desempleo permitía, como explícitamente han reconocido algunos trabajadores, obtener ingresos superiores a los que tenían en las fábricas.

Ahora bien, lo que pareció en el inicio una ventaja de los trabajadores se va a revelar a medio plazo como una desventaja añadida. La clandestinidad acaba siendo un cepo del que los trabajadores no pueden soltarse. En primer lugar, porque a medida que avanza la década y crece el paro, se va limitando legalmente el acceso a las prestaciones por desempleo. En segundo lugar, porque la obtención de un contrato, aunque sea temporal, se va haciendo cada vez más difícil en la industria del calzado, de forma que no es posible seguir generando nuevos derechos. En tercer lugar porque, en la economía sumergida, los trabajadores no disponen de ningún mecanismo para la defensa de sus intereses.

La individualización de las relaciones entre capital y trabajo, dada la profunda desigualdad estructural entre ellos, priva a los trabajadores de toda posibilidad de discutir sus condiciones en esta particular forma de mercado que constituye el «mercado de trabajo» (Offe, C. y Hinrichs, K., 1992). En ausencia de formas de acción colectiva -sindicatos- y de garantías estatales -protección al trabajo y política social-, cuando además disminuye la demanda de fuerza de trabajo, queda en manos de los empleadores toda la autoridad para imponer tanto las modalidades como las condiciones de trabajo. El reforzamiento del control empresarial en el proceso de trabajo es una de las más importantes consecuencias de la precarización del empleo (Miguélez, 1995: 69).

Cuando se pone en entredicho el sistema de las regulaciones establecidas, lo que aparece es un nuevo modelo subordinado de relaciones laborales que tiene las características de extremado liberalismo, individualismo y paternalismo. El debilitamiento de la mediación, sea sindical, de la administración o de organismos terceros, refuerza el principio del más fuerte, que en términos individuales resulta ser el empresario frente al trabajador. (Recio y Miguélez, 1988).

El atractivo del trabajo sumergido, compatible con los subsidios estatales, fue precisamente el precio de la complicidad de los trabajadores con el

nuevo sistema. Los intereses de todos -empresarios y trabajadores- parecían coincidentes. El pacto se firmaba a costa de los derechos de los trabajadores y con cargo al presupuesto del Estado, que pagaba de su bolsillo el ahorro de unos y las perdidas de los otros. Los motivos de la aquiescencia del Estado y su tolerancia hacia lo que era de todos conocido requieren explicaciones añadidas que exceden las posibilidades de esta investigación.

La empresarialidad difusa como solución y como problema

El cuarto factor que explica la suave transición hacia un nuevo modelo productivo y de relaciones laborales es, sin duda, idiosincrásico de Elche y, aunque puntualmente aparece en otros sectores, no lo ha hecho con la misma intensidad que aquí.

No sólo los trabajadores se avinieron a este pacto con los empresarios destinado a mejorar la competitividad del calzado, además, algunos de ellos se convirtieron en propietarios de talleres, pasando así a engrosar la nómina de pequeñas empresas especializadas en una fase de producción, muy vulnerables, y totalmente dependientes de aquellas para las que trabajan.

¿Por qué lo hicieron? Porque tuvieron la oportunidad de hacerlo, por un lado, y porque fueron empujados a hacerlo. Con unas u otras intenciones, por encargo de otro empresario o por iniciativa propia, porque estaban parados o porque abandonaron voluntariamente las fábricas para cambiar de status laboral, sean cuales hayan sido las condiciones concretas en que esta opción se produjo, los efectos fueron siempre los mismos: engrosar el amplio sector clandestino del calzado ilicitano. Muchos fracasaron, otros subsisten en los márgenes de un sistema industrial que les fuerza a convertirse en aliados y ejecutores de una estrategia de supervivencia. Intermediarios, repartidores, propietarios de talleres sobreviven en el calzado con mayor o menor suerte. Es dudoso que los trabajadores que emplean puedan considerarlos empresarios, sin embargo, son ellos los que administran por encargo una parte importante de la miseria de muchos trabajadores sumergidos.

Que estos nuevas figuras se hayan nutrido, en algunos casos, de las filas del sindicalismo no hace sino añadir complejidad a la situación. Cabe pensar que, en otras condiciones, con apoyos que no recibieron, muchas de estas iniciativas -bien bajo la forma de empresas privadas o de trabajo cooperativo- hubieran podido constituir alternativas viables, tal y como la

literatura sobre la *Terza Italia* se ha encargado de mostrar para aquel territorio. No fue así, y el «pudo haber sido» -en expresión de Melville- es un terreno demasiado pantanoso para poder edificar sobre él.

La experiencia de la derrota y "el juego de las máscaras"

Atrapados en lo que J.M. Tortosa calificó con acierto «el juego de las máscaras» (Tortosa, 1988), los sindicatos no pudieron hacer frente a una situación que les era totalmente adversa. La división sindical y el desánimo que siguieron a la desmovilización del Movimiento Asambleario, la pérdida de cuadros experimentados y, sobre todo, la imposibilidad de entrar a regular las condiciones de trabajo en la economía sumergida y la complicidad por parte de los trabajadores, interesados objetivamente en el mantenimiento de esta situación, impidieron que los sindicatos pudieran ejercer apenas ninguna forma de resistencia frente a estos cambios.

Es cierto que este breve diagnóstico podría ser tachado de mero alegato exculpatorio de unas organizaciones sindicales que jugaron un discutible papel durante la década de los ochenta, dando apoyo y aval a ese «pacto corporatista» que permitió la reforma del mercado laboral, sin apenas compensaciones y sin excesiva resistencia por parte de los trabajadores.

Hay que recordar, además, que la propia disolución del Movimiento Asambleario -tal y como ampliamente ha sido analizado- fue, en parte, consecuencia de las inconsistencias y contradicciones de las organizaciones sindicales, más interesadas en la normalización de la situación política y su propia consolidación institucional, que en la defensa puntual de las reivindicaciones de los trabajadores. La estructura asamblearia que con tanto éxito se impuso en el calzado del Valle del Vinalopó, por otra parte, amenazaba las posibilidades de crecimiento de las organizaciones sindicales que bien empezaban a conformarse en ese momento, como la UGT -ausente durante cuarenta años-, o pretendían transformarse en sindicatos de afiliación, como CCOO o USO.

Sólo así se explica el rechazo expreso de algunos dirigentes de la UGT, aunque no de todos sus afiliados, hacia el Movimiento Asambleario; y la contradictoria actuación de CCOO, que alentó y dio soporte al Movimiento Asambleario en Elche, pero intentó frenar la continuidad de la huelga de 1977, provocando incluso el enfrentamiento entre algunos dirigentes nacionales y los líderes ilicitanos, mayoritariamente involucrados en la organización de dicho Movimiento.

Estos enfrentamientos, por otra parte, no son ajenos a lo que Miguélez (1991) considera una de las características del sindicalismo español posfranquista: la tensión entre las estructuras cupulares (a nivel territorial y federal) y las estructuras de base (empresa, localidad). Las primeras más próximas a un modelo de relaciones laborales de carácter «institucionalista»; las segundas, a un modelo «basista», que privilegia la acción sindical en la empresa. En opinión del autor, el Acuerdo Marco Interconfederal de 1979 inicia el ascenso de un modelo más institucionalista gracias a una mayor centralización de la negociación y al papel de los sindicatos en la misma, en una apuesta de nueva «racionalización».

En cualquier caso, cabe pensar que ambas interpretaciones son hasta cierto punto compatibles. Por una parte, todos los procesos a los que se ha aludido tienden a dificultar la acción sindical: el paro y sus efectos disciplinadores, la flexibilización mercantil de las relaciones laborales, la utilización de nuevas tecnologías, las nuevas formas de organización del trabajo, la miniaturización de la empresa, la primacía otorgada por las empresas hacia la negociación individualizada o con grupos de empresa, la segmentación de los trabajadores con intereses cada vez más divergentes -si no enfrentados-, la entrada en el mercado de trabajo de grupos escasamente sindicalizados (como las mujeres o los jóvenes), en resumen, la estratificación individualista de los trabajadores, son todos ellos elementos que los analistas del problema citan con más frecuencia como inhibidores de las políticas sindicales.

En el caso de una expansión de la economía sumergida tan relevante como la producida en Elche, las dificultades aumentan porque los sindicatos no sólo tienen dificultades para esa cada vez más difícil agregación de intereses sobre la que sustentarse, sino que, además, pueden entrar en conflicto directo con los trabajadores sumergidos, nada interesados, cuanto menos en las primeras fases, en que los sindicatos cumplan un papel de denuncia de la situación.

Por otra parte, no hay que negar el proceso de «desindicalización» (pérdida de afiliación, apatía, falta de respuesta a las convocatorias, desconfianza hacia la concertación, imposibilidad de conectar con los jóvenes, etc.) (Alonso, 1991: 409), se ha podido ver favorecido por los propios sindicatos, que consintieron a través de la concertación una serie de reformas que minaban a largo plazo las bases sobre las que se sustenta su propia acción.

Es cierto también que la particular historia española dificultaba enormemente cualquier otra estrategia sindical. A pesar de las movilizaciones obreras del último franquismo, los sindicatos accedieron a la legalidad con un nivel de afiliación muy bajo, sin reconocimiento institucional, sin estructura organizativa. Todo ello favorecía su dependencia estrecha de los partidos políticos, desigual para una u otras organizaciones, que determinó sin duda su posicionamiento durante un largo período, desde el inicio de la transición hasta, por poner una fecha bien significativa, el 14-D de 1988.

Merezca el juicio que merezca la actuación de los sindicatos durante este período, lo cierto es que la gran segmentación y estratificación de las situaciones laborales que se ha generado durante estas dos últimas décadas abre enormes desafíos a los sindicatos, y, sobre todo, a aquellos que se autodenominan «de clase», cuando ya difícilmente se puede sustentar ni teórica ni prácticamente la idea de una clase unitaria, que si nunca seguramente fue homogénea, hoy lo es todavía menos, una vez que incluso «su núcleo central» -ese que excluía a las mujeres, a los trabajadores secundarios, a los emigrantes, es decir a la mayoría de la fuerza de trabajo real- ha sido disuelto definitivamente.

Hoy, los sindicatos, cuanto menos los del calzado, saben muy bien que sus posibilidades de seguir incidiendo en la regulación de las relaciones laborales dependen de su capacidad para intentar agregar los intereses de distintos colectivos, evitando como ya advertía Gorz (1986) que la lógica económica de unos intereses «objetivos» bien representados pueda escindirse de la lógica social de otros colectivos sociales incapaces de imponer cualquiera de sus reivindicaciones.

Como relataba un sindicalista de CCOO, entrevistado para esta investigación, en la discusión del último convenio del calzado (1997), los sindicatos habían apoyado la renuncia a los beneficios de la antigüedad para los trabajadores, que favorecían a los empleados mayores y estables, en favor de los más jóvenes e inestables. Su desasosiego surgía de la indiferente actitud con que unos y otros, incluidos los propios afiliados, habían acogido una propuesta que, por primera vez en mucho tiempo, abría el debate central del sindicalismo del futuro: el de la solidaridad.

CAPÍTULO 8

TRABAJO FLUIDO, TRABAJADORES FRAGMENTADOS

1. Las nuevas pautas del trabajo industrial

Los procesos de descentralización productiva e informalización tienen como correlato lo que Gallino ha denominado «el trabajo en estado fluido»: «Sintetizando al extremo se puede decir que gran parte del trabajo necesario para la producción de la neoindustria ha perdido, en distinta medida, visibilidad, localización, densidad y límites temporales» (Gallino, 1989: 129).

Esta descripción se adecua muy bien a la realidad de Elche, tal y como aparece reflejada en las biografías de los trabajadores. Si Elche se ha convertido en esa «gran y única fábrica» a la que alude Ybarra (1996, 1997), la fuerza de trabajo es hoy más que nunca, retomando la expresión de Marx, ese «obrero colectivo productivo» (Castillo y Prieto, 1990), que se despliega debidamente fragmentado sobre el territorio de la gran fábrica. En la infinita cadena de intermediación y subcontratación en que se ha convertido Elche, los trabajadores han ido ocupando todos los eslabones, incluidos aquellos encargados del control de otros trabajadores.

Como mantiene Chris Tilly (1997), en una brillante y simple descripción de la evolución del trabajo en las últimas décadas, se ha pasado de los empleos, a los contratos; y de los contratos, a las transacciones individuales. Son transacciones de fuerza de trabajo lo que se produce a lo largo de esa larga cadena de subcontratación que une a las grandes comercializadoras en un extremo con los trabajadores a domicilio en el otro. Es precisamente esta nueva situación la que deja obsoletas las cate-

gorías laborales tradicionales y dificulta la modelización de las trayectorias laborales de los trabajadores.

El correlato a esta situación de individuación de las relaciones no puede ser otro que la fragmentación de los trabajadores y la agudización de las dualizaciones. Pues la nueva situación, si bien afecta a todos los trabajadores, genera diferencias profundas entre ellos.

Las últimas décadas han puesto suficientemente en entredicho la idea de un mercado de trabajo unificado y regulado por las leyes de la oferta y la demanda. En su momento, la idea de Piore (Piore, 1983; Doeringer y Piore, 1983) de un mercado de trabajo dividido entre dos sectores, primario y secundario, vino a explicar la existencia de fenómenos, por otra parte, bien visibles. Más concretamente, los autores establecen la existencia de un *primario superior* (específico de los empleos profesionales muy cualificados y caracterizado por una enorme movilidad laboral como mecanismo de promoción individual); el *primario inferior* (característico de los empleos estables de la industria y los servicios, de cualificación media y donde la mayoría de los puestos de trabajo se cubren por promoción interna en las empresas, accediéndose a ellas por un número limitado de puntos); y el *secundario* (caracterizado por empleos inestables, mal considerados y de baja retribución, la enorme movilidad entre empresas no constituye aquí motivo de promoción, sino la forma habitual de «estar» en el mercado).

Estos teóricos, conocidos como «institucionalistas», alcanzaron un enorme éxito porque venían a ofrecer una explicación a un fenómeno ya viejo, aunque opaco para la teoría clásica, y que además tendía a hacerse más evidente a partir de los años setenta. Según los institucionalistas, la dualidad del mercado de trabajo se apoya en la dualidad del sistema industrial, en la existencia de dos sectores que atienden a segmentos distintos de la demanda: el estable y el fluctuante, cada uno de ellos, por otra parte, con niveles tecnológicos muy desiguales. Finalmente, la dualidad del mercado sería efecto, por una parte, del interés de los empresarios en estabilizar a aquellos trabajadores que han capacitado en el uso de tecnologías; y, de otra, de la lucha de los sindicatos por defender los intereses de ciertos grupos de trabajadores, preciamente los que integran mayoritariamente estas organizaciones.

Aunque estas teorías han merecido severas críticas, sobre todo de parte de los teóricos de «regulacionistas», que han considerado esta perspec-

tiva reduccionista en la medida en que existen un mayor número y variedad de segmentos, la tipología anterior debe su éxito seguramente a la utilidad que demuestra para situar las grandes líneas de transformación del mercado de trabajo en estas décadas, y que no son otras que el aumento espectacular del segmento secundario, lo que se ha dado en llamar precarización. Este segmento secundario -puestos de trabajo de baja cualificación, mal pagados, sindicalmente desprotegidos, principalmente en la pequeña empresa- es resultado de varios factores: cambios normativos, como los que posibilitan el desarrollo de la contratación temporal; cambios económicos, como las reestructuraciones; factores sociales, como es el debilitamiento de la negociación colectiva y de los sindicatos particularmente en la pequeña empresa (Miguélez 95: 67)

Por otra parte, la masiva incorporación de las mujeres al empleo y el creciente interés de la teoría por dar cuenta de las particularidades de su integración, han abierto enormemente el debate en torno a la segmentación. Así, un enfoque algo distinto es el que utiliza el concepto de segregación ocupacional, que trata de dar cuenta de la distinta distribución según categorías de trabajo de hombres y mujeres. Estas teorías coinciden en que la gran mayoría de los trabajos están estereotipados como masculinos o femeninos, dando lugar a una fuerte segregación sexual del trabajo en distintas dimensiones: ocupaciones exclusivamente masculinas o femeninas, ocupaciones con mayor proporción de hombres o mujeres que la que representa la población, u ocupaciones donde determinados porcentajes fijados previamente son mujeres. A todo ello hay que agregar dos modalidades de dicha segregación: horizontal y vertical. La primera tendría lugar cuando hombres y mujeres participan en diferentes ocupaciones, en cambio, la segunda existe cuando la mayoría de los hombres trabajan en la parte más alta de la escala y las mujeres en la parte más baja. Mientras que la segregación horizontal tendería a atenuarse en la actualidad, la vertical por el contrario se reforzaría (Borderías, Carrasco y Alemany, 1994).

A medida que los cambios en el mercado de trabajo se han hecho efectivos, la noción de segmentación se ha ido imponiendo progresivamente, porque los efectos de la reestructuración del trabajo apuntan sistemáticamente en la misma dirección: los grupos de género, étnicos o de edad parecen progresivamente especializados en ciertos segmentos del mercado laboral. La introducción de nuevas tecnologías y las nuevas for-

mas de «especialización flexible» en la organización del trabajo, generan procesos de recualificación de la fuerza de trabajo en ciertos empleos, mientras sistemáticamente descualifican otros muchos, tanto en el sector servicios como en el industrial. El empleo inestable y temporal, frente al empleo estable y con posibilidades de promoción, añade una nueva fractura cada día más visible. Como no podía ser menos, tanto los salarios como el acceso de los beneficios sociales se distribuyen muy desigualmente en los distintos colectivos.

Finalmente, el análisis de la economía informal vino a añadir complejidad creciente a este panorama. A las anteriores divisiones venía a superponerse la que separaba a los trabajadores en un sector u otro de la economía. Los intentos clasificatorios de Gershuny y Pahl (1978), Pahl (1991) o Capecchi (1984) sobre los tipos de economía y las condiciones de trabajo más usuales en cada uno, desembocaron además en un replanteamiento de la noción misma de trabajo, y la subsiguiente elaboración de tipologías de las formas de trabajo.

La fisura entre trabajadores en las distintas economías, por otra parte, ha sido desigualmente considerada por las distintas perspectivas teóricas que se han ocupado del tema, dependiendo sobre todo de la valoración que merecen la existencia de ambos sectores –formal e informal- de la economía. Capecchi y Pesce (1984), en un conocido artículo, distinguen tres posiciones básicas: la de los teóricos *oficiales*, la de los *semioficiales* y la de los *informales*.

Los primeros, sobre todo economistas que se ocupan de la gran empresa, utilizan un modelo dualista: de un lado la gran empresa; de otro, la pequeña empresa y las economías no oficiales, irrelevantes teóricamente dada su dependencia de la gran empresa. Entre los oficialistas, Capecchi y Pesce distinguen a su vez dos posiciones: la neoliberal o filopatronal, que tiende a valorar positivamente la economía informal en apoyo a sus tesis sobre la necesaria abstención del Estado en la regulación de la economía y las relaciones laborales; y "los dualistas de izquierda", para quienes el auge de la pequeña empresa y la economía informal es el resultado del proceso de descentralización productiva, dependiente por tanto de la gran empresa que promueve estos procesos para su beneficio propio.

Los teóricos semioficiales, por el contrario, tienden a considerar la existencia de un modelo –la especialización difusa- como una alternativa al fordismo, incluye por tanto una interpretación de las líneas internas al

desarrollo industrial, y no sólo una división de mercado por tipos de trabajo. Su reflexión se ha generado sobre todo a partir del estudio de la *Terza Italia*, donde la pequeña empresa no es totalmente dependiente de la gran empresa, ni existe sólo para asegurar la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. A.Saba (1981), por ejemplo, considera que estas formas de trabajo permiten a los trabajadores informales recuperar una cualificación e independencia en el proceso de trabajo que ya no existen en la empresa taylorizada, viéndola así como un potencial punto de partida para la emergencia de un nuevo sistema industrial basado en el trabajo libre y la cooperación.

Este modelo, por otra parte, tendría para los trabajadores implicados efectos benéficos, al permitir, en primer lugar, la movilidad social a través de su conversión en trabajadores autónomos o pequeños empresarios; y, en segundo lugar, favorecerían su profesionalización, dada su creciente implicación en el manejo de nuevas tecnologías y formas novedosas de organización del trabajo.

Por último, los teóricos *informales* han tendido a observar especialmente tres áreas de la nueva economía: la "economía comunitaria", los "nuevos empleos" y la "economía alternativa". En opinión de Capecchi y Pesce, los autores oscilan entre la configuración de un modelo dualista de coexistencia entre una sociedad "distinta" y una sociedad "oficial", y la utópica posibilidad de superación de la economía oficial a través del nuevo modelo, que se apoya además en un nuevo tipo de relaciones sociales.

Mientras que autores como Pahl (1991), Capecchi (1984) o Bagnasco (1984) no han identificado automáticamente trabajo informal con marginalidad o creciente precarización, aunque tampoco la nieguen en todos los casos, los estudiosos de la economía sumergida en España, por el contrario, y casi sin excepciones, han tendido a observar el trabajo sumergido precisamente como el nicho donde la máxima desprotección del trabajo coincide con las más duras condiciones de explotación de los trabajadores, como atestiguan perfectamente los análisis de distintos sectores realizados por Ybarra, Recio, Sanchis, o Jodar.

Los motivos de tan disímil interpretación hay que buscarlos, necesariamente, en el hecho de que la informalidad es una realidad polifacética y muy diversa geográficamente que, aunque bajo todas su modalidades se genera en el proceso de reestructuración del capitalismo, puede tomar distintas formas en los diferentes contextos, y tener efectos contradicto-

rios sobre los trabajadores. Como ha señalado U.Veiga (1997), no cabe establecer, de forma reduccionista, una correlación entre informalización del trabajo y especialización flexible, como demuestra la existencia de producción en masa fordista con el uso masivo del trabajo informal. Por último no hay olvidar que la informalización ha contribuido decisivamente a la desagregación del trabajo, y ha permitido además cortocircuitar la relación entre la proletarización de hecho y la experiencia de la misma, al disponer multitud de mediaciones entre los empleados y los empleadores últimos (Hurtado, 1997)

Si todas estas aportaciones nos han permitido conocer y, sobre todo, pensar en otros términos el mundo del trabajo, parece como si la realidad fuera siempre más deprisa que la teoría y, apenas enunciadas, las teorías quedaran obsoletas. Así, al tratar de explicar el caso de Elche, estas teorías no consiguen dar cuenta suficiente de lo que allí ocurre; o, si lo hacen, es de una manera débil y a su vez fragmentaria.

Desde la observación directa de las condiciones de vida y de trabajo de este pequeño microcosmos del calzado ilicitano, no hallamos tanto mercados de trabajo, ni siquiera segmentos fragmentados de un mercado de trabajo, ni una división nítida entre sectores formal e informal, ni siquiera las líneas de fragmentación coinciden absolutamente con grupos de género y edad. Lo que encontramos son individuos que trabajan bajo una enorme diversidad de condiciones de trabajo, que obtienen ingresos y tienen alternativas absolutamente disimiles y, además, como ya se ha insistido, cuyas situaciones pueden ser permanentemente reversibles. Su supervivencia depende más bien de una serie de elementos «intangibles» para la teoría, como son la red de relaciones familiares y comunitarias que les facilita el acceso a ciertos puestos, u obtener un contrato de trabajo que les permitirá volver a cobrar el seguro de desempleo, o poder montar un taller cuya producción tenga un destinatario comprometido.

El hallazgo de mayor interés de esta investigación es, quizá, que todos estos procesos han conducido a una situación de una gran diversidad interna entre los trabajadores del calzado, antaño una sector uniforme y uniformizado, hoy complejo e individualizado, donde los trabajadores pasan de una a otra situación, de uno a otro sector, de uno a otro segmento con cierta frecuencia, y donde los destinos finales son distintos e impredecibles. Cabe hablar de una jerarquía cambiante de trabajadores, desde los que sobreviven en la casi miseria, por ejemplo como trabajadores a domi-

cilio, hasta aquellos que a pesar de las dificultades obtienen ingresos incluso elevados dentro del calzado y logran una cierta estabilidad, como es el caso de ciertos trabajadores cualificados (por ejemplo, cortadores) que trabajan en el sector informal, o algunos talleres clandestinos sobre los que tenemos amplias referencias en esta investigación.

Cabría terminar afirmando que, si bien todos los trabajadores son enormemente pesimistas ante el presente y el futuro del sector, si bien todos consideran que las condiciones se han hecho intolerables para la práctica totalidad de los trabajadores, este pesimismo contrasta con un relativo bienestar de algunos trabajadores, mientras otros sobreviven prácticamente en los umbrales de la pobreza. Y más allá, si esta situación continúa como cabe esperar, el futuro volverá sin duda a cambiar para muchos de estos trabajadores, que pueden en el plazo de unos pocos meses perder sus beneficios y su bienestar para encontrase en el desempleo sin esperanza, o como trabajadores a domicilio, con ingresos en torno a las cincuenta mil pesetas, con jornadas de trabajo larguísimas y sin cotizaciones a la seguridad social.

2. Economía formal/Economía informal

Ya me he referido ampliamente a las progresivas dificultades para establecer la diferencia entre ambos sectores. Aunque la práctica totalidad de los estudiosos de la economía sumergida coinciden en que ambas formas aparecen profundamente imbricadas, la idea de la existencia de dos sectores claramente identificables sigue teniendo una amplia expansión. La presentación recientemente de un nuevo estudio europeo sobre economía sumergida a cargo de un «equipo de economistas espeleólogos» (Velasco, 1998) avala el mantenimiento de esta distinción. El citado estudio sigue evaluando en términos cuantitativos el sector sumergido de las economías europeas, adjudicando por su supuesto a España uno de los puestos de cabeza en el ranking europeo. Entre las preocupaciones del estudio destacan las del fraude y la competencia desleal que estas empresas ejercen frente a las empresas legales. Estas preocupaciones, por otra parte no se alejan mucho de las manifestadas por la patronal del calzado (Méndez Reyes, 1997)

Hasta donde este estudio puede demostrar, desde sus limitados objetivos y su metodología minimalista, dicha división es progresivamente inser-

vible, cuanto menos para referirse al calzado ilicitano. Puede resultar exagerada esta consideración, pero no mientras no intentemos extender sus conclusiones hacia otros sectores de la economía u otros ámbitos locales.

Según los testimonios directos de los trabajadores, que con excepción de los más jóvenes no han tenido el menor reparo en citar los nombres de las empresas para las que trabajan, la práctica totalidad del calzado que se produce en Elche integra trabajo informal o trabajo negro. Digo la práctica totalidad porque no es posible afirmar que existan empresas que no recurran a esta modalidad, pero sí asegurar que las firmas más conocidas, aquellas que gozan de prestigio en los mercados y que incluso en opinión de sindicalistas son empresas buenas y legales, realizan en el sector sumergido, cuanto menos, algunas fases de la producción, eso sí con mayores exigencias en cuanto a controles de calidad y de los trabajadores implicados.

No es posible mantener la idea de que un sector compite con el otro, ni que la ilegalidad sea un ámbito que favorece a aquellos dispuestos a correr riesgos a costa de los que cumplen las leyes. El trabajo negro, la economía sumergida es simplemente un recurso al alcance de todos, del que hacen uso todos los productores del calzado, y que por lo tanto favorece al sector en su conjunto.

Respecto a los trabajadores, ya se ha insistido bastante en la imposibilidad de mantener una distinción clara entre ambos sectores. La existencia tradicional de la figura de la «trabajadora a domicilio» ha sido seguramente la imagen que, por más popular, ha ayudado a empañar la imagen real de la otra economía en Elche, y de los otros trabajadores. Hoy en día, aún si se puede constatar la subsistencia de esta figura, la de aquella mujer que voluntariamente trabaja en su hogar para poder atender sus funciones ligadas a la reproducción, no es representativa del trabajo negro en Elche. También las trabajadoras de fábrica, la mayoría de los jóvenes, los varones adultos, los jubilados o próximos a la jubilación, son o han sido trabajadores sumergidos. Unos parecen haberse instalado definitivamente en los espacios que, aun con dificultades, cabe adjetivar de «informales» -los talleres clandestinos y los hogares-; otros, los más, subsisten en ese terreno de dudosa adscripción que representan las fábricas pequeñas y medianas, que trabajan con marca propia o para comercializadoras, que pueden ser alternativamente legales o ilegales, y que utilizan mano de obra casi siempre sin contrato.

Aunque no es este el lugar adecuado para el anecdotario, el caso de una empresa ilicitana, citada por una trabajadora, que realiza en el interior de la fábrica todo el proceso de producción salvo el aparado siempre a domicilio, y que emplea a dieciséis trabajadores, de los cuales sólo uno, un joven de diecisiete, tiene en este momento contrato -cabe suponer que bajo cualquiera de las modalidades de contratación precaria al uso para los jóvenes-, resulta ejemplar de esta situación. Eso, sí, los trabajadores «de la vía», hombres y adultos, amenazan con despedirse si en un breve plazo el empresario no reinicia el sistema de contratos temporales rotatorios, que volverá a colocar a la empresa en los márgenes mínimos de la legalidad.

En circunstancias como éstas, de las que las entrevistas ofrecen una amplísima nómina de ejemplos, los criterios clasificatorios encuentran serias dificultades para poder seguir dando cuenta de la realidad.

3. Hombres y mujeres en el calzado

Negar para el caso de Elche la adscripción única de las mujeres a la economía sumergida, o enfatizar la diversidad de situaciones más allá de la diferenciación de género, no quiere decir desconocer esta desigualdad primigenia, ni las particularidades que separan las trayectorias laborales de hombres y mujeres en el calzado, ni su presencia masiva en los segmentos más degradados de la economía sumergida (García Ramón y alt., 1996; Baylina, 1994; Melis y Canales, 1996). Por el contrario, en las nuevas circunstancias cabe hablar de una degradación profunda de las condiciones de inserción de las mujeres en el calzado.

Si los primeros estudios sobre el trabajo de las mujeres a domicilio (Sanchis, Ybarra, Hurtado) daban cuenta de las deficientes condiciones de realización de este tipo de trabajo (bajos salarios, larguísimas jornadas, utilización de productos tóxicos, etc.), las propias entrevistadas tendían a resaltar sus ventajas, básicamente, la posibilidad de compatibilizar la obtención de rentas con el desempeño de las funciones de reproducción, y muy especialmente el cuidado de los niños. Su actitud, no exenta de quejas puntuales, era más la de una aceptación resignada de dichas condiciones, muy ventajosa además para la economía familiar.

Si embargo, aunque este modelo de trabajo y de trabajadoras no llego a desaparecer nunca en Elche, los años setenta ofrecieron la posibilidad a

muchas mujeres de integrarse en las fábricas, tal y como repetidamente se ha señalado, y especialmente a las mujeres inmigrantes. Para estas mujeres, incluso si temporalmente se incorporaron al trabajo a domicilio en el momento de tener los hijos, el empleo en las fábricas representaba una opción más deseable que el trabajo a domicilio. La masiva participación de las mujeres en el Movimiento Asambleario, y el hecho de que una de las reivindicaciones del Movimiento fuera la de «igual trabajo, igual salario», dice bastante a propósito de este proceso.

Evidentemente, cuando llegó el momento de la reconversión, ellas fueron las primeras en salir para volver al hogar, coincidiendo además para muchas de ellas este período con el de su etapa reproductiva. A partir de este momento, el trabajo a domicilio ya no constituía una opción, ni un recurso temporal, sino un mecanismo imprescindible para la supervivencia, de la misma forma que para muchos hombres. La especialización casi exclusiva de las mujeres en las tareas de «aparado» y «finisaje y envasado del calzado», determina que las primeras queden relegadas al trabajo a domicilio, donde se realiza la práctica totalidad de esta fase, y sólo en algunos casos a los talleres clandestinos especializados en aparado; mientras que las segundas, «las envasadoras», hayan tendido a permanecer en las fábricas, sin contrato o con contratos temporales. Las más veteranas, que han hecho el doble aprendizaje, han tenido la posibilidad de buscar alternativamente trabajo en las empresas o a domicilio, dependiendo siempre de las cambiantes circunstancias.

Con independencia de los itinerarios, todas las mujeres entrevistadas han coincidido en la degradación que ha sufrido el trabajo a domicilio durante estas dos últimas décadas, y especialmente de las remuneraciones que reciben. Ello ha sido posible, por una parte, por la degradación del mercado de trabajo para la práctica totalidad y la imposibilidad por tanto de lograr fuentes de renta alternativas para grandes sectores. Por otra parte, la ya vieja pero renovada estrategia de los empresarios de buscar nuevos yacimientos de trabajadoras a domicilio fuera del municipio.

La expansión del trabajo sumergido fuera de los límites del municipio ha sido una práctica común durante todos el período de auge del calzado, como muy bien demostró ya Bernabé (1975), pero en las ultimas décadas esta ampliación ha sido aun más significativa, las distancias más largas y el número de trabajadoras implicadas creciente. En el caso del calzado de

Elche, además de su propia comarca, se ha expandido especialmente en la Vega Baja del Segura, donde hay un número creciente de trabajadoras a domicilio. Incluso, como demuestra la muerte reciente de una trabajadora en Alicante, hasta la propia capital, a pesar de la falta de tradiciones y de conocimientos. Hasta donde sabemos la trabajadora fallecida tenía en su casa albaranes de empresas del calzado ilicitanas.

Según los testimonios recogidos en algunos barrios de Elche, la práctica totalidad de las mujeres trabajan en sus casas. La existencia de este gran mercado potencial de mano de obra barata dispuesta a aceptar cualquier condición, aun con remuneraciones sensiblemente más bajas que las de Elche, no pone ningún límite al uso intensivo de estas formas de trabajo, más allá del conocimiento productivo necesario. Sin embargo, la especialización de las trabajadoras no ya en una fase entera del proceso productivo, como pueda ser el aparado, sino en operaciones más rudimentarias que no requieran un aprendizaje tan largo, puede paliar esta dificultad. Según algunos testimonios, esta parece ser la estrategia más común, estrategia que tiene como efecto la diversidad interna también de las aparadoras entre las que realizan la totalidad del proceso o solo las partes menos especializadas de él.

Las duras condiciones del trabajo a domicilio son, por otra parte, percibidas más agudamente por las trabajadoras cuando ésta se ha convertido en la fuente esencial de recursos económicos para muchos hogares, como ocurre en el caso de las mujeres separadas con hijos a cargo, o cuando el cónyuge ha atravesado períodos de paro prolongado. En esta situación, las trabajadoras a domicilio se ven obligadas a aceptar casi cualquier precio que se les ofrezca por su trabajo, bien porque lo necesitan para sobrevivir, bien porque para poder tener trabajo regularmente tienen que atender las solicitudes de los repartidores, a los precios y en el tiempo que estos marquen.

Dependiendo que el trabajo a domicilio sea un complemento o la fuente de ingresos principal, las actitudes de las trabajadoras son muy disímiles. Las primeras, pueden incluso hacer alarde de su relativa independencia respecto a fabricantes y repartidores («a mí nadie me levanta la voz», «ya he aguantado a bastantes encargados, ahora cojo la faena sólo si me conviene»). Por ello, incluso entre las trabajadoras a domicilio existen diferencias muy significativas

4. Jóvenes y adultos

La situación de los jóvenes es sin duda la más extrema de todos los sectores analizados. Sin formación, sin contrato, sin proyecto de futuro, estos jóvenes se convierten en auténticos trabajadores nómadas.

Quienes se han ocupado del calzado coinciden en que es éste seguramente uno de los puntos más débiles del inestable equilibrio del nuevo sistema industrial en el calzado. Dado que la formación profesional se ha realizado tradicionalmente en las fábricas y que apenas si existe una oferta de formación profesional para estos jóvenes, la inestabilidad en el empleo, las nulas perspectivas de futuro y las consecuentes tendencias centrífugas pueden imponer una ruptura importante en ese proceso de aprendizaje del oficio que tan importante ha sido para el calzado de Elche.

Las trayectorias de los jóvenes analizadas comparten una característica: la alternancia del trabajo en el calzado, con trabajo fuera del sector durante algunos períodos, y el trabajo a domicilio -como colaboradores familiares- durante otros. La segunda característica es la dependencia respecto a la familia que necesariamente se prolonga en estas circunstancias.

Hasta donde esta investigación puede aportar datos, sin embargo, tampoco la situación de los jóvenes es de ninguna manera homogénea. También en el calzado cabría hablar de una tendencia que Mingione (1993) señaló al estudiar la situación de los jóvenes. Se trata de la existencia también para ellos de "carreras ascendentes» y «carreras descendentes». Así, aunque en las primeras fases de su integración en el mercado, todos los jóvenes parecen compartir las mismas condiciones de paro prolongado precariedad, unos pueden aprovechar precisamente la inestabilidad y la dependencia familiar para mejorar su formación y sus posibilidades de futura integración, mientras que para otros ésta es simplemente una espiral de la que no lograrán salir. Ambos casos pueden corroborarse en esta investigación, aunque son aquí mayoritarios los que después de varios años en el calzado, alternando ésta con otras ocupaciones, siguen siendo meros aprendices, sin ninguna posibilidad de movilidad.

Es difícil establecer qué elementos discriminan unas trayectorias de otras, pero los testimonios recogidos parecen de nuevo avalar la idea de que el haz de relaciones familiares dentro del calzado es básicamente el elemento que permite su integración inicial y el aprendizaje posterior del oficio. Sin embargo, es preciso mencionarlo, los jóvenes entrevistados par-

ticipan de una visión marcadamente meritocrática del trabajo, y por lo tanto tienden a considerar la voluntad, la capacidad para el esfuerzo o el sacrificio como los elementos determinantes de sus distintas posibilidades en el mercado de trabajo.

5. Sexo y familia en las sociedades semiperiféricas

Se ha convertido en un lugar común la afirmación de que la familia en las últimas décadas está recuperando un cierto protagonismo social, merced a los avatares de la crisis económica y los problemas de ella derivados. Hasta los años setenta, la familia aparecía como una institución en crisis, que había perdido una parte importante de sus funciones económicas y socializadoras, fruto de la salarización y la extensión de la educación. El creciente individualismo, por un lado, y el Estado benefactor, por otro, parecían disolver los vínculos familiares, vaciándolos de todo contenido. Esta crisis vino a agravarse durante los setenta, cuando la familia se vio duramente deslegitimada bajo el doble impacto de la crítica feminista y el antiautoritarismo de las generaciones más jóvenes.

Sin embargo, a partir de los ochenta, la familia entendida como una unidad económica ha vuelto adquirir peso específico. Convertida en el reducto de la solidaridad, la supervivencia y el trabajo parecen depender cada vez en mayor medida de la puesta al día de esta vieja estructura comunitaria, tanto para la organización del trabajo sumergido como para asegurar la supervivencia utilizando las diversas fuentes de obtención de rentas: desde los ingresos por desempleo y las pensiones, las rentas salariales, o las obtenidas en actividades irregulares. Un número importante de familias obreras desmanteladas económicamente por la crisis ha implementado estrategias colectivas de subsistencia. Estas estrategias implican la organización conjunta de la fuerza de trabajo de sus miembros y la creación de una red de relaciones interfamiliares y de vínculos de parentesco.

No cabe en absoluto dudar de la veracidad de estas afirmaciones, que tanto la mera observación como todas las investigaciones avalan sobradamente. Menos aún cuando no referimos al caso español, el país del entorno europeo donde todos los indicadores parecen avalar un mayor grado de «familiarismo»: la tasa de divorcio más exigua, la más alta tasa de nupcialidad, la más larga permanencia de los hijos en el hogar, el menor

porcentaje de hogares monoparentales, etc. Junto a estos indicadores, hay que destacar también que en España la tasa de paro duplica la media europea, en el caso de la tasa de paro juvenil la proporción se incrementa, y la protección a la familia y a los sectores desfavorecidos está por debajo de la media europea.

Resulta entonces congruente que la mayor desprotección de los individuos y las familias se palie con estrategias de solidaridad intrafamiliar: «El reparto del salario entre un mayor número de miembros de la familia se refleja estadísticamente en la concentración de un mayor número de individuos en los tramos de menores ingresos. Con arreglo a estos datos se impone una conclusión: la familia constituye el mecanismo más difundido para la integración y cohesión social. Las tasas de desarraigo y conflictividad social hubieran debido ser mucho más elevadas, de no haber contado con el importante soporte del apoyo familiar» (Alberdi, 94:310)

La solidaridad familiar, por otra parte, resulta un recurso más necesario en la medida en que las familias se ven crecientemente involucradas en un proceso de «polarización» o «dualización» de parecidas características al que se produce para los individuos y las clases. En España, como ha demostrado Toharia (1993) al estudiar la incidencia del paro en las familias, el desempleo no se distribuye homogéneamente entre las unidades familiares, sino que aparece concentrado en algunas, donde aumenta significativamente la probabilidad de tener varios miembros parados. Otro tanto mantiene Mingione cuando constata la existencia de familias «pobres» y «ricas» en trabajo: «La acumulación de varias oportunidades (incluyendo el pluriempleo) por cada uno de los miembros adultos de algunas familias y la discriminación negativa contra todos los miembros adultos en otras constituyen un elemento importante en la configuración de las características contemporáneas de la estratificación social» (Mingione 1993, 522)

Además, como muy bien reflejan por otra parte los estudios sobre pobreza, los sectores más frágiles y que a menudo caen en situaciones de marginación son precisamente aquellos que no disponen de apoyo familiar: hogares unipersonales sin cualificación profesional, familias monoparentales encabezadas por mujeres, jóvenes expulsados o huidos de sus hogares, etc. Esos grupos se ven atrapados en una «espiral maligna» de la que difícilmente pueden escapar. Al margen del mercado de

trabajo, del sistema público de protección y de la trama social de apoyo familiar se limitan a sobrevivir en esos márgenes «donde se agostan las vidas y se muere un poco esta sociedad» (Zaldívar y Castells, 1992: 126)

La puesta al día de estas estrategias de resistencia basadas en los grupos familiares es el resultado de varios factores. En primer lugar, del descenso numérico de los asalariados con empleo de duración vitalicia en las industrias manufactureras y que obtienen un salario familiar. El decreciente papel de la renta familiar obtenida por el «cabeza de familia» corre pareja con el aumento de la importancia del hogar que pone en común los ingresos procedentes de diferentes actividades, como uno de los factores cruciales de la estabilización social. De forma pareja, la fragilidad de la posición de los jóvenes en el mercado de trabajo les impide el acceso a la independencia y la formación de nuevos hogares, pero su subsistencia queda asegurada en el interior de la familia de origen. En tercer lugar, para las mujeres, la necesidad de compatibilizar las tareas de reproducción y su débil inserción en el mercado laboral limitan sus posibilidades de aportar rentas suficientes para el sustento familiar.

Este papel creciente de las familias, que se traduce en un altísimo grado de valoración por parte de todos sus miembros -según demuestran todas las encuestas de opinión- se sustenta, además, sobre otro elemento: la familia en los últimos treinta años ha procedido a un proceso democratizador muy intenso, ha debilitado la autoridad del padre tanto sobre la mujer como sobre los hijos y ha convertido los hogares en estructuras democráticas, donde las decisiones básicamente se toman por consenso. Las familias han sido, pues, permeables al individualismo y a la defensa de los intereses diversos que conviven en su interior, manteniendo sin embargo la solidaridad y la protección de sus miembros frente a un medio social progresivamente adverso.

Si bien cabe estar de acuerdo con estas consideraciones, no ocurre lo mismo con la valoración que este proceso merece para algunos autores que, haciendo de la necesidad virtud, tienden a una interpretación abusivamente optimista. Así, por ejemplo, Pahl (1991) parece concebir la familia como una estructura particular que permanece inalterada a lo largo de la historia, si bien va modificando sus estrategias de supervivencia usando de maneras diversas su fuerza de trabajo: «(...) prefiero enfatizar el conservadurismo dinámico de la familia al actuar de la forma en que siempre lo ha hecho -como una unidad social relativamente autónoma

que persigue sus propios fines y defiende sus propios intereses» (Pahl, 1991: 305).

En el análisis de Pahl, el énfasis en la familia no deriva exclusivamente de su consideración de amortiguador de la crisis. Antes bien, la creciente estrechez de las rentas salariales para cubrir las necesidades de las familias, les ha permitido el redescubrimiento de las estrategias que siempre han utilizado: una combinación de economía autosuficiente, trabajo asalariado y trabajos esporádicos. Sólo en el siglo XX, y especialmente a partir de los años cincuenta, consiguió imponerse el modelo de salario familiar, que hacía depender a los trabajadores y a sus familias de una única fuente de provisión de rentas y ataba a los trabajadores a la férrea disciplina horaria y laboral del capitalismo industrial, una vez que habían perdido los medios de subsistencia con una estrategia basada en el trabajo doméstico. La «solidaridad obrera», siguiendo esta línea argumental, no fue más que una estrategia temporal para la defensa de unos salarios tan necesarios como escasos.

Cuando este período termina, fruto al mismo tiempo de la innovación capitalista y sus propias dificultades que dan lugar a una nueva fase de «crecimiento sin empleo», los hogares resultantes «más privatizados, introvertidos, centrados en la casa y autónomos» reencuentran su antiguo protagonismo y consideran que pueden lograr sus objetivos individuales con mayor rapidez a través de planes privados que a través de la acción colectiva, rechazando masivamente el «colectivismo solidario».

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la familia sufre en su seno las mismas contradicciones y problemas que el resto de las instituciones para adaptarse a la nueva situación. De hecho, junto a la recomposición de estrategias familiaristas no cabe negar que asistimos a un proceso de disolución y crisis de la familia. Todos los indicadores parecen demostrarlo: el crecimiento de la tasa de divorcio, la reducción de la nupcialidad, el incremento de los hogares unipersonales, el descenso de la fecundidad, -o su estabilización en los niveles más bajos-, el crecimiento de los hogares monoparentales, etc. parecen abogar más bien por lo que Lipovetsky (1994) ha llamado «la delicuescencia de las instancias tradicionales del control social»

Cabe hablar pues de la yuxtaposición de un proceso desorganizador y de un proceso de reorganización de la familia que se traduce en una variedad de fenómenos de difícil lectura, pero que tiene efectos muy desiguales sobre la totalidad de los grupos familiares. Junto a la necesidad de

implementar estrategias de supervivencia comunes, la disolución de los lazos familiares, por ejemplo, puede ser interpretada como la manifestación de deseos de mayor autonomía, especialmente por parte de las mujeres.

Aunque la construcción de biografías familiares (Lelièvе y Bonvalet, 1995) hubiera permitido ampliar el conocimiento concreto de estas estrategias familiares, estos relatos biográficos ilustran perfectamente este doble proceso al que nos hemos referido aunque matizadamente.

Por una parte, en el caso de Elche resulta difícil probar la aparición de un nuevo tipo de familia más integrada a partir de un supuesto cambio de estrategia frente a las nuevas situaciones económicas. Lo que parece un hallazgo moderno no lo es en Elche, donde seguramente el modelo de familia más tradicional con fuerte vínculos personales y de trabajo ha existido siempre y ha ayudado a la supervivencia de las familias a través de las difíciles experiencias de la emigración.

El uso de diversas fuentes de renta y de trabajo es una estrategia sobradamente conocida en Elche. Lo que no parece haber estado tan generalizado es el modelo de familia que supuestamente ha entrado en crisis: la familia trabajadora dependiente de un solo salario, el del cabeza de familia. La posibilidad de complementar con el trabajo temporal o a domicilio las escasas rentas familiares fue una estrategia primero de los campesinos y luego de los obreros de las fábricas.

Los hogares ilicitanos siempre han sido hogares productivos, donde las mujeres han trabajado ampliamente. Al preguntar por la actividad de la madre de los entrevistados, en casi todos los casos las mujeres han sido trabajadoras a domicilio, bien aparadoras, o entre las mujeres emigrantes que no conocían el oficio y no pudieron aprenderlo, muchas mujeres se ocupaban de «hacer de mano», expresión que se refiere a las labores de preparado previas al aparado y que son realizadas por la misma aparadora, por aprendizas a su cargo o por otras mujeres en los momentos de mayor demanda de trabajo de aparado, como fueron los años sesenta.

Por otra parte, además de la extensión de estas prácticas, aparecen los síntomas de la descomposición a la que se ha aludido, agravados quizá por las mismas tensiones que se están generando en este proceso de readaptación de estas familias, y que favorecen la generación de conflictos en su interior. Como Mingione (1993) ha hecho notar: "La renegociación de la estructura de poder en su seno tiene más oportunidades de producirse en el

caso de aquellas familias que gozan de una amplia gama de oportunidades que en las que están condenadas a la lucha por la mera supervivencia».

Las familias monoparentales, aquellas con varios hijos adultos a cargo por su situación de paro o subempleo, o la vuelta al hogar familiar de las hijas jóvenes separadas con uno o dos hijos que pasan a depender de los abuelos aún activos, conformas las situaciones más complejas entre todas las familias analizadas.

Además de la mayor vulnerabilidad de estos hogares, el optimismo debe ser muy matizado si atendemos a las perspectivas de futuro. Es, precisamente, de la consideración de la situación de los jóvenes y las mujeres donde surgen los problemas.

En primer lugar, las estrategias familiares parecen tener mayores posibilidades de éxito cuando existe un cierto número de miembros capaces de aportar ingresos al hogar, o de jugar algún papel en el reparto del trabajo. Sin embargo, frente a los hogares tradicionales, los actuales están reduciendo drásticamente su tamaño. Además, la permanencia de los jóvenes en el hogar, a pesar de sus benéficos efectos, está dificultando en muchos casos la formación de nuevos hogares y retrasándola en todos, lo que necesariamente se traduce en un límite severo a la reproducción de las familias.

En segundo lugar, la supervivencia de estos jóvenes en el hogar no es sólo posible merced a las nuevas estrategias. Hay que contar que los hogares se están beneficiando todavía del ahorro generado por sus padres, materializado por ejemplo en la compra de la vivienda, y de derechos sociales acumulados, como el caso de las familias de Elche que complementan sus magros ingresos por trabajo con otros subsidios, como el desempleo, las pensiones de viudedad o jubilación, sean de los padres o de los abuelos.

Aunque difícilmente se puede afirmar que las condiciones de vida de estos jóvenes sean más duras que las de sus padres, cabe pensar que el futuro es muy incierto para ellos. Ni están creando nuevas familias como soportes de la solidaridad, ni están ahorrando, ni están generando derechos a subsidios.

La segunda limitación a la extensión de estas estrategias proviene del papel que las mujeres están destinadas a cumplir en ellas. Cuanto menos desde la observación del calzado ilicitano, sólo cabe una visión muy pesimista a este respecto. Y ello porque, a pesar de los avances

conseguidos, este modelo no cambia la situación de las mujeres en la división del trabajo. Por el contrario, por una parte, ante las crecientes dificultades para sobrevivir, muchas mujeres dedican un número creciente de horas al trabajo externo, como es el caso de las trabajadoras a domicilio, mientras que no disminuye el tiempo dedicado al trabajo doméstico. Por otra parte, el debilitamiento del Estado como prestador de servicios se traducirá necesariamente en una mayor carga de trabajo doméstico, por ejemplo en el cuidado de personas.

6. No sólo lo sólido se desvanece en el aire

Cabría suponer, como ampliamente ha señalado la literatura especializada, que este proceso de creciente segmentación de la fuerza de trabajo, o de "polarización fragmentada" por utilizar la expresiva fórmula de Mingione, que tan bien da cuenta de este fenómeno en el nivel de la estructura social, hubiera tenido efectos sobre la conciencia, generando nuevos valores y percepciones distintas de la realidad social. Sin embargo, las conclusiones de esta investigación sólo avalan una lectura contradictoria y muy matizada de estos cambios. Más exactamente, en el siempre difícil terreno de la conciencia, lo que hallamos son en mayor medida los síntomas de la disolución de las viejas formas de conciencia obrera, sin que nuevos y distintos valores se hayan impuesto definitivamente.

Parece evidente, por una parte, que la socialización en pautas culturales es un proceso complejo, y que las modificaciones de las situaciones objetivas, tal y como son vividas, no se traducen automáticamente en nuevas formas de conciencia. Como se ha señalado ampliamente, existe siempre un cierto grado de tensión entre los niveles social y cultural, sobre todo en períodos de aceleración del cambio, porque ni la cultura es tan sólo una mera respuesta adaptativa a los cambios de la estructura, ni todos los elementos culturales se modifican al mismo ritmo. Así, por ejemplo, los aspectos instrumentales parecen mostrarse más lábiles que los expresivos, que tienden a perdurar incluso si alcanzan un alto nivel de tensión con las nuevas prácticas.

Si se excluye a los jóvenes, aparecen entre los trabajadores entrevistados dos grupos bien conformados culturalmente y hasta cierto punto antagónicos que, utilizando la expresión de Andrés Bilbao (1993), he denominado "obreros" y "ciudadanos".

Los "obreros" representarían aquí la vieja "conciencia de clase", que se expresa a través de una amplia nómina de ideas, valores y prácticas; y casi siempre, además, adoptado un discurso formal fácilmente identificable. Su ideología de izquierda; su voto al PSOE y en menor medida a IU; su tendencia al asociacionismo (sindicatos, asociaciones de vecinos en el pasado, asociaciones de padres, cívicas y culturales); su visión enconadamente crítica sobre la evolución del calzado; su apelación a los valores de la solidaridad y resistencia frente a la explotación; su autoadscripción social a la clase obrera (son los únicos que aceptan este término); su identificación de los intereses de clase; todos ellos constituyen los rasgos básicos de esta conciencia obrera.

Frente a ellos, los "ciudadanos" tienden a eludir el discurso social y político, que en todo caso les merece un juicio siempre negativo. Se muestran sistemáticamente desencantados y no esperan que nada pueda cambiar sus condiciones de vida. Sus preocupaciones se circunscriben en mayor medida a su familia y su vida privada. Indiferentes en política, votan sin embargo al PSOE y sólo algunos al PP. Aparentemente individualistas, sus intereses no rebasan el marco de la vida familiar, y sólo confían en ella y en el propio esfuerzo para salir adelante. Respecto a los cambios que han afectado al calzado y a sus propias condiciones de inserción, evitan la identificación de las responsabilidades. Finalmente, su autoadscripción mayoritaria a las "clases medias" contrasta con un fatalismo muy acusado, que es seguramente el rasgo que mejor define a estos "ciudadanos".

Ahora bien, estas dos categorías, que Bilbao identifica automáticamente con los viejos y los nuevos trabajadores industriales –los estables frente a los precarios- no se corresponden aquí con dos posiciones en el mercado de trabajo, ni coinciden con trayectorias laborales distintas, ni con ninguna "situación objetiva" identificable. La única variable que parece discriminar entre una y otra forma de conciencia resulta la de haber tenido una experiencia sindical anteriormente. La conciencia atribuida a los obreros es, seguramente, una generalización del discurso político y teórico, mientras que en la realidad, y por muchos motivos especialmente en la realidad ilicitana, estas dos categorías de trabajadores existían ya, seguramente bien delimitadas, antes de los años ochenta.

Sin embargo, no cabe rechazar absolutamente esta hipótesis si se consideran las peculiaridades de los jóvenes. Entre ellos, es posible pensar que, en caso de hablar, en caso de ser capaces de atreverse a hablar sobre

su situación laboral y vital, aparecerían todos los rasgos de la cultura que se ha descrito como característica de los "ciudadanos". Si atendemos en exclusiva a los contenidos expresos de su discurso, el individualismo y el absoluto fatalismo serían los únicos rasgos definitorios de su percepción del mundo social y del trabajo. Es aquí donde el proceso de desestructuración de la clase obrera se hace bien patente. No podría ser de otro modo: su única experiencia laboral se reduce a la precariedad; su única visión de lo social, a la de los barrios donde viven. Allí "*hay muchos tirados en la calle*", y sólo algunos, trabajando duro, salen adelante.

La adscripción a las clases medias, mayoritaria entre los trabajadores, es un fenómeno por otra parte muy extendido del que dan cuenta todos los estudios sobre autopercepción social. Aunque los factores que explican esta particular visión de la estructura social son de orden diverso, en el caso de los zapateros de Elche parece coincidir incluso una más frágil situación laboral con una mejor valoración de la propia posición en la estratificación social, como ocurre por ejemplo en el caso de los jóvenes. La idea de la pertenencia a las clases medias, y la adhesión a sus supuestos valores, además de sus potencialidades compensatorias, expresa aquí el rechazo a la identificación con una clase percibida negativamente, una clase que pierde poder socialmente. Es así congruente una creciente conciencia sobre la precariedad personal y del resto de su entorno, muy acusada entre los trabajadores del calzado, con el rechazo de cualquier forma de identidad de clase.

Por otra parte, entre la mayor parte de los trabajadores, incluso entre las trabajadoras a domicilio, se expresan también los elementos de una identidad profesional –los zapateros– aún muy acendrada: "*seremos zapateros mientras haya pies que calzar*". Esta identidad, sin embargo, ha desaparecido prácticamente entre los jóvenes, que no parecen mostrar ninguna adhesión a un oficio, salvo la mera necesidad expresa de obtener ingresos.

Ahora bien, incluso entre los trabajadores más adultos, esta misma identidad parece resquebrajarse. Es cierto que ésta, como otras identidades, se conforma sobre elementos muy diversos, pero también sobre la idea de exclusión de otros grupos. La reiterada alusión "*es preferible fregar escaleras*" con que muchas trabajadoras, sobre todo a domicilio, quieren resaltar la degradación de sus propias condiciones de trabajo y la pér-

dida de cualquier connotación positiva de su identidad, denota tanto el modo en que se conformó su vieja identidad como su crisis actual.

Finalmente, sean cuales sean las categorías sociales con las que se identifican, sean cuales sean los valores que asumen y los avatares de sus trayectorias laborales, todos los trabajadores parecen coincidir en el reconocimiento de las duras condiciones de trabajo que existen hoy en el calzado. Aunque el lenguaje en que se expresan, o las explicaciones a que se acogen integren visiones del mundo en cierto modo antagónicas, todos los trabajadores –obreros y ciudadanos- tienen una muy aguda conciencia de las nuevas condiciones de explotación, y muy especialmente –como corresponde aquí sí a su nueva situación objetiva- esta conciencia existe sobre todo entre los jóvenes y las trabajadoras a domicilio.

Aunque confusa y contradictoriamente, como no podía ser de otra forma, lo que esta investigación ha recogido son los síntomas de unos cambios que tienden a borrar del panorama social los viejos valores y las identidades obreras. Bajo formas a veces paradójicas, lo que parecen expresar sobre todo es una sensación de aislamiento social que hace que los individuos o las familias se encuentren progresivamente solos frente a un medio cada vez más hostil.

ANEXO

A PROPÓSITO DEL MÉTODO. EL ENFOQUE BIOGRÁFICO: SUS LUCES Y SUS SOMBRAS

El estudio biográfico cuenta en sociología con una ya antigua tradición, que se remonta hasta los inicios de este siglo. Su historia, sin embargo, sometida a los avatares del desarrollo mismo del pensamiento sociológico, ha pasado por períodos de reconocimiento académico y por otros de desprestigio y olvido. En el camino, nos ha dejado un conjunto de obras de indudable interés y, sobre todo, una serie de trabajos empíricos, cuyo vigor no ha podido ser empañado por las más ambiciosas pretensiones de la corriente positivista o del pensamiento sistémico.

No se trata aquí de agotar las cuestiones del método a través de una exposición ordenada de sus implicaciones epistemológicas o las características técnicas en que se concreta. Huyendo del rigor expositivo que materia tan prolija parece aconsejar, se han seleccionado tan sólo una serie de cuestiones-problema con el fin de centrar en ellas una atención más detallada. Esta selección es intencionada y explícitamente subjetiva, se fija en los problemas que tanto en el inicio como en el desarrollo de esta investigación se han planteado, y recoge las reflexiones, propias y ajenas, que la han urdido. Este recorrido desordenado es pues un paso necesario en el camino de explicitar los presupuestos de una investigación y, no podía ser menos, también de problematizarlos.

Algo más que un método: un compromiso ético

No parece que pueda achacarse al azar el hecho de que la mayoría de los estudios que el enfoque biográfico ha producido se hayan centrado en actores o grupos próximos a la marginación -pobres, delincuentes de guante blanco o manos ensangrentadas, minorías raciales, asilados, etc.-, o bien

en sectores de la población que se ven amenazados por procesos de cambio que tienen como consecuencia la pérdida de sus identidades -emigrantes, campesinos, trabajadores irregulares, etc.-.

Franco Ferrarotti ha planteado la pregunta en sus justos términos: «¿Por que se estudia siempre más a los pobres, los marginales, las tribus primitivas, los pueblos subdesarrollados? ¿Por qué no se aplica el mismo microscopio, con la misma meticulosidad prolija, minuciosa, implacable, a la vida de los poderosos, de los ricos y de los muy ricos?» (Ferrarotti, 1993: 132). La respuesta de Ferrarotti es implacable: por una parte, los pobres son asequibles, «se les puede sorprender con sus miembros al sol», mientras que los ricos, «los señores de la guerra, de la economía y de la política», tienen el privilegio del silencio en una sociedad de masa donde la soledad es rara y costosa; por otra parte, y es éste un argumento de mayor peso, el objetivo loable y progresista de devolver la palabra a los pobres es en realidad una fórmula aceptada porque tiende a subjetivizar la miseria, reduciendo las situaciones objetivas al subjetivismo «impresionista, imprevisible y gratuito» de las declaraciones personales (Ferrarotti, 1993: 134).

No cuesta nada ponerse al lado de Ferrarotti para tratar de librarse de los peligros que acechan a cualquier bienconsciente, sobre todo cuando éste acude arropado por su segura posición social al encuentro de aquellos con los que a menudo no comparte historia, condiciones de existencia ni cultura común. También Bourdieu (1993) pone reparos a la confianza ilimitada de quien, o bien considera inexistente la distancia social, en nombre de un cientifismo que desconoce precisamente el papel del investigador en el juego social; o del que, más cercano a la experiencia de su objeto, busca en él el hallazgo, la confirmación de hipótesis elaboradas desde fuera, y establece en la práctica de la entrevista un juego de representaciones autocomplacientes.

Ahora bien, estas escrupulosas meditaciones sobre la propia labor del investigador, si bien pueden evitar los excesos de una mirada complaciente, no niegan el hecho de que, demasiado a menudo, la opción metodológica se ve acompañada de una toma de postura ética y, algunas veces, también política. La reflexión que frecuentemente salpica las investigaciones biográficas, y más genéricamente las cualitativas, en torno a estas cuestiones puede ser entendida negativamente, como un intento de añadir legitimidad exterior al trabajo de la ciencia encubriendo sus propios intereses. Pero esta preocupación, entendida al menos como síntoma, dice mucho a favor de un enfoque que, aun si no consigue resol-

verlo, se plantea el problema subyacente a toda investigación: la elucidación de las relaciones entre la ética y el conocimiento.

El acercamiento a las personas o a los grupos, sea para fijar el objetivo en ellos, sea para trascender su humanidad, y especialmente cuando se trata de los más desfavorecidos socialmente, aun si introduce distorsiones, implica un cierto compromiso con ellos, una visión que toma partido, y tomar partido es precisamente lo característicamente humano.

Por otra parte, no es extraño el interés de cierta sociología por fijar su atención en sectores que se ven afectados por procesos de cambio. Plummer, justifica esta predilección precisamente por lo peculiar de su situación en el orden social: «En todos los casos el sujeto vive en una encrucijada cultural. Al experimentar expectativas contrapuestas en cuanto a cómo ha de vivir, el sujeto se hace consciente de la naturaleza esencialmente artificial y socialmente elaborada de la vida social, de lo potencialmente frágiles que son las realidades que la gente construye para sí. Con esta conciencia, el sujeto arroja una luz mucho más amplia sobre el orden cultural, el 'mundo en regla', que la mayoría de la gente da por bueno normalmente».(Plummer, 1989: 135)

Una sociología que no se limite a analizar el orden instituido, que no lo considere inmutable, sino resultado de fuerzas contrarias y cambiantes, tiene que responder de su propia posición en ese haz de fuerzas. Las apelaciones a la objetividad pueden ser interpretadas sencillamente como un encubrimiento de una toma de postura que no se reconoce a sí misma, de una concepción de la ciencia como el deposito de una verdad transhistórica.

Una «reflexividad reflexiva» que interrogue permanentemente al investigador y a su investigación es la respuesta que Bourdieu propone para resolver todos problemas, todas las distancias reconocidas a menudo como insalvables, que separan al investigador -como uno de más de los sujetos sociales implicados, soporte él mismo de reacciones sociales-, del investigado -inmerso a su vez en un haz de relaciones- y al instrumento mismo construido para la investigación que trata de objetivar al sujeto.

Ferrarotti, especialmente preocupado por el efecto subjetivador derivado de aislar las situaciones objetivas, las relaciones de fuerza concretas, «para vincularlas a la carne y al alma» de los individuos, encuentra la salida a estas ambivalencias proponiendo una metodología cuya función última estribaría en la reconstrucción de las relaciones dialécticas entre la estructura y las biografías. Sólo así el método puede trascender la mera descripción, desprovista de todo valor de conocimiento y toda capacidad predictiva.

No es éste el lugar idóneo para resolver, ni siquiera para someter a examen, los argumentos de una polémica tan vieja como la ciencia y que a menudo se imbrica en el debate epistemológico y metodológico que anima la discusión entre cualitativistas y cuantitavistas. Baste llamar la atención simplemente sobre este hecho y avisar de los peligros de toda buena conciencia. En cualquier caso, todas las precauciones que la reflexión metodológica, y también ética, pueden llevar a nuestro trabajo, todo el esfuerzo por pensar y repensar las dificultades de la objetividad, no nos salvarán nunca de seguir planteándonos las mismas preguntas, de no poder nunca acallar el malestar ante una reflexión como ésta:

«Me parece curioso, por no decir obsceno y completamente aterrador, que pueda ocurrírsele a un grupo de seres humanos unidos por la necesidad y el azar, o el ánimo de lucro (...) fisgar en las vidas de un grupo de seres humanos indefensos y terriblemente vulnerables (...) con objeto de airear ante otro grupo de seres humanos la precariedad, dureza y humillación de estas vidas, en nombre de la ciencia, del 'periodismo honrado', de la humanidad, de la audacia social, por dinero y por una reputación de quijotismo e imparcialidad que, manejada con la suficiente habilidad, es intercambiable en cualquier banco por dinero (...) y que estas personas pudieran ser capaces de meditar acerca de esta posibilidad sin la menor duda sobre su capacitación para realizar un trabajo 'honrado', y con una conciencia más clara y la virtual certeza de una aprobación pública prácticamente unánime» (J.Agee, en Plummer, 1989: 155)

El único consuelo que puede cabernos es, quizá, que Maffesoli (1990) tenga razón y la sociedad, para preservarse, se esconda siempre no sólo de los poderosos sino también de los curiosos investigadores. Si lo social fuera como Maffesoli afirma, inasequible a la mirada exterior, opaco en su vitalidad para el ojo diseccionador del poder o la ciencia, nuestras pretensiones científicas deberían rebajarse, pero nuestra conciencia autorreflexiva encontraría alivio.

A vueltas siempre con los pares de opuestos: estructura-acción, sistema individuo, comunidad-sociedad

Es posible que la sociología no haya sido más que un impotente esfuerzo por comprender y reconciliar el problema de la individualidad y la colectividad, de la adaptación de la actividad y creatividad humanas a la coac-

ción y el control colectivos. Pretendemos comprender las vidas de las personas y los grupos, pero esas vidas están inevitablemente atrapadas en las contradicciones de la coacción y la elección, de la similitud y la diversidad.

Que la sociedad es algo distinto de los individuos que la integran es el presupuesto que subyace a toda sociología. El objeto de la disciplina lo constituye el haz de relaciones sociales, el entramado que preexiste a los individuos y les transciende, definiendo así el marco de la relaciones posibles, de las percepciones y de las posibilidades de acción. Finalmente, no podemos olvidar que las relaciones sociales constituyen la verdadera sustancia del conocimiento sociológico, y que éstas conforman una estructura históricamente dada y siempre abierta.

Ahora bien, una tan aparentemente clara definición esconde más problemas de los que resuelve. En primer lugar porque la noción misma de sociedad no es material, ni viene dada, sino que resulta de un constructo teórico. Si no es posible datar el nacimiento de las relaciones sociales, sí podemos afirmar que esta noción, tal y como hoy la concebimos, nace con los quebrantos y las conquistas de la Modernidad, y nace además con la configuración de la ciencia moderna. Wallerstein ha puesto de relieve las consecuencias de esa particular división de objeto a que procedió la ciencia moderna: «[las divisiones de objeto] Derivan intelectualmente de la ideología liberal dominante en el siglo XIX, la cual sostenía que estado y mercado, política y economía eran dominios analíticamente delimitados y en gran medida autónomos (...). Como parecía que existían múltiples realidades que en apariencia no tenían cabida ni en el dominio del mercado ni en el del estado, tales realidades fueron situadas en una especie de cajón de sastre residual, al que en compensación se le dio el pomposo nombre de sociología. En cierto sentido se consideraba que la sociología explicaba los fenómenos aparentemente 'irracionales' que la economía y la ciencia política eran incapaces de dilucidar» (Wallerstein, 1990: 402).

Así aislada la noción de sociedad, con tan imprecisos contornos y tan ambiciosa vocación de generalidad, la sociedad se va a convertir en una abstracción. Como acertadamente señala Bertaux, la vocación científica de la sociología, y su obsesión por acceder al estatuto de auténtica ciencia la llevó a querer convertirse en una ciencia exacta: «Para que este proyecto se lograra, era necesario evidentemente vaciar al hombre común de toda capacidad de iniciativa imprevisible y, por tanto, de toda capacidad de conciencia crítica y de voluntad de acción sobre lo socioestructural.

Era preciso también vaciar el orden social de toda contradicción profunda, pensarlo como un organismo, un sistema, una estructura» (Bertaux, 1993). La sociedad, así concebida, remite a la permanencia más allá de la vida de los individuos que la integran y, por tanto, a la noción de estructura, como entramado estable, como tejido que anuda la vida de los individuos entre sus redes.

En la división que desde muy temprano estableció la sociología entre estructura y cambio -»ese pecado original de la disciplina»- se reprodujo el mismo proceso: la concepción evolucionista del cambio social, cargada de determinismo finalista, arrojó a los individuos, sus deseos, y sus acciones al cubo de la basura de la historia.

El marxismo, tan cerca y tan lejos de los presupuestos de la ciencia social, corrigió sólo parcialmente estos problemas y se instaló en una ambivalencia que no ha dejado de suscitar debates enconados en el pensamiento marxista. El problema, evidentemente, es la elucidación de la naturaleza de las relaciones entre la estructura y el sujeto en la sociedad y la historia humanas. El marxismo se mantuvo siempre en una ambigüedad entre el economicismo -la determinación de la estructura y por ende de la economía-, y el voluntarismo de la acción mediada por la conciencia. Y este debate, como muy bien demuestra Giovanni Arrighi (Amin, Arrighi y alt 1990) va a encontrar eco permanente en la estrategia política del movimiento socialista, entre los defensores de la espera de las condiciones objetivas y los que pretendían un revolucionarismo a ultranza, capaz de transformar el presente. La contradicción entre los textos políticos e históricos frente a los económicos de Marx, las nociones de clase en sí y clase para sí, la oposición entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, son todas ellas expresiones que remiten a la misma contradicción irresuelta.

La lectura estructuralista que Althusser realizó del marxismo pretendió acabar con esta tensión inherente: los sujetos fueron abolidos, en adelante pasaban a ser considerados efectos ilusorios de las estructuras ideológicas. La escuela de Paris daba su segundo paso y se adentraba en el postestructuralismo, como curiosamente nota Perry Anderson (1986), a raíz de mayo del 68, el momento en el cual los sujetos parecían instalarse en la escena social. El marxismo de la acción se refugio en las obras de los historiadores como Thompson o Hobsbawn (Kaye, 1989) que han tratado de integrar la acción humana en la formación y el devenir concreto de las clases sociales.

Hay otra dicotomía que recorre la historia de la sociología y que vuelve a ser hoy uno de los centros de atención de la teoría: es la que opone comunidad a sociedad. La idea de interponer una mediación entre la abstracta noción de sociedad y los individuos concretos es muy antigua. La oposición comunidad-sociedad remite a dos tipos de relaciones distintos: las que tienen lugar en el entorno de los individuos, cara a cara y que se fundan por tanto, según expresión de Weber, «en el sentimiento subjetivo de las partes de constituir un todo»; y las relaciones asociativas que ligan a los individuos por intereses racionales, y se apoyan finalmente en el intercambio económico y la división del trabajo. Solidaridad mecánica/Solidaridad orgánica en Durkheim, *Gemeinschaft/Gesellschaft* en Töennies, Sociedad/Comunidad en Weber son todas expresiones de semejante dualismo. Mingione (1993) hace equivalente la distinción establecida por la antropología entre reciprocidad y redistribución, incorporada después por Polanyi en su análisis del capitalismo, a la ya tradicional oposición de la sociología.

Este dualismo, por otra parte, no sólo trata de identificar dos «tipos ideales» de relaciones sociales, como en el caso de Weber, sino que viene a cumplir la función de explicar el cambio social moderno: éste no habría sido sino el paso desde un modelo a otro. Lo característico de las sociedades industriales, o del capitalismo, sería precisamente la primacía de lo social sobre lo comunitario. Aunque las relaciones comunitarias no quedaban abolidas, la familia, los grupos de relación, el vecindario, todo lo que posteriormente va a ser designado con el término «proxemia», pierden en el capitalismo su anterior predominio frente a los grandes grupos formados en torno a las relaciones asociativas. Este giro iba a permitir hacer desaparecer de los intereses de la sociología prácticamente las relaciones comunitarias, pues éstas quedaban en adelante subsumidas en las relaciones sociales, políticas y económicas más abstractas. En adelante, tanto sus funciones como los cambios que habrían de sufrir serían explicados desde la perspectiva más genérica del sistema social (Gurrutxaga Abad, 1993).

Sin esta mediación, la sociedad y sus individuos racionales, con un tipo de racionalidad ajustada al funcionamiento del sistema, quedaban a merced de la sociología: la teoría se encargaría de dar cuenta de la primera, la investigación empírica, de los segundos. El resultado no podía ser otro que ese largo proceso que recorre la Modernidad y que Pietro Barcellona (1992) ha llamado la «desubstanciación de las relaciones sociales».

El retorno de los viejos problemas de la sociología: la cohesión social, la solidaridad, la sociabilidad -la socialidad, en términos de Maffesoli- y con ellos el redescubrimiento de la comunidad, no se produce en el vacío, sino en el contexto de una crisis que parece amenazar de nuevo los fundamentos sobre los que se erigieron las sociedades modernas. Como acertadamente ha señalado Touraine (1996) la globalización desencadena una crisis cuyo efecto más visible, junto a la descomposición del tiempo y el espacio -las grandes categorías que organizaron siempre la experiencia humana-, es la descomposición de la sociedad misma. Esta «desocialización» corre pareja con la aparición del «neocomunitarismo», entendido como un proceso de «sectarización» de lo social que tiene hoy manifestaciones políticas y culturales muy diversas.

Aunque estos problemas, y su tratamiento mínimamente detallado, rebasan con mucho las posibilidades de este trabajo, es preciso evocarlos, pues no sólo constituyen hoy en día los puntos nodales del debate sociológico, sino que se traducen en orientaciones metodológicas. Sin duda, la controversia estructura-acción y el papel de las relaciones comunitarias, de los grupos primarios, como mediadores entre los individuos y la sociedad son hoy los ejes principales de este debate.

En la defensa del enfoque biográfico se conciertan los intentos por disponer de una metodología más «humana», capaz, en primer lugar, de dar cuenta de la vida concreta de los individuos, en el convencimiento de que lo social no es meramente un límite autodeterminado e irreflexivo que las fuerzas estructurales oponen a los hombres, sino que está hecho también de la materia de esas vidas, que se cruzan, se imbrican, soportan y transforman las estructuras; y, en segundo lugar, reintegrar a los individuos a los grupos donde se desenvuelve su vida, los que conforman realmente su existencia: la familia, los vecinos, las relaciones informales, etc. En este intento de «humanizar» y «comunitarizar» las relaciones sociales se inscribe el nuevo ímpetu de la metodología.

En autores como Ferrarotti, Bourdieu y Bertaux, a los que este trabajo invoca con tanta frecuencia, la elección esta clara: la lente se dirige hacia los individuos y los grupos, pero no para dar cuenta de su vida, no para interpretarlos, sino para arrancar de esas vidas su sustancia sociológica, para entenderlos en el contexto social donde se inscriben esas vidas; y ese mismo contexto como el resultado de muchas interacciones, por otra parte abiertas al cambio, a la transformación por parte de los actores sociales.

Al fin y al cabo, nada muy lejano de lo que ya decía Engels: «La historia procede de tal manera que el resultado final surge siempre del conflicto de voluntades entre muchos individuos, y cada uno de ellos es lo que es por un cúmulo de condiciones particulares de vida. De esta forma hay innumerables fuerzas cruzadas, y una serie infinita de paralelogramos de fuerza, que dan una resultante: el acontecimiento histórico» (Engels F., en Paul Thompson, 1993: 79)

El análisis sociológico del material biográfico: los límites de la interpretación

Siguiendo el trayecto de este recorrido, un poco a salto de mata, sobre algunas cuestiones en torno al método, nos adentramos ahora en los vericuetos del análisis. Si la opción ya explícita prima el interés por conocer lo social sobre lo individual, es evidente que el análisis tendrá como finalidad recorrer ese inmenso espacio que media entre uno o unos pocos relatos y la construcción de teorías sociales. El relato por sí mismo, por más fuerza expresiva que tenga, no es un material científico, porque raramente una persona proporciona explicaciones teóricas que den sentido al material. Es el profesional quien realiza la tarea crítica de forjar los conceptos necesarios, hacer las conexiones precisas y unir todas las piezas de la historia para hacer evidente su sentido.

Antes de adentrarnos en las dificultades de esta tarea, es preciso aclarar que bajo la rúbrica de enfoque biográfico se incluyen en realidad técnicas que, aun compartiendo presupuestos comunes, son bien distintas en su aplicación, por tanto la elección de unas u otras dependerá de la adecuación al objeto de investigación. Salvando los problemas terminológicos que, como es usual en nuestra disciplina, suelen enturbiar la comprensión, hay que distinguir cuanto menos entre dos modalidades: la historia de vida (*life history, histoire de vie*) y el relato de vida (*life story, récit de vie*).

El primer término corresponde a la metodología del «estudio de caso», se trata de recoger en su totalidad el relato de la vida de una persona, a la que se considera por distintos motivos como «informante clave». Dada su amplitud, se recoge durante un largo período de tiempo por aproximaciones sucesivas. La historia de vida tiende a la exhaustividad, y se suelen además emplear otros documentos o testimonios que corroboren o amplíen la información recogida. Por su parte, el relato de vida, tiene un ca-

rácter más próximo a la encuesta, se trata de recoger un cierto número de relatos que tengan carácter de representatividad, a partir de una tipología de los sujetos que integran el universo. Frente a las historias de vida tienen un carácter menos subjetivista, no se centran tanto en la persecución de la lógica interna de una vida. La acumulación de relatos permite categorizar la información y establecer comparaciones. Estos relatos suelen recogerse mediante entrevista, que recibe entonces el nombre de entrevista biográfica, y que, como el resto de las entrevistas, admite diversos grados de formalización. Finalmente, los contenidos pueden referirse a la totalidad de la biografía o restringirse a ciertos contenidos temáticos.

Hay que distinguir dos tipos de encuesta biográfica: aquella que tiene por objeto el conocimiento de las estructuras y los procesos de carácter objetivo, y aquella que pretende indagar el en el ámbito de lo sociosimbólico, en los procesos intermedios de percepción y elaboración de los sujetos, en cómo se originan los discursos sociales. En el primero se destacan los problemas de la acción y las relaciones sociales; en los segundos, por el contrario, el análisis se centra sobre todo en la estructuración y la configuración simbólica de la propia vida (Ruiz Olabuénga, 1996). Tendencialmente, el primer tipo de encuesta recogerá relatos de vida en un mayor número y de carácter más breve, mientras que la segunda optará por la historia de vida única o un número de relatos más limitado y de mayor extensión. De la misma manera, los primeros usan la entrevista de manera más directiva, puesto que tratan de obtener informaciones concretas y las mismas para todos los casos, con el objetivo de establecer hechos y buscar regularidades, destinados a conocer procesos macrosociales identificados *a priori*; mientras que la segunda tiende más bien a la escucha atenta y una entrevista menos directiva, dado su mayor interés por el mensaje singular.

Ahora bien, las historias o los relatos de vida no hablan por sí mismos. Es función del análisis liberar la significación sociológica presente en todo material biográfico, que nos permita establecer las conexiones entre el cuadro teórico y los materiales empíricos, es decir, verificar las teorías. Si simplemente aceptamos los relatos de vida como hechos, si les otorgamos facticidad sin problematizarlos, estamos recayendo en el positivismo: reinstaurando la palabra a los hechos que supuestamente hablan por sí mismos. Es preciso pues interpretarlos, pero interpretar qué y cómo, estas son las preguntas relevantes.

Una historia o un relato de vida no son la vida. Según una bella definición de Bruner (Denzin, 1984: 30): «Una vida es lo que normalmente pasa. Una vida experimentada consiste en imágenes, sentimientos, deseos, pensamientos y significados conocidos para la persona (...). Una vida contada, un relato de vida, es una narración influida por las convenciones culturales en las que se cuenta, por la audiencia y por el contexto social». La primera conclusión es, pues, que no tenemos acceso a la vida de una persona ni de un grupo social, el material sobre el que trabajamos es sólo una narración, que ésta sea oral o escrita no modifica su sentido. Es una narración que recopila experiencias, pero no las experiencias mismas, sino la experiencia tal y como ha sido elaborada por los propios sujetos a través de un complejo proceso de interacciones con el medio, de elementos culturales y personales. Esa experiencia, además, tiene que ser narrada, es decir ordenada y construida, tiene que tomar una forma para constituir un relato. El relato puede ser más o menos espontáneo, dependiendo del propio sujeto y de la técnica que se utilice para recogerla -oral o escrito, en una o en varias sesiones, etc.-, pero conlleva siempre, inevitablemente un grado de formalización.

Por otra parte, si toda la experiencia es elaborada, lo es en mayor medida cuanto más tiempo medie entre la propia experiencia y su narración. Así, como coinciden todos los autores, el relato de vida es sólo una mirada retrospectiva, que interpreta desde el presente el pasado, que ilumina ciertos hechos y olvida otros, y establece relaciones entre ellos *a posteriori*. El relato o la historia de vida no son sino narraciones que reproducen un proceso histórico recorrido en sentido inverso. T.S. Eliot, que debería figurar sin duda entre la nómina de los sociólogos, lo dijo con claridad: sólo lo eternamente presente es irredimible.

No se acaban aquí las dificultades, porque el relato no se recoge simplemente, el relato es arrancado al sujeto en condiciones particulares, las que impone el diseño de la investigación. Podemos tratar de controlar dichas condiciones en lugar de ignorarlas, como hace la encuesta cuantitativa, o suavizar sus perfiles, pero entrar en la vida de una persona, aunque haya prestado su colaboración voluntaria, implica siempre una violencia sobre el que habla. Sin detenernos mucho en este terreno, baste referirnos a las reflexiones de Bourdieu (1993) en torno a la distancia objetiva entre el que habla y el que pregunta: uno, el informante, va a liberar el relato de su experiencia a otro que lo va a interpretar, y que

normalmente es más sabio, más culto y ocupa estructuralmente una posición de superioridad, a menudo también socialmente. Esta situación puede provocar dos tipos de respuesta: o bien la inhibición, cuando teme ser reprobado, lo que Bourdieu denomina una forma de «resistencia a la objetivación»; bien el intento de seducir al investigador haciéndole oír precisamente lo que él sabe o imagina que el otro quiere oír, en un juego de sobreentendidos mutuos y casi nunca conscientes. Esa compleja dinámica entre el yo y el otro se establece necesariamente en toda situación de entrevista, y aunque sus efectos pueden mitigarse, no deben desconocerse.

Este es el material sobre el que va a trabajar el análisis, pero el análisis, en tanto que operación que da sentido, va a introducir nuevas distorsiones sobre el relato mismo. La primera deriva de la transcripción misma: ¿qué hacer con los «ya», «bueno», «pues eso»? ¿cómo puntuar un texto que fluye al ritmo de la reflexión? ¿cómo transcribir los silencios, los quiebros de la voz, la aceleración de las palabras o su decaimiento?. Transcribir un relato obtenido mediante entrevista es una operación de traducción, como sabe cualquiera que haya realizado el esfuerzo.

Pero la distorsión se produce sobre todo en el acto del análisis. Este debe forzosamente romper el relato, imponerle sus propias categorías que reposan, por supuesto, sobre la selección previa de las hipótesis. Con estas herramientas se dispone a vaciar, identificar, relacionar e interpretar las partes así aisladas. Nada que objetar mientras las pretensiones metodológicas se mantengan en el necesario nivel de humildad; mucho que objetar si el enfoque pretende mucho más que una medición, por multidimensional que esta sea, de los relatos según una serie de categorías. Interpretar los relatos, reconstruir la vida tal y como esta es vivida, vuelve a ser una tarea, desde mi punto de vista, imposible. No podemos acceder al significado de la vida, ni menos aún dotarla desde fuera de un sentido. El análisis puede, simplemente, aportar a una vida un poco de sentido sociológico, restituir a lo social aquellos elementos sociales que toda vida contiene. Pero esta forma de entender el análisis como interpretación ni dota de sentido ni agota al sentido de una vida.

Dadas estas limitaciones, es difícil participar del entusiasmo que muchos muestran por las posibilidades heurísticas del método. Es cierto, sin embargo, que estos problemas se plantean con distinta gravedad dependiendo de los objetivos de la investigación. Así, aquellas que priman las informaciones objetivas, que pretenden aislar los elementos

socio-estructurales, como por ejemplo ésta misma, tienen menos dificultades que las que dirigen al campo de lo sociosimbólico o lo cultural. Un relato entrega un conjunto de hechos, de informaciones, anudadas siempre a interpretaciones, es cierto, conectadas significativamente, pero los hechos son ciertos, el informante sabe más que el sociólogo sobre su propia vida y por eso puede informar sobre ella. El problema es siempre el sentido, el hilo que anuda los hechos.

Historias y relatos de vida: «la ilusión biográfica»

Si esta investigación se acoge a la vaga formula del «enfoque biográfico», es sólo porque bajo este título se reúnen en realidad una multitud de enfoques y perspectivas que bien poco comparten entre ellos, como no sea el gusto por recoger y analizar relatos individualizados. Más allá de esta coincidencia, pocos son los puntos de contacto.

Bourdieu (1989), en una dura invectiva contra las historias de vida, descalifica el uso de esta metodología en sociología y denuncia lo que para él no es más que la «ilusión biográfica». Es cierto que su acerada crítica no distingue siquiera entre historias y relatos de vida, ni entre distintas modalidades de análisis, y se limita a identificar el enfoque biográfico con las historias de vida.

Por su agudeza y su pertinencia, merece la pena detenerse brevemente en sus reflexiones: «Producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir, como el relato coherente de una secuencia significante y orientada de acontecimientos, es quizás sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado ni cesa de reforzar» (1989: 28)

En opinión de Bourdieu, la construcción de historias de vida se sustenta en una serie de presupuestos subyacentes, no siempre explícitos, que forman parte de las tradiciones intelectuales imperantes desde la Modernidad. Por una parte, una concepción de la vida, como de la historia, entendida como un conjunto coherente y orientado, la «expresión unitaria de una 'intención' subjetiva y objetiva, de un proyecto». Esta vida se desarrolla según un orden cronológico que es, a su vez, un orden lógico, que discurre desde su principio hasta su fin; y, en esta trayectoria, encuentra sus encrucijadas, sus trampas y sus emboscadas. Curiosamente, las historias de vida parecen afianzarse en las ciencias sociales al mis-

mo tiempo que la filosofía de la historia que vehiculan es progresivamente puesta en entredicho por los historiadores, y que la literatura del último medio siglo ha puesto en jaque el relato lineal tradicional.

El segundo presupuesto tácito de las historias de vida es, en opinión de Bourdieu, la creencia en un sujeto de identidad única, constante y duradera, un yo invariante que recorre los tiempos y los espacios sociales sucesivos, prestando unidad y sentido a esa trayectoria. Ese sujeto se convierte así en el objeto de la investigación, entendida ésta como una indagación que trata de restituir, desde el sujeto mismo, el sentido retrospectivo de una vida. Esta filosofía de la identidad está ineluctablemente asociada a la práctica de la biografía y la autobiografía en la Modernidad.

Sin embargo, a mi entender, estas consideraciones, por más que se ensañen con las historias de vida, no invalidan el recurso de su uso como instrumentos de conocimiento. Curiosamente, Alain Robbe-Grillet, pionero del *nouveau roman* y al que Bourdieu invoca como uno de los dinamiteros del relato tradicional, acabó escribiendo una autobiografía (Robbe-Grillet, 1984). Puede que no sea la suya una biografía convencional, pero va precedida de una declaración de principios: «Nunca he hablado de otra cosa que de mí. Como lo hacía desde dentro, nunca se ha entendido del todo. Afortunadamente». «Mí», «dentro» y «hablar de», como reconoce el propio autor, son tres palabras sospechosas y vergonzosas que la tradición francesa tanto ha contribuido a desacreditar.

El mismo Bourdieu, en *La misère du monde*, emprende un tipo de investigación que, aun si no se acoge explícitamente al enfoque biográfico, está muy cerca de algunos trabajos que se autodenominan biográficos. Su renuncia a interpretar el material recogido, parece entrar en contradicción con la necesidad de la interpretación que él reclama para la sociología.

Es seguramente en el análisis que Bourdieu hace de la novela de Flaubert, *La educación sentimental*, (Bourdieu, 1995), donde desarrolla, tácitamente, ideas que pueden ser interpretadas como legitimadoras del enfoque biográfico. Con el fin de demostrar la viabilidad del análisis sociológico de la obra literaria, Bourdieu elige como objeto una de las obras más conocidas del *Bildungsroman* y la somete a una escrutadora mirada sociológica. La obra literaria, reconoce Bourdieu, goza de una cierta autonomía, no es sociología: «No hay mejor prueba de todo lo que separa la escritura literaria de la escritura científica que esta capacidad, que le perte-

nece por derecho propio, de concentrar y condensar en la singularidad concreta de una figura sensible y de una aventura individual, que funciona a la vez como metáfora y como metonimia, toda la complejidad de una estructura y de una historia que el análisis científico tiene que desarrollar y extender muy laboriosamente». (1995: 51)

Aunque la literatura no sea más que un artificio, en ella explícito pues no tiene vocación de verdad, produce una impresión de realidad, un efecto de revelación que es sin duda lo propio de la alquimia literaria. Pero, además, la literatura como el arte, bajo una traducción sensible, revela «(...) la estructura del mundo social en el que ha sido elaborada e incluso las estructuras mentales que, moldeadas por estas estructuras sociales, constituyen el principio generador de la obra en la que estas estructuras se revelan» (1995: 63). El análisis tiene por objeto entonces restituir esta estructura, necesariamente oculta, que el texto «desvela velando», reduciendo el relato a una especie de «protocolo de una montaje experimental», para aislar su trama profunda, que no es otra cosa que la estructura del espacio social donde la obra y el autor se insertan.

Ciertamente, la literatura no es la vida y, en este caso, no cabría extrapolar estas reflexiones anteriores a las biografías. Sin embargo, el material biográfico participa de muchas de las características de la novela, al fin y al cabo, como ya se ha dicho, sobre lo que trabaja el analista es sobre «historias» o «relatos», es decir, sobre artificios elaborados, consciente e inconscientemente por individuos bajo presión, además, de la propia situación de la investigación. Si Bourdieu apuesta por la legibilidad del campo social en la obra literaria, no puede negar la misma potencialidad a la historia o al relato de vida.

Otro problema es si ese esfuerzo interpretativo, si esa objetivación de la ilusión -novelesca o real- es, como Bourdieu pretende, una pugna necesaria de la ciencia para restituir «la verdad»; o si es, simplemente, otra forma de ilusión: el empeño por imponer a una realidad arbitraria una interpretación, una estructura, por establecer una falsa pero congruente cadena asociativa entre hechos casuales, es decir, finalmente, literatura.

Cuando Bourdieu hace suyas las palabras de *Macbeth* -»La vida es un cuento narrado por un idiota, con gran aparato, y que nada significa»- no sabemos si se hace eco de este dilema o si, simplemente, ha sucumbido a la sugerente belleza de una formulación literaria.

Los procesos de cambio y las zonas de sombra

Es casi un lugar común afirmar que la bondad de los métodos depende sobre todo de su adecuación al estudio de distintos objetos de conocimiento. Se puede objetar que, en último extremo, los objetos nunca vienen dados, sino que son construidos a partir teorías particulares y, por tanto, la adecuación se produce entre una concepción de lo real y la definición congruente de la vía de acceso a esa parcela de la realidad. Sin descender a más honduras, en la práctica, los mismos investigadores pueden optar en sus investigaciones por el uso de técnicas distintas, aunque según los más intolerantes se apoyen en presupuestos irreconciliables. Incluso en una sola investigación es posible utilizar aproximaciones cualitativas o cuantitativas para dar cuenta del mismo objeto. Este utilitarismo, si se quiere un poco ramplón, es el de los institutos de opinión cuando practican la encuesta por muestreo, por ejemplo, para las tan tópicas previsiones electorales, y el grupo de discusión para los estudios de mercado, la publicidad, etc.

Para nuestros intereses, basta retener que el enfoque biográfico se adapta especialmente al estudio de dos cuestiones: lo que aquí hemos llamado las «zonas de sombra» de la realidad y los procesos de cambio social.

Con frecuencia la literatura especializada insiste en que el enfoque biográfico, precisamente porque es intrínsecamente temporal, permite con mayor refinamiento que otros comprender el cambio social, y no sólo de un modo abstracto, sino en el devenir mismo de la vida de las personas. El modo en que una vida se ve sacudida por los avatares externos prueba la existencia de los cambios, pero además permite comprender con visión microscópica los efectos concretos de esos cambios sobre el acontecer de una vida. La biografía es histórica por definición y, aun si consideramos que nuestro material no es la historia sino tan sólo su reconstrucción desde el presente, lo cierto es que se adapta mejor que otros enfoques al estudio de los fenómenos en proceso de transformación.

Como dice Howard Becker: «La historia personal, más que cualquier otra técnica con excepción quizás de la observación participante, puede dotar de significado a la tan manida noción de proceso. A los sociólogos les gusta hablar de procesos en marcha y cosas por el estilo, pero normalmente sus métodos les impiden ver esos procesos de los que tan elocuentemente hablan» (en Plummer, 1989: 78)

Los datos cuantitativos, tomados a lo largo de tiempo, nos permiten construir series y, con ellas, realizar una lectura diacrónica de los fenómenos sociales. Por poner un ejemplo, que forma parte de los intereses de esta investigación, podemos estudiar la evolución de las tasas de paro a lo largo de un período, sabremos que crecieron para estabilizarse, descendieron después para volver a crecer, etc. Pero, ¿qué influencia tuvo el paro sobre la vida de las personas paradas? ¿qué estrategias utilizaron, cómo aprendieron a resistir, qué hicieron para burlar las condiciones adversas?. Si consideramos que la acción de los agentes implicados transforma la realidad socio-económica, no podemos entender el paro sin dar cuenta de las estrategias de los trabajadores, los empresarios y el Estado. Parado es sólo una categoría, de difícil objetivación si atendemos a las disputas de los especialistas en torno a su medida, que tiene distintos significados y consecuencias para los agentes sociales y que es objeto de distintas estrategias. No podemos dar cuenta de las biografías sin atender a la evolución del paro, pero casi nada sabremos del paro sin conocer cómo es soportado, burlado o generado por los individuos y los grupos.

La observación de los cambios en su devenir, con la visión microscópica que permite la biografía, facilita una lectura menos fáctica del cambio social, capaz de dar cuenta no tanto de los resultados finales, como de las encrucijadas en que se dirimen distintas opciones, contingencias y alternativas abiertas, allí donde se resuelve la pugna entre lo posible y lo probable. No es extraño que la biografía tienda a fijarse en los que quedaron arrumbados en la cuneta de la historia.

En segundo lugar, el enfoque biográfico facilita el acceso a las zonas de sombra de la realidad social. Es, ante todo, un problemas práctico: cómo investigar aquello que es ilegal, oscuro, minoritario, reprobable, aquello sobre lo que el pensamiento dominante tiende un velo de oscuridad, todo lo que es silenciado, temido, todo lo que no existe. Es difícil que una prostituta cuente cuantas veces ha sido violada, que un parado reconozca el fraude en las prestaciones de desempleo, que una católica admita haber abortado, que un empresario confiese no abonar los pagos de la seguridad social, que un cónyuge reconozca la infidelidad. Y para todos nosotros, por normalizada que sea nuestra vida, resulta imposible hablar de nuestras fantasías sexuales, de los sentimientos racistas, de todo lo reprimido. Y, sin embargo, queremos callar y necesitamos hablar, confesar, ser absueltos por el otro y sentir piedad por nosotros mismos.

La entrevista biográfica puede tener algo de confesión, como pretende Bourdieu, siempre que se den las condiciones para ello, siempre que el que escucha no sea un anónimo entrevistador que llama a nuestra puerta para importunarnos con sus preguntas extemporáneas, con sus respuestas administradas a preguntas que sólo el investigador se ha planteado. Esa confesión requiere, cuanto menos, la escucha dilatada y atenta de alguien que sea ajeno, pero en quien podamos confiar, de alguien que nos fuerce a evocar y a reflexionar, a quien poder hacer partícipe, cuanto menos, de nuestra confusión. Podemos admitir en ese sentido la idea un poco chocante de Bourdieu (1993) cuando se refiere a la entrevista como una especie de «ejercicio espiritual».

La legalidad o ilegalidad de las conductas no es el único elemento que permite delimitar lo que es accesible a la investigación. Cada sociedad, cada grupo social, establece normas sobre lo que se puede y no se puede decir, lo que existe y lo que no existe socialmente. El relato de vida, como la entrevista en profundidad o el grupo de discusión, si no consiguen iluminar siempre estas zonas de sombra, cuanto menos amplían enormemente las posibilidades de conocerlas.

El «método científico»: en post de la legitimidad

El enfoque biográfico, al igual que el resto de las técnicas agrupadas bajo el término de cualitativas, ha sufrido frecuentemente los ataques del positivismo, que, arrogándose el monopolio de la objetividad y la neutralidad, ha achacado al cualitativismo su dependencia ideológica, su ambigüedad y falta de precisión, y la simplicidad formal y estructural de sus modelos relacionales, carentes de toda sofisticación matemática.

Los defensores del método se han aprestado entonces a cubrir esas lagunas, a defender la legitimidad científica de su enfoque, aun reconociendo la particularidad de la perspectiva cualitativa, que no puede nunca, ni debe, aceptar la totalidad de los prerrequisitos ni los criterios de «cientificidad», tal y como vienen impuestos por el positivismo.

Fiabilidad y validez

Fiabilidad y validez son requisitos ineludibles en la producción del conocimiento científico. La fiabilidad tiene que ver con la técnica y la coherencia, con la garantía de que si el estudio fuese realizado por otra perso-

na, se obtendrían resultados similares. La validez se refiere a la garantía de que la técnica está realmente estudiando lo que se supone que estudia, y que los resultados de una investigación son hechos incuestionables, proporciona pues la certidumbre.

Si para las técnicas cuantitativas no resulta fácil asegurar estos criterios, de hecho algunos autores como Jesús Ibáñez niegan la garantía de validez con independencia del modo en que se hayan conseguido los datos (Ibánez, 1985), los problemas se plantean mucho más agudamente para las cualitativas. La fiabilidad es puesta en entredicho por la imposibilidad de normalizar los instrumentos de recogida de la información, pues dicha normalización es contraria a las pretensiones del método y al tipo de información que pretende capturar. Por otra parte, la validez no podría verificarse dado el subjetivismo que preside todo el proceso de la investigación, desde la elección de los informantes, hasta el análisis interpretativo.

Los defensores del método, sin embargo, aunque no tan radicales como Ibánez, tienden a llamar la atención sobre la contradicción inherente a este planteamiento. Así, Plummer (1989: 116-117) considera que probablemente «la validez disminuya a medida que aumenta la facilidad con que se verifica la fiabilidad», y ello porque la formalización del cuestionario puede permitir asegurar su «reproducibilidad» como garantía de fiabilidad, pero disminuye la validez al aumentar la distancia respecto al objeto. La metodología cualitativa, si bien no puede presumir de fiabilidad, aseguraría su validez y la coherencia precisamente por su mayor capacidad para conocer el objeto.

Frente a estas dificultades, se pueden plantear cuanto menos tres respuestas. La primera consiste en atribuir a las técnicas cualitativas la tarea de descubrir aspectos y problemas cuya comprobación científica queda reservada a la cuantitativas, lo que convertiría a aquellas en meros instrumentos exploratorios, sólo adecuados para la fase de formulación de hipótesis. La segunda, como por ejemplo plantea Ruiz Olabuénaga, circunscribe su uso para conocer sólo ciertos hechos que, por su mayor proximidad o concreción, sean susceptibles de una interpretación particular, siempre que no se pretenda proyectar los resultados de datos a realidades más amplias: «El trabajo cualitativo consiste en inscribir (descripción densa) y especificar (diagnostico de la situación), es decir, establecer el significado que determinados actos sociales tienen para sus actores, y enunciar lo que este hallazgo muestra de su sociedad y, en general, de

toda sociedad» (1996: 80). Cabe una tercera posición, bien representada entre otros por D.Bertaux, que despreciando prácticamente los problemas de la fiabilidad, se interesa exclusivamente por la validez. En este caso, la «saturación» del conocimiento, concepto que se explica más adelante, aseguraría la validez de los estudios cualitativos, más concretamente de los que recogen relatos de vida.

Finalmente, ante la complejidad de las cuestiones planteadas y todavía no resueltas, es posible también optar por orillar el debate, como plantea con sensatez P.A.Atkinson: «Carecemos de fundamentos epistemológicos y teóricos perfectos. Carecemos de métodos perfectos para la recogida de datos, carecemos de modos transparentes o perfectos de representación, trabajamos con el conocimiento de nuestros recursos limitados. Pero no por ello tenemos que abandonar el intento de producir relatos del mundo disciplinados, coherentes, metódicos y sensibles» (En Ruiz Olabuénaga, 1996: 85)

Las hipótesis

No es discutible la utilidad de las técnicas cualitativas como técnicas meramente exploratorias, de hecho, por el caudal y la multidimensionalidad de información que producen, y la mayor profundidad que permiten, parecen un instrumento más idóneo que las cuantitativas para un primera aproximación a la realidad, que permita la formulación de hipótesis para la investigación. Es más discutible su uso para administrar la prueba, para la verificación o falsación de hipótesis, dados los riesgos de subjetivismo que pueden implicar, la dificultad para aplicarlas a un número suficiente de casos y las particularidades del análisis que requieren.

Los defensores del enfoque biográfico, sin embargo, no sólo sostienen la necesidad de las hipótesis para la articulación entre la teoría y el trabajo empírico, sino que afirman su capacidad como instrumentos de contrastación, cuanto menos en el ámbito de conocimiento donde son relevantes. Desde el punto de vista de sus mentores, además, este enfoque tiene una ventaja: por su carácter abierto, permite un proceso continuo de verificación y reformulación de hipótesis y de teorías en el proceso mismo de su realización, que lo convierten así en un proceso más rico, donde el investigador puede intervenir formulando reinterpretaciones e introduciendo innovaciones en la investigación. Lo que se ha llamado la «formu-

lación dinámica de hipótesis» se apoya, en las versiones más optimistas, en que estas técnicas permiten el hallazgo, el descubrimiento sobre el terreno, lo que queda vedado para las cuantitativas, instrumentos exclusivamente orientados a la verificación de hipótesis previamente formuladas.

Representatividad y generalización

La posibilidad de generalización, objetivo final del conocimiento científico, por más límites que se establezcan a los ámbitos en que dicha generalización es posible, se sustenta sobre la representatividad de la muestra o de los casos seleccionados para el estudio. Para la metodología cuantitativa este requisito no es problemático puesto que se apoya en las leyes de la probabilidad y la inferencia matemática. Para las técnicas cualitativas, sin embargo, la justificación es más compleja, dado que su opción clara a favor del tratamiento en profundidad, les impide el estudio de un elevado número de casos.

Cuando se trata de un «estudio de caso», como la elaboración de una «historia de vida», la discusión no es siquiera pertinente: el caso no aspira a representar en sentido estricto, sino en todo caso a ejemplificar determinados aspectos o realidades sociales y, por tanto, aunque sólo en cierto sentido, se agota en sí mismo. Las enormes posibilidades que ofrece al estudio detallado y en profundidad, justifican por sí solas sus escasas potencialidades para permitir la generalización. La elección del caso se apoya exclusivamente en su interés intrínseco: en la riqueza de la experiencia narrada o en su valor testimonial.

En investigaciones centradas en el estudio de un número más amplio de casos, como suelen ser aquellas que hemos denominado de tipo estructural siguiendo la distinción de D.Bertaux, los problemas que se plantean están más cercanos a los de las técnicas cuantitativas, dada su afirmada vocación de servir para conocer sectores, grupos o áreas de la realidad social. La selección de la muestra, tanto el tamaño como la elección de las unidades, se convierte en un problema crucial. La solución aportada por el propio Bertaux, a partir de su trabajo sobre los panaderos franceses, intenta resolver estos problemas: no es posible hacer una afijación previa del tamaño de la muestra, simplemente se entrevista a un número indeterminado de personas hasta el momento en que el investigador, inmerso en un proceso de recogida y análisis de la información que corren parale-

los, considera que ha alcanzado un punto óptimo de «saturación de conocimiento», en ese momento se da por finalizada la encuesta.

La noción de «saturación» se sustenta, según Bertaux (1980), en la existencia de «relaciones socioestructurales» particulares que organizan un medio determinado, y que por lo tanto reaparecen sistemáticamente en el estudio de los casos individualizados. Una vez identificadas y, comprobado que sus elementos se repiten, cada entrevista nueva no aporta nada a las anteriores, es ese el punto de saturación que sólo el investigador y su equipo pueden establecer: cuando tienen la impresión de no aprender nada nuevo sobre su objeto de estudio. Es evidente que para alcanzar la saturación es preciso asegurarse de que la selección de los informantes ha sido suficientemente diversificada y representa a la totalidad del universo, y no sólo a un grupo más homogéneo, en cuyo caso la saturación se alcanzaría con mayor rapidez. Atendiendo a esta pauta, aunque se admite una selección de los informantes siguiendo el procedimiento de «bola de nieve» -que el mismo Bertaux admite haber utilizado en su investigación-, es más recomendable la elaboración de tipologías previas a partir de la definición del universo muestral e, incluso, su cuantificación, que permita una elección más razonada y obligue al investigador a indagar cuanto menos entre todas las categorías establecidas.

La muestra así obtenida, según Bertaux, no sería representativa en un nivel «morfológico» (en el nivel de la descripción superficial), pero sí tendría «representatividad sociológica» (en el nivel de las relaciones socioestructurales).

Aun aceptando estos argumentos, cabe concluir que, en la práctica, este tipo de investigación deja en manos del investigador, en el mejor de los casos, y del azar en el peor de ellos, el control de casi todas las condiciones necesarias para asegurar la validez de una investigación, puesto que la saturación se apoya finalmente en un sentimiento subjetivo de haber agotado todas las posibilidades de indagación, o de haber atendido de forma suficiente a todas las regularidades que permiten definir lo estructural. Por decirlo de forma contundente, nunca estaremos seguros de «qué» y sobre «cuántos» podemos generalizar. Ello no significa condenar las investigaciones así diseñadas ni descalificarlas: nos queda el consuelo de saber que difícilmente podríamos acceder a ciertas parcelas de conocimiento por otros medios, y la confianza en la función crítica de la ciencia.

BIBLIOGRAFÍA

ALAMINOS, A. (dir.)
- 1995: *Informe sociológico. Provincia de Alicante. 1990-1995*. Diputación de Alicante. Alicante

ALBERDI,I. (dir.)
- 1994: *Informe sobre la situación de la familia en España*. Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.

ALBERONI, Francesco
- 1984: *Movimiento e institución*. Editora Nacional, Madrid.

ALMENDROS, F., JIMÉNEZ-ASENJO, E., PÉREZ AMOROS, F. y ROJO, E.
- 1978: *El sindicalismo de clase en España (1939-1977)*. Peninsula, Barcelona.

ALONSO, Luis Enrique
- 1991: «Conflicto laboral y cambio social. Una aproximación al caso español», en MIGUÉLEZ, F. y PRIETO, C.
- 1997: «El avance del determinismo económico y la crisis de la sociedad del trabajo. Una interpretación sobre el relativo declive de la Sociología del Trabajo», en SISTEMA nº 140-141, (p.83-104).

ÁLVAREZ ALEDO, C.
- 1997: «Nuevas dualidades del mercado laboral». SISTEMA, nº140/141.

ALVAREZ SOUSA, Antonio
- 1996: «El constructivismo estructuralista: la teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu». REIS nº 75, julio-septiembre de 1996.

AMIN, ARRIGHI, GUNDER FRANK Y WALLERSTEIN
- 1990: *Le grand tumulte? Les mouvements sociaux dans l'economie-monde.* Éditions la découverte, Paris.

ANDERSON, Perry
- 1986: *Tras las huellas del materialismo histórico.* Alianza, Madrid.

AXELROD, R.
- 1986: *La evolución de la cooperación.* Alianza, Madrid.

BAGNASCO, A. y alt.
- 1984: *Descentralización de la producción, economía informal y territorio en la crisis económica.* Diputación de Madrid, Madrid.

BARCELLONA, Pietro
- 1992: *Postmodernidad y comunidad, el regreso de la vinculación social.* Ed. Trotta, Madrid.

BAYLINA, Mireia
- 1994: "Geografía de la producció, flexibilitat en el mercat de treball i relations de gènere. L'exemple del treball industrial a domicili". CUADERNOS DE GEOGRAFÍA, nº55, Valencia.

BENEYTO, Pere y PICÓ, Josep
- 1982: *Los sindicatos en el País Valenciano (1975-1981).* Alfons el Magnànim, Valencia.

BENTON, L.
- 1990: *Invisible factories. The informal economy and industrial development in Spain. State University of New York Press.*

BERNABÉ MAESTRE, J.M.
- 1975: *Industria i subdesenvolupament al País Valencià.* Ed. Moll, Mallorca.

- 1976: *La industria del calzado en el Valle del Vinalopó*. Universidad de Valencia, Departamento de Geografía. Valencia.

BERNABÉ MAESTRE, J.M. Y FABRA, M.A.
- 1979: «Estructura económica», en ROSELLÓ VERGER: *Estudio Socio-Económico de Elche y su Comarca.* Alicante.

BERTAUX, Daniel
- 1977: «Comment l'approche biographique peut transformer la pratique sociologique», en RECHERCHES ÉCONOMIQUES ET SOCIALES, nº 6, abril 1977
- 1980: «L'approche biographique. Sa validité métodologique, ses potencialités». CAHIERS INTERNACIONAUX DE SOCIOLOGIE, Vol.LXIX. Presses Universitaires de France. Paris.
- 1993: «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica», en MARINAS y SANTAMARINA.
- 1993: «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINA y SANTAMARINA.

BERTAUX, Daniel y BERTAUX WIAME, Isabell
- 1993: «Historias de vida del oficio de panadero», en MARINAS y SANTAMARINA.

BILBAO, A.
- 1991: "Trabajadores, gestión económica y crisis sindical", en MIGUÉLEZ Y PRIETO.
- 1993: *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera.* Trotta, Madrid.

BLUMER, H.
- 1979: «Introduction to the *Transaction* edition», en BLUMER: *Critiques of research in the social sciences: an appraisal of Thomas and Znaniecki's The polish peasant in Europe and America.* New Brunswick, NJ, Transaction Books.

BOBBIO, Norberto
- 1995: *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política.* Ed. Taurus, Madrid.

BORDERÍAS,C., CARRASCO,C. y ALEMANY,C.(comps.)
- 1994: *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales.* Icaria, Madrid.
- 1994: "Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas".

BOURDIEU, Pierre
- 1989: «La ilusión biográfica», en HISTORIA Y FUENTE ORAL nº 2.
- 1993: *La misère du monde.* Éditions du Seuil, Paris.
- 1995: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario.* Anagrama, Barcelona.
- 1996: «la opinión pública no existe», en VOCES Y CULTURAS. REVISTA DE COMUNICACIÓN nº10.

BOURDIEU, Pierre y PASSERON, J.-C.
- 1977: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza.* Laia, Barcelona.

CAÍNZOS, Miguel A.
- 1996: «Razones y recetas para construir un esquema de clases». REIS, nº 79, Julio-septiembre de 1996.

CAPECCHI, V.
- 1984: «Economía sumergida, trayectorias masculinas y femeninas, organización del tiempo», en BAGNASCO y alt.

CAPECCHI, V. y PESCE, A.
- 1984: «Si la diversidad es un valor», DEBATS nº 10, Alfons el Magnànim, Valencia.

CARABAÑA, J. y DE FRANCISCO, A.
- 1993: *Teorías contemporáneas de las clases sociales.* Ed. Pablo Iglesias, Madrid.

CASTELLS, M.
- 1997: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura (Vol. 1: La sociedad red)* . Alianza Editorial, Madrid.

CASTELLS, M. y ALONSO ZALDÍVAR, C.
- 1992: *España, fin de siglo.* Ed. Alianza, Madrid.

CASTILLO, J.J.
- 1991: «Reestructuración productiva y organización del trabajo», en MIGUELEZ, F. y PRIETO, C.

CASTILLO, J.J. Y PRIETO, C.
- 1990: *Condiciones de trabajo.* Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

CATALÁN, Jordi
- 1994: «Industrialización difusa y desarrollo económico: el retroceso de 1939-58», en NADAL,J. y CATALÁN, J. (eds.)

CELADA, F., LÓPEZ GROH, F., PARRA, T. y CASTILLO, J.J.
- 1984: «Sistema productivo y territorio», en BAGNASCO y alt.

CERDÀ, M.
- 1980: *Lucha de clases e industrialización.* Ed. Almudín, Valencia.
-1981: *Els moviments socials al País Valencià.* Ed. Alfons el Magnànim, Valencia.

COLLER, X.
- 1997: *La empresa flexible. Estudio sociológico del impacto de la flexibilidad en el proceso de trabajo.* Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

CONTRERAS NAVARRO, J.L.
- 1997: «Dinámica organizativa y flexibilidad productiva en sistemas territoriales de pequeña y mediana empresa: el caso de la industria del calzado de las comarcas del Vinalopó». Tesis doctoral (ined.). Universidad de Valencia.

DE PABLO MASA, A.
- 1987: «La clase obrera: estructura ocupacional, conciencia y práctica de clase», en GARMENDÍA, NAVARRO y PARRA LUNA (eds.).

DENZIN, Norman
- 1989: *Interpretative biography.* Sage Publications, Newbury Park, California.

DOERINGER, P.B. y PIORE, M.J.
- 1983: "El paro y el mercado dual de trabajo", en TOHARIA, L. (comp.) Alianza, Madrid.

DURÁN, M.A.
- 1994: «Viejas y nuevas desigualdades: la dialéctica entre observados y observadores». REVISTA INTERNACIONAL DE SOCIOLOGÍA, nº 8-9, 1994.
- 1996: «Torres, pirámides y estrellas (sobre las imágenes de la estructura de clases). *REIS* nº 75. Julio-septiembre de 1996.

EDWARDS, R.
- 1983: «Conflicto y control en el lugar de trabajo», en TOHARIA, L. (Comp.).

ENGUITA, Mariano F.
- 1993: «Redes económicas y desigualdades sociales». REIS nº 64. Madrid, 1993.

FERNÁNDEZ, F., GARRIDO, L.y TOHARIA, L.
- 1991: "Empleo y paro en España, 1976-1990, en MIGUÉLEZ, F. y PRIETO, C.

FERRAROTTI, F.
- 1991: *La historia y lo cotidiano.* Ediciones Península, Barcelona.
- 1993: «Las biografías como instrumento analítico e interpretativo» en MARINAS y SANTAMARINA.

FISHMAN, R.M.
- 1996: *Organización obrera y retorno a la democracia en España.* Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid 1996.

FRAU, M.J.
- 1997: *El trabajo de las mujeres. El caso valenciano.* Tesis Doctoral (ined.) Universidad de Alicante.

FRAU, M.J., HURTADO, J., NUÑEZ DE CELA y SAN MIGUEL, B.
- 1984: *Mapa Social de la ciudad de Alicante.* Ayuntamiento de Alicante. Alicante.

GALLINO, L.
- 1989: «Neo-industria e lavoro allo stato fluido», en CERI, P. (ed.): *Impresa e lavoro in trasformazione*, Il Mulino, Bolonia.

GARCIA CALAVIA, M.A.
- 1996: «Organización autocrática del proceso de trabajo y conciencia individualista en un subsector en crisis», REVISTA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO, nº28.

GARCIA FERRANDO, M. IBANEZ, J. y ALVIRA, F.(Comps.)
- 1986: *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación.* Alianza, Madrid.

GARCÍA RAMÓN, Mª; BAYLINA, M.; CRUZ, J.; DOMINGO,C.; VILLARIÑO, M. y VIRUELA, R.
- 1996: "El trabajo industrial a domicilio en la España rural. Un análisis desde la perspectiva de género". BOLETÍN DE ESTUDIOS GEOGRÁFICOS nº22, Universidad Nacional de Cuyo.

GARMENDÍA, J.A., NAVARRO, M. y PARRA LUNA, F. (eds)
- 1987: *Sociología industrial y de la empresa.* Aguilar. Madrid.

GARRIDO MEDINA, L. y GIL CALVO, E. (eds.)
- 1993: *Estrategias familiares.* Alianza Editorial, Madrid.
- 1993 «El concepto de estrategias familiares», en GARRIDO MEDINA Y GIL CALVO, 1993

GIDDENS, A., TURNER, J y alt.
- 1990: *La teoría social hoy.* Alianza. Madrid.

GORZ, André
- 1986: *Los caminos del paraíso.* Laia, Barcelona
- 1994: «Salir de la sociedad salarial», *DEBATS* nº 50.
- 1995: *Metamorfosis del trabajo.* Sistema. Madrid

GOZÁLVEZ PÉREZ, V.
- 1976: *La Ciudad de Elche*. Departamento de Geografía, Universidad de Valencia, 1976
- 1979: «La población», en ROSELLO VERGER.

GURRUTXAGA ABAD, Ander
- 1993: «El sentido moderno de la comunidad». *REIS* nº 64. Madrid.

HURTADO JORDÁ, J.
- 1996: *Implicaciones sociales de la economía sumergida. Una investigación sociológica.* (Tesis doctoral inédita). Universidad de Alicante.
- 1997 «Lecciones de informalidad», ALTERNATIVAS, nº 4, Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad de Alicante. Alicante.

IBAÑEZ, J.
- 1985: «Análisis sociológico de textos o discursos». REVISTA INTERNACIONAL DE SOCIOLOGÍA, nº43.
- 1986: «Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural», en GARCÍA FERRANDO M., IBÁÑEZ J. Y ALVIRA F. (Comps.)

INSTITUT VALENCIÀ D'ESTADÍSTICA (Generalitat Valenciana)
- (Varios años): Anuari Estadístic Municipal y Comarcal. Valencia

JOAS, Hans
- 1990: «Interaccionismo simbólico», en GIDDENS, TURNER y alt.

JODAR, P., MENDOZA, R. y SANZ, G.
- 1991: *La confecció submergida. Característiques sòcio-econòmiques del sector de la confecció a Santa Coloma de Gramanet.* Eumo/ Ayuntament de Santa Coloma de Gramanet.

KAYE, H.J.
- 1989: *Los historiadores marxistas británicos*. Prensas Universitarias de Zaragoza.

LELIÈVE, E. y BONVALET, C.
- 1995: «La construcción de principios para el análisis biográfico del grupo famliar». REIS nº 70, abril-junio de 1995. (p. 123-137)

LIPOVETSKY, G.
- 1994: *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos tiempos democráticos.* Anagrama.

LUDEVID, Manuel
- 1976: *Cuarenta años de sindicato vertical: aproximación a la organización sindical española.* Laia. Barcelona.

LLORENS COSTA, Enrique
- 1995: *Estudio sobre la población y actividad industrial en la ciudad de Elx.* (Inédito). Ayuntamiento de Elche.

MAFFESOLI, Michel
- 1990: *El tiempo de las tribus.* Icaria, Barcelona.
- 1993: «El ritual y la vida cotidiana como fundamentos de las historias de vida», en MARINAS y SANTAMARINA.

MARAVALL, J.M.
- 1978: *Dictadura y disentimiento político.* Alfaguara. Madrid

MARINAS, J.M. y SANTAMARINA, C.
- 1993: *La historia oral métodos y experiencias.* Debate. Madrid.

MARTÍN SERRANO, M. y VELARDE HERMIDA, O.
- 1996: *Informe Juventud en España.* Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales-Instituto de la Juventud. Madrid.

MARTÍNEZ NAVARRO, F., SALINAS SALINAS, C. y VALERO ESCANDELL, J.R.
- 1994: «El Movimiento Asambleario de la industria del calzado del Vinalopó: una organización obrera singular de la época de la Transición». Ponencia presentada en IV Jornadas «Historia y Fuentes Orales», Historia y Memoria del Franquismo (1936-1978). Avila, 28-30 octubre.

MARTÍNEZ VEIGA, U.
- 1989: «El otro desempleo. La economía sumergida». CUADERNOS DE ANTROPOLOGÍA, Antrophos, Barcelona.

- 1997: «El 'homo informalis': la desregulación como proyecto histórico», en SISTEMA nº 140/141.

MELIS, A. Y CANALES, G.
- 1996: "El trabajo a domicilio en la Vega Baja del Segura: origen y desarrollo en un municipio agrícola", en INVESTIGACIONES GEOGRÁFICAS nº16, Instituto Universitario de Geografía, Universidad de Alicante.

MELLA MARQUEZ, Manuel
- 1989: «Los grupos de presión en la transición política», en TEZANOS, COTARELO y DE BLAS, Madrid.

MELUCCI, A.
- 1977: *Sistema político, partiti e movimenti sociali.* Feltrinelli, Milán.

MÉNDEZ REYES, Pedro
- 1997: «La gestión empresarial en el sector del calzado. Causas de la existencia de la economía sumergida. Posibles soluciones». Ponencia presentada en «Jornada sobre la Economía en el Sector Calzado. Situación Actual y Alternativas de Futuro», Ministerio de Economía y Hacienda/Instituto de Estudios Fiscales. Madrid, 3 de julio de 1997.

MIGUÉLEZ, F.
- 1991: "Las organizaciones sindicales", en MIGUÉLEZ Y PRIETO.
- 1995: «El mercado de trabajo en España y la persistencia de las diferencias con la Unión Europea. ¿Un modelo en expansión?», en ECONOMÍA Y SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO nº27/28, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid.

MIGUELEZ, F. y PRIETO, C.
- 1991: *Las relaciones laborales en España.* Siglo XXI. Madrid.

MILIBAND, Ralph
- 1990: «Análisis de clases», en GIDDENS, TURNER y alt.

MILLS, Wright
- 1979: *La imaginación sociológica.* Fondo de Cultura Económica. México.

MINGIONE, Enzo
- 1993: *Las sociedades fragmentadas. Una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado.* Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.

MIRANDA ENCARNACIÓN, José Antonio
- 1991: *Hacia un modelo industrial. Elche 1850-1930.* Ed. Instituto de Estudios Juan Gil Albert. Alicante.

MORIN, Françoise
- 1993: «Prácticas antropológicas e historias de vida», en MARINAS y SANTAMARINA.

NADAL, Jordi
- 1994: «La transición del zapato manual al zapato mecánico en España», en NADAL, J. y CATALÁN, J.(eds.)

NADAL, J. y CATALÁN, J.(eds.)
- 1994: *La cara oculta de la industrialización española.* Ed.Alianza. Madrid.

NAROTZKY, S.
-1995: *Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las Ciencias Sociales.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

NEGRE i RIGOL, Pere
-1998: *La prostitución popular: relatos de vida. Estudio sociológico biográfico.* Ed. Fundació Caixa de Pensions. Barcelona.

OFFE, Claus
- 1994: «¿Pleno empleo? Para la crítica de un problema mal planteado». DEBATS, N°5O, diciembre 1994
- 1988: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales.* Ed Sistema, Madrid.
- 1992: *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro.* Alianza. Madrid.
- 1992 «¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?», en OFFE, C., 1992.

OFFE, C. y HINRICHS, K.
- 1992: «Economía social del mercado de trabajo: los desequilibrios de poder primario y secundario». En OFFE.

OVEJERO, F.
- 1995: «El imperio de la economía», en CLAVES nº 58.

PAHL, R.E.
- 1990: «De l'economía informal a formes de treball: models i tendències». Revista PAPERS.
- 1991 *Divisiones del trabajo.* Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid, 1991.
- 1984: «Introducción a la economía informal en Gran Bretaña», en BAGNASCO y alt.

PALENZUELA, Pablo
- 1995: «Las culturas del trabajo: una aproximación antropológica». REVISTA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO, nº24.

PASQUINO, G. y alt.
- 1988: *Manual de ciencia política.* Alianza. Madrid.

PETRAS, James
- 1996: «Padres-hijos, dos generaciones de trabajadores españoles». AJOBLANCO (Número especial)

PIORE, M.
- 1983: "Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo", en TOHARIA, L.(comp.)

PLUMMER, Ken
- 1989: *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista.* Siglo XXI. Madrid.

POLANYI, Karl
- 1989: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico.* La Piqueta. Madrid.

PORTES, A. y WALTON, J.
- 1981: *Labor, class and the international system.* Academic Press, Nueva York.

PORTES, A. y BÖRÖCZ, J.
- 1992: «Inmigración contemporánea: perspectivas teóricas sobre sus determinantes y modos de acceso», en ALFOZ nº 91/92. Madrid.

PRIETO, Carlos
- 1987: «Sistema productivo, sindicalismo y negociación colectiva», en GARMENDÍA, NAVARRO y PARRA LUNA (eds.).

PUJADAS MUÑOZ, Juan José
- 1992: *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales.* Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

RECIO, Albert
- 1991: «La segmentación del mercado de trabajo en España», en MIGUÉLEZ y PRIETO.

RECIO, A. Y MIGUÉLEZ, F.
- 1988: "Economía sumergida y organización productivas en Cataluña", en SANCHIS y MIÑANA.

ROBBE-GRILLET, Alain
- 1986: *El espejo que vuelve.* Anagrama. Barcelona

RODES JUAN, Antonio
- 1986: «Elche: un siglo de historia social», en *VV.AA.: Cien años de la historia de Elche y de su Caja de Ahorros (1886-1986).* Alicante, 1986.

ROSELLÓ VERGER, V.M. (dir.)
- 1979: *Estudio Socio-Económico de Elche y su Comarca,* (Tres volúmenes mecanografiados). Universidad de Alicante.

RUIZ OLABUÉNAGA, J.I.
- 1996: *Metodología de la investigación cualitativa.* Universidad de Deusto. Bilbao.

SABA, Andrea
- 1981: *La industria subterránea. Un nuevo modelo de desarrollo.* Diputación de Valencia, Valencia

SABEL, Charles
- 1985: *Trabajo y política. La división del trabajo en la industria.* Ed. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.

SANCHIS, E.
- 1984: «La economía sumergida: Dr. Jekill o Mr. Hyde», DEBATS nº 10, Alfons el Magnànim. Valencia.
- 1988: «La economía sumergida en el País Valenciano», en SANCHIS y MIÑANA.

SANCHIS, E. y MIÑANA, J. (Comps.) (1988): *La otra economía. Trabajo negro y sector informal.* Ed. Alfons el Magnànim. Valencia.

SAN MIGUEL, Begoña
- 1995: «La percepción social de la desigualdad», en ALAMINOS, A.

SARABIA, B.
- 1985: «Historias de vida», en REVISTA DE INVESTIGACIONES SOCIOLÓGICAS nº29. (pag. 165-186)
- 1986: «Documentos personales: historias de vida», en GARCÍA FERRANDO M., IBÁÑEZ J. Y ALVIRA F.(Comps.).

SEVILLA JIMÉNEZ, Martín
- 1985: *Crecimiento y urbanización. Elche, 1960-1980.* Ed. Universidad de Alicante/Ayuntamiento de Elche. Alicante.
- 1986: «Economía e industria. La evolución de Elche en el último siglo», en VV.AA.: *Cien años de la historia de Elche y de su Caja de Ahorros (1886-1986).* Alicante.

TEZANOS, J. F.
- 1989: «La crisis del franquismo y la transición democrática en España», en TEZANOS, COTARELO Y DE BLAS.

TEZANOS, J.F., COTARELO, R. y DE BLAS, A.(eds.)
- 1989: *La transición democrática española*. Editorial Sistema. Madrid.

TYLLY, Chris
- 1997:"Buenos y malos empleos", en SISTEMA n°140/141

THOMPSON, P.
- 1984: «La historia oral y el historiador», en DEBATS n° 10.
- 1993: «Historias de vida en el análisis del cambio social», en MARINAS, J.M. y SANTAMARINA, C.

TOHARIA, L. (Comp.)
- 1983: *El mercado de trabajo. Teoría y aplicaciones.* Alianza. Madrid
- 1993: «La incidencia familiar del paro», en GARRIDO, L. Y GIL CALVO.

TORTOSA, J.M.
- 1979: «La sociedad», en ROSELLÓ VERGER.
- 1988: «La economía sumergida en la provincia de Alicante: el juego de las máscaras». *REIS* n° 41.

TORRES LOPEZ, J.
- 1995: *Desigualdad y crisis económica. El reparto de la tarta.* Editorial Sistema. Madrid.

TOURAINE, Alain
- 1993: *Crítica de la modernidad*. Planeta. Barcelona.
- 1996: «De cómo vivir juntos los diferentes», conferencia pronunciada por el autor en el Seminario celebrado los días 21 y 22 de marzo de 1996 en Alicante.

UBEDA LILLO, F. (CC.OO.)
- 1997: «Condiciones del mercado de trabajo en el sector». Ponencia presentada en «Jornada sobre la Economía en el Sector del Calzado. Situación Actual y Alternativas de Futuro», Ministerio de Economía y Hacienda/Instituto de Estudios Fiscales. Madrid, 3 de julio de 1997

VÁZQUEZ BARQUERO, A.
- 1991: «Dinámica económica y reestructuración productiva en España», en MIGUÉLEZ, F. y PRIETO, C.

VELASCO, Roberto
- 1998: «La economía golfa», EL PAÍS, 5 de mayo de 1998.

VV.AA.
- 1986: *Cien años de la historia de Elche y de su Caja de Ahorros (1886-1986)*. Alicante.

WALLERSTEIN, Immanuel
- 1990: «Análisis de los sistemas mundiales», en GIDDENS, TURNER y alt.

WILLIS, Paul
- 1988: *Aprendiendo a trabajar*. Akal. Madrid, 1988

WRIGHT, E. O.
- 1993: «Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases», en CARABAÑA, J. y DE FRANCISCO, A., 1993.
- 1994: *Clases*. Ed. Siglo XXI. Madrid.

YBARRA, Josep-Antoni
- 1978: *Les precondicions per al desenvolupament econòmic de les comarques del País Valencià* Ed. Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Alicante.
- 1986: «La informalización industrial en la economía valenciana: un modelo para el subdesarrollo», en REVISTA DE TREBALL nº 2.
- 1986: *Sector calzado: presente y futuro*. Ed. Banco de Alicante. Alicante.
- 1988: «Diez años de economía oculta en España», en SANCHIS y MIÑANA.
- 1991: «La racionalidad económica de la industrialización descentralizada», en REVISTA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO, nº extr. 1991.
- 1995: «La informalidad en España: un viaje hacia la institucionalización de la economía oculta», en EL TRIMESTRE ECONÓMI-

CO, nº 246, abril-Junio de 1995. Fondo de Cultura Económica, México.
- 1997: «El calzado español: la informalización como estrategia productiva». Ponencia presentada en «Jornada sobre la Economía en el Sector Calzado. Situación Actual y Alternativas de Futuro», Ministerio de Economía y Hacienda/Instituto de Estudios Fiscales. Madrid, 3 de julio de 1997.

YBARRA, J.A., SANTA MARÍA, M.J. y GINER, J.M.
- 1996: *El calzado en España: realidad y dinámica interna.* Trabajo inédito realizado en el marco del convenio de colaboración entre la Universidad de Alcante y la Caja de Ahorros de Murcia. Universidad de Alicante.

ÍNDICE

Prólogo 9
Prefacio 13

CAPÍTULOS:

1. CULTURAS DEL TRABAJO Y BIOGRAFÍAS LABORALES 17

2. LA INDUSTRIA DEL CALZADO EN ELCHE: ANTECEDENTES Y EXPANSIÓN DURANTE LOS AÑOS SESENTA
   1. Del artesano a la industria. Un siglo de historia industrial (1850-1960) 25
   2. Crecimiento demográfico y formación de la clase obrera 31
   3. Expansión de la industria del calzado durante los años sesenta 38
   4. La inmigración y sus condiciones de incorporación a la industria del calzado 42
   5. El trabajo de los niños 49
   6. El trabajo en las fábricas: estructura productiva y condiciones de empleo 54
   7. El trabajo a domicilio 59
   8. Los primeros síntomas del conflicto industrial 64
   9. Mirando hacia atrás 66

3. LOS AÑOS SESENTA: EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL INICIO DE LA CRISIS
   1. Evolución del calzado 69
   2. Evolución de la población 71
   3. La percepción de los trabajadores 72

4. Condiciones del trabajo 75
5. La economía informal 83
6. Conflicto laboral: el Movimiento Asambleario en Elche 87
7. 1978-1980: El inicio de la crisis 106

4. LOS AÑOS OCHENTA: LA REESTRUCTURACIÓN DEL CALZADO PARO, PRECARIEDAD Y ECONOMÍA SUMERGIDA
1. Evolución del sector calzado 109
2. Evolución de la población 115
3. El paro y sus efectos 116
4. Las condiciones de trabajo 121
5. Otra generación se incorpora al mercado de trabajo 123
6. Las nuevas formas de la economía sumergida 125
7. Los obreros emprendedores 131
La Cooperativa 134
De la Cooperativa a la fábrica 136
Una fábrica 137
Otra fábrica 138
8. La acción sindical 142

5. 1990-1997: LA IRREGULARIDAD INSTITUCIONALIZADA
1. Evolución del calzado 147
2. La nueva estructura productiva: fragmentación de la producción, fragmentación del trabajo 151
3. La persistencia del paro 156
4. Condiciones de trabajo 159
5. La economía sumergida 171
6. Los jóvenes en el calzado 181
7. Evolución del proceso 190

6. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DE CLASES Y EN LA PERCEPCIÓN SOCIAL DE LA DESIGUALDAD
1. Clase y legitimación 199
2. El discreto encanto de las «clases medias» 203

3. La escalera descendente del éxito 210
4. La experiencia de la proletarización 213
5. «Obreros y ciudadanos»: la desestructuración de la clase obrera 218
6. Teorías y paradojas 222
7. ¿Por qué los obreros se sienten ciudadanos? 226

7. REESTRUCTURACIÓN DEL CALZADO, REESTRUCTURACIÓN DEL TRABAJO Y ESTRATEGIAS DE LOS TRABAJADORES 229
1. Las trayectorias laborales de los trabajadores 230
Del artesanado a la industria difusa 231
Taylorismo y conflicto 233
Descentralización productiva e informalización 235
Padres e hijos en la construcción del trabajador precario 239
2. El consentimiento y la coerción 240
El «mundo de la vida» 245
El paro, ese incentivo perverso 246
La economía sumergida como colusión de intereses 247
La empresarialidad difusa como solución y como problema 249
La experiencia de la derrota y «el juego de las máscaras» 250

8. TRABAJO FLUIDO, TRABAJADORES FRAGMENTADOS
1. Las nuevas pautas del trabajo industrial 253
2. Economía formal/Economía informal 259
3. Hombres y mujeres en el calzado 261
4. Jóvenes y adultos 264
5. Sexo y familia en las sociedades semiperiféricas 265
6. No sólo lo sólido se desvanece en el aire 271

ANEXO: PROPÓSITO DEL MÉTODO. EL ENFOQUE BIOGRÁFICO. SUS LUCES Y SUS SOMBRAS
Algo más que un método: un compromiso ético 275
A vueltas siempre con los pares de opuestos: estructura-acción, sistema individuo, comunidad-sociedad 278

El análisis sociológico del material biográfico:
los límites de la interpretación 283
Historias y relatos de vida: «la ilusión biográfica» 287
Los procesos de cambio y las zonas de sombra 290
El «método científico»: en post de la legitimidad 292
Fiabilidad y validez 292
Las hipótesis 294
Representatividad y generalización 295

BIBLIOGRAFÍA 297

La imagen de la portada,
diseñada por LANINA,
está inspirada en la obra
«sin título» (1920) de George Grosz.

COLECCIÓN ENSAYO E INVESTIGACIÓN

ELCHE: LA FÁBRICA DISPERSA. LOS TRABAJADORES DE LA INDUSTRIA DEL CALZADO. CAMBIOS EN LAS CONDICIONES DE VIDA Y DE TRABAJO.

La reestructuración productiva y de las relaciones laborales hacia nuevos modelos afectó, durante los años ochenta y noventa, a todos los sectores industriales. El sector del calzado en Elche tiene un interés relevante, por las especiales características que aquí tuvo dicho proceso y por la intensidad con que se manifiestan algunos fenómenos como la informalidad. Esta investigación analiza dicho proceso desde una perspectiva peculiar: la de los trabajadores y durante este período.

A través de la recogida de los relatos biográficos de trabajadores del calzado ilicitanos, se reconstruyen sus trayectorias laborales; y, con ellas, un proceso que no sólo transformó las relaciones organizativas y económicas en el sector, sino que tuvo consecuencias sobre las condiciones de trabajo de miles de trabajadores. Al analizar las condiciones de trabajo en el último período, esta investigación sociológica, intencionadamente cualitativa, trata de desvelar las claves para entender el nuevo modelo que se ha impuesto en el trabajo industrial, cuyos efectos, además, trascienden la realidad de las fábricas y los talleres, y afectan a las formas de vida y los modos en que el mundo laboral y social es percibido.

El libro, más allá de sus pretensiones de conocimiento, es sobre todo el relato de una experiencia colectiva. Las voces de los protagonistas, en primera persona, narran sus peripecias en el trabajo y en la vida a lo largo de treinta años; y, al hacerlo, escriben una parte sustanciosa de la historia más reciente de Elche.

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

ISBN 84-7784-382-1
9 788477 843825